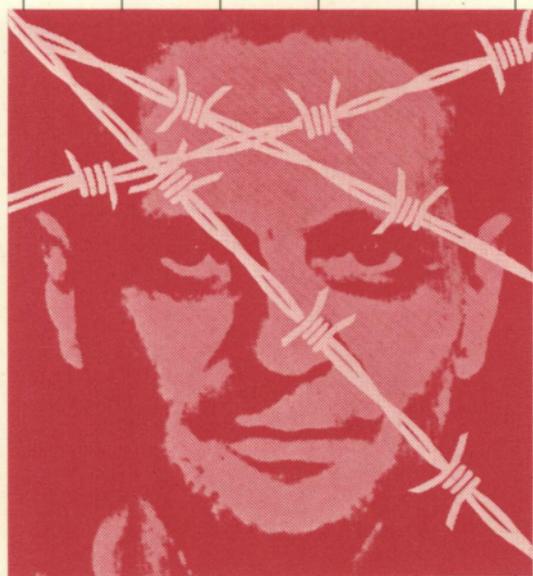


Richard Wurmbrand



CRISTO
en las
prisiones
comunistas

Richard Wurmbrand

Cristo en las prisiones comunistas

**CRISTO EN LAS PRISIONES COMUNISTAS es el
genuino relato personal de un ministro cuya
perdurable fe en Dios le permitió resistir
14 años de tortura y degradación**

In God's Underground

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

El silencio en el encierro solitario era absoluto, con toda premeditación. Nuestros guardias usaban zapatos con suela de fieltro, y aun se podía oír sus manos en la puerta antes que la llave hallase la cerradura. Todos los ruidos a que estaba habituado —el del viento y la lluvia en las calles, los clavos de acero de las botas en los pisos de piedra, el zumbido de una mosca, una voz humana, todo había desaparecido. A veces el sonido de un prisionero que golpeaba sostenidamente su puerta, o gritaba, retumbaba en los corredores.

Durante los dos años siguientes me mantuvieron en solitario, sin nada que leer y ningún material para poder escribir. Unicamente me acompañaban mis pensamientos, y yo no había sido nunca un hombre meditativo, sino un alma que rara vez experimentaba quietud. Lentamente comencé a desarrollar mi verdadera personalidad y a convencerme de que pertenecía a Cristo. Entonces supe que no estaba fingiendo: **DE VERAS CREIA.**

Reconocimiento

Es imposible mencionar a todos con quienes me siento en deuda por su bondad y ayuda desde que me libertaron de la prisión y mi llegada a Occidente. Pero sí deseo dar las gracias muy especialmente al reverendo Stuart Harris, director de la Misión Cristiana Europea y actualmente presidente de la Misión Inglesa al Mundo Comunista, una misión que labora para propagar el Evangelio en los países sometidos al mandato comunista, enviando Biblias y otra literatura cristiana, y secretamente a los pastores en el clandestinaje y a las familias de los cristianos perseguidos. Era tarde en la noche cuando vino a verme por primera vez en el diminuto desván donde yo vivía con mi familia en Bucarest después que salí de la prisión. El reverendo Stuart Harris nos trajo las primeras noticias del Oeste: que los cristianos no nos habían olvidado; por el contrario, nos habían incluido diariamente en sus oraciones. También trajo la primera ayuda para las familias necesitadas. Yo, e innumerables otros, le debemos mucho.

R. W.

Prefacio

Soy un ministro luterano que ha pasado más de 14 años en diferentes prisiones por mi creencia cristiana, aunque esto en sí no es justificación para este libro. Siempre me ha repugnado la idea de que un hombre que haya sufrido prisión injustamente, tenga que escribir o predicar sobre sus sufrimientos. Campanella, el eminente autor de *La ciudad del Sol*, estuvo en prisión durante 27 años, pero el hecho de que lo torturaron y mantuvieron 4 horas en una cama cubierta de clavos de hierro lo sabemos por sus biógrafos medievales, no por él.

Los años de prisión no me parecieron demasiado largos, porque en la soledad de mi celda descubrí que más allá de la fe y el amor está la delicia en Dios: un profundo y extraordinario éxtasis de felicidad que no se asemeja a nada en este mundo. Cuando salí de la prisión sentí como alguien que bajaba de la cumbre de una montaña desde la cual él ha visto a una distancia de muchas millas alrededor la paz y belleza del campo, y ahora tiene que retornar a la llanura.

Primeramente debo explicar por qué vine al Occidente hace más de dos años. Mi liberación en 1964,

junto con otros miles de prisioneros políticos y religiosos, se debió a que la República Popular Rumana había adoptado una política más «amigable» con respecto a Occidente. Me dieron la parroquia más pequeña de la nación. Mi congregación sumaba 35 personas. Si ingresaban 36 en la iglesia —me advirtieron— habría problemas. Pero yo tenía mucho que decir, y había muchos que deseaban oírme. Viajé secretamente para predicar en ciudades y aldeas, marchándome antes que la policía supiera que había un forastero en el distrito. Esto también tuvo que acabarse. Los pastores que me ayudaron fueron despedidos por el Estado, y yo llegaría a ser la causa de nuevos arrestos y confesiones obtenidas mediante tortura. Era una carga y un peligro para las mismas personas a quienes deseaba servir.

Mis amigos me insistieron que tratara de abandonar el país a fin de que hablara en el Occidente en favor de la iglesia subterránea. A juzgar por manifestaciones de los líderes de algunas iglesias del Oeste, era evidente que muchos ignoraban, y otros no querían saber, la verdad acerca de la persecución religiosa bajo los comunistas. Prelados de Europa y América hicieron visitas de amistad y participaron en banquetes con nuestros inquisidores y perseguidores. Cuando les preguntábamos la razón nos contestaban:

«Es que tenemos que ser amigos de todos, hasta de los comunistas.»

Entonces, ¿por qué no eran amigos de los que tanto habían sufrido? ¿Por qué no preguntaban una sola palabra sobre los sacerdotes católicos y los pastores muertos en prisión o bajo tortura, o dejaban un poco de dinero para sus familias sobrevivientes?

El arzobispo de Carterbury vino en 1965 y asistió a un servicio. El doctor Ramsey no sabía que la con-

gregación consistía de los funcionarios y los agentes de la policía secreta y sus esposas —la misma audiencia que suele presentarse en tales ocasiones; la misma que había escuchado a los rabís y «muftis» visitantes, obispos luteranos y líderes bautistas. Después que regresaban a su localidad, leíamos sus aprobadores comentarios con respecto a la libertad de que gozaba Rumanía. Un teólogo inglés escribió un libro en el cual declaró que Cristo hubiera admirado el sistema de prisiones comunista.

Pero a mí me quitaron la licencia para predicar. Me pusieron en la lista negra y me siguieron y vigilaron constantemente. Continué predicando en los hogares de amigos indiferentes al peligro, de modo que no me sorprendí cuando poco después de haberse iniciado las negociaciones secretas para mi partida al Oeste, un extraño me invitó a casa, dándome la dirección pero no el nombre. Lo encontré solo.

—Quiero hacerle un favor —me dijo. Lo reconocí como un agente de la policía secreta—. Un amigo mío dice haber recibido dólares para usted. Me imagino que usted querrá abandonar el país inmediatamente. Mi amigo está preocupado. Usted es un hombre que dice lo que siente, y acaba de salir de la prisión. Las autoridades piensan que sería mejor que usted se quedara aquí un tiempo, o al menos un miembro de su familia, como garantía de su buena conducta. Por supuesto, su libertad será incondicional...

No le di seguridades. Ya tenían los dólares, y eso debía bastarles. Las organizaciones cristianas en el Occidente habían pagado 10.000 dólares para rescatarme. La venta de ciudadanos aporta moneda extranjera y ayuda al presupuesto de la República Popular. En Rumanía corre la siguiente broma: «Venderíamos al Primer Ministro si alguien lo quisiera.» Los judíos son vendidos a Israel a 2.000 dólares por cabeza; los miem-

bros de las minorías alemanas a la Alemania Occidental; los armenios a América. Los científicos, doctores y profesores cuestan alrededor de 10.000 dólares cada uno.

Después me citaron abiertamente a la jefatura de la policía. Un oficial me comunicó:

—Su pasaporte está listo. Puede irse cuando guste y adonde guste, y predicar cuanto quiera, pero no hable en contra de nosotros. Aténgase al Evangelio. De lo contrario lo haremos callar definitivamente. Es fácil hallar un asesino del hampa que lo haga por 1.000 dólares, o podemos traerlo de nuevo, como hemos hecho con otros traidores. Podemos destruir su reputación en el Occidente, preparándole un escándalo relacionado con el dinero o con el sexo.

Me dijo que podía irme. Esa fue mi libertad incondicional.

Vine al Oeste. Uno de los doctores que me examinaron dijo:

—Está lleno de hoyos como una criba. —No podía creer que mis huesos habían sido remendados y mi tuberculosis curada sin ayuda médica.

—No me pregunte sobre tratamiento; pregúntele a Quien me mantuvo vivo, y en el Cual usted no cree.

Mi nuevo pastorado a favor de la iglesia subterránea comenzó. Me reuní con amigos en nuestra Misión Escandinava, en Noruega. Cuando prediqué allí, una mujer que estaba sentada en la fila delantera empezó a llorar. Después me confesó que años más tarde había leído la noticia de mi arresto, y desde entonces había orado por mí.

—Hoy vine a la iglesia sin saber quién iba a predicar —me informó—. Al escucharlo comprendí que era usted, por eso llore.

Me enteré de que miles de personas habían orado por mí, y todavía oran diariamente por los que están en prisiones comunistas. Niños que nunca he conocido me escriben diciéndome: «Por favor, venga a nuestra ciudad, nuestras oraciones por usted han sido contestadas.»

En iglesias y universidades de toda Europa y América hallé que el público, aunque con frecuencia se conmovía profundamente con mis palabras, no creía en serio que los amenazaba un peligro.

—El comunismo aquí sería diferente —alegaban—. Nuestros comunistas son pocos, e inofensivos. Igual pensábamos en Rumanía cuando el Partido era pequeño. El mundo está lleno de pequeños partidos comunistas que esperan. Cuando un tigre es joven, se puede jugar con él; cuando crece, lo devora a uno.

He conocido a líderes de la iglesia occidental que me han aconsejado predicar el Evangelio y evitar los ataques al comunismo. Este consejo me lo dio también la policía secreta de Bucarest. Pero lo malo hay que llamarlo por su nombre. Jesús llamó a los fariseos «víboras», y por esto y no por el Sermón de la Montaña fue crucificado.

Denuncio al comunismo porque amo a los comunistas. Es posible odiar al pecado y amar al pecador. Los cristianos tenemos el deber de ganar las almas de los comunistas. Si no lo hacemos, se impondrán en el Occidente y a la vez también desarraigarán el cristianismo entre nosotros. Los dirigentes rojos son individuos infelices y miserables que pueden ser salvados, y el plan de Dios es enviar a alguien que lo logre. Dios mismo no vino a guiar a los judíos a salir de Egipto; mandó a Moisés. Por eso es preciso ganar para Dios a los líderes comunistas en todos los sectores —artísticos, científicos y políticos. Al persuadir a quienes moldean

la mente de los hombres detrás de la Cortina de Hierro, se gana a aquellos que ellos dirigen e influyen.

La conversión de Svetlana Stalin, la hija única del máximo asesino de cristianos en masa, un alma educada en la más estricta disciplina comunista, prueba que contra el comunismo hay un arma preferible a la bomba nuclear: el amor a Cristo.

RICHARD WURMBRAND

Primera parte

1

La primera parte de mi vida terminó el 29 de febrero de 1948. Caminaba solo por una calle de Bucarest cuando un Ford negro frenó bruscamente y dos hombres saltaron del mismo. Me agarraron por los brazos y me tiraron en el asiento trasero, mientras que un tercero sentado al lado del chófer me encañonaba con una pistola. El automóvil aceleró en el entonces tránsito de la noche de domingo. Al llegar a una calle llamada Rahova, atravesamos compuertas de acero que se cerraron tras de nosotros.

Mis secuestradores pertenecían a la policía secreta comunista, y éste era su edificio principal. Una vez dentro, me arrebataron mis papeles, pertenencias, corbata, cordones de zapatos, y finalmente mi nombre.

—De ahora en adelante —dijo el oficial de guardia— usted es Vasile Georgescu.

Era un nombre común. Las autoridades no querían que ni los guardias supieran a quién estaban vigilando,

en caso de que se suscitaran preguntas en el extranjero, donde yo era muy conocido. Tenía que desaparecer, como muchos otros, sin dejar rastro.

Calea Rahova era una prisión nueva, y yo su primer prisionero, aunque la prisión no era una nueva experiencia para mí. Ya había sido arrestado durante la guerra, por los fascistas que dominaban en los días de Hitler, y otra vez cuando los comunistas triunfaron. En la pared de concreto de la celda había una pequeña ventana muy alta, de camas de tablas, y el acostumbrado cubo en la esquina. Me senté a esperar a los interrogadores, sabiendo las preguntas que me harían y las respuestas que debía darles.

Conozco bien lo que es el temor, pero en ese momento no sentí ninguno. Este arresto, y lo que siguió, era la contestación a una oración que yo había formulado y esperaba diera nuevo sentido a mi vida pasada. No imaginaba los extraños y maravillosos descubrimientos que me estaban reservados.

2

Mi padre tenía en casa un libro que aconsejaba a los jóvenes cómo planear una carrera como abogado, doctor, oficial del ejército, y así sucesivamente. En una ocasión, cuando yo tenía cinco años, sacó a relucir este libro, preguntándoles a mis hermanos qué era lo que querían ser. Una vez que eligieron, mi padre se dirigió a mí, el menor.

—¿Y tú que quieres ser, Richard? —Miré nuevamente el título de la obra, *Guía General de Profesionales*, y pensando en esto repliqué:

—Quisiera ser guía general.

Han pasado cincuenta años desde entonces, catorce de ellos en prisión, y a menudo he recordado estas palabras. Se dice que elegimos temprano en la vida, y no sé cómo describir mejor mi presente labor sino como «guía general».

La idea de ser pastor cristiano, sin embargo, estaba muy lejos de pasarme por la mente, o por la de mis padres judíos. Mi padre murió cuando yo tenía nueve años, y nuestra familia estuvo siempre corta de dinero, y a veces de pan. Un individuo me ofreció en una ocasión comprarme un juego de ropa nueva, mas cuando fuimos a la tienda y el sastre sacó lo mejor que tenía, el donante dijo:

—Es demasiado bueno para un muchacho como éste.

Aún recuerdo su voz. Yo no adelantaba mucho en la escuela, pero teníamos muchos libros en casa. Antes de los diez años los había leído todos y me había convertido en un gran escéptico como Voltaire, al que admiraba. No obstante, me interesaba la religión. Observaba el ritual en las iglesias ortodoxa y católica romana, y una vez en la sinagoga vi a un conocido orando por su hija enferma. Como falleció al día siguiente, le pregunté al rabí:

—¿Qué clase de Dios puede desatender una plegaria tan desesperada? —Y él no supo responderme. Yo no podía creer en un ser todopoderoso capaz de dejar a tanta gente morir de hambre y sufrimiento, y mucho menos que hubiera puesto en la tierra un hombre de tanta bondad y sabiduría como Jesucristo.

Crecí, y me incorporé al mundo de los negocios de Bucarest. Me fue bien; antes de los veinticinco años contaba con abundante dinero para gastármelo en iluminados bares nocturnos, y en las muchachas del «pequeño París», como llamaban a la capital. No me importaba lo que ocurría en el mundo, con tal de satisfacer mi apetito de nuevas sensaciones. Era una exis-

tencia que muchos envidiaban, si bien me tenía en un estado de zozobra. Sabía que era una impostura; que estaba tirando como escoria algo bueno en mí, a lo que podía darle utilidad. A pesar de sentirme seguro de que no había Dios, de todo corazón deseaba que sí que lo hubiera; que existiera una razón para estar en este universo.

Un día entré en una iglesia y me paré con los otros delante de una estatua de la Virgen. Rezaban, y traté de unirme y repetir con ellos: «Dios te salve, María, llena eres de gracia»... pero permanecí completamente vacío. Le dije a la imagen: «Realmente eres como la piedra. ¡Cuántos te piden, y no tienes nada que darles!»

Después de casarme seguí buscando a otras mujeres. Continué persiguiendo el placer. mintiendo, engañando, sin negarme nada, hasta que a los veintisiete años estos excesos —combinados con las privaciones de mis primeros años, me provocaron la tuberculosis. Por esa época era una enfermedad peligrosa, y por un tiempo pareció que iba a morir. Descansé por primera vez en mi vida. Tuve miedo, en un sanatorio en el campo. Permanecía tendido mirando los árboles y pensando en el pasado, que lo reviví como escenas de una obra angustiada. Mi madre lloró por mí; mi esposa había llorado; inocentes muchachas habían llorado también. Había seducido y calumniado, me había burlado y alardeado, todo por una farsa. Allí acostado me invadieron las lágrimas.

En ese sanatorio oré por primera vez en mi vida, pero fue la oración de un ateo. Dije más o menos lo siguiente: «Dios, sé que no existes. Mas si por casualidad existieras, tienes la obligación de revelarte a mí; no es mi deber buscarte a Ti.»

Hasta entonces mi filosofía había sido materialista, pero en el mundo no estaba satisfecho con ella. En teoría creía que el hombre es sólo materia, y cuando mue-

re se descompone en sal y minerales. Sin embargo, con todo, perdí a mi padre y había asistido a otros funerales, jamás podía pensar en los muertos sino como gente. ¿Quién puede guardar la memoria de un hijo o de la esposa muerta como un montón de minerales? Si siempre son los seres amados los que se conservan en nuestro recuerdo, ¿cómo puede la mente equivocarse tanto?

Mi alma estaba llena de contradicciones. Había pasado muchas horas en ruidosos lugares de diversión, entre chicas medio desnudas y música excitante, pero igualmente me agradaba tomar solitarios paseos en los cementerios, a veces en días de invierno cuando una espesa capa de nieve cubría las tumbas, diciéndome en mi interior: «Algún día yo también estaré muerto y la nieve caerá sobre mi tumba, mientras los vivos reirán, se abrazarán, y disfrutarán de la vida, sin que yo pueda participar en sus gozos; sin saber siquiera quiénes son ellos y ellas. Simplemente dejaré de existir. Después de un breve tiempo, nadie me recordará. Y si es así, ¿de qué vale todo esto?»

Al reflexionar sobre los problemas sociales y políticos, confiaba en que quizás algún día la humanidad encontraría un sistema capaz de proporcionar libertad, seguridad y riqueza para todos. Mas si todo el mundo es feliz, nadie querrá morir, y el pensamiento de que alguna vez tendrán que abandonar su placentera existencia, probablemente los hará más desdichados que nunca.

Recuerdo haber leído que Krupp, el millonario fabricante de armas letales, se horrorizaba de la muerte. No permitía a nadie pronunciar esa palabra en su presencia. Se divorció de su primera esposa porque ella le contó la muerte de un sobrino. Lo poseía todo, pero era muy infeliz sabiendo que su dicha no podía durar; que tendría que dejarla atrás y podrirse en la tumba.

Aunque yo había leído la Biblia como pasatiempo literario, me ofuscaba al llegar al punto en que los adversarios desafiaban a Cristo diciéndole: «Si eres el Hijo de Dios baja de la cruz.» Y en lugar de hacerlo, murió, como dando la razón a sus enemigos. Sin embargo, mis pensamientos iban espontáneamente a Cristo. Me decía en mi interior: «Ojalá hubiera podido conocerlo y hablar con El.» Mi diaria meditación concluía con este anhelo.

En el sanatorio había una paciente demasiado enferma para salir de su habitación, pero de algún modo oyó hablar de mí y me mandó un libro acerca de los hermanos Ratisbonne, fundadores de una orden para convertir judíos. Mientras yo malgastaba mi vida, otros habían estado orando por mí, un judío.

Después de algunos meses en el sanatorio mejoré ligeramente y me fui a convalescer a una villa montañosa, donde me hice amigo de un anciano carpintero que me regaló una Biblia. No era una Biblia corriente, como supe más tarde. El y su esposa habían pasado horas diariamente orando por mí.

Yacía en el sofá de mi casita leyendo el Nuevo Testamento, y a medida que pasaron los días, Cristo se me hizo tan real como la mujer que me traía la comida. Pero no todo el que reconoce a Cristo se salva. Satanás cree, y no es cristiano. Le dije a Jesús: «Nunca me tendrás por discípulo. Quiero dinero, viajes, placer. Ya he sufrido bastante. El tuyo es el camino de la cruz, y aunque fuera también el camino de la verdad, no lo seguiré.» Su respuesta me atravesó la mente como una súplica: «¡Ven por mi camino! ¡No temas a la cruz! ¡En ella encontrarás el mayor de los gozos!»

Seguí leyendo, y nuevamente los ojos se me llenaron de lágrimas. No podía evitar comparar la vida de Cristo con la mía; Su actitud, tan pura, y la mía, tan corrompida; Su naturaleza tan abnegada, y la mía, tan

codiciosa; Su corazón tan lleno de amor, y el mío, tan lleno de rencor. Mis antiguas ambiciones empezaron a desmoronarse, al confrontar tanta sabiduría y verdad. Cristo había apelado siempre a las profundidades de mi corazón, al cual mi conciencia no había tenido acceso, y ahora admitía para mis adentros: «Si poseyera una mente como la de El, podría basarme en sus conclusiones.» Era como el protagonista del antiguo cuento chino, que caminaba penosamente bajo el sol hasta que llegó a un inmenso roble y descansó bajo su sombra. «¡Qué casualidad que te encontré», dijo. Pero el roble le replicó: «No es casualidad. He esperado 400 años por ti.» Cristo había esperado por mí toda la vida, y ahora nos encontrábamos.

3

Mi conversión ocurrió seis meses después de mi matrimonio con Sabina, una joven que jamás había dedicado un pensamiento a las cosas espirituales. Para ella fue un terrible golpe. Era joven y bella, y había carecido mucho en su niñez. Anticipaba el comienzo de una vida más feliz cuando el hombre que amaba, su compañero de placer, se tornó un creyente que hablaba de hacerse pastor. Posteriormente me confesó que incluso contempló la idea del suicidio.

Un domingo le propuse asistir al culto nocturno, pero rompió a llorar, manifestando su deseo de ver una película.

—Está bien —accedí—. Iremos, porque te amo. —Caminamos de un teatro a otro y elegimos la película que nos pareció más sugestiva. A la salida la llevó a un café donde ella se comió una tarta de crema.

—Ahora vete a la casa a acostarte —le dije—. Voy a buscarme una muchacha para llevarla a un hotel.

—¿Qué dijiste?

—Muy sencillo. Te vas tú a casa. Quiero buscarme una mujer y llevarla a un hotel.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—¿No me obligaste ir al cine y ver lo que el héroe hizo? ¿Por qué no puedo yo hacer lo mismo? Si vamos mañana, y pasado, y el otro, a ver películas de esa índole... cada hombre se vuelve lo que observa. Pero si quieres que yo sea un buen esposo, ven a la iglesia conmigo algunas veces.

Lo pensó. Entonces, calladamente, sin estridencias, comenzó a asistir a la iglesia más a menudo. Todavía refunfuñaba, porque deseaba llevar una vida alegre. y cuando quería ir a alguna parte yo iba también. Una noche fuimos a una fiesta en la que muchos estaban borrachos. El aire se hallaba cargado de humo. Las parejas bailaban y se hacían el amor abiertamente. De pronto mi esposa se llenó de asco y exclamó:

—¡Oh, vámonos ahora mismo!

—¿Por qué?, si acabamos de llegar —le rebatí. Y nos quedamos hasta la media noche. De nuevo quiso irse para la cama y de nuevo me negué. Igual sucedió a la 1 y a las 2. Cuando comprendí que de veras aborrecía lo que estaba pasando, convine en marcharnos.

Salimos al aire frío, y Sabina me dijo:

—¡Richard! Voy ahora mismo a casa del pastor para que me bautice. ¡Será como tomar un baño, después de toda esta suciedad!

Me reí y le dije:

—Ya que has esperado tanto, puedes aguardar hasta mañana. Deja dormir al pobre pastor.

4

Nuestra vida cambió por completo. Anteriormente peleábamos por cualquier tontería. A veces poco me hubiera costado divorciarme de Sabina cuando ella se interfería con mis placeres. Ahora nos había nacido un hijo. Mihai fue un regalo de Dios, porque en los primeros años no deseábamos una criatura que pudiera interrumpir nuestras diversiones.

Nos alegramos mucho cuando el reverendo Georges Steven, Jefe de la Misión de la Iglesia Anglicana de Bucarest, me pidió que fuera su secretario. Hice lo que pude por adaptar mis instintos de negocios, tropezando con dificultades cuando persuadí a un agente de seguros a aceptar cohecho y desistir de una reclamación contra la Misión. Para sorpresa mía, Mr. Stevens no estuvo de acuerdo con el arreglo que yo le proponía.

—Dígame quién tiene razón, ¿la Compañía o nosotros? —preguntó.

Le confesé que la reclamación era justificada.

—Entonces debemos pagar —añadió, dando por terminado lo que para mí resultó un intercambio revelador.

En 1940 se rompieron las relaciones entre Rumanía y Gran Bretaña, y los clérigos ingleses tuvieron que marchar. Como no había nadie disponible, tuve que apañarme para seguir desempeñando yo el trabajo pastoral de la iglesia, pero lo hacía de un modo profesional y forzado.

Estudí y aprendí yo mismo a predicar, hasta que me ordené como pastor luterano. En todo este tiempo estuve considerando las denominaciones rivales que había en el país. La iglesia ortodoxa, a la cual pertenecía la inmensa mayoría de la gente, me pareció muy inclinada al espectáculo externo. Igual me sentía con res-

pecto al ritual católico. Un domingo de Resurrección después de escuchar toda la liturgia latina y un discurso político que pronunció el obispo, me fui sin oír siquiera, en mi propio idioma, que Cristo se levantó de entre los muertos. Me atrajeron los sencillos servicios protestantes que hacían del sermón —en el cual uno podía aprender, y proporcionar un banquete a la mente— su parte central. Además, sentía una especie de afinidad espiritual con Martín Lutero, por su grandeza. Era un hombre de mal carácter, discutidor, pero amaba a Jesús tan hondamente que esto le llevó a pensar que el hombre no se salva por sus obras sino por su fe. Pero eso me convertí en luterano.

Siempre me había acercado al clero de la iglesia con cautela, especialmente con aquellos dispuestos a preguntarme si yo estaba «salvado». Ahora, aunque no llevaba el atuendo clerical, sentía el irresistible impulso de meter al mundo entero en mi parroquia. No me bastaba con los conversos que hacía. Llevaba una lista de mi congregación y la repasaba en autobuses y en salones de espera, preguntándome qué estarían haciendo en ese momento cada uno de ellos. Si alguno desertaba, me sumía en tristeza durante horas. Era un dolor, una pena casi física, como un cuchillo clavado en mi corazón, al extremo de tener que rogarle a Dios que me lo quitase. No podía seguir viviendo con ese dolor del corazón.

5

Entre las condiciones impuestas por Stalin para ayudar económicamente a Hitler durante la guerra, estaba la de fragmentar la Europa Oriental. Un tercio de nuestro territorio nacional fue dividido entre Rusia, Bul-

garia y Hungría. La influencia nazi apoyó el crecimiento del movimiento llamado «Guardia de Hierro», cuyos miembros trataron de lugar a la iglesia ortodoxa al terrorismo político. La noche antes del asesinato del Primer Ministro Calinescu —su principal oponente—, nueve fanáticos pasaron horas postrados en el piso de la iglesia con sus cuerpos formando una cruz. Más tarde la Guardia de Hierro ayudó al protegido de Hitler, general Ion Antonescu, a tomar el poder. Al rey Carol lo forzaron a abdicar en favor de su joven hijo Miguel, en cuyo nombre Antonescu gobernó como un dictador.

La Guardia de Hierro tuvo entonces mano libre para tratar con los judíos, comunistas y protestantes. El crimen se paseaba por las calles. Nuestra Misión fue acusada de traición. A mí me amenazaban diariamente. Un domingo vi desde el púlpito a un grupo de individuos vestidos con las camisas verdes de la Guardia de Hierro. Estaban reunidos sin hacer ruido en la parte de atrás de la iglesia. La congregación, que miraba hacia el altar, no había notado la presencia de los extraños, a quienes les vi pistolas en las manos. Se me ocurrió que de ser éste mi último sermón, tenía que ser bueno.

Era sobre las manos de Jesús. Les conté que ellas habían enjugado lágrimas, alzado a los niños, y alimentado al hambriento; habían curado al enfermo y habían sido clavadas en la cruz. También habían bendecido a los discípulos antes que El ascendiera al Cielo.

Entonces levanté la voz:

—Pero ustedes, ¿qué han hecho con sus manos?

La congregación me miró asombrada. Sus manos sostenían los libros de oraciones.

Denuncié en tono amenazador:

—¡Ustedes está matando, pagando y torturando a muchos inocentes! ¿Y se llaman cristianos? ¡Limpíense las manos, pecadores!

Los tipos de la Guardia de Hierro se pusieron furiosos, pero no se atrevieron a interrumpir el servicio. Se sentaron con las pistolas sacadas, mientras yo hacía una plegaria. Pronuncié la bendición, y el público empezó a dispersarse. Cuando casi todos se habían marchado sanos y salvos, bajé del púlpito y me metí detrás de una cortina. Oí pasos que corrían, y gritos de: «¿Dónde está Wurmbrand? ¡A cogerle!», antes que yo me metiera por una pequeña puerta y la cerrara con llave. Esta salida secreta la habían construido hacía muchos años. Atravesando pasillos hallé la salida a la calle y escapé.

Según la guerra avanzó, muchas de las minorías cristianas sufrieron persecución— adventistas, bautistas y pentecostales— fueron asesinadas o llevadas a campos de concentración juntamente con los judíos. Todos los familiares de mi esposa fueron apresados y jamás los volvimos a ver. Yo había sido arrestado antes por los nazis en tres ocasiones; me sometieron a juicio, me interrogaron, me golpearon y me pusieron cada vez en prisión. De manera que estaba bien preparado para lo que me sobrevendría bajo los comunistas.

6

Por la ventana de mi celda en Calea Rahova podía ver una esquina del patio. En el momento que miré, vi que dejaban entrar por las compuertas a un sacerdote que cruzó rápidamente el asfalto y entró por una puerta. Era un delator que venía a informar acerca de sus feligreses.

Sabía que me aguardaban interrogatorios, maltratos, posiblemente años de prisión, y la muerte. Me pregunté

si mi fe era lo bastante fuerte. Recordé entonces que en la Biblia está escrito 366 veces, una por cada día del año: «No tengas miedo.» 336, no 365 veces, para incluir el año bisiesto. ¡Y éste era el 29 de febrero —una coincidencia que me hizo sentir que no debía temer!

Los interrogadores no mostraron prisa por verme, porque las prisiones comunistas son como archivos, que se examinan en cualquier oportunidad en que se necesita la información. Me interrogaron una y otra vez durante los catorce años y medio que pasé en prisión. Sabía que en opinión del Partido, mis conexiones con las misiones de la iglesia occidental y con el Concilio Mundial de Iglesias eran prueba de traición, pero había mucho más de importancia que ellos ignoraban y no debían saberlas por mí.

Me había preparado para la prisión y la tortura, como un soldado en tiempo de paz se prepara para las vicisitudes de la guerra. Había estudiado la vida de los cristianos que compartieron semejantes fatigas y tentaciones sin darse por vencidos, y pensaba en la manera de aprovechar sus experiencias. Muchos que no estaban preparados, fueron aplastados por el dolor, o engañados para decir lo que no debían.

A los pastores y sacerdotes les decían siempre los interrogadores: «Como cristianos deben prometer decirnos toda la verdad.» Por mi parte, en la seguridad de que sería hallado culpable sea lo que fuese que dijera, decidí que bajo tortura me podría incriminar a mí mismo, pero jamás delatar a amigos que me habían ayudado a propagar el Evangelio. Me propuse, en fin, dejar a mis interrogadores más confusos al final de su investigación que al comienzo. Los despistaría por completo.

Mi primera tarea sería ingeniármelas para enviar una advertencia a mis colegas y hacer saber a mi esposa dónde yo estaba. Pude sobornar a un guardia para que

me sirviera de intermediario, ya que por entonces mi familia todavía tenía dinero. Recibió casi 1.000 dólares de mi esposa por llevar mensajes en las próximas semanas. Muy pronto, empero, nos quitaron todo lo que poseíamos.

El guardia me trajo noticia de que el Embajador Sueco había protestado por mi desaparición, alegando que había mucha gente en Escandinavia y en Inglaterra que me quería. El Primer Ministro, la señora Ana Pauker, replicó que no sabían nada de mí, que había dejado secretamente la misión hacía algún tiempo.

7

El Embajador, como enviado neutral, no pudo seguir insistiendo en el asunto, y menos que nadie con la señora Pauker, una mujer ante la cual se intimidaban muchos hombres fuertes. Yo la había conocido, y a su padre, un clérigo llamado Rabinovici, quien me había confesado tristemente «Ana no alberga en su corazón la menor simpatía por nada que sea judío.» Estudió medicina, y se dedicó a enseñar en la Misión de la iglesia anglicana, antes de abrazar la causa comunista y casarse con un ingeniero de ideas similares, llamado Marcel Pauker. Ambos entraban y salían de la prisión para conspirar, pero Ana demostró ser la secuaz más violenta. Marchó a vivir a Moscú y Marcel la siguió, aunque con menos entusiasmo. Durante una de las purgas desencadenadas por Stalin antes de la guerra, Marcel fue «ejecutado» —asesinado de un tiro—, se dijo, a manos de su esposa. Pocos dudaron esta historia. Ana era externamente una mujer política, pero por dentro otra Lady Macbeth «de la cabeza a los pies llena de la cruel-

dad mas horrenda.» Después de pasar el resto de la guerra como una ciudadana soviética en Moscú, con rango de Oficial en el Ejército Rojo, la señora Pauker regresó con el nombramiento de Ministro del Exterior, convirtiéndose en la influencia dominante en Rumanía.

Tal era su lealtad a Rusia que cuando un día le preguntó alguien por qué andaba por todo Bucarest con la sombrilla abierta se afirmaba que Ana contestó: «¿No han oído el protóstico del tiempo? Está lloviendo a cántaros en Moscú.»

Después que un grupo de líderes políticos encabezados por el joven rey Miguel depusieron valientemente al General Antonescu y terminaron su asociación con Alemania, se convocó una reunión en Moscú para decidir la forma que tomaría el mundo de la posguerra. Churchill le propuso a Stalin: «¿Qué le parece si ustedes se quedan con el noventa por ciento del mando en Rumanía, mientras nosotros tomamos el noventa por ciento en Grecia?» Y escribió las palabras en una hoja de papel. Stalin hizo una pausa. Luego hizo una indicación en el papel con un lápiz azul y se la devolvió.

Un millón de tropas rusas cayeron en Rumanía. Eran nuestros nuevos «aliados».

«¡Ya vienen los rusos!» no era un chiste popular. Los nuevos ocupantes del país sólo tenían una meta en la vida: beber, robar y saquear a los «explotadores capitalistas». Miles de mujeres de todas las edades y condiciones fueron violadas por soldados que irrumpieron en sus hogares. A los hombres les robaron en la calle tales «artículos de lujo» como bicicletas y relojes de pulsera. Cuando a disparos se restauró el orden en el Ejército Rojo, y las tiendas comenzaron a levantar los postigos, las tropas visitantes se asombraron de las excelentes mercancías expuestas, y mucho más cuando supieron que la mayor parte de los clientes eran campesinos y trabajadores de fábricas.

La capitulación proclamada el 23 de agosto de 1944 todavía se celebra todos los años como el día en que Rumanía fue liberada. La realidad es que sus términos se usaron para despojar a la nación de toda su Marina, la mayor parte de la flota mercante, la mitad de su material rodante, y todos sus automóviles. Los productos de granja, caballos, ganado, y nuestras existencias de aceite y petróleo, fueron llevados a Rusia. Fue así como Rumanía, conocida como el granero de Europa, se convirtió en un área de hambre.

8

El día de mi conversión yo había pedido: «Dios mío, yo fui un ateo. Ahora déjame ir a Rusia a trabajar como misionero entre los ateos, y no me quejaré si después tengo que pasar el resto de mi vida en prisión.» Pero Dios me evitó el largo viaje a Rusia; en cambio, Rusia vino a mí.

Durante la guerra, a pesar de la persecución, los seguidores de nuestra misión habían aumentado grandemente, y muchos de los filo-nazis que antes molestaron a los judíos y protestantes, ahora adoraban a Dios al lado de sus anteriores víctimas, llenos de temor.

Después de la guerra continué mi trabajo para las misiones de la iglesia occidental. Contaba con oficina, equipo, secretarías —un «frente» para mi campaña.

Hablo bien el ruso. Me era fácil conversar con los soldados rusos en las calles, tiendas, y trenes. No llevaba traje de clérigo, y me tomaban por un ciudadano cualquiera. Los hombres más jóvenes, sobre todo, se sentían aturcidos y extrañaban su tierra. Les encantaba que les enseñaran las vistas de Bucarest y los invita-

ran a visitar hogares amistosos. En esto tuve la ayuda de numerosos jóvenes cristianos que también hablaban ruso. A las muchachas les dije que podían valerse de su belleza para atraer a los hombres a Cristo. Una joven que vio a un soldado solo en una taberna, se sentó a su lado y aceptó su oferta de beber, sugiriéndole entonces que fueran a un lugar más tranquilo, para hablar.

—Contigo voy a donde sea —le dijo el ruso, y ella lo trajo a mi casa. El soldado se convirtió, y como él, vinieron muchos otros.

Secretamente publicamos el Evangelio en ruso. Más de 100.000 libros fueron distribuidos en cafés, parques, estaciones de ferrocarril, dondequiera que hubiera rusos —durante más de tres años. Pasaban de mano en mano hasta que se hacían pedazos. Muchos de nuestros ayudantes eran arrestados, pero ninguno me denunció.

No solamente nos admirábamos del número de conversiones, sino de su sencillez. Los rusos ignoraban totalmente nuestra religión, pero en lo profundo de su corazón, por así decirlo, habían buscado la verdad, que ahora reconocían con delicia. En su mayoría eran jóvenes campesinos que habían trabajado en la tierra, sembrando y cosechando, y en la médula de sus huesos sabían que alguien da órdenes a la naturaleza, aunque por haber sido criados como ateos, creían serlo, al igual que muchos creen ser cristianos y no lo son.

En un viaje por tren conocí a un joven pintor de la Siberia exterior, y mientras viajábamos le hablé de Cristo.

—¡Ahora comprendo! —dijo—. Solamente sabía lo que nos enseñaron en las escuelas que la religión es un instrumento del imperialismo, y cosas por el estilo. Pero yo acostumbraba caminar por un viejo cementerio cerca de mi casa, donde podía estar solo. Frecuentemente me iba a una casita abandonada entre las tumbas. —Comprendía que era la capilla ortodoxa del cemen-

terio—. En la pared había una pintura con un hombre clavado en una cruz. Debió haber sido un gran criminal para ser castigado de esa manera, pensé. Pero, si fue un criminal, ¿por qué su retrato ocupa un lugar de honor como si fuera Marx o Lenin? Llegué a la conclusión de que primero lo habían creído un criminal y luego lo habían hallado inocente, por lo que, de remordimiento, tenían allí su retrato.

—Está a medio camino de la verdad —le dije al punto. Cuando llegamos a nuestra estación horas después, sabía todo lo que yo podía contar sobre Jesús. Al despedirme, confesó:

—Planeaba robar algo esta noche, como hacemos todos, pero ahora no puedo. Creo en Cristo.

9

Trabajamos asimismo entre los comunistas rumanos. Cada libro tenía que pasar por la censura. Presentábamos libros que llevaban en la portada el retrato de Karl Marx, y unas cuantas páginas de apertura repitiendo su argumentos y los de Lenin sobre la religión. El censor no seguía leyendo, y por suerte, porque el resto del libro tenía un contenido enteramente cristiano. Al censor le gustaba otro de nuestros títulos: *La religión, el opio del pueblo*. Confrontando con pilas de libros viejos y nuevos que leer, no se molestaba en mirar adentro, donde habría hallado únicamente argumentos cristianos. A veces un censor pasaba cualquier cosa a cambio de una botella de licor.

El número de comunistas rumanos había aumentado de unos pocos miles a millones, ya que una tarjeta del Partido podía representar la diferencia entre

comer y pasar hambre. Stalin había instalado un gobierno de «frente unido» de su propia elección, con Groza, el líder del «Frente del Labrador», a la cabeza. Aparte de Ana Pauker, que según los comentarios «inventó» a Groza, el poder lo ejercían los rusos a través de tres camaradas veteranos del Partido: Lucretiu Patrascanu, nombrado Ministro de Justicia; Teohari Georgescu, que se encargó de la policía y «seguridad» como Ministro del Interior; y Georghe Gheorghiu-Dej, un tosco obrero del ferrocarril que fue Primer Secretario del Partido.

Asistí en el papel de observador a una reunión de sacerdotes ortodoxos a los cuales Gheorghiu-Dej se dirigió después que los comunistas tomaron el poder. Jovial y rechoncho, les aseguró que estaba dispuesto a «perdonar y olvidar». A pesar de las muchas conexiones que su iglesia tuvo en el pasado con la Guardia de Hierro y otras organizaciones de derecha, el Estado seguiría pagando sus sueldos como antes. Sus observaciones finales acerca de la similitud entre los ideales cristianos y los comunistas recibieron aplausos.

En ocasiones informales Gheorghiu-Dej era franco acerca de su ateísmo y de su convicción de que el comunismo se extendería por el mundo entero. Sin embargo, se refería indulgentemente a su anciana madre que llenaba sus hogares de iconos y criaba a las hijas como creyentes ortodoxas. En once años de prisión bajo el viejo régimen. Dej tuvo tiempo de estudiar la Biblia y discutir religión con muchos sectarios presos a los cuales expresó simpatía. Habiendo escapado de la cárcel justamente antes de que los rusos vinieran, hubiera sido capturado y asesinado por el dictador Antonescu de no haberlo asilado un sacerdote benévolo. Pero si la religión había tocado la vida de Gheorghiu en sus días de lucha, ahora que se hallaba en el pináculo no había sitio para ella. La esposa que tanto tiempo esperó su retorno fue repudiada, ocupando su lugar una actriz del

cine. La casa se llenó de criados y aspirantes; Dej era rico y famoso, y no estaba en disposición de escuchar a nadie.

Cuando en sus encuentros con sacerdotes alguien enderezaba la conversación hacia los canales espirituales, replicaba con los habituales argumentos del Partido. Nos aseguró que todos tendríamos completa libertad de conciencia en la nueva Rumanía, siempre que los pastores y religiosos prometieran abstenerse de causar problemas al Estado. Yo escuché, y me reservé mis dudas. Muchos clérigos salieron de esa reunión convertidos en campeones de la manera de vivir comunista, pero tarde o temprano chocaron con alguna doctrina del Partido y acabaron en prisión.

La campaña para minar la religión se desarrolló rápidamente. Todos los fondos y posesiones de la iglesia ortodoxa fueron nacionalizados. Un individuo nombrado Ministro de Cultos controlaba por completo la clerecía, pagando salarios y confirmando nombramientos. El patriarca Nicodim, que envejecía y virtualmente de la iglesia ortodoxa. El Partido, sin embargo, necesitaba un instrumento más flexible, por lo que Dej decidió que el hombre indicado era el sacerdote que lo había escondido de los fascistas el año anterior. De este modo el padre Justiniano Marina, un oscuro maestro de seminario en Rimincul-Vilcea, subió al obispado, y pronto los catorce millones de rumanos ortodoxos que asistían a las iglesias, comprendieron que el verdadero patriarca era Dej, en todo menos en el nombre, que ostentaba Nicodim.

La tarea siguiente fue separar a los católicos romanos de los griegos, de los cuales había dos millones y medio. Los católicos griegos, generalmente llamados Unidos, a la vez que conservaban muchas tradiciones propias (incluyendo el derecho de los sacerdotes a casarse) aceptaban la supremacía del Papa. Ahora se apoderaban de ellos (obligándolos a «consolidarse» a la

fuerza con la obediente iglesia ortodoxa, separada de Roma. La mayor parte de los sacerdotes, y todos los obispos que objetaban a esta boda a la fuerza, fueron arrestados, sus diócesis fueron abolidas, y sus propiedades confiscadas. A los católicos romanos se les obligó a romper con el Vaticano. Como rehusaron, ellos también pagaron muy caro su resistencia. Con las cárceles llenas de sacerdotes, y los espeluznantes relatos que se propagaban por toda la nación acerca del trato que se les daba, las religiones en minoría sencillamente inclinaron la frente y aguardaron su destino.

10

No tuvieron que esperar mucho. En 1945 se convocó un «Congreso de Cultos» en el Edificio del Parlamento rumano, con 4.000 delegados de la clerecía ocupando asientos fijos. Obispos, sacerdotes, pastores, rabís, mullahs, aplaudieron cuando se anunció que el camarada Stalin (cuyo inmenso retrato colgaba de la pared) era patrón del congreso. Prefirieron olvidar por el momento que al mismo tiempo era Presidente de la Organización Atea Mundial. El anciano patriarca Nicodim, todo tembloroso, bendijo la asamblea. El Primer Ministro, Groza, la abrió. Admitió ser él mismo hijo de sacerdote, y sus generosas promesas de apoyo, secundadas por otros personajes que lo siguieron, fueron vitoreadas con agradecimiento.

Uno de los principales obispos ortodoxos contestó diciendo que en el pasado muchos riachuelos políticos habían desembocado por el gran río de su iglesia —verdes, azules, tricolores— y que acogía con entusiasmo la perspectiva de que se le uniera uno rojo. Un líder

tras otro —calvinistas, luteranos, el rabí principal, se levantaron en turno para hablar, expresando su buena voluntad en cooperar con los comunistas. Mi esposa, sentada a mi lado, no pudo contenerse más. Me dijo:

—¡Ve y limpia esa vergüenza del rostro de Cristo!

—Si lo hago pierdes a tu marido —le contesté.

—No necesito a un cobarde. ¡Ve y hazlo! —insistió Sabina.

Pedí hablar, y con gusto me invitaron a la tribuna. Los organizadores del acto esperaban publicar al día siguiente el mensaje de congratulación del pastor Wurmbrand, ligado a la Misión de la iglesia sueca y el Concilio Mundial de Iglesias.

Comencé con unas breves palabras sobre el comunismo. Dije que era nuestro deber como sacerdotes glorificar a Dios y a Cristo, no a los poderes terrenos transitorios, y apoyar Su reino eterno de amor, contra las vanidades efímeras. A medida que avanzaba, los sacerdotes que por horas se habían sentado a escuchar las floridas patrañas sobre el Partido, parecieron despertar de un sueño. Uno comenzó a aplaudir. La tensión se soltó, y súbitamente estallaron los aplausos, en olas sucesivas, en tanto que los delegados, de pie, me aclamaban. El Ministro de Cultos, un antiguo sacerdote ortodoxo llamado Barducea, fascista activo en otras épocas, me gritó desde la plataforma que mi derecho a hablar quedaba revocado. Repliqué que yo tenía el derecho de Dios, y proseguí. Por fin desconectaron el micrófono, pero para entonces imperaba en la sala tal tumulto que no se podía oír nada.

Esto cerró el congreso por ese día. Me enteré de que el Ministro de Cultos intentaba anular mi licencia como pastor, y se me aconsejó recabar la ayuda del influyente patriarca electo. Después de varias tentativas logré comunicarme con Justiniano, a su retorno de una visita a Moscú, donde lo habían hecho objeto de

gran publicidad. De negra barba, sonriente, embargado por su nueva dignidad, pero de ninguna manera un tonto, este individuo tenía por entonces a su cargo cuatro quintas partes de la población rumana que asistía a las iglesias, y de pronto resolví visitarle para ventaja de la causa, sin mencionarle mis propias dificultades y temores. Le expresé que desde su ascenso él había estado constantemente en mis oraciones; que tener la responsabilidad de catorce millones de almas era verdaderamente una carga imponente para llevarla un solo hombre; que debía sentirse como San Ireneo, el cual lloró cuando la gente lo hizo obispo contra su voluntad, alegando: «Hijos míos, ¿qué habéis hecho? ¿Cómo puedo volverme el hombre que esta carga requiere? La Biblia afirma que un obispo tiene que ser un hombre modelo.

Yo hablaba y él decía poco, aunque después deirme preguntó a sus amigos sobre mí. Por una temporada cesaron las habladurías sobre la revocación de mi licencia. Más adelante, cuando la policía me detuvo para una investigación que duró seis semanas, Justiniano estuvo entre los que me ayudaron a conseguir la libertad, y aun después me invitó a Iashi, la sede de su obispado, donde nos hicimos amigos. Su ignorancia de la Biblia era asombrosa, pero no excepcional entre los sacerdotes ortodoxos. Escuchaba atentamente cuando yo le recordaba la Parábola del Hijo Pródigo. Tomando sus manos en las mías, le aseguré que Dios acogía de nuevo a todos los extraviados, incluso a obispos. Otros cristianos además de mí usaron toda la influencia posible para convencer a Justiniano, quien había iniciado una vida de oraciones y de amor a Dios cuando, sin tener en cuenta sus sentimientos, el Partido lanzó una campaña de lleno contra la religión, y lo perdí de vista durante varios años.

La campaña contra Dios se desencadenó mano a mano con la eliminación de los partidos de oposición,

porque una vez que Stalin obtuvo de su aliados de guerra cuanto quería, desaparecieron hasta los últimos vestigios de democracia. El importante líder rumano del Campesino Nacional, Juliu Maniu, fue sometido a juicio junto con otros dieciocho por acusaciones falsas, y a la edad de más de setenta años lo sentenciaron a diez años de prisión, muriendo en prisión cuatro años más tarde. En el reinado del terror que siguió, se estima que unos 60.000 «enemigos del Estado» fueron ejecutados.

Irónicamente, el Ministro de Justicia que presidió esta purga, Lucreitu Patrascanu, de 47 años, había recibido considerable ayuda de Maniu en su defensa de los comunistas perseguidos antes de la guerra. Los dos hombres también laboraron juntos con el rey Miguel en el planteamiento de un armisticio que Patrascanu firmó entonces en Moscú en nombre de Rumanía. Cuando Maniu fue silenciado, Patrascanu y otros líderes del Partido forzaron a nuestro querido y joven camarada a abdicar.

Proclamaron, pues, una República Popular, pero, ¿quién la presidiría? No el títere Groza, ciertamente. Ana Pauker era detestada hasta en el Partido; los otros estaban de punta. Muchos de los admiradores de Patrascanu vieron en él un comunista nacionalista que guiaría a la nación sin los desmanes de Stalin. Era un comunista tipo «occidental», procedente de una familia de terratenientes, teniendo todo el mundo mejor opinión de él cuando declaró ser romano antes que rojo.

El problema del liderazgo fue tema de encendido debate en el Comité Central del Partido.

Hasta entonces mi vida como pastor había sido completamente satisfactoria. Tenía todo lo que necesitaba para mi familia. Disfrutaba de la confianza y el amor de mis feligreses, pero me faltaba paz. ¿Por qué se me permitía vivir como siempre mientras una cruel

dictadura destruía cuando me era querido, y otros padecían por su fe? Muchas noches Sabina y yo oramos juntos, pidiéndole a Dios que nos permitiera llevar una cruz.

11

Mi arresto, en las recogidas generales muy frecuentes en esa época, pudo considerarse una respuesta a mis oraciones, pero jamás hubiera imaginado que el primer hombre que me hizo compañía en la celda fuera el camarada Patrascanu mismo.

Cuando se abrió la puerta de mi cuarto en Calea Rahova, pocos días después de mi llegada, para admitir al alto Ministro de Justicia, al principio creí que había venido a interrogarme en persona, y me pregunté a qué se debía este honor. Entonces la puerta se cerró tras el, y lo que era más extraño aún, llevaba la camisa abierta en el cuello, y no tenía puesta corbata. Miré sus zapatos bien lustrados y sin cordones. El segundo prisionero en mi flamante celda era el hombre que había introducido el comunismo en nuestra patria.

Se sentó en la otra litera y subió los pies. Un intelectual de recia mentalidad como él era, no iba a dejar que la transformación de Primer Ministro a prisionero afectara su aplomo. Envueltos en nuestros abrigos para protegernos del frío de marzo, nos pusimos a conversar. Aunque me constaba que las doctrinas de Patrascanu habían hecho trizas la justicia y ocasionado mucha destrucción, era fácil sentirse atraído hacia él como individuo y creer en su sinceridad. Se encogió de hombros cuando hablamos de su arresto. No era ésa su

primera temporada en prisión. Los antiguos gobernantes de Rumanía lo habían arrestado innumerables veces. Al parecer, su creciente popularidad fue la causa de que los otros líderes del Partido se confabularan contra él. En su congreso que tuvo lugar días antes, lo había denunciado como traidor burgués en la guerra de clases, su colega Teohari Georgescu, Ministro del Interior. Otra acusación, la de que Patrascanu había sido «virtualmente ayudado por los poderes imperialistas» fue respaldada por Vasile Luca, Ministro de Finanzas, quien había cumplido prisión bajo el antiguo régimen. Las acusaciones fueron remachadas por Ana Pauker, también una vieja amiga.

La conspiración databa de algún tiempo, dijo Patrascanu, pero el particular incidente que lo perjudicó como comunista fue haber preguntado a uno de los funcionarios de Georgescu si eran ciertos los rumores de que los prisioneros eran torturados. Desde luego, le contestó el hombre del Ministerio, «eran contrarrevolucionarios que no merecían piedad, sobre todo cuando se reservaban la información que poseían.» Esto perturbó a Patrascanu. «¿Acaso fue para esto —quiso saber— que se había luchado todos esos años a fin de traer el Partido al poder?» Su protesta llegó a Georgescu, y enseguida sobrevino la denuncia al Congreso.

—Al abandonar el edificio —me contó— vi un nuevo chófer esperando en el automóvil. Me informó: «Su chófer, Ionescu, ha enfermado y tuvieron que llevárselo, camarada Patrascanu —dijo—.» Entré en el automóvil y dos policías secretas subieron tras de mí, y aquí estoy.

Estaba seguro de que pronto le libertarían, y a la hora de la cena empecé asospechar que a lo mejor tenía razón en ser optimista. En lugar de cebada hervida le dieron pollo, queso, fruta y una botella de vino del Rin. Patrascanu tomó un vaso de vino y me pasó la bandeja, diciendo que no tenía apetito.

Mientras yo trataba de no comer con demasiada voracidad, me relató historias divertidas. Una se refería a un Senador suizo que pretendía ser Ministro de Marina. «Pero si no tenemos Marina», refutó el Primer Ministro. «¿Y eso qué importa?», preguntó el Senador. «Si Rumanía tiene un Ministro de Justicia, ¿por qué no puede tener Suiza un Ministro de Marina?» Patrascanu se reía a sus anchas con esta anécdota, aunque ridiculizaba la «justicia» creada por él y de la cual ahora era víctima.

A la mañana siguiente Patrascanu fue escoltado desde la celda. Pensé que para interrogarlo. Por la noche regresó de mal humor, diciéndome que no había estado contestando preguntas sino dando una conferencia en la universidad, donde enseñaba leyes. El Partido deseaba mantener secreto su arresto, por el momento, y él, con treinta años de disciplina comunista, tenía que avenirse a sus deseos. Me explicó por qué no podía hablar, ni siquiera fuera de la prisión, con nadie más. Revelar a nadie, aunque fuera su esposa, que estaba «sometido a investigación», o pedir consejo ajeno, sería una ofensa capital. Este aislamiento le oprimía los nervios, que era precisamente lo que se pretendía. Sólo podía ser sincero conmigo, no teniendo motivo para creer que yo vería nunca más el mundo exterior.

Cuando Patrascanu me contó cosas de sus primeros años, me intrigó el que se hubiera hecho comunista no por razonamiento objetivo sino como protesta por tempranas dificultades. Su padre, un hombre próspero, apoyó a los alemanes con tanto entusiasmo en la Primera Guerra Mundial que después de ganar los aliados, la familia entera tuvo que expatriarse. El joven Patrascanu se vio obligado a obtener una educación universitaria en Alemania, y a su regreso se afilió al único partido político que le dio la bienvenida. Su primera esposa, una comunista, murió en las purgas stalinistas. Cuando él se volvió a casar, lo hizo con otra miem-

bro del Partido. que casualmente había sido condiscípula de mi esposa.

Procuré mostrar a Patrascanu la fuente de sus convicciones.

—Usted es como Marx y Lenin —le dije—, cuyas ideas y acciones fueron asimismo el resultado de tempranos sufrimientos. Marx sintió el genio arder en él, pero como judío en Alemania cuando el antisemitismo imperaba, no podía darle salida excepto como revolucionario. El hermano de Lenin murió en la horca por un atentado a la vida del emperador. Su ira y frustración le hicieron querer trastocar el mundo. Igual ha ocurrido con usted.

Patrascanu rechazó la idea. Desahogó sus nervios en tiradas contra la maldad de la Iglesia. Repasó los días infames de los Papas Borgia, la Inquisición española, el salvajismo de las Cruzadas, la persecución de Galileo.

—Pero esos crímenes y errores de la iglesia son los que nos dan mucho más motivo para admirarla —le rebatí.

Patrascanu se sorprendió:

—¿Qué quiere decir?

—Aunque un hospital huela a pus y sangre, puede tener belleza —dije—, puesto que recibe al enfermo con sus repugnantes llagas y su espantosas enfermedades. La iglesia es el hospital de Cristo. Millones de pacientes son tratados amorosamente en él. La iglesia acepta a los pecadores y ellos siguen pecando, siendo ella la que paga la culpa. Para mí, en cambio, la iglesia es como una madre, fiel a sus hijos aunque cometan crímenes. La política y los prejuicios de sus servidores son distorsiones de lo que procede de Dios —es decir, de la Biblia y sus enseñanzas, el culto y los sacramentos. Cualesquiera que sean sus faltas, la iglesia contiene mucho de sublime. El mar es la causa de que se aho-

gen miles de personas anualmente, pero nadie le disputa su belleza, y su utilidad para los transportes y el riego de la tierra mediante las nubes.

Patrascanu se sonrió:

—Yo pudiera decir lo mismo del comunismo. Quienes lo practican no son perfectos, y entre ellos hay canallas, pero eso no significa que todo es erróneo en nuestras teorías.

—En ese caso juzgue por los resultados —le dije—, como Jesús advirtió. Muchas acciones nefastas han manchado la historia de la iglesia, pero ésta ha derramado amor y compasión en gente de todas partes, ha producido una multitud de santos, hospitales y órdenes de beneficencia y a la cabeza tiene a Cristo, el más santo de todos. ¿Quiénes son vuestros ídolos? Hombres como Marx, descrito como borracho por su biógrafo Riazanof, director del Instituto Marx en Moscú. O Lenin, cuya esposa contó que era un jugador empedernido, y cuyos escritos destilan veneno. «Por sus frutos los conoceréis», y el comunismo ha eliminado a millones de víctimas inocentes, ha puesto a muchas naciones en la bancarrota, y ha viciado el aire con mentiras y temores. ¿Cuál es el lado bueno del comunismo?

Patrascanu defendió «la lógica de la doctrina del Partido».

Repliqué que esa clase de doctrinas no significan nada.

—Se pueden cometer actos atroces, dándoles a los mismos bonitos nombres rebuscados. Hitler alegó la lucha por el espacio vital (Lebensraum) y asesinó a poblaciones enteras. Stalin afirmó: «Cuidemos a los hombres como cuidamos a las flores», pero mató a su propia esposa e hizo matar a la de usted.

Patrascanu se veía molesto, pero se expresó francamente.

—Nuestro plan a largo plazo es comunizar el mundo. Pocos quieren seguirnos hasta esa meta, pero siempre habrá quienes por razones personales estarán contentos de seguir con nosotros por un tiempo. Primero teníamos a las clases gobernantes rumanas y al rey, que apoyaron a los aliados contra los nazis. Una vez que nos sirvieron para nuestros propios fines, les destruimos a ellos. Conquistamos con promesas a la iglesia ortodoxa y entonces usamos las sectas menores para minarla. Pusimos a los campesinos a pelear contra los terratenientes, y más tarde a los campesinos pobres contra los labriegos ricos, y ahora todos serán colectividades conjuntamente ¡Estas ideas de Lenin sobre táctica, ciertamente dan resultado!

—Es del dominio común que vuestros simpatizantes han sido encarcelados, ejecutados o destruidos de alguna forma en el pasado —alegué—. ¿Cómo creen poder seguir usando gente para descartarlas después. Se rió:

—Porque son estúpidos. Le voy a dar un ejemplo. Diez años después de la Primera Guerra Mundial el gran pensador bolchevique, Bukharin, se opuso a los planes de Trotsky para lanzar una revolución mundial por la fuerza de las armas. Arguyó que era mejor esperar a que los países capitalistas empezaran a pelear entre ellos. Rusia se pondría entonces del lado del ganador, repartiéndose el botín de las naciones conquistadas. Una profecía notable —pero nadie la tomó en serio. Si el Occidente hubiera sabido que la mitad de Europa y dos tercios de Asia se volverían comunistas como resultado de la última guerra, ésta no hubiera sucedido jamás. Afortunadamente, nuestros enemigos no escuchan nuestros argumentos o leen nuestros libros, de manera que podemos hablar abiertamente.

Le indiqué un fallo a este razonamiento:

—¿No ve usted, señor Patrascanu, que así como us-

tedes utilizaron a la gente para luego eliminarla, sus camaradas lo han utilizado a usted y ahora lo descartan? ¿No se ha cegado usted con la lógica malvada de la doctrina de Lenin?

Esta vez Patrascanu dejó traslucir su amargura.

—Cuando llevaban a Danton a la guillotina y vio que Robespierre le observaba desde un balcón, le gritó: «¡Tú me seguirás!», y yo le aseguro a usted que ellos me seguirán a mí —Ana Pauker, Georgescu y Luca.

Así ocurrió, en el plazo de tres años.

12

No hablamos más aquella noche, pero a las 10, ya acostados, se abrió la puerta y me llamaron con mi nuevo nombre. Afuera había tres hombres. Uno de ellos, que posteriormente conocí como Appel, me mandó vestirme. Lo hice, y Patrascanu me dijo al oído que me pusiera también mi abrigo, para amortiguar los golpes. Me taparon los ojos con unas anteojeras negras, para que no viera a dónde iba, y me condujeron por un corredor a una habitación, donde me sentaron en una silla. Entonces me quitaron la venda de los ojos.

Me sentaron delante de una mesa. Una luz acusadora, dura, me encandilaba. Al principio sólo vi una sombra en el lado opuesto, más cuando me acostumbré al resplandor reconocí a un individuo llamado Moravetz, antiguo inspector de policía, posteriormente envuelto en problemas por entregar secretos a los comunistas, y al que ahora recompensaban con el trabajo de interrogador.

—Ah —dijo—, Vasile Georgescu. Encontraré papel y pluma en el escritorio. Lleve ahí su silla y escriba sobre su actividades y su vida.

Pregunté qué le interesaba en particular.

Moravetz levantó las cejas sarcásticamente.

—Como clérigo, habrá oído usted muchas confesiones. Lo hemos traído aquí para que se confiese con nosotros.

Escribí una reseña de mi vida hasta la época de mi conversión. Entonces, pensando que la declaración pudiera llegar hasta los líderes del Partido y surtir algún efecto, expliqué extensamente cómo a mí, un ateo como ellos, me habían sido abiertos los ojos a la verdad. Escribí durante una hora o más, antes que Moravetz tomara el papel y dijera:

—Basta por esta noche. —Me volvieron a llevar a la celda, encontrando a Patrascanu dormido.

Nuevamente trascurrieron varios días sin que me molestaran. Los comunistas invierten los métodos normales de policía, basados en la conmoción que le produce al individuo ser arrestado, par hacerlo hablar. Prefieren que el prisionero «madure». El interrogador nunca dice lo que quiere; meramente aborda a su presa sugestivamente, de una dirección a otra, con objeto de crear ansiedad y culpa. Mientras el hombre se tortura tratando de adivinar la razón de su arresto, su tensión es elevada mediante diversos trucos: un juicio constantemente propuesto; el sonido del escuadrón de fusilamiento, producido afuera mediante una grabadora; los gritos de otros prisioneros. El resultado es que empiezan a dar falsos testimonios. Un desliz conduce a otro, hasta que el agotamiento lo obliga a aceptar su culpa. El interrogador se vuelve compasivo; le ofrece esperanza, y el fin de su sufrimiento, si el prisionero admite que merece castigo y lo confiesa todo. Por eso

Appel regresó al cabo de varios días y comenzó el primero de mis innumerables interrogatorios.

Esta vez el propio Appel me condujo a una habitación en el sótano, unos cuantos escalones más abajo en la celda. Me hizo sentar, me ofreció un caramelo que sacó de la cartera, y se instaló en el sofá. Uno de sus colegas tomó notas. Masticando regularmente, Appel revisó algunos puntos de mi declaración; comentó que la manera de pensar de un hombre la decidía la clase; no siendo de origen proletario, yo estaba destinado a tener opiniones reaccionarias. Estaba seguro de que Appel no era tampoco proletario, y le indiqué que ninguno de los grandes pensadores del Partido eran «trabajadores» en ese sentido. Marx era el hijo de un abogado; el padre de Engel era un propietario; Lenin procedía de la nobleza. La clase sola nunca dictaba las convicciones de un hombre.

Appel interrumpió:

—¿Qué conexiones tenía usted con el señor Teodorescu?

—¿Teodorescu? —dijo—. Ese es un nombre bastante común. ¿A cuál se refiere?

Appel no contestó. En cambio se puso a discutir la Biblia y las profecías de Isaías sobre la llegada del Mesías. De vez en cuando, sin previa advertencia, mencionaba los nombres de gente que había ayudado a distribuir mis libros a los soldados soviéticos y a manejar el socorro del Concilio Mundial de Iglesias. Los dardos parecían venir al azar. Appel era muy cortés, y nunca persistente. Aparentaba interesarse más por mis reacciones a las súbitas preguntas que a mis respuestas, y después de otra hora me llevaron de nuevo a la celda, para reflexionar en lo que esto pudiera significar.

13

Patrascanu trató de divertirse a costa mía hablando de los planes del Partido para desarraigar y eliminar el Cristianismo en Rumanía. Ya Ana Pauker, Georgescu y otros miembros del Comité Central habían conferenciado con Justiniano en secreto, decidiendo que éste les serviría bien para su objetivo principal.

—Justiniano —comentó— tiene tanto que ver con Dios como yo con el Emperador del Japón. En cuanto al anciano patriarca Nicodim, ya chochea. ¿Cómo puedo sentir respeto por un hombre que lanzó encíclicas al inicio de la guerra, llamándonos a todos a pelear contra el dragón bolchevique de siete cabezas, y entonces, cuando rompió con Hitler, incitó a su rebaño a marchar con el glorioso Ejército Rojo contra el monstruo nazi? Eso es lo que hizo el patriarca Nicodim, y toda Rumanía lo sabe. Estos son los príncipes de la Iglesia, y el resto no vale mucho más. ¡No irá usted muy lejos con ellos!

Le contesté que si él no salía de la prisión tan pronto como esperaba, quizás tuviera oportunidad de hallar cristianos más ejemplares.

—El patriarca Nicodim es un buen hombre —le dije— pero es un viejo acabado. Tampoco puedo condenar al futuro patriarca Justiniano, y a los que han sido llevados por maña o fuerza a seguir su camino. Es igual que abusar de una joven y llamarla ramera.

Me imaginé que esta observación sarcástica me ayudaría a convencer a Patrascanu, quien tenía la tendencia a expresarse crudamente sobre temas sexuales. Traté, asimismo, de enseñarle lo que el mensaje cristiano significa, pero tan embargado estaba por sus propias dificultades que no me puso mucha atención al principio. Era hombre aficionado a los libros, y como se

sentía perdido sin tener nada que leer, discutía para distraerse. De la religión decía:

—Pasé por todo eso en la escuela. Acostumbraba rezar, pero luego desistí.

Le pregunté por qué.

—Su Jesús pide demasiado. Especialmente cuando uno es joven.

—Jamás he creído que Jesús pide demasiado de los hombres —le rebatí. Cuando mi hijo Mihai era pequeño le di dinero para comprarme un regalo de cumpleaños. También Jesús nos da las virtudes que El parece pedir, haciéndonos mejores. Tal vez usted no tuvo buenos maestros en religión

—Probablemente. Estos no abundan —y Patrascanu se sentó y bostezó.

—Además, en el cristianismo hay mucho que no puedo tragar.

—¿Por ejemplo?

—La humildad, y especialmente la sumisión a la tiranía. Tome por ejemplo la Epístola de San Pablo a los Romanos, donde declara que toda autoridad procede de Dios, de modo que debemos de comportarnos bien, pagar los impuestos prontamente y sin coclear contra el agujón. ¡Y esto en una época en que Nerón regía el mundo!

Le respondí:

—Lea la Biblia de nuevo y la encontrará llena de ardor revolucionario. Comience con los judíos esclavos rebelándose contra el Faraón. Prosiga con Samuel, Jael, Jehu, y muchos otros rebeldes contra la tiranía. Además de seguir adelante, pregúntese cómo vino al poder la autoridad aprobada por Dios. Generalmente es resultado de revoluciones; por lo que sumisión a la autoridad significa sumisión a los que han hecho una revolución triunfante. Washington se convirtió en autoridad cuando derrotó a los ingleses.

—Como cuando Lenin derrotó a los zares —intercaló Patrascanu.

—Sólo para introducir un terror mayor. Algún día el hombre tendrá que acabar también con la tiranía comunista, estableciendo el gobierno libre que será entonces la autoridad procedente de Dios, y a la cual deberemos someternos. Lo que esta parte de las Escrituras enseña verdaderamente no es sumisión a los tiranos, sino evitar inútiles derramamientos de sangre en revoluciones que no tienen probabilidad de triunfar.

Patrascanu preguntó:

—¿Y qué me dice de «Dad al César lo que es del César»? ¿No estaba Jesús urgiendo a los judíos a someterse al tirano romano con este lema?

—El primer César fue un usurpador —le dije— incluso en Roma. Era un general que se impuso como dictador. Sus sucesores no tenían en Palestina, convertida por la fuerza en una colonia romana, más derechos que los rusos tienen aquí. Claramente Cristo quiso decir: «Dad al César lo que le debemos; a veces le debemos una patada en el trasero, ¡y fuera con él!»

Patrascanu se rió con ganas.

—Si todos los clérigos explicaran la Biblia como usted lo hace, pronto arribaríamos a un mejor entendimiento —afirmó.

Yo no estaba tan seguro.

Una noche me pidió que le resumiera en dos palabras la fe cristiana. Le recité el Credo Niceno, diciéndole:

—A cambio, explíqueme lo que el credo comunista es realmente.

Patrascanu reflexionó un momento:

—Nosotros los comunistas creemos que dominaremos en el mundo —dijo, y se volvió a acostar en el sucio jergón.

A la mañana siguiente se lo llevaron de la celda. No lo vi más. Intimamos mucho en la semana que estuvimos juntos. Me pareció notarlo afectado por las cosas que le dije, aunque no convenía a sus planes admitirlo ni a sí mismo. Pasaron años antes de saber lo que se hizo de él.

14

Mi próximo inquisidor, un hombrecito llamado Vasilu a quien agradaba hablar con la comisura de la boca, leyó una lista de preguntas mecanografiadas. La primera era la más difícil:

—Escriba los nombres de todo el que usted conoce, dónde lo conoció y qué relaciones tenía usted con esa persona.

Había muchos amigos a quienes yo quería proteger, pero si no los mencionaba y la policía se enteraba, sospecharían de ellos doblemente. Como vacilé, Vasilu saltó abruptamente:

—No escoja. Yo dije «todo el mundo».

Para comenzar, escribí los nombres de mis ayudantes y feligreses conocidos. Esta lista me llevó una página o dos. Agregué miembros comunistas del Parlamento, y todos los compañeros de viajes y delatores de quienes logré acordarme.

—La pregunta número dos —explicó Vasilu—, consiste en decir qué ha hecho usted en contra del Estado.

—¿De qué se me acusa? —pregunté.

Vasilu golpeó la mesa.

—¡Usted sabe lo que ha hecho! Confiéselo todo! Empiece por decirnos de sus contactos con su colega ortodoxo, padre Grigoriu, y lo que piensa de él. Simplemente escriba y escriba.

A los clérigos se les preguntaba siempre acerca de sus compañeros. A los protestantes les inquirían sobre los sacerdotes ortodoxos; a los católicos sobre los adventistas, y así sucesivamente, para fomentar rivalidades sectarias. Cualquier cosa que uno escribiera podía servir para incriminarlo. A un prisionero se le ordenaba:

—¡Firme con un seudónimo, así acostumbramos aquí! Después de haber hecho varias declaraciones con diferentes nombres, se le pedía denunciar a un amigo, advirtiéndole que si rehusaba, todos sabrían que era un delator que había hecho falsas declaraciones con nombres supuestos. Esta amenaza era suficiente para que muchos se volvieran delatores de verdad. Durante las largas, solitarias esperas entre los interrogatorios, preparaban preguntas frescas. Uno procuraba acordarse de lo que había declarado antes y lo que había ocultado. Los inquisidores solían venir en parejas, con las preguntas mecanografiadas. Si uno salía, el otro callaba hasta que su compañero retornaba. En esos primeros días algunos de los interrogadores eran individuos bastante decentes, que tenían que ganarse la vida de alguna manera. Uno de ellos, cuando el compañero abandonó la habitación, me mostró las declaraciones hechas en contra mía. Algunas estaban firmadas por individuos en quienes yo había confiado, y me di cuenta de la prisión que seguramente habían ejercido sobre ellos.

Yo estaba todavía en la etapa inicial de un largo proceso. El número de prisioneros era abrumador, y escaseaban los interrogadores competentes, aunque más y más eran entrenados cada día en los métodos soviéticos. Por lo menos tenía tiempo de prepararme, y me alegré cuando el barbero, al afeitarme, me murmuró al oído que Sabina estaba bien, y encargada de nuestra labor. Mi alivio fue indescriptible. Temía que mi esposa hubiera sido arrestada también, y Miahi, mi hijo, abandonado a morirse de hambre o tener que depen-

der de la caridad de los vecinos. Ahora me hallaba listo para ahondar en tantos capítulos de mi biografía espiritual como los interrogadores quisieran. De otros asuntos revelaba lo menos posible. El simple hecho de que un amigo hubiera visitado alguna vez el Oeste, podía dar motivo a que su familia fuese arrestada y él recibiera una salvaje paliza.

Los interrogatorios continuaron mes tras mes. El prisionero tenía que persuadirse de su culpa criminal, antes de poderle implantar los ideales comunistas; éstos sólo arraigaban cuando la persona sucumbía a la creencia de estar enteramente, irrevocablemente, en poder del Partido, entregando cada fragmento de su pasado.

Por entonces se decía en Rumanía que la vida consistía en cuatro «autos»: la «autocrítica», registrada periódicamente en la oficina y la fábrica; el «automóvil» que lo conducía a uno a la policía secreta; la «autobiografía» que le obligaban a escribir; y la «autopsia».

15

Sabiendo que me aguardaba la tortura, resolví matarme antes que delatar a otros. Esta idea no me producía escrúpulos morales, ya que para un cristiano, morir significa ir a Cristo. Yo se lo explicaría, y El de seguro, mi Señor, lo entendería. Si Santa Ursula ha sido canonizada por matarse antes que perder su virginidad por los bárbaros que saquearon su monasterio, entonces el deber de proteger a mis amigos estaba por encima de mi propia existencia.

El problema era asegurar los medios de suicidarme antes de que sospecharan mis intenciones. Los guardias registraban regularmente a los prisioneros y sus celdas,

buscando posibles instrumentos de muerte: astillas de vidrio, un pedazo de cordón, una hoja de afeitar. Una mañana, cuando el doctor había su ronda, le dije que no podía recordar todos los detalles que me pedían los interrogadores porque no había dormido desde hacía semanas. Me recetó píldoras de dormir, y todas las noches un guardia me registraba la boca para comprobar que me la tragaba. Lo que yo hacía era sostener la píldora debajo de la lengua, sacándomela cuando se iba.

Pero, ¿dónde esconder mi preciada posesión? No en mi cuerpo, al cual pudieran sucederle muchas cosas. No en mi jergón, que era sacudido y doblado diariamente. Quedaba el otro jergón, donde Patrascanu había dormido. Deshíce algunas de las puntadas, y todos los días escondí una píldora en la paja.

Al final del mes tenía treinta píldoras, lo cual era un consuelo contra el temor de ceder bajo tortura, pero al pensar en ellas me sucedían ataques de negra depresión. Era verano. Escuchaba ruidos familiares que venían del exterior. Una muchacha cantando, un tranvía doblando la esquina, una madre llamando a sus hijos: «¡Silviu, Emil, Matei!» Semillas plumosas flotaban suavemente y se posaban en el piso de cemento. Le pregunté a Dios que hacía El entretanto. ¿Por qué me veía forzado a poner fin a una vida que había dedicado a Su servicio? Una noche, mirando hacia arriba por la estrecha ventana, vi la primera estrella aparecer en el cielo crepuscular, y se me ocurrió que Dios me la había enviado. Sin embargo, esta luz había iniciado su aparentemente inútil jornada hacia billones de años, y en ese momento pasaba por los barrotes de mi celda para consolarme.

A la mañana siguiente, cuando el guardia vino, sin decir una palabra recogió el jergón extra lleno de mis píldoras, y se lo llevó a otro prisionero. Al principio me sentí nervioso. Después me reí, con más calma de la

que había experimentado durante semanas. Ya que Dios no quería que yo me suicidara, El me daría fuerzas para resistir el sufrimiento que me esperaba.

16

La policía secreta había sido paciente, me dijeron, pero había llegado el momento de obtener resultados. El coronel Dulgheru, su gran inquisidor, nunca fallaba en lograrlos. Se sentó en su escritorio, inmóvil y amenazador, y con las manos extendidas hacia adelante.

—Ha estado jugando con nosotros —dijo.

Dulgheru había trabajado antes de la guerra en la Embajada soviética. Entonces, bajo los fascistas, fue internado, fraternizando así con Gheorghiu-Dej y otros comunistas presos, los cuales notaron sus cualidades de dureza e inteligencia, y su falta de piedad. Por eso estaba ahí, representando poderes de vida y muerte.

En seguida Dulgheru empezó a preguntarme sobre un individuo del ejército rojo a quien habían pescado pasando Biblias de contrabando en Rusia. Hasta ahora los interrogadores parecían no saber nada de mi labor entre los rusos, pero aunque el soldado arestado no me había denunciado, averiguaron que nos conocíamos. Ahora más que nunca tenía yo que pesar mis palabras, porque lo cierto es que lo había bautizado en Bucarest y lo había invitado a participar en nuestra campaña.

Las preguntas de Dulgheru eran persistentes. Creyó estar en la pista de algo importante. En las semanas que siguieron me sentí agotado, por una serie de factores. Quitaron las camas de la celda, y apenas lograba dormir una hora cada noche, en equilibrio sobre una silla. Dos veces por minuto, el mirador de la puerta hacía

un sonido metálico y aparecía el ojo del guardia. A menudo, cuando cabeceaba, entraba y me daba coces para despertarme. Al fin perdí toda noción del tiempo. Una vez desperté para comprobar que la celda se hallaba entreabierta. En el pasillo se escuchaba una suave música. O, ¿era una ilusión? Entonces el sonido se transformó, y oí una voz de mujer que sollozaba. Comenzó a gritar. ¡Era mi esposa!

—¡No, no, por favor, no me peguen! ¡No más, no puedo soportarlo!

Se oyó el chasquido de un látigo en la carne. Los gritos se agudizaron atrocemente. Cada músculo de mi cuerpo se contrajo en un rictus de horror. Lentamente la voz se desvaneció, siempre quejándose, pero ahora era una voz desconocida. Retornó el silencio. Me quedé vacío de sentimiento, temblando, y bañado en sudor. Después supe que era una grabación en cinta magnética, aunque cada prisionero que escuché pensé que la víctima era su esposa o su novia.

Dulgheru era un bárbaro refinado, hecho a la medida de los diplomáticos soviéticos con los cuales se había mezclado.

—Ordeno la tortura a mi pesar —me dijo. Como era todopoderoso en las prisiones, podía prescindir de notas y testigos, y a menudo reaparecía en mi celda, por la noche, para continuar el interrogatorio. Una sesión difícil se prolongó durante horas. Me preguntó sobre mi contacto con la Misión de la Iglesia Anglicana. ¿Qué había hecho en ella? Le conté haber visitado la Abadía de Westminster, y esto le puso iracundo.

—¿No sabe —dijo con saña—, que puedo ordenar su ejecución esta misma noche, por contrarrevolucionario?

—Coronel, le ofrezco la oportunidad de realizar un experimento —le dije—. Usted dice que puede mandarme a fusilar. Yo sé que puede. Por eso, ponga la

mano en mi corazón. Si late apresuradamente en señal de que tengo miedo, sabe entonces que no hay Dios, ni la vida eterna. Pero si late tranquilamente, como diciendo: «Voy al encuentro del que amo», piénselo bien. *Hay un Dios, y una vida eterna.*

Dulgheru me golpeó la cara, e inmediatamente lamentó su falta de control.

—Eres un tonto, Georgescu —dijo—. ¿No ves que estás completamente a merced mía, y que tu Salvador, o como le llames, no abrirá las puertas de ninguna prisión? Nunca volverás a ver la Abadía de Westminster.

Jesucristo es poderoso —dije—, y si El quiere puede soltarme, y también verá Westminster.

Dulgheru me fulminó con la mirada; parecía que le faltaba el aire. Por fin gritó:

—Está bien, mañana verás al camarada Brinzaru.

Lo había esperado. El comandante Brinzaru, ayudante del coronel, presidía en una habitación donde guardaban palos, garrotes y látigos. Tenía los brazos velludos como los de un gorila. Otros interrogadores invocaban su nombre como amenaza. El poeta ruso contemporáneo, Voznesensky, escribe: «En estos días de increíble sufrir, es afortunado el que no tiene corazón», y Brinzaru tenía esa suerte. Me enseñó la variedad de armas.

—¿Le apetece alguna? —preguntó—. Aquí nos gusta ser democráticos.

Desplegó su arma favorita, un garrote largo, de caucho negro.

—Lea el rótulo.

Decía: «HECHO EN U.S.A.»

—Nosotros proporcionamos la golpiza —dijo Brinzaru con un despliegue de dientes amarillos—, pero mis amigos norteamericanos nos facilitan las herramientas. Entonces me mandó de nuevo a la celda, a meditar sobre este incidente.

El guardia me contó que Brinزارu había trabajado antes de la guerra para un político prominente, quien lo había tratado como a uno de la familia. Cuando los comunistas triunfaron y él fue ascendido en las filas de la policía secreta, le trajeron a un joven para interrogarlo. Era el hijo del político, y había iniciado un movimiento patriótico. Brinزارu le recordó:

—Solía cargarte en mis rodillas cuando eras un bebito —y seguidamente torturó al mozo y lo ejecutó con sus propias manos.

Curiosamente, Brinزارu no me dio la paliza prometida. En su ronda nocturna de inspección, abrió el mirador para observarme durante un momento. ¿Todavía está ahí, Georgescu? ¿Qué está haciendo Jesús esta noche?

—Está rogando a Dios por usted —le repliqué. Se alejó sin contestar.

Al próximo día regresó. Bajo su supervisión, me obligaron a pararme delante de una pared, con las manos alzadas por encima de la cabeza de modo que la punta de los dedos apenas la tocaran.

—Mantenlo así —Brinزارu advirtió al guardia antes de salir.

Al fin comenzó la tortura. No deseo extenderme mucho en esto, pero hay que decirlo, por ser éstas las prácticas comunes en todas las prisiones de la policía secreta. Primero permanecí de pie varias horas, hasta que mis brazos perdieron toda sensación y mis piernas empezaron a temblar, y después a inflamarse. Cuando caí al suelo de fatiga, me dieron una corteza de pan y un trago de agua y me forzaron a pararme nuevamente. Un guardia relevaba al otro. Algunos me obligaron a adoptar posturas ridículas y obscenas, y esto siguió, con breves intervalos, durante días y noches, sin poder mirar sino a la pared.

Pensé en las paredes mencionadas en la Biblia, recordando un verso de Isaías que me había entristecido:

Dios alega que las malas acciones de Israel levantaron una pared entre El y la gente. Las fallas del cristianismo habían propiciado el triunfo comunista, y por eso yo tenía una pared frente a mí. Entonces me vino a la memoria esta frase: «Con ayuda del Señor, yo salto la muralla». Yo también pudiera saltar esta pared y entrar en el mundo espiritual de la confraternidad con Dios. Pensé en los espías judíos que regresaban a Canaán a informar que las ciudades eran grandes y amuralladas, pero así como las murallas de Jericó se derrumbaron, la pared que estaba delante de mí caería también si era la voluntad de Dios. Cuando el dolor era intolerable, me recitaba una frase de «El Cantar de los Cantares»: «Mi amado es como un corzo o un cervatillo. Contempladlo parado detrás de nuestra muralla». Me imaginaba a Jesús de pie detrás de mi muralla, dándome aliento. Recordaba que mientras Moisés mantuvo las manos en alto en la montaña, el pueblo elegido avanzó en la victoria; quizá nuestros sufrimientos estaban ayudando al pueblo de Dios a ganar su batalla también.

De vez en cuando el comandante Brinzaru miraba, preguntándome si estaba listo para cooperar. En una ocasión, estando yo en el suelo, me dijo:

—¡Levántate! Hemos resuelto dejarte ver la Abadía de Westminster después de todo. Ahora comienzas.

—¡Camina! —me ordenó el guardia. Traté de ponerme los zapatos, pero tenía los pies demasiado inflamados—. ¡Vamos, apúrate! Sigue caminado a todo alrededor. Te estoy vigilando desde afuera.

La celda tenía doce paso a la redonda; cuatro pasos, una pared; dos pasos, la siguiente; entonces cuatro; entonces dos. Di la vuelta con mis calcetines desgarrados. El mirador se abrió:

—¡Más aprisa, si no quieres que te dé una paliza! —Chocaba penosamente contra la pared. Los ojos me ardían del sudor; siempre circulando, circulando. Se

abrió el mirador—: ¡Párate, da la vuelta! —Ahora en la dirección opuesta—. ¡Más aprisa! —Tropecé, pero me enderecé—. ¡Sigue moviéndote! —Cuando me caí, el guardia entró y me pegó en el codo con su palo, mientras yo luchaba por levantarme. El dolor era tan fiero que me volví a caer—. ¡Levántate, sigue moviéndote! ¡Estás en el «entrenamiento»!

Casi todos teníamos que pasar por el «entrenamiento», como se le llamaba. Las horas transcurrían antes que uno pudiera conseguir un vaso de agua o algo de comer. La sed anulaba el hambre. Era incluso peor que el pinchazo de cuchillos calientes corriéndole a uno por las piernas. Más insoportable aún era tener que empezar a andar de nuevo antes de haber podido descansar unos pocos minutos, o unas pocas horas en la noche, en un estupor, sobre el piso. Las articulaciones rígidas, los músculos reventados, los pies lacerados, no podían soportar el peso del cuerpo. Uno se agarraba a las paredes mientras los guardias chillaban órdenes. Cuando ya era imposible tenerse en pie, era preciso caminar en cuatro patas.

No sé cuántos días y noches pasé en el entrenamiento. Comencé a orar por los guardias, mientras me movía. Pensé en el «Cantar de los Cantares», donde se habla de la danza sagrada que ejecutó la Novia de Cristo en honor de su prometido. «Me moveré con tanta gracia como si se tratase de una danza de divino amor, por Jesús», decidí. Por un momento me pareció lograrlo. Cuando un hombre «desea» hacer todo lo que tiene que hacer, en este caso sólo hace lo que quiere; las pruebas más duras, si son voluntarias, resultan más fáciles. Y al dar vueltas parecía como si todo revolviera alrededor de mí. No podía distinguir una pared de la otra, o una pared de la puerta, de igual manera que el divino amor no distingue entre hombres malos y buenos, y puede abrazarlos a todos.

Casi había estado sin dormir un mes cuando el guardia me puso un par de anteojeras negras y me llevó a una nueva entrevista en la oficina. En la habitación grande y desnuda, detrás de una mesa se sentaban tres o cuatro figuras que sólo podía ver a medias, debido a la cegadora luz de los reflectores enfocados sobre mi cara. Me paré delante de ellos, esposado y descalzo; llevaba puesta solamente una camisa sucia y rota. Me repitieron preguntas familiares, y di las mismas respuestas. Esta vez había una mujer entre los inquisidores. En un momento dado dijo con voz estridente:

—Si no contestas como es debido tendremos que estirarte en el bastidor. Esta máquina, empleada por última vez en Inglaterra hace 300 años para forzar confesiones, ¡había sido añadida a los instrumentos de persuasión del Partido! Hallé la manera de contestarle.

—En la Epístola de San Pablo a los Efesos, está escrito que debemos esforzarnos por alcanzar la medida de la estatura de Cristo. Si me estiran en el potro me estarán ayudando a lograr mi cometido.

La mujer golpeó la mesa y hubo discusión detrás del centelleo de los reflectores. En ocasiones, una contestación rápida conseguía desviar un golpe. No me pusieron en el potro del tormento. En cambio retrocedimos a la Inquisición, es decir, a la paliza.

Me llevaron a otra celda, me pusieron una capucha sobre la cabeza, y me ordenaron agacharme y colocar los brazos alrededor de las rodillas. Pasaron una barra de metal entre los codos y las rodillas, y después la alzaron sobre un bastidor, de modo que yo colgara boca abajo, liado, con los pies en el aire. Mientras me sujetaban la cabeza, alguien me flagelaba las plantas de los pies. Los golpes eran como explosiones. Algunos caían sobre los muslos y la base de la columna verte-

bral. Si me desmayaba, me empapaban en agua fría, para revivirme, constantemente asegurándome que si les daba siquiera uno de los nombres que deseaban, se detendrían. Cuando me bajaron del caballete tuvieron que llevarme cargado a mi celda.

En cada viaje a esta habitación me ponían las anteojeras, para que no me aprendiera la disposición interior de la prisión. A veces me las dejaban puestas mientras me pegaban. Cuando uno ve venir un golpe, se contrae para recibirlo, pero si no lo ve ni sabe dónde va a caer el golpe, ni cuándo, el temor se redobla.

Pasé por otras torturas. Brinzaru tenía un látigo de nylon. Después de administrarme unos cuantos latigazos, perdí el conocimiento. Una vez me pusieron un cuchillo en la garganta, mientras Brinzaru me conminaba a hablar, si quería vivir. Sentí intensificarse su garrá, y que la hoja atravesaba la piel. Me desmayé nuevamente, y al despertar me hallé con el pecho lleno de sangre. Por un embudo me echaron agua en la garganta, hasta que el estómago pareció estallar. A continuación, los guardias me patearon y me pisotearon. Me dejaron pan cerca, pero no me atreví a tocarlo. Por fin comprendí que los perros no iban a atacar, pero chasqueaban los dientes a pocas pulgadas de mi cara con demasiada frecuencia. También me marcaron con un hierro calentado al rojo.

Por último firmé con respecto a mí, todas las «confesiones» que quisieron: que yo era adúltero y al mismo tiempo un homosexual; que había vendido las campanas de la iglesia y me había embolsado el dinero (aunque nuestra iglesia era un oratorio desprovisto de campanas); que bajo el simulacro de laborar por el Concilio Mundial de Iglesias había espiado con el propósito de derrocar el régimen mediante traición; que yo y otros nos habíamos infiltrado en ocasiones en la organización del Partido bajo falsas apariencias, y habíamos divulgado sus secretos.

Brinzaru leyó estas confesiones y preguntó:

—¿Dónde están los nombres de las personas a quienes les pasaste los secretos?

Quedó complacido cuando le entregué una lista de nombres y direcciones; confiaba que esto le ganaría un bono y una promoción. Pocos días después recibí otra flagelación. Habían comprobado los nombres, que eran los de individuos que habían huido al Occidente o estaban muertos. Más durante ese intervalo recuperé algo de mis fuerzas.

Tal vez el esperar era la peor tortura; yacer allí, oyendo gritos y llantos, sabiendo que en una hora me tocaría a mí. Pero Dios me ayudó, y nunca dije una palabra que pudiera perjudicar a otro. Perdía el conocimiento fácilmente, y ellos deseaban que viviese. Cada prisionero podía ser una fuente de información adicional, de utilidad en cualquier giro que posteriormente tomase la suerte del Partido, a despecho del tiempo que quedara detenido. En las sesiones de tortura estaba presente un doctor para tomar el pulso y comprobar que la víctima no iba a escapar al otro mundo mientras la policía secreta tuviese necesidad de él. Era como una imagen del infierno, en el cual el tormento es eterno y uno no puede morir.

Costaba trabajo recordar la Biblia. No obstante, procuré retener en mente que Jesús hubiera podido venir a la tierra como un rey y sin embargo eligió ser condenado como un delincuente, y flagelado. Una flagelación romana era algo terrible, y a cada golpe que yo recibía, pensaba que El también había experimentado ese dolor, produciéndome gozo el poder compartirlo con El.

La burla y humillación eran asimismo más de lo que muchos podían aguantar. Jesús dijo repetidamente que sería azotado, escarnecido y crucificado. Yo solía pensar que el escarnio, comparado con el flagelo y la crucifixión, no eran nada. Ignoraba que un hombre po-

día ser forzado a abrir la boca para que otros escupieran u orinasen en ella, mientras nuestros amos se reían y mofaban.

Parece increíble, pero así como los agentes de la Inquisición española estimaron que era su sagrado deber quemar a los heréticos, muchos hombres en el Partido creyeron justificado lo que hacían, el coronel Dulgheru entre ellos, acostumbrado a decir: «Es de interés vital para la sociedad que los hombres sean maltratados si se resisten a dar la información necesaria para que el Partido pueda protegerla». Mucho después, cuando me vio reducido a una ruina y llorando de fatiga nerviosa, me insinuó en tono que sonaba a piedad:

—¿Por qué no cedes? ¡Es tan inútil tu resistencia! No eres sino carne, y terminarás por claudicar.

Yo poseía prueba de lo contrario: si hubiera sido únicamente carne, no hubiera podido resistirlo, pero el cuerpo sólo es residencia temporal del alma. Confian-do en el instinto de conservación, los comunistas juz-gaban que un individuo era capaz de cualquier cosa por evitar su extinción. Se equivocaban. Los cristianos convencidos de lo que decía su iglesia, sabían que morir no era el fin de la vida, sino su cumplimiento; no extinción, sino promesa de eternidad. Esto ocurrió desde el principio del Cristianismo y ha ocurrido siempre.

18

Había pasado siete meses en la prisión Calea Raho-va, y el invierno se nos venía encima. Padecíamos mu-cho con el frío, y también de hambre y maltrato, y aún quedaban meses de invierno por transcurrir. Contem-plando desde mi ventana la cellisca que caía en el pa-

tio de la prisión, tiritaba. Sin embargo, mi ánimo no estaba caído. Todo lo que pudiera hacer por Dios con paciente amor mientras estuviera prisionero sería de poca monta —pensaba, pero el bien de la vida siempre luce pequeño comparado con la cantidad de mal. En el Nuevo Testamento el mal está representado por una inmensa bestia de siete cuernos, pero el Espíritu Santo descendió en la forma de una paloma. Sin embargo, ¡la paloma derrotará a la bestia!

Una noche me sirvieron un plato de sabroso guiso de carne con cuatro tajadas de pan. Antes que pudiera comerlo, el guardián regresó y me hizo recoger mis cosas y seguirlo a un lugar donde los otros prisioneros se alineaban. Pensando en mi perdido guiso, me llevaron en camión al Ministerio del Interior. Este espléndido edificio es muy admirado por los turistas, quienes ignoran que está construido encima de una vasta prisión, albergando un laberinto de corredores y a cientos de indefensos prisioneros.

Mi celda se hallaba muy abajo, en el subterráneo. Una bombilla eléctrica brillaba desde el techo en las paredes desnudas, y había un armazón de hierro con tres camas de madera y un jergón de paja. El aire entraba por un tubo colocado en lo alto de la pared. Observé que no había cubo y que tendría que esperar siempre por el guardia para que me llevase a la letrina, la mayor molestia para los prisioneros. A veces lo hacían esperar a uno durante horas, riéndose de las súplicas. Hombres, y también mujeres, se abstenían de comer y beber por temor a aumentar su agonía. Yo confieso haber comido en el mismo plato en que he hecho mis necesidades, sin haberlo podido lavar, porque no había agua.

Aquí el silencio era casi completo, con toda premeditación. Nuestros guardias usaban zapatos con suela de fieltro, y uno podía oír sus manos en la puerta antes que la llave hallase la cerradura. De tarde en tarde, a lo

lejos, se escuchaba a un prisionero golpear periódicamente su puerta, o gritar. La celda solamente permitía dar tres pasos en cada dirección, de manera que me acostaba a contemplar la bombilla, que quedaba encendida toda la noche. Como no podía dormir, oraba. El mundo exterior había dejado de existir. Todos los ruidos a que yo estaba habituado, el del viento y la lluvia en el patio, los clavos de acero de las botas en los pisos de piedra, el zumbido de una mosca, una voz humana, todo había desaparecido. Mi corazón parecía encogerse, como si yo también fuera a detenerme en este silencio iluminado.

19

Me mantuvieron en encierro solitario durante los dos años siguientes. No tenía nada que leer, ni material para poder escribir. Sólo me acompañaban mis pensamientos, y yo no era un hombre meditativo, sino un alma que raramente había conocido la quietud. Tenía a Dios, pero, ¿había yo realmente vivido para servir a Dios o lo mío era sencillamente una profesión?

Todo el mundo espera que los pastores sean modelos de sabiduría, pureza, amor, veracidad; mas no siempre pueden serlo genuinamente, porque también son hombres. Por consiguiente, en mayor o menor grado comienzan a «representar» el papel. Según pasa el tiempo, menos pueden distinguir lo que hay de teatro en su conducta.

Recordaba el profundo comentario que Savonarola escribió al Salmo 51 cuando se encontraba en la prisión con los huesos rotos, al extremo que tuve que firmar el incriminatorio papel con la mano izquierda.

Afirmó que había dos clases de cristianos: los que sinceramente creen en Dios y los que, tan sinceramente como los otros, creen que sí creen. En los momentos decisivos es posible reconocerlos por sus acciones. Si un ladrón que intenta robar la casa de un rico ve a un extraño que pudiera ser un policía, se contiene. Si después de pensarlo bien entra de todos modos, esto prueba que no cree que el individuo sea un agente de la ley. Nuestras creencias se demuestran por lo que hacemos.

¿Creía yo en Dios? Había llegado el momento de la prueba. Estaba solo, sin un salario que ganar ni opiniones importantes que tomar en cuenta. Dios sólo me brindaba sufrimiento. ¿Seguiría amándolo?

Me remonté a una de mis obras favoritas, *El Patrístico*, relativo a ciertos santos del siglo IV que fundaron monasterios en el desierto cuando la iglesia fue perseguida. Constaba de 400 páginas, pero la primera vez que lo tomé en mis manos no comí, bebí o dormí hasta haberlo acabado. Los libros cristianos son como el buen vino: mientras más añejos, mejores. Contenía el siguiente pasaje:

«Un hermano le preguntó a un anciano: —Padre, ¿qué es el silencio? La respuesta fue: —Hijo mío, el silencio es sentarte solo en tu celda, en sabiduría y temor de Dios, escudando el corazón de las flechas ardientes del pensamiento. Un silencio como éste, hace resaltar lo bueno. ¡Oh, silencio sin preocupación, escalera hacia el cielo! ¡Oh, silencio en el cual uno sólo se preocupa por las primeras cosas, y únicamente habla con Jesucristo! Guarda silencio el que canta: “¡Mi corazón está listo para alabarte, oh Señor!”

Me pregunté cómo podía yo alabar a Dios con una vida de silencio. Al principio oré mucho porque me

libertaran. Pedía: «Tú has dicho en las Escrituras que no es bueno que el hombre esté solo. ¿Por qué me mantienes solo?» Mas los días se convirtieron en semanas, y mi único visitante era el guardia, que me traía trozos de pan negro y sopa aguada, y jamás pronunció una palabra.

Su llegada me recordaba diariamente el dicho: «Los dioses caminan con zapatos suaves.» Es decir, los griegos creían que era imposible percibir la proximidad de una divinidad. Tal vez en este silencio yo me estaba acercando a Dios. Quizá, también, me transformaría en un pastor mejor. Había notado que los mejores predicadores eran hombres que poseían un silencio interior, como Jesús. Cuando la boca está demasiado abierta —hasta para hablar el bien— el alma pierde fuego, por igual motivo que la habitación pierde calor cuando se abre la puerta.

Lentamente aprendí que en el árbol del silencio cuelga el fruto de la paz. Empecé a comprender mi verdadera personalidad, y a comprobar que pertenecía a Cristo. Hallé que incluso aquí mis ideas y sentimientos se volvían hacia Dios, pudiendo pasar noche tras noche en oración, ejercicio espiritual y alabanza. Entonces sabía que no estaba actuando como un actor, creyendo que creía.

20

Establecí una rutina que mantuve durante los dos años siguientes. Me pasaba la noche despierto. Cuando la campana de las 10 p.m. avisaba que era hora de dormir, empezaba mi programa. En ocasiones me sentía triste; otras, contento, pero las noches no eran suficientemente largas para todo lo que tenía que hacer.

Comenzaba con una oración de la que rara vez estaban ausentes las lágrimas, a menudo de agradecimiento. Las oraciones, como las señales de radio, se escuchan más claramente de noche. Es entonces que se entablan las grandes batallas espirituales. Seguidamente predicaba un sermón, igual que lo haría en la iglesia, iniciándolo con: «Queridos hermanos», en un susurro, para que el guardia no oyera, y terminando con «Amén». Por fin predicaba, con absoluta sinceridad. Ya no necesitaba preocuparme de lo que el obispo pensaría, lo que la congregación dijera, o los espías reportasen. No predicaba a un vacío. Cada sermón lo oía Dios, sus ángeles y santos; pero sentía que entre los que me escuchaban se hallaban quienes me habían traído a la fe, miembros de mi rebaño, tanto muertos como vivos, mi familia y mis amigos. Ellos eran la «nube de testigos» de que habla la Biblia. Experimenté «la comunión de los santos» que menciona el Credo.

Todas las noches conversaba en imaginación con mi esposa y mi hijo. Reflexionaba en todo lo que había de bueno y de excelente en ellos. A veces mis pensamientos llegaban a Sabina por encima de las paredes de la prisión. Ella tiene en su Biblia una nota de esta época: «Hoy vi a Richard. Estaba acostado en la cama, y se inclinó y me habló.» Efectivamente, yo había concentrado todas mis fuerzas para transmitirle un mensaje de amor. Nos recompensaron magníficamente, con un pensamiento recíproco que duraba varios minutos al día. En contraste con tanto matrimonios destruidos por la prisión, el nuestro se conservó firme, se fortaleció.

El pensar en mi familia podía también doler. Sabía que Sabina sería sometida a intensa presión para que se divorciara de mí. Si se negaba, y a la vez continuaba el trabajo de su iglesia, era casi seguro que la arrestarían. Entonces Mihai, que apenas tenía diez años de

edad, se quedaría solo. He acosté boca abajo en el jergón y lo abracé como si fuera mi hijo. En una ocasión di un salto y pegué con los puños en la puerta de acero, gritando: «¡Devuélvanme a mi hijo!» Los guardias corrieron a sujetarme, mientras me ponían una inyección que me dejó inconsciente durante horas. Cuando desperté me pareció que me estaba volviendo loco. Sabía que muchos habían enloquecido.

Me daba valor pensar en la madre de Jesús, que permaneció al pie de la cruz sin proferir una palabra de queja. Me pregunté si acertábamos al interpretar su silencio como un dolor absoluto, sin mezcla. También debió de haberse sentido muy orgullosa de que El estuviera dando Su vida por los hombres. En la noche de ese día, por ser Pascua, canté alabanzas a Dios, de acuerdo con el ritual judío. También yo debía dar gracias a Dios por los sufrimientos que mi propio hijito pudiera experimentar. De nuevo cobré esperanza: aunque Sabina no estuviese allí, nuestros amigos, sin duda, cuidarían a Mihai.

Uno de mis constantes ejercicios espirituales era imaginar un cuadro en el cual yo entregaba mi vida a Cristo: el pasado, el presente y el futuro; mi familia, mi iglesia, mis pasiones, mis pensamientos secretos; cada miembro de mi cuerpo. Confesé a Cristo mis anteriores pecados, sin reserva, y lo vi a El limpiarlos con la mano. Muchas veces lloré.

En los primeros días dediqué mucho tiempo a escudriñarme el alma. Fue un error. El amor, la bondad, la belleza, son criaturas tímidas, que se esconden cuando saben que son observadas. Mi hijo me dio una lección cuando tenía cinco años. Lo había regañado, diciéndole: «Jesús tiene un gran libro de tareas, y una de sus páginas lleva tu nombre. Esta mañana tuvo que escribir que habías desobedecido a tu madre. Ayer te peleaste con otro chico, y le echaste la culpa a él,

de modo que eso también quedó anotado.» Mihai comentó, después de pensar un minuto: «Papaíto, ¿Jesús solamente escribe las cosas malas que hacemos, o también las buenas?»

¡Con qué frecuencia estaba mi hijo en mis pensamientos! Recuerdo con delicia sus lecciones de teología. Estaba yo leyendo en la Epístola a los Corintios: «Examínate a ti mismo para ver si mantienes tu fe», y Miguel preguntó:

—¿Cómo debo examinarme yo mismo?

—Golpéate el pecho y pregunta: «Corazón, ¿amas a Dios?» —y al decirlo me golpeé el pecho.

—Eso no está bien —protestó Mihai—. Una vez, en la estación de los trenes, el hombre que golpea las ruedas con un martillo me dejó probar, y me recomendó: «Sólo tienes que darles un golpecito ligero, para que no se rompan, no gran porrazo.» Por eso yo tampoco tengo que golpearme para poder saber que amo a Jesús.

Supe entonces que el quieto «sí» de mi corazón cuando me preguntaba: «¿Amas a Jesús?», bastaba.

Todas las noches pasaba una hora viviendo en las mentes de mis principales adversarios: ¡el coronel Dulgheru, por ejemplo! Poniéndome en su lugar, hallaba miles de excusas para él; en esta forma podía amarlo a él y a los otros torturadores. Entonces recapacitaba en mis propias faltas, desde el punto de vista de él, y lograba una nueva comprensión de mí mismo. Es más fácil consolar a otros que consolarse a uno mismo, al igual que es posible leer con tranquila simpatía sobre las víctimas de la guillotina, pero estar horrorizado cuando una revolución nos amenaza. Así que proseguí a invertir los eventos del tiempo, pensando en el presente como si estuviera pasando en una era anterior, y acerca del pasado como si estuviera ocurriendo hoy

día. En esta forma uno puede aún esperar conocer a los santos de antaño.

Pensaba en qué haría si fuera un gran estadista, multimillonario, el emperador de China, el papa. Soñaba con la vida teniendo yo alas o una toga de invisibilidad. Decidí que por casualidad había encontrado una definición del espíritu humano: que es una invisible fuerza alada que puede transformar el mundo. Estas eran fantasías divertidas, pero llenaban el tiempo. Un arquitecto activo no especula sobre lo que haría con materiales que no existen, tal como piedra que no pesa, vidrio elástico, etc. La meditación, como la arquitectura, debe ser constructiva. Pero tales digresiones me ayudaban a comprender cómo entidades opuestas pueden unirse en la vida del espíritu, y ahora ya comprendí cómo Cristo podía contener todas las cosas, ser el león de Judá y a la vez el cordero de Dios.

Ni me hacía falta diversión en mi celda vacía. Me conté chistes e inventé nuevos chistes. Jugué al ajedrez conmigo mismo, usando piezas hechas de pan moreno; negras contra menos negras, pintándolas con tiza de la pared. Logré dividir mi mente de manera que las negras no supieran el siguiente movimiento de las menos negras, y viceversa. Como no perdí un solo juego en dos años, llegué a considerarme un maestro.

Descubrí que el gozo puede adquirirse, como un hábito, igual que una hoja de papel doblada cae naturalmente dentro del mismo pliegue. «Regocíjate» es un mandamiento de Dios. John Wesley solía declarar: «Nunca he estado triste ni un cuarto de hora.» No puedo glorirme de tanto, pero aprendí a regocijarme aun en las peores condiciones.

21

Los comunistas creen que la felicidad viene de la satisfacción material, pero hallándome solo en mi celda padeciendo frío, hambre, y vestido de harapos, todas las noches bailé de alegría. Esta idea surgió al evocar recuerdos de mi juventud, cuando vi bailar a los dervises. Me había conmovido inexplicablemente su éxtasis, la belleza grave de los monjes musulmanes, la gracia de sus movimientos al volverse llamando a Dios con el nombre que ellos le dan, «Alá». Más tarde me enteré que muchos otros —judíos, pentecostales, primitivos cristianos y personajes bíblicos como David y Miriam, así como los monaguillos de la catedral de Sevilla celebrando Pascua Florida, aun en el presente— también bailaban para Dios. Las palabras solas nunca han logrado expresar lo que un hombre siente en la cercanía de la divinidad. A veces estaba tan lleno de gozo que me parecía que iba a estallar si no le daba salida. Recordaba estas palabras de Jesús: «Bienaventurados sois cuando los hombres os odian, cuando os aparten de sí, os injurien y desechen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del Hombre. ¡Regocijaos en aquel día, y saltad de gozo!» Me dije a mí mismo: «Solamente he cumplido la mitad de este mandamiento. Me he regocijado, pero no es suficiente. Jesús ciertamente dice que también debemos saltar.»

Cuando el guardia miró la siguiente vez por el mirador, me vio saltando en la celda. Seguramente tenía órdenes de distraer a cualquier recluso que diera señales de demencia, porque se marchó y regresó con alimento procedente del cuarto de los empleados: un pedazo de pan, queso y azúcar. Al tomarlos recordé el verso de San Lucas: «Regocijaos en aquel día y saltad de gozo, porque en verdad nuestra recompensa es

grande.» Era un enorme de pan; más de la ración semanal.

A partir de entonces, rara vez dejé transcurrir una noche sin bailar, aunque jamás me volvieron a recompensar por hacerlo. Compuse canciones, y las canté quedamente, dentro de mí, y danzaba al compás de mi propia música. Los guardias se acostumbraban a esto. No rompía el silencio, y además, ellos habían visto muchas cosas extrañas en estas celdas subterráneas. Los amigos a quienes se lo he contado posteriormente, me han preguntado: «¿Para qué bailabas? ¿Con qué finalidad?» Con ninguna; era una manifestación de alegría como la danza de David; un sagrado sacrificio ofrecido ante el altar del Señor. No me importaba si mis aprehensores creían que yo estaba loco, ya que había descubierto en Cristo una belleza que no había conocido anteriormente.

Tuve visiones frecuentes. En una ocasión, mientras bailaba, me pareció que llamaban mi nombre —no «Richard», sino otro nombre que no puedo revelar, y supe que era yo al que llamaban por mi nuevo nombre. Me pasó por la mente, sin saber por qué: «Debe ser el Arcángel Gabriel.» Entonces la celda se llenó de luz. No oí más, pero comprendí que iba a trabajar con Jesús y los santos para fabricar un puente entre el bien y el mal; un puente de lágrimas, oraciones y abnegación, para que los pecadores lo cruzaran y se unieran a los bienaventurados. Comprendí que nuestro puente tenía que ser de tal índole que hasta los más débiles en rectitud pudieran cruzarlo. Jesús prometió que en el Juicio Final los que habían alimentado al hambriento y vestido al desnudo se sentarían a su derecha, mientras que los malvados serían arrojados a la oscuridad exterior. Actualmente, no cabe duda que cada hombre ayuda a otros algunas veces, y otras veces no; el cuerpo es uno, pero el espíritu no lo es. La Biblia habla del hombre «interior» y del hombre «ex-

terior», del hombre «nuevo» y del «viejo»; del hombre «natural» y el hombre «espiritual». El hombre interior, espiritual, es el que puede lograr la felicidad en la vida eterna.

Me di cuenta de que yo debía amar a los hombres como son, no como debieran ser. Otra noche percibí una multitud de ángeles moviéndose despacio por la oscuridad, hacia mi cama. Cuando se acercaron, me cantaron una canción de amor que Romeo pudiera haber cantado a Julieta. Me pareció increíble que los guardias no oyeran esta maravillosa y apasionada música, que para mí era tan real.

Los prisioneros que están mucho tiempo solos suelen tener visiones. Para estos fenómenos hay explicaciones naturales que no las anulan. El alma usa el cuerpo para sus propios fines. Estas visiones ayudaron a sostener mi vida, y esto basta para demostrar que no eran meras alucinaciones.

22

Una noche oí un golpeteo en la pared junto a mi cama. Un nuevo prisionero había llegado a la celda próxima, y me estaba enviando señales. Contesté, y esto dio lugar a una racha de nuevos toques. Por fin advertí que mi vecino me estaba transmitiendo una clave sencilla: A, un toque; B, dos toques; C, tres toques.

—¿Quién eres? —fue su primer mensaje.

—Un pastor —respondí.

Partiendo de este engorroso comienzo, desarrollamos un nuevo sistema: un golpe para indicar las primeras cinco letras del alfabeto; dos golpes para el se-

gundo grupo de cinco, y así sucesivamente. De modo que B era un solo golpe seguido de una pausa, y entonces dos golpes más; F era dos golpes seguidos después de un espacio por uno. Esta clave tampoco satisfizo a mi nuevo vecino. Conocía la clase Morse, y me pasó las letras una por una hasta que las aprendí todas.

Indicó su nombre.

—Bendito seas —repliqué trabajosamente—. ¿Eres cristiano?

Transcurrió un minuto.

—No puedo decir que lo soy.

Al parecer, era un ingeniero de radio, aguardando juicio por una acusación capital. Tenía cincuenta y dos años de edad, y mala salud. Había perdido la fe años atrás, al casarse con una agnóstica; se sentía deprimido. Le hablé todas las noches a través de la pared, volviéndome cada vez más experto en la clave Morse.

Al poco tiempo dijo:

—Quisiera confesar mis pecados.

Fue una confesión interrumpida por muchos silencios.

--Tenía siete años... y pateé a un chico... porque era judío. Me maldijo diciendo: «Que no puedas ver a tu madre... cuando muera...» Mi madre estaba muriendo... cuando me arrestaron.

Después de haber descargado infinidad de cosas que pesaban en su corazón, pidiendo el perdón de Dios, me aseguró sentirse más feliz de lo que había estado en muchos años. Nos hicimos amigos por la clave Morse, como otros se hacen amigos por correspondencia. Le enseñé versos de la Biblia. Intercambiamos bromas, y nos indicamos por toques los movimientos del juego de ajedrez. Le mandé mensajes acerca de Cristo, predicando en clave. Cuando el guardia me sorprendió, me transfirieron a otra celda, con

otro vecino. Allí comencé de nuevo. Con el tiempo, muchos aprendimos la clave. Los prisioneros eran trasladados a menudo, y en más de una ocasión me traicionó un delator. Por lo tanto, sólo transmitía por señales versículos bíblicos y palabras sobre Cristo. No estaba dispuesto a sufrir por polémicas políticas.

El encierro solitario fuerza a los hombres a ahondar en sucesos profundamente enterrados. Las viejas traiciones y faltas de honradez retornaron con inexorable persistencia, como si se aparecieran en la celda y lo mirasen a uno con reproche: madre, padre, muchachas abandonadas hacía muchos años, amigos calumniados, o despojados de lo que les era debido. Todas las confesiones que escuché en Morse comenzaban diciendo: «Cuando era niño», «Cuando estaba en la escuela»... El recuerdo de viejos pecados se plantaba como salvajes perros guardianes ante el santuario de la paz de Dios. Mas la Cabala afirma que cuando todas las puertas del cielo se cierran para un hombre, queda la *bab hadimot*, la puerta de las lágrimas, y era por esta puerta que los prisioneros debían pasar.

23

Una mañana, cuando un vecino me anunció con toques que era Viernes Santo, hallé un clavo en el rerete y escribí: «JESUS» en la pared de mi celda, esperando que sirviera de consuelo a los que vinieran después que yo. El guardia se puso colérico. «¡Tienes que ir al calabozo!»

Me llevó por el pasillo a un armario empotrado en la pared, apenas lo bastante alto para poderme parar, y de unas veinte pulgadas cuadradas con va-

rios agujeros pequeños, para el aire, y uno para introducir por él los alimentos. El guardia me metió allí y cerró la puerta. Puntas agudas punzaron mi espalda. Me incliné hacia adelante, para ser pinchado de nuevo en el pecho por otro juego de púas. Me entró pánico, pero me obligué a permanecer inmóvil. Entonces, moviéndome cautelosamente en la oscuridad, sentí los lados del armario, todos cubiertos de clavos de acero. Sólo permaneciendo rígidamente vertical podía evitarse el empalamiento. Esto era el calabozo de castigo.

Las piernas comenzaron a dolerme. Al cabo de una hora cada músculo me dolía. Mis pies, adoloridos desde el «entrenamiento», se estaban inflamando. Cuando me caí, lacerándome contra las clavijas, me sacaron para que descansara, y me volvieron a encerrar. Procuré concentrarse en las agonías de Cristo, pero las mías eran demasiado intensas. Entonces recordé que cuando mi hijo Mihai era muy tierno me había preguntado:

—¿Qué haré, papaíto? Estoy aburrido.

Le contesté yo:

—Piensa en Dios.

Mihai me replicó:

—¿Por qué tengo que pensar en El? Mi cabeza es pequeña y la suya es grande; El es quien tiene que pensar en mí.

Ahora me dije a mí mismo: «No trates de pensar en Dios. No pienses en nada.» En la sofocante oscuridad me acordé de los yogas hindúes, que despejan la mente de todo pensamiento al repetir una y otra vez una fórmula sagrada. Mucho de esto era el método empleado por los monjes del Monte Atos en su interminable «plegaria del corazón», en la cual se pronuncia una palabra por cada latido de corazón: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ¡ten piedad de mí!» Ya sabía que Dios era misericordioso, pero así como acos-

tumbraba decirle a mi esposa diariamente que la amaba, se me ocurrió hacer lo mismo con Jesús. Comencé a repetir: «Jesús, esposo querido de mi alma, te amo.» El quieto latido de mi corazón amante es una música que llega muy lejos, por lo que dije esta frase al mismo ritmo del corazón. Al principio me parecía ver al diablo hacer un gesto de desprecio: «Tú lo amas, y El deja que sufras. Si es todopoderoso, ¿por qué no te saca del calabozo?» Yo seguí repitiendo tranquilamente: «Jesús, esposo querido de mi alma, te amo.» En breve tiempo el sentido de estas palabras se nubló y se perdió. Había cesado de pensar.

Más tarde practiqué este aislamiento mental en los momentos malos, pero con una muestra más significativa. Jesús dice en el Evangelio según San Mateo: «Porque cuando menos lo esperéis, el Hijo de Dios vendrá.» Este texto, referente a su Segunda Venida, tiene también un sentido místico espiritual. Esta ha sido mi experiencia con El. No pienses y Cristo vendrá, cogiéndote de sorpresa. Pero la claridad de Su luz es difícil de soportar. A veces invertí el proceso y huí de ella a mis propios pensamientos.

24

Pasé dos días en el calabozo de castigo. Algunos prisioneros eran encerrados en él durante una semana o más, pero el doctor advirtió que mi condición se estaba haciendo peligrosa. Ya estaba viviendo en la línea divisoria entre la vida y la muerte. Como consecuencia de mi largo encierro y la falta de sol, alimento y aire, el cabello había dejado de crecerme. El barbero no tenía necesidad de afeitarme durante días.

Tenía las uñas pálidas y blandas como una planta mantenida en la oscuridad.

Las alucinaciones se apoderaron de mi mente. Contemplaba mi diminuta copa de agua para convencerme en momentos de desesperación que no me encontraba en el Infierno, donde no hay agua, y entonces se transformaba en un casco. Vi platos deliciosos colocados en una mesa que se extendía más allá de mi celda. Desde lejos, mi esposa se acercaba llevando un plato repleto de salchichas ahumanas, pero le gruñí: «¿Eso es todo? ¡Son muy pequeñas!» A veces mi celda se expandía, convirtiéndose en una biblioteca con estantes colmados de libros encuadernados que subían hasta perderse en la oscuridad; novelas famosas, poesía, biografías, obras religiosas y científicas, se elevaban muy por encima de mí. En ocasiones, miles de rostros se volvían ansiosamente hacia mí: me rodeaban grandes multitudes, esperando que yo hablara. Gritaban preguntas. Voces contestaban. Se oían vítores y contravíttores. Un mar de caras que se perdía hasta el infinito.

También me aquejaban sueños de violencia contra quienes me habían puesto en prisión, y fantasías eróticas. Este es un infierno difícil de comprender para los que no han estado en él. Yo tenía treinta y nueve años cuando entré en la prisión, sano y activo, y ahora la recaída de la tuberculosis había acrecentado mi deseo sexual. Acostado, pero despierto, experimentaba ardientes sueños sudorosos, de placer sensual con mujeres y muchachas, y entonces, aunque me esforzaba por apartarlas de mi mente, sobrevenían visiones de perversiones y exageraciones del acto amoroso. La frustración y el sentido de pecado me causaban horribles sufrimientos; a veces agudos y ardientes; otras veces con un deje de fastidio, pero insistentes.

Hallé la manera de sacudir tales alucinaciones, tratándolas como intrusos hostiles, como los microbios de

la tuberculosis en mi cuerpo. Lejos de culparme a mí mismo por sus incursiones, me atribuí mérito por resistirlas. Una vez que las consideré enemigos y no pecados, pude planear su destrucción. Los malos pensamientos pueden ser subyugados mediante la razón, si se pesan calmadamente sus consecuencias. No intenté arrojarlas, sabiendo que se colarían nuevamente por una puerta lateral. Las dejé permanecer, mientras ponía en la balanza el costo en la vida real, si uno cedía a ellos. Sucumbir a esas tentaciones, con seguridad traería dolor a otras familias y a la mía. Mi esposa tendría que divorciarse, el futuro de mi hijo estaría en peligro, mis feligreses perderían la fe, y entonces, despreciado por todos, todavía tendría que responder a Dios por el daño causado. Así como los doctores usan un virus para matar a otro, podemos utilizar la máxima del Diablo: «Divide y vencerás» para derrotarlo a él. El diablo del orgullo, el temor a desprestigiarnos, puede ser esgrimido contra el demonio de la concupiscencia. ¡El demonio de la avaricia odia los vicios que cuestan dinero!

25

Un día en que nuestras letrinas estaban tupidas, me llevaron al retrete usado por los guardias. Había un pedazo de espejo en la pared, sobre el lavabo, y por primera vez en dos años pude verme.

Era joven y sano al entrar en la prisión. Me consideraban un buen tipo. Ahora podía contemplar cómo me había vuelto, y me reí con una risa triste, risa homérica. ¡Tantas mujeres me habían admirado y querido! Si pudieran ver al espantoso viejo que tenía fren-

te a mí, se hubieran horrorizado. Aprendí como lección que lo realmente de valor en nosotros, es invisible al ojo físico. Aún me pondría más feo, un esqueleto y una calavera, y el tener esto muy presente, fortaleció mi fe y el deseo de conservar la vida espiritual.

En el retrete había un periódico, el primero que veía desde mi arresto. Contenía las nuevas de que el primer ministro Groza había decidido firmemente eliminar a los ricos, cosa que me pareció cómica. ¡Un Gobierno empeñado en liquidar a las gentes de buena posición, mientras el resto del mundo luchaba por acabar con la pobreza! Busqué el nombre de Patrascanu, por si lo habían repuesto en su cargo, pero no estaba entre los ministros presentes en la Cámara cuando Groza pronunció su discurso.

Al regresar a mi celda escoltado, oí a una mujer llorar y gritar locamente. Sus chillidos parecían venir de un nivel inferior de la prisión, y después de elevarse en paroxismo, se apagaron de pronto.

Pocos días después pusieron un nuevo prisionero en la celda contigua a la mía. Golpeé la pared para decirle en clave: «¿Quién eres?», y recibí una respuesta inmediata. Era Ion Mihalache, ex miembro de varios gobiernos de la preguerra, y colega del gran líder político Julius Maniu. Cuando se desató el terror del Partido, Mihalache se unió a un grupo que trató de escapar al extranjero. Lo arrestaron en el aeropuerto, y en octubre de 1947 fue sentenciado a cadena perpetua. Mihalache pasaba de los sesenta.

—Toda la vida luché por ayudar a mis compatriotas, y ésta es mi recompensa —dijo.

—Si deseas lo que sucede, entonces lo que sucede es solamente lo que quieres —le indiqué en clave—. La renunciación es el camino hacia la paz.

Me contestó, también por toques:

—No hay paz sin libertad.

—En una nación donde reina la tiranía... la prisión es un lugar de honor —dije.

Declaró que Dios estaba perdido para él.

—Dios jamás está perdido para ningún hombre —le repliqué—. Somos nosotros los que nos perdemos... Si nos encontramos a nosotros mismos... encontraremos la Divinidad dentro de nosotros... La prisión puede ayudarnos en esta pesquisa. —Prometió ensayar de nuevo.

Antes que Mihalache fuese trasladado dos días después, me dijo que la mujer cuyos gritos escuché era la esposa de un antiguo primer ministro, Ion Gurgutu. Por la forma en que los gritos cesaron, se deducía que le habían inyectado para callarla. Cuando golpeé la pared al día siguiente, no hubo contestación. Mihalache no estaba.

26

Poco después reanudaron mi interrogatorio. Generalmente estaba a cargo del teniente Grecu, un joven de pelo en pecho, inteligente y lleno de confianza, bien instruido en la creencia de que estaba creando un mundo mejor. Sus preguntas sacaron a relucir nuevamente el socorro contra el hambre que yo había emprendido en favor de los cristianos con la ayuda de la iglesia escandinava. «¿Todavía vas a negar que tenías concomitancias con el extranjero?» Me acusó de que los fondos se utilizaban para el espionaje bajo la excusa de beneficencia.

—Comprendo sus sospechas de que los ingleses y los americanos gasten dinero en espionaje aquí —le contesté—, pero, ¿qué interés pudiera tener Noruega o Suecia en semejantes actividades?

—Ambos países son instrumentos de los imperialistas —replicó.

—Noruega es famosa por su espíritu democrático, y Suecia ha tenido un gobierno socialista durante cuarenta años.

—¡Pamplinas! —declaró—; son fascistas como el resto.

En nuestro próximo encuentro Grecu admitió haber investigado. Creía que yo tenía razón.

Seguidamente me preguntó sobre la distribución del Evangelio en Rusia. Sugerí que el director de la Sociedad Bíblica, llamado Emile Klein, podía estar detrás del asunto. Inquirió por qué yo había visitado en repetidas ocasiones la ciudad de Iasi (uno de los centros de esta labor). Le dije que tenía invitaciones para visitar al patriarca actual.

A la mañana siguiente me llamaron de nuevo. Grecu estaba en su escritorio, con una porra de caucho en la mano.

—Su historia es mentira —gritó—. Emile Klein murió antes de su arresto. Por eso usted lo nombró. Han comprobado las fechas de sus viajes a Iasi, y el patriarca Justiniano casi nunca estuvo allí. —Empujó la silla hacia atrás—. ¡Ya basta! Aquí tiene papel. Sabemos que usted se ha comunicado en clave con otros prisioneros, incluyendo a Mihalache. Ahora tenemos que saber exactamente lo que les dijo a cada uno de ellos. Queremos saber acerca de sus otras infracciones de los reglamentos de la prisión. Y más vale que diga la verdad, porque si no... —Golpeó con la porra en el escritorio—. Tiene una hora —dijo, y abandonó el cuarto.

Me senté a escribir. La primera palabra tenía que ser «Declaración». Me costaba trabajo empezar. Hacía dos años que no había tomado una pluma. Reco-

no sé haber quebrantado los reglamentos y haber enviado en clave el mensaje del Evangelio, a través de las paredes; haber acumulado píldoras para suicidarme; haber hecho un cuchillo con un pedazo de hojalata, y piezas de ajedrez con pan y tiza. Me había comunicado con otros prisioneros, aunque ignoraba sus nombres. No mencioné haber recibido confesiones, e incluso traído individuos a la fe por medio de la clave Morse. Escribí: «Nunca he hablado en contra del comunismo. Soy un discípulo de Cristo, quien nos dice amar a nuestros enemigos. Yo los entiendo, y oro por su conversión para que se vuelvan mis hermanos en la fe. No puedo declarar sobre lo que otros me hayan confesado en clave, porque un ministro de Dios no puede jamás ser testigo en una acusación. Mi oficio es defender, no acusar.»

Greco regresó a tiempo, balanceando su porra. Acababa de pegar a unos prisioneros.

Tomó mi «declaración» y empezó a leerla. Al cabo de un rato puso la porra a un lado. Cuando acabó, me miró con ojos preocupados, diciéndome:

—Señor Wurmbrand (no me había llamado señor antes), ¿por qué dice usted que me ama? Este es uno de sus mandamientos cristianos que nadie puede cumplir. Yo no podría amar a alguien que me ha encerrado por años en solitario, que me ha matado de hambre y me ha pegado.

—No es cuestión de guardar un mandamiento —le dije—. Cuando me hice cristiano fue como si hubiera nacido de nuevo, con un nuevo carácter lleno de amor. Así como de una fuente sólo puede brotar agua, sólo amor puede salir de un corazón amante.

Durante dos horas hablamos sobre cristianismo, y su relación con las doctrinas marxistas en las que había sido educado. Greco se sorprendió cuando le informé de que la primera obra de Marx había sido un

comentario sobre el Evangelio según San Juan. También desconocía que Marx, en su prólogo a *El Capital*, escribió que el cristianismo, especialmente en la forma protestante, «es la religión ideal para renovar las vidas destruidas por el pecado». Como mi vida había estado plagada de pecados, le aseguré, sencillamente que seguía el consejo de Marx al volverme cristiano protestante.

Después de este encuentro Greco me llamó a su oficina casi diariamente durante una o dos horas. Había confirmado las citas, y esto fue el pretexto para interminables discusiones sobre el cristianismo, en las cuales procuré dar énfasis a su original espíritu democrático y revolucionario.

Greco afirmó repetidamente:

—Me criaron como ateo, y jamás seré otra cosa.

Pero yo le repliqué:

—El ateísmo es una palabra sagrada para los cristianos. Cuando a nuestros antepasados los arrojaron a las bestias por su fe, Nerón y Calígula los llamaron ateos, de manera que si alguien dice ser un ateo, lo respeto por ser el nombre aplicado a nuestros más grandes antepasados cristianos.

Greco sonrió: Proseguí:

—Teniente, uno de mis antepasados fue un rabí del siglo diecisiete. Sus biógrafos declaran que al encontrarse con un ateo él dijo: «¡Te envidio, querido hermano! Tu vida espiritual seguramente es más consistente que la mía.» Cuando veo a un prójimo en dificultades tengo la tentación de decir, «Dios lo ayudará», y pasar de largo. Pero como tú no crees en Dios, tienes que asumir la carga y ayudar a todo el que encuentras. Los cristianos no critican al Partido por su ateísmo, sino por fomentar el tipo equivocado de ateo,

de los que hay dos clases: una, los que alegan: «No hay Dios, de modo que puedo hacer todo el mal que me plazca», y otra, que razona: «Como no existe Dios, tengo que hacer todo el bien que Dios haría si existiese.» El más grande de todos los ateos, en este segundo sentido, fue Cristo mismo. Cuando vio a los hombres hambrientos, enfermos, y llenos de calamidades, no pasó de largo diciendo: «Dios lo ayudará», sino que actuó como si la responsabilidad fuera suya. Por eso la gente comenzó a preguntar: «¿Acaso este hombre es Dios? ¡Hace obras de Dios!» Así es cómo descubrieron que Jesús era Dios. Teniente, si desea convertirse en esta clase de ateo, amando a todo el mundo y sirviéndolos a todos, los hombres pronto descubrirán que usted se ha vuelto hijo de Dios, y usted mismo descubrirá la Divinidad en su interior.

Tal vez algunos hallen chocantes estos argumentos, pero, como dijo San Pablo, los misioneros tienen que ser judíos entre los judíos, y griegos entre los griegos. Yo tenía que ser marxista con el marxista Greco, y hablarle en un lenguaje que él entendiera. Las palabras le llegaron al corazón. Comenzó a pensar en Jesús y a amarlo. Dos semanas después, en su uniforme caqui, que llevaba en el cuello los apéndices azules de la Policía de Seguridad, Greco se confesó conmigo, a pesar de mis remendados harapos de prisión. Nos volvimos hermanos.

Desde entonces, valerosamente, ayudó a los prisioneros lo mejor que pudo, en medio de dificultades y riesgos. Siguió prestando homenaje de boca al Partido, y desempeñó su papel externo. Un día desapareció, y nadie supo qué le había sucedido. Interrogué cautelosamente a los guardias, quienes creían que lo habían arrestado. En efecto, esconder una verdadera conversión no es fácil.

Hallé otros creyentes ocultos entre la Policía Secreta, y algunos seguían desempeñando sus deberes. ¡Que no se diga que un hombre no puede torturar y orar al mismo tiempo! Jesús nos habla del cobrador de impuestos (cuya labor, en tiempos de Roma, iba de la mano con la extorsión y la brutalidad) que oraba pidiendo misericordia como pecador y se fue a su casa «justificado». El Evangelio no estipula que el individuo debe abandonar inmediatamente un trabajo desagradable. Dios mira dentro del corazón, y ve en una oración la promesa de una nueva vida futura.

Durante el segundo año de encierro pusieron en mi celda una de esas almas divididas. Mientras permaneció conmigo llevaba las manos encadenadas tras la espalda. Yo tenía que alimentarlo y hacérselo todo.

Dionisiu era un joven escultor atiborrado de ideas nuevas en un mundo que únicamente pedía favorecedores bustos de Stalin. Como carecía de dinero para el pan, se colocó en la Policía Secreta. El puesto lo obligaba a golpear a los prisioneros, pero al mismo tiempo se exponía a graves riesgos para prevenirlos contra los delatores. Al llegar a ser objeto de sospechas, optó por huir de la nación. Entonces, ya próximo a la libertad, se sintió secretamente compelido a regresar y a entregarse. Estas personalidades divididas se encuentran dondequiera bajo el comunismo. Dionisiu había oscilado entre dos direcciones toda su vida.

Durante diez noches, hasta que amaneció, le enseñé a Dionisiu la Biblia. Logré quitarle su sentido de culpa. Antes de que se lo llevaran de mi celda me dijo:

—Si alguno de los quince clérigos que había en mi pueblecito se hubiera detenido a hablarme así cuando yo era joven, ya hubiera encontrado a Jesús hace mucho tiempo.

El interrogatorio no cesó con la partida del teniente Greco, pero Dios me concedió el don de poder olvidar los nombres de todos aquellos a quienes pudiera perjudicar. Aunque estaba en prisión, compuse más de 300 poemas, con un total de 100.000 palabras, y los escribí todos al salir. Podía poner mi mente en blanco durante el interrogatorio. Por lo tanto, ensayaron algo diferente.

Con el pretexto de que mi tuberculosis había empeorado —efectivamente, la tos era casi continua—, los doctores me ordenaron tomar una nueva droga, una cápsula amarilla que me ocasionaba un dormir prolongado, lleno de sueños deliciosos. Cuando despertaba, me daban otra. Permanecí inconsciente varios días, siendo despertado solamente cuando los guardias me traían las comidas, que entonces se habían vuelto ligeras y nutritivas.

Mi recuerdo del recommenzado interrogatorio es confuso. Sé que la droga no me hizo traicionar a mis amigos, porque cuando me sometieron a juicio posteriormente, me juzgaron a mí sólo. No hubo sensacional proceso de los implicados en la «red de espías» del Concilio Mundial de Iglesias. Esta droga la usaron con el Cardenal Mindszenty, con los trotskistas y con muchos otros. La droga debilita la fuerza de voluntad hasta que la víctima se entrega a un delirio de autoacusación. Más tarde escuché a individuos bajo este tratamiento dar puñetazos en las paredes de la celda y pedir ver al oficial político con objeto de aportar nuevos cargos contra ellos mismos. El tratamiento puede tener también efectos de alucinación: hombres que la habían estado tomando durante meses, después me confesaron pecados que de ninguna manera podían haber

cometido. Es posible que la tuberculosis contrarrestara la droga en mi cuerpo, o tal vez me habían dado una dosis no bien medida. En todo caso, por la gracia de Dios, me libré de traicionar.

29

Me puse más y más débil al tomar la droga, y un día me derrumbé por completo. Pero aunque sólo me podía levantar del lecho con esfuerzo extremo, mi mente siguió alerta durante un tiempo. Incluso me dio miedo su lucidez.

No es una fábula que el gran San Antonio, Martín Lutero, y muchos otros hombres más comunes, han visto al Diablo. Yo lo vi una vez, de niño, y me hizo una mueca. Esta es la primera vez que he hablado de ello en medio siglo. Ahora, solo en la celda, sentí de nuevo su presencia. Estaba oscuro y frío, y se burlaba de mí. La Biblia menciona lugar «donde los sátiros danzan», y mi celda se había transformado en un sitio semejante. Escuché su voz día y noche. «¿Dónde está Jesús? ¡Tu Salvador no puede salvarte! Te ha engañado, y tú has engañado a otros. ¡No es el Mesías; seguiste a quien no debías!»

Grité fuertemente: «Entonces, ¿quién es el verdadero Mesías que vendrá?» La respuesta fue obvia, pero demasiado blasfema para poder repetirla. Yo había escrito libros y artículos para probar que Cristo era el Mesías, pero ahora no se me ocurría ningún argumento. Los demonios que forzaron a Nyils Hauge, el gran evangelista noruego, a titubear en su fe cuando estuvo en prisión, y ciertamente hicieron dudar a Juan el Bautista en su mazmorra, bramaron contra mí. Carecía de

armas. Mi alegría y mi serenidad habían desaparecido. Anteriormente había sentido a Cristo muy cerca de mí, suavizando mi amargura, iluminando las sombras, mas ahora yo gritaba: «Eli, Eli, lama sabachthani?» («Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»), y me sentía totalmente abandonado.

En esos días negros, horribles, lentamente compuse un largo poema que quizá no reciba mucha aceptación de quienes no han conocido un estado físico y espiritual semejante. Fue mi salvación. Por medio de la palabra, del ritmo y la repetición, pude derrotar a Satanás. He aquí una versión sin cadencia ni métrica, pero que les dará el sentido exacto de la versión rumaná:

«Desde la niñez frecuenté templos e iglesias donde se glorificaba a Dios. Diversos clérigos cantaron e incensaron celosamente, declarando que era correcto y bueno el amarte. Mas cuando crecí vi tanto dolor profundo en el mundo de este Dios, que me dije para mí: «Tiene un corazón de piedra; de lo contrario nos aliviaría los escollos del camino.» Niños enfermos luchan con la fiebre en el hospital; sus afligidos padres oran por ellos. El cielo está sordo. Los que amamos van al valle de la muerte, aunque oramos hasta cansarnos. Hombres inocentes son asfixiados en los hornos, y el cielo calla; permite que esto sucede. ¿Puede Dios asombrarse si, aunque sea en voz baja, hasta los creyentes empiecen a dudar? Hambrientos, torturados, perseguidos en su propia tierra, no obtienen respuestas a estas preguntas. El Todopoderoso se ha deshonrado por los horrores que nos han caído encima.

¿Cómo puedo amar al creador de microbios y de tigres que despedazan al hombre? ¿Cómo puedo amar a quien tortura a todos sus servidores porque alguien comió de un árbol? Más triste que

Job, no tengo esposa, hijo, ni nadie que me consuele; en esta prisión no hay sol ni aire, y el régimen es duro de resistir.

De mi tarima harán mi ataúd. Estirado en él, me afanaré por averiguar por qué mis pensamientos acuden a Ti; por qué mis escritos se dirigen a Ti. ¿Por qué este apasionado amor en mi alma? ¿Por qué mi canto va únicamente a Ti? Sé que soy rechazado; pronto me pudriré en la tumba.

La novia, en "El Cantar de los Cantares", no amaba cuando preguntó si Tú eres "con justicia amado". El amor es su propia justificación. El amor no se ha hecho para el sabio. Aunque sufra miles de pruebas, la amante no cesará de amar. Aunque el fuego arda y las olas la ahoguen, ella besará la mano que hierde. Si no halla respuesta a las preguntas, confía y espera. Un día el sol brillará en lugares escondidos, y todo se hará claro.

El perdón de innumerables pecados aumentó el ardiente amor de la Magdalena. Pero ella dio perfume y derramó lágrimas antes que Tú dijeras Tu palabra de perdón. Y si no la hubieras dicho, también se hubiera sentado a llorar por el amor que sentía hacia Ti, aun siendo pecadora. Te amaba antes que derramasen Tu sangre. Te amó antes que Tú la perdonaras. Yo tampoco pregunto si es justo amarte. No te amo en la esperanza de salvarme. Te amaría en la desgracia interminable. Te amaría en el fuego consumidor. Si hubieras rehusado bajar a los hombres, hubieras sido mi sueño lejano. Si te hubieras negado a sembrar Tu palabra, te amaría sin haberte escuchado. Si hubieras titubeado y huido de la Crucifixión, y no me hubieras salvado, aun así te amaría; e incluso si encontrara pecado en Ti, lo cubriría con mi amor.

Me atreveré a decir palabras locas, para que todos sepan cuánto te amo. Tocaré las puertas no to-

cadás, y te glorificaré con una nueva música. Si los profetas hubieran predicho a otro que no fueras Tú, los abandonarí a ellos, no a Ti. Hasta si producen millares de pruebas en contra, yo reservo mi amor para Ti. Si creyera que eres un Impostor, oraría por por Ti llorando, y si bien no te seguiría en Tu falsedad, esto no disminuiría mi amor. A causa de Saúl, Samuel pasó la vida en llanto y severo ayuno. También mi amor resistiría aunque supiera que estabas perdido. Si Tú, no Satanás, hubiera promovido erróneamente la rebelión contra el Cielo, y hubieras perdido la belleza de las alas y descendido de lo alto como un arcángel, irremediamente, esperarí que el Padre te perdonara y que un día caminases con El otra vez por las calles de oro del Cielo.

Si fueras un mito, con gusto me apartaría de la realidad y viviría contigo en un sueño. Si me probaran que no existes, recibirías vida de mi amor. Mi amor es insensato, sin motivo, como lo es asimismo Tu amor. Señor Jesucristo, encuentra alguna dicha en esto, porque no te puedo dar más.»

Después de concluir este poema no sentí más la proximidad de Satanás. Se había marchado. En el silencio experimenté el beso de Cristo, y todo el mundo calla cuando lo besan. Retornaron la quietud y el gozo.

Segunda parte

1

Después de casi tres años de encierro solitario me hallaba al borde de la muerte. A menudo escupía sangre.

El coronel Dulgheru dijo:

—No somos asesinos como los nazis. Queremos que viva y sufra. Llamaron a un especialista. Ansioso de evitar el contagio, hizo su diagnóstico a través del mirador de la celda. Dio orden de pasarme a una prisión-hospital.

Me subieron desde las celdas subterráneas, y en el patio del Ministerio del Interior contemplé de nuevo la luz de la luna y las estrellas. Acostado en una ambulancia, di una familiar ojeada a Bucarest. Viajábamos en la dirección de mi casa, y por un momento pensé que me llevaban a ella a morir. Cuando casi estábamos allí, la ambulancia dobló y comenzó a subir una colina en las afueras de la ciudad. Entonces comprendí que nos dirigíamos a Vacaresti, uno de los grandes monas-

terios de Bucarest, que en el siglo pasado fue convertido en prisión. La magnífica iglesia y ayuda de parroquia habían sido transformadas en tinglados de almacenamiento. Habían derrumbado numerosas paredes entre las celdas de los monjes, transformándolas en habitaciones en las cuales los prisioneros vivían en gran número. Quedaban pocas celdas en que los hombres pudieran permanecer aislados.

Antes que los guardias me sacaran de la ambulancia me envolvieron la cabeza con una sábana. Me agarraron por debajo de los brazos y me llevaron casi a cuestas por el patio, algunas escaleras, y a lo largo de un balcón. Cuando me quitaron la sábana, me encontré en una celda estrecha y desnuda. Oí a un oficial hablar con un guardia en la baranda exterior.

—Nadie puede ver a este hombre excepto el doctor, y para eso usted tiene que estar presente —dijo. El hecho de que yo seguía viviendo debía quedar en secreto.

El guardia, un hombrecito entrecano, se llenó de curiosidad con todas estas precauciones. Al irse el oficial, me preguntó qué había hecho yo.

—Soy un pastor y un hijo de Dios —le contesté.

Inclinándose sobre mí, murmuró:

—¡Alabado sea el Señor! ¡Yo soy uno de los soldados de Cristo!

Era miembro secreto de «El Ejército del Señor», un movimiento de renovación que se había separado de la iglesia ortodoxa. A pesar de ser perseguidos por los comunistas al igual que por los sacerdotes, se había diseminado rápidamente por los pueblos, reuniendo cientos de miles de seguidores.

El guardia se llamaba Tachici. Intercambiamos versículos de la Biblia, y me ayudó tanto como se atrevió. Algunos carceleros habían sido sentenciados a doce años por ofrecer una manzana o un cigarrillo a un prisionero. Yo me sentía demasiado débil para abandonar la

cama, y con frecuencia yacía en mi suciedad. Por breves momentos en la mañana podía pensar claramente, pero entonces empezaba a dar vueltas y a agitarme en un delirio. Dormía poco. Sin embargo, había una ventanita por la cual podía ver de nuevo el cielo, y por las mañanas me despertaba un extraño sonido, ¡hacía tanto tiempo que no había escuchado el canto de los pajarillos!

Le conté a Tachici:

—Cuando Martín Lutero andaba por los bosques se alzaba el sombrero ante los pájaros y les decía: «Buenos días, teólogos, ustedes se despiertan y cantan, pero yo, viejo tonto, sé menos que ustedes y me preocupo de todo, en lugar de confiar simplemente en el celestial cuidado de Dios».

Por la ventana podía ver una esquina de la yerba y el patio; éste generalmente estaba vacío. A veces, doctores en bata blanca pasaban precipitadamente por allí, hasta temerosos de dar un vistazo hacia arriba. Tenían que practicar medicina «en el espíritu de la guerra de clases».

Podía oír a los hombres hablar cuando salían a hacer ejercicios. En el pasado, había anhelado escuchar el sonido de una voz humana, pero ahora me irritaba. No hablaban de nada. Sus pensamientos me parecían triviales y falsos.

Una mañana, desde la celda siguiente me llegó la voz de un viejo.

—Soy Leonte Filipescu. ¿Quién eres tú?

Reconocí el nombre de uno de los primeros socialistas rumanos, un individuo brillante a quien el Partido había utilizado y entonces descartado.

—Lucha por tu enfermedad —me dijo—. ¡No desistas! Todos estaremos libres en un par de semanas.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Los americanos están haciendo retroceder a los comunistas en Corea. En dos semanas estarán aquí.

—Pero aunque no hallen oposición, seguramente les tomará más de una quincena llegar a Rumanía —le refuté.

—¡Tontería! La distancia no es nada para ellos. Posen aviones supersónicos a chorro.

No discutí. Los prisioneros vivían de ilusiones. Si el diario «atole» (sopa de puré era un poco más espeso, esto significaba que los rusos estaban asustados por un ultimátum de los americanos, por lo que el tratamiento que nos daban había mejorado. Si alguien era derribado por un carcelero quería decir que los comunistas estaban aprovechando lo más posible sus últimos días de poder. Los hombres regresaban muy animosos de sus ejercicios en el patio.

—¡El Rey Miguel ha dicho por radio que estará en el trono el mes que viene!

Ninguno podía resistir la idea de pasar los siguientes diez o veinte años en prisión. Filipescu todavía esperaba una pronta liberación, cuando lo transfirieron, un mes después, a otra prisión-hospital donde nos encontraríamos nuevamente. En su lugar vino un líder de la Guardia Fascista de Hierro, Radu Mironovici, quien a pesar de profesar ser cristiano, continuamente vomitaba odio por los judíos.

Le pedí a Tachici que me ayudara a subir a la cama y llamara a Mironovici.

—Cuando tomas la Sagrada Comunión en tu iglesia ortodoxa, ¿no son el pan y el vino realmente transformados en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo?

Contestó que sí.

—Jesús era judío —le dije—. Si el vino se volvió Su sangre, entonces es sangre judía, ¿no?

Contra su voluntad, tuvo que admitir que sí. Proseguí:

—Jesús promete que cualquiera que coma de Su cuerpo y beba de Su sangre tendrá vida eterna. De modo que, para tener vida eterna, a tu sangre aya le

tienes que añadir unas cuantas gotas de sangre judía. ¿Cómo puedes entonces odiar a los judíos?

No pudo contestar. Le rogué ver lo absurdo que era para un prosélito de Cristo —que era un judío— odiar a esta raza; por la misma razón que era absurdo que los comunistas fuesen antisemitas, mientras creían en un judío llamado Karl Marx. Con el tiempo, Mironovici fue pasado a otra celda distante, pero le confió a Tachici:

—Una parte de mi vida que era falsa, se ha desprendido. Yo era un cristiano demasiado orgulloso para seguir a Cristo.

2

Un día en que tenía fiebre muy alta y me sentía enfermo y débil, los guardias vinieron otra vez por mí. Me cubrieron la cabeza con una sábana y me condujeron a lo largo de un corredor. Cuando la sábana cayó, me vi en una habitación espaciosa y desnuda, con ventanas enrejadas. Cuatro hombres y una mujer me contemplaban detrás de una mesa. Era mi juicio, y ellos eran mis jueces.

—Hemos encargado a un abogado que lo defienda —dijo el presidente del tribunal—. El ha cancelado su derecho a presentar testigos, puede sentarse.

Los guardias me sujetaron en una silla, a la vez que me ponían una inyección para fortificarme. Cuando se me pasaron las oleadas de náusea y mareo, el fiscal se puso de pie. Empezó a decir que yo participaba de igual ideología criminal que Josef Broz Tito en Yugoslavia. Creí delirar. Por la época de mi arresto el mariscal Tito era tenido por un comunista modelo. No

sabía que desde entonces lo habían expuesto como un desviado y un traidor. Prosiguió su interminable discurso acerca de mi culpa: labor de espionaje por medio de las misiones de la iglesia escandinava y el Concilio Mundial de Iglesias, extendiendo la ideología imperialista bajo el disfraz de la religión, infiltrando el Partido con el mismo pretexto, con el verdadero objeto de destruirlo, y así por el estilo. Mientras la voz seguía, sentí que me deslizaba de la silla. Demoraron los procedimientos para inyectarme otra vez.

El abogado defensor hizo lo que pudo, que no era mucho.

—¿Tiene algo que alegar? —inquirió el Presidente. Su voz sonaba distante, y la habitación se oscurecía. Sólo una cosa penetró en mi cerebro confuso.

—Amo a Dios —dije.

Escuché mi sentencia: veinte años de trabajos forzados. El juicio había durado diez minutos. Cuando me llevaron, volvieron a ponerme la sábana en la cabeza.

3

Dos días después, Tachici me susurró:

—Te vas. ¡Que Dios te acompañe!

Otro guardia siguió, y entre los dos me condujeron a la entrada principal. Contemplé a Bucarest desplegado abajo —la última vez que la vería en seis años. Remacharon alrededor de mis tobillos cadenas que pesaban cincuenta libras. Me auparon al interior de un camión en el que ya había unos cuarenta hombres y varias mujeres. Todos, incluso los enfermos, iban encadenados. Junto a mí lloraba una joven, y traté de consolarla.

—¿No se acuerda de mí? —sollozó.

La miré con mayor detenimiento, pero su cara no me decía nada.

—Yo formaba parte de su congregación. Después de mi arresto, la pobreza la había impulsado a dedicarse al robo, teniendo ahora que cumplir tres meses. Me siento tan avergonzada —dijo con voz llorosa—. Yo que pertenecía a su iglesia, y ahora usted es un mártir y yo soy una ladrona.

—Yo también soy un pecador, salvado por la gracia de Dios, la consolé.

—Cree en Cristo y tus pecados te serán perdonados.

Me besó la mano, prometiéndome que cuando la soltaran, le haría saber a mi familia que me había visto.

En un desviadero del ferrocarril nos hacinaron en un vagón especial para transportar prisioneros. Las ventanas eran diminutas y opacas. Traqueteando lentamente por la llanura y dentro de las colinas al pie de los Cárpatos, descubrimos que todos padecíamos de tuberculosis, por lo que nos dimos cuenta que nos conducían a Tirgul-Ocna, donde existía un sanatorio para prisioneros tuberculosos. Durante unos 40 años los convictos habían trabajado en las minas de sal locales, y treinta años atrás un doctor famoso, Romascanu, construyó el sanatorio y se lo dio al Estado. Había disfrutado de excelente reputación antes que los comunistas dominaran.

Al cabo de un viaje de 200 millas que nos tomó un día y una noche, llegamos a la estación de Tirgul-Ocna, una ciudad de 30.000 habitantes. Junto con otros seis hombres que no podían caminar, me acostaron en una carreta. Los otros tiraron de ella y nos llevaron, mientras los guardias miraban, a un enorme edificio en el límite de la ciudad. Cuando nos entraron vi una cara conocida, la del doctor Aldea, un ex fascista convertido que se había hecho amigo de la familia. En seguida

que me acostaron en el cuarto de cuarentena me examinó.

—Yo soy un prisionero también —me dijo—, pero me dejan trabajar como doctor. No hay enfermeras, y sólo un médico, así es que nos tenemos que cuidar los unos a los otros lo mejor que podamos.

Me tomó la temperatura e hizo su examen.

—No voy a engañarte —dijo—. Nada podemos hacer. Te quedan dos semanas de vida. Procura comer lo que te den, aunque no sea bueno. De lo contrario...

—Me tocó el hombro y siguió adelante.

En los días que siguieron murieron dos de los que habían viajado en la carreta desde la estación. Oí que otro le suplicaba a Aldea con voz ronca:

—Le juro que estoy mejor, doctor. La fiebre se está yendo, lo sé. ¡Escuche, por favor! Hoy solamente escupí sangre una vez. ¡No deje que me pasen a la Habitación Cuatro!

Le pregunté al individuo que me trajo el atole aguada, qué pasaba en la Habitación Cuatro. Puso el plato con cuidado, y replicó:

—Ahí es donde mandan a los incurables.

Traté de comer el atole, pero no podía. Alguien me alimentó con cuchara. La comida no bajaba. El doctor Aldea dijo:

—Lo siento, pero insisten en que vayas a la Habitación Cuatro.

Volví a juntarme con mis compañeros de la carreta.

4

Para todos los efectos ya estaba muerto. Los prisioneros se persignaban al pasar por el pie de mi cama. Pasaba la mayor parte del tiempo acostado, en estado

comatoso. Si me quejaba, los demás me revolvían para el otro lado y me daban agua.

El doctor Aldea no podía hacer mucho.

—¡Si al menos tuviéramos algunas medicinas modernas! —se lamentaba. Corrían rumores de que un nuevo invento norteamericano, la streptomicina, estaba haciendo maravillas por los tuberculosos, aunque la línea del Partido había clasificado lo anterior como propaganda occidental.

En los quince días siguientes, cuatro de los que entraron conmigo en el cuarto murieron. Yo mismo no estaba seguro a veces de estar vivo o muerto. Por la noche dormía a ratos, despertándome con punzadas de agonía. Los otros prisioneros me cambiaban de lado unas cuarenta veces aproximadamente, para aliviar mi dolor. Me salía pus de una docena de llagas. Tenía el pecho inflamado, con la columna vertical también afectada. Escupía sangre constantemente.

Alma y cuerpo se hallaban unidos por ligaduras muy débiles, y me movía hacia las fronteras del mundo físico. Le pregunté a mi ángel guardián: «¿Qué clase de ángel custodio eres, que no puedes evitarme este sufrimiento, ni siquiera el albergar pensamientos anticristianos?» Y en un relámpago que pareció durar una milésima de segundo contemplé a un ser provisto de muchos brazos, como Krishna, oyendo que me decía: «No puedo hacer todo lo que debiera por ti. Yo también soy un converso».

En ese momento desconocía la Biblia y los dogmas. Mi cerebro no funcionaba por lo que me era imposible juzgar el valor objetivo de esa visión. Vagamente recordé que los místicos ortodoxos mencionan casos aislados en que los ángeles negros han sido traídos de nuevo al servicio de Dios. Sin embargo, las conversiones no pueden cambiar completamente el carácter de los que han sido muy malos, aunque el arrepentimiento haya sido profundo. En todo caso, dadas las circuns-

tancias, la visión explicaba en cierto modo las cosas que me estaban pasando, y esto me ayudaba considerablemente.

Sobreviví la primera crisis. La mirada de lástima del doctor Aldea se transformó en una de asombro, viéndome aferrarme a la vida. No me administraban medicinas, pero durante una hora en la mañana la fiebre bajaba ligeramente y mi mente estaba más lúcida. Empecé a mirar en torno mío en la habitación, y a hacer inventario de lo que me rodeaba.

5

La habitación contenía doce camas muy juntas, y algunas mesitas. Las ventanas estaban abiertas, y podía ver a los hombres trabajando en un trozo del huerto, y más allá las altas murallas y los alambres de púas. Todo estaba muy quieto. No había timbres de alarma, ni carceleros que gritaran; es más, no había carceleros. Por temor al contagio se mantenían tan lejos de los pacientes como podían. Podía decirse que Tírgul-Ocna era administrada a distancia, y debido al descuido y la indiferencia se convirtió en una de las prisiones menos rigurosas. Escasamente se nos daba o se hacía algo por nosotros. Usábamos la ropa en que habíamos sido arrestados, remendadas en el transcurso de los años con lo que tuviéramos a mano.

El alimento lo traían malhechores comunes a la puerta de la sección política, y de allí era llevada a las celdas. Los que podían caminar iban por su ración; al resto se la daban en la cama. Consistía en sopa de col aguada, unas pocas habichuelas verdes, o un ligero guiso de cebada o maíz.

Varios prisioneros que estaban bastante bien, cavaban el terreno fuera del edificio. El resto descansaba en las literas y chismeaba para matar las horas. Pero en la Habitación Cuatro la atmósfera era diferente. Como nadie había salido vivo de allí, la llamaban «La Celda de la Muerte».

Un gran número de hombres morían, y su lugar lo ocupaban otros en los treinta meses que permanecí acostado en ese cuarto. Lo remarcable es que nadie murió siendo ateo. Los fascistas, comunistas, santos, asesinos, ladrones, sacerdotes, ricos terratenientes, y los más pobres entre los campesinos, se amontonaban en una pequeña celda. Sin embargo, ninguno murió sin haber hecho las paces con Dios y el hombre.

Muchos ingresaron en la habitación Cuatro como ateos firmemente convencidos, pero su descreimiento cayó siempre ante la faz de la muerte. Se dice: «Si un gato puede cruzar un puente, eso no significa que el puente es seguro, pero si un tren lo cruza, entonces sí lo es». Igualmente, si un hombre se llama ateo mientras se sienta con su esposa a tomar té y pasteles, ello no es prueba de ateísmo. Una verdadera convicción tiene que sobrevivir bajo inmensa presión, y el ateísmo no sobrevive.

6

El anciano Filipescu recitaba con frecuencia pasajes de Shakespeare, que le encantaban, o nos contaba relatos de su vida, para pasar el tiempo. Había sido revolucionario durante cincuenta años. El primero de sus muchos arrestos por agitación política fue en 1907, pero en 1948 la policía secreta vino por él.

—Padecí por el socialismo antes que ustedes nacieran —les dijo. Le replicaron que en ese caso debió haberse unido a los comunistas y compartido el fruto de la victoria.

—Cuando les contesté a estos jóvenes «el socialismo es un cuerpo viviente con dos brazos», Democracia Social y Comunismo Revolucionario, ¡corten uno de ellos y el socialismo queda lisiado!, se rieron.

Filipescu fue sentenciado a veinte años. Un carcelero me anunció:

—¡Vas a morir en prisión!

Yo le repliqué:

—No he sido sentenciado a muerte, por¿ qué quieres matarme?

Nos contó el principio de su vida como zapatero; como, después se autoeducó y aprendió a apreciar lo bello de la vida. Aceptaba las enseñanzas marxistas acerca de la religión, es decir, que la iglesia estaba del lado del opresor, que los clérigos eran mantenidos por el rico para persuadir a los pobres de que su recompensa la hallarían en el cielo.

Nadie, sin embargo, conoce las profundidades de su propio corazón; cuántos se creen religiosos y no lo son, mientras otros se creen ateos sin serlo. Filipescu negaba a Dios, pero lo que negaba era su concepto primitivo de la palabra, no las realidades del amor, la piedad y la eternidad. Le expresé esta opinión mía de él.

—Creo en Jesucristo y lo amo como el más grande de los seres humanos —dijo—, pero no puedo pensar en El como Dios.

Su condición se agravó progresivamente. Antes de quince días, después de una serie de hemorragias, vino el fin. Me dijo sus últimas palabras.

—Amo a Jesús —murmuró. Esa semana habían muerto varios, y lo tiraron desnudo dentro de una fosa común que los prisioneros cavaron.

El general Tobescu, un antiguo jefe de la Gendarmería, levantó la voz desde su rincón cuando oyó esto:

—Ese es el destino que los socialistas del Occidente se están labrando ellos mismos cuando se hacen aliados de los comunistas.

El abate Iscu de Tismana, su vecino, se persignó:

—Al menos debemos estar agradecidos de que al final se acercó a Dios —dijo quedamente.

En el otro extremo del cuarto el sargento mayor Bucur expresó su desacuerdo. ¡Nada de eso! —declaró que no podía pensar en Cristo como Dios.

—Filipescu habrá encontrado la verdad en el otro mundo —intercalé—, porque amaba a Jesús, y Jesús jamás rechaza a nadie. El ladrón convertido en el Gólgota y a quien El le prometió el paraíso, también lo llamó sencillamente un hombre. Yo creo en la divinidad de Jesús, y asimismo en Su amor hacia los que no pueden verla.

Bucur no amaba a nadie, pero adoraba su concepto del Estado, con él como virrey de la villa donde había dispensado su propio estilo de justicia. Era aficionado a contar a todos cómo siendo sargento de la Gendarmería había pegado a ladrones y mendigos, y hasta a sus mismos hombres cuando osaban contradecirlo, y especialmente a los judíos.

—Ninguno está marcado —se vanagloriaba—. Primero se les ponen colchas de arena en la espalda. ¡Duele igual, pero no pueden quejarse, porque no tienen cicatrices que mostrar!

Bucur no podía comprender su deposición bajo el nuevo régimen, pues se hallaba listo para combatir a los anticomunistas con tanto ardor como a cualquier otro, por deber.

Aunque estaba muy enfermo, no quería admitirlo. Cuando el doctor Aldea lo examinaba una noche, exclamó:

—¿Por qué me retiene aquí? No tengo nada serio. ¡Yo no estoy como los otros!

Aldea miró el termómetro y sacudió la cabeza.

—No —dijo— estás peor que ellos. Debieras dejar de discutir, y pensar en tu alma.

Bucur se puso furioso.

—¿Quién crees que eres? —le gritó después que el doctor se fue.

—Sospecho que Aldea tiene sangre judía —añadió. Era lo peor que podía pensar de nadie.

A Bucur le gustaba pelear con Moisescu, un judío chiquito, de mediana edad, cuya cama estaba cerca de la suya.

—La Guardia de Hierro sabía cómo tratarte —lo provocó.

—¿Sabes que fui arrestado como miembro de la Guardia de Hierro? —dijo Moisescu, sonriendo. Todos se rieron en la habitación.

—Es verdad —prosiguió—. Después que la Guardia de Hierro fue derrocada, era una grave ofensa poseer una camisa verde, que se consideraba un uniforme. Nosotros los judíos hemos perdido tanto durante su mandato que yo pensé: «He aquí una buena oportunidad de recuperar algo de lo nuestro. Compra todas las camisas verdes no vendidas, tíñelas de azul, y véndelas». Mi casa estaba atestada con todas las camisas verdes que había en Bucarest cuando la policía vino a registrar. No escucharon mi explicación, ¡de manera que me tildaron de Guardia de Hierro y siendo judío me mandaron a prisión como simpatizante de los nazis!

Aunque Bucur declaraba en alta voz ser cristiano militante, su existencia entera había sido una pelea con Dios. Iba a la iglesia, mas no encontraba guía. Los sacerdotes de su villa no eran ministros de la religión sino maestros del ceremonial ortodoxo. Ahora no podía comprender por qué moría, ni lo que significaba la verdadera fe.

Le dije:

—Sientes que no tienes motivo para esperar, pero recuerda que la noche es más negra antes del amanecer. Los cristianos creen que la aurora vendrá. La fe puede resumirse en dos palabras: «aunque» y «sin embargo». En el Libro de Job leemos: «Aunque el Señor me mate, confiaré en El». Estas palabras aparecen juntas numerosas veces en la Biblia. Nos piden tener fe en los momentos más negros.

A Bucur le complació que alguien se interesara por él, pero no demostró remordimiento por la crueldad y el mal de su pasado, hasta el día que comprendió que el doctor Aldea tenía razón. Su vida se apagaba rápidamente. Declaró con voz asustada:

—Muero por mi patria.

Estuvo inconsciente durante horas. Cuando despertó, pidió:

—Deseo confesarme delante de todos ustedes. ¡He pecado tanto! ¡No! No puedo morir pensando en ello. Su voz adquirió una extraña calma. Confesó haber matado a gran cantidad de judíos, no por seguir órdenes de otros sino porque sabía que nunca sería castigado. Había asesinado a mujeres y a un niño de doce años. Había estado sediento de sangre como un tigre.

Al final de su confesión murmuró:

—Ahora el señor Wurmbrand me odiará.

—No —le repliqué—. Tú mismo odias a esta criatura que mataba. Tú la has vilipendiado y rechazado. Tú ya no eres aquel asesino. Un hombre puede nacer de nuevo.

A la mañana siguiente aún se aferraba a la vida.

—Ayer no lo dije todo —admitió— me dio miedo.

Había asesinado a niños en los brazos de sus madres. Cuando las municiones se me acababan, los golpeaba hasta matarlos. Su espeluznante relato parecía interminable, mas cuando por fin terminó se quedó dormido. Su respiración se hizo ronca e irregular. El pe-

cho se alzaba y bajaba como si no le entrara suficiente aire. Todos estábamos silenciosos. Sus manos se apretaban y se soltaban sobre la frazada sucia, y finalmente se agarraron a la pequeña cruz que le colgaba del cuello. Cuando dejó de respirar, su garganta emitió un angustioso estertor.

Alguien llamó a uno en el pasillo, y dos hombres vinieron a llevarse el cuerpo de Bucur. El sol de la mañana penetró por las ventanas abiertas y se posó en su cara, pero ya los ojos estaban cerrados y las duras líneas de la boca estaban en reposo. En la muerte, sus facciones mostraban una inmensa paz, como no la había conocido jamás durante su vida.

7

Los prisioneros de otros pabellones vinieron a menudo a la Habitación Cuatro a pasar la noche con nosotros, ayudando a los moribundos y ofreciéndoles consuelo.

En Pascua Florida, un amigo trajo algo envuelto en un cucurucho de papel, para Valeriu Gafencu, un antiguo soldado de caballería de la Guardia de Hierro. Procedían de la misma ciudad.

—Lo he pasado de contrabando —le dijo—. ¡Ábrelo!

Gafencu deshizo el papel, y en él había dos terrones de una sustancia blanca y reluciente: ¡azúcar! Ninguno de nosotros había visto terrones de azúcar durante años. Nuestros cuerpos consumidos la apetecían. Todos los ojos se fijaban en Gafencu y en la preciada posesión que tenía en la mano. Despacio, él la envolvió de nuevo.

—No voy a comerla todavía —dijo—. Alguien puede empeorar más que yo durante el día. Pero gracias. Con mucho cuidado colocó el presente junto a su cama, y allí se quedó.

Días después mi fiebre aumentó, y me puso muy débil. El azúcar pasó de cama en cama hasta que vino a descansar en la mía.

Es un obsequio —explicó Gafencu. Le di las gracias, pero dejé el azúcar intocado, 'por si alguien la necesitaba más al día siguiente. Cuando mi crisis pasó, se lo di a Soteris, el más viejo de los dos comunistas griegos, cuya condición era peor.

Durante dos años el azúcar pasó de mano en mano en la Habitación Cuatro (y dos veces volvió a mí); cada vez el paciente esperaba tener fuerza para resistir.

Soteris y Glafkos eran guerrilleros comunistas que huyeron a Rumanía al final de la guerra civil en Grecia. Habían sido arrestados, como muchos de sus camaradas, por pelear mal; no se cansaban de alardear de sus hazañas antes de que la marea de la batalla se volviera contra ellos. Habían saqueado los famosos monasterios de Monte Atos, llevándose cuanto pudieron cargar y destrozando el resto. A las mujeres les estaba prohibido entrar en Atos, y muchos de los 2.000 monjes no habían visto una en años.

—Llevamos con nosotros a un grupo de muchachas guerrilleras —contó Soteris—. ¡Hubieran visto a los vejetes correr!

Soteris estaba orgulloso de su ateísmo, mientras pudo bromear y esperaba vivir. Cuando le llegó la hora, a gritos pidió a Dios que lo ayudara. Únicamente lograba calmarlo la voz del sacerdote murmurando palabras prometedoras de celestial perdón. Entonces, él también, tuvo la gran fuerza moral de renunciar a los dos pedazos de azúcar.

Su cuerpo fue preparado para su entierro, por un prisionero de afuera que frecuentemente venía a ayu-

dar. Lo llamaban, respetuosamente, «el profesor», y su nombre era Popp. Rara vez su figura cargada de espaldas y profesoral asomaba sin la compañía de alguno a quien estuviese enseñando historia, francés, o cualquier otra materia.

En una ocasión le pregunté cómo se las arreglaba, puesto que no contaba con materiales de escritura.

—Frotamos la mesa con un pedazo de jabón y arañamos la palabra con un clavo —me explicó. Al expresar mi admiración por su persistencia, los inocentes ojos azules resplandecieron—. Antes pensaba que lo hacía por ganarme la vida. ¡En la prisión he aprendido que enseñe porque amo a mis alumnos!

—¿Siente vocación, como dicen los sacerdotes?

—Bueno —replicó—, aquí se nos enseña lo que valemos.

Al preguntarle si era cristiano pareció agitarse.

—Pastor, he tenido muchos desengaños. En mi última prisión, Ocnele-Mari, convirtieron la iglesia en un almacén y pidieron que alguien se prestara a bajar la cruz de la torre. Ninguno quería hacerlo. Por último, fue un sacerdote quien se prestó.

Alegué que no todos los hombres que pertenecen a órdenes sagradas albergan un corazón sacerdotal, ni todos los que se llaman cristianos son discípulos en el genuino sentido de la palabra. El que visita a un barbero para que lo afeite, u ordena un traje a un sastre, no es discípulo sino cliente Y el que se acerca al Salvador solamente para ser salvado, no es su discípulo. Si lo fuera, le diría a Cristo:

—¡Cómo quisiera hacer una labor igual a la tuya! ¡Ir de sitio en sitio disipando el temor; trayendo, en cambio, alegría, verdad, consuelo, y la vida eterna!

Popp sonrió:

—¿Y qué me dices de los que se vuelven discípulos a la última hora? Me ha sorprendido ver a tantos convencidos ateos volverse creyentes en los últimos momentos.

Tuve que explicarle que nuestra mente no funciona siempre al mismo nivel.

—Un genio puede hablar tonterías a veces, o tener un altercado con la esposa, pero no lo juzguemos por estos detalles. Respetemos nuestra mente, y la suya, cuando nos superamos, cuando nos esforzados por hallar salida a un momento de crisis suprema. Es entonces cuando es preciso afrontar la separación de la muerte en la que la fachada del ateísmo casi siempre se derriba.

—¿Y por qué cree que un hombre como el sargento Bucur desea confesar sus crímenes públicamente?

Le di una razón:

—En una época yo vivía cerca del ferrocarril, y jamás notaba los trenes del día, porque la ciudad estaba llena de ruidos. Pero por la noche oía los silbidos distintamente. Cuando la muerte se aproxima en el silencio de la prisión, donde no hay distracciones, los hombres oyen la voz que no habían oído antes.

El abate dijo:

—En la última prisión que estuve, en Aiud, había un pobre anciano en encierro solitario. Por la noche se despertaba gritando: «¿Quién está en la celda contigua? ¿Por qué no para de tocar en la puerta?»

—¿Y qué? —preguntó Popp.

—La celda contigua estaba vacía.

—Yo sé algo que le gana a eso —ofreció Moises-cu—. En mi último lugar de prisión había un guardia de hierro que había matado a un rabí. Estaba convencido de que el rabí cabalgaba en sus hombros y le hundía las espuelas en la carne.

8

Como no tenía fuerzas para lavarme, el profesor Popp se encargó de esa tarea. Le pregunté si había duchas en la parte de la prisión donde él vivía.

—Sí —dijo—, en la República del Pueblo de Rumanía contamos con los más modernos equipos. Lo malo es que no funcionan. Las duchas han estado secas por años. —Enderezó la espalda y prosiguió—: ¿Ha oído del comunista y el capitalista que al fallecer se encontraron en el Infierno? Vieron dos puertas. Una decía: «Infierno Capitalista», y la otra decía: «Infierno Comunista». Aunque los hombres eran enemigos de clase, se pusieron de acuerdo para decidir cuál sería el infierno más pasable. El comunista propuso: «Comarada, vayamos al departamento comunista. Allí, cuando hay carbón no hay fósforos. Cuando hay fósforos, no hay carbón. Y si tienen carbón y fósforos, el horno no funciona.

El profesor continuó lavándose, y los otros rieron. Aristar el campesino dijo:

—Los primeros comunistas eran Adán y Eva.

—¿Por qué? —preguntó el condescendiente Popp.

—Porque no tenían ropas, ni casa, además tuvieron que compartir una manzana, y todavía creyeron estar en el paraíso.

El relatar chistes y cuentos era muy importante para nosotros. Los hombres permanecían acostados el día entero, con sólo sus aflicciones en que pensar, y el que pudiera llevarles a olvidar por unos momentos les estaba haciendo un acto de caridad. Frecuentemente hablé durante horas, a pesar de estar enfermo y aturdido del hambre; un buen relato, al igual que un pedazo de pan, podía sostener la vida del hombre. Cuando Popp me insitía en que ahorrara mis energías, le aseguraba tener las suficientes para una anécdota más esa mañana.

—El Talmud habla de un rabí que andaba por la calle cuando oyó la voz del profeta Elías decir: «Aunque ayunes y reces, nunca merecerás el alto lugar que espera en el Cielo a esos dos hombres al otro lado del camino.» El rabí corrió detrás de los extraños y les preguntó: «¿Habéis dado mucho a los pobres»

Se echaron a reír:

«No, ¡si somos mendigos!»

«Entonces, oráis continuamente?»

«No, somos ignorantes. No sabemos rezar.»

«Díganme, pues, ¿qué hacéis?»

«Contamos chistes, para hacer reír a la gente cuando están tristes.»

Popp pareció sorprenderse:

—¿Va a decirme que los que hacen reír a los hombres alcanzan mayores honores en el Cielo que quienes los ayudan?

—Eso enseña el Talmud, ese libro de sabiduría hebrea. Pero incluso en el Salmo segundo de la Biblia se afirma que Dios mismo se ríe a veces.

A la vez que me ayudaba a ponerme las ropas, Popp afirmó:

—Dios no hallaría mucho de qué reírse aquí. Pero, ¿dónde está El, pastor, y por qué no nos ayuda?

Como respuesta relaté:

—Un día llamaron a un pastor al lecho de muerte de un individuo. La madre trataba de consolar a la hija, que sollozaba, pero la muchacha increpó: «¿Dónde se halla el brazo protector del Dios del cual predica usted, pastor?», y éste replicó: «Está detrás de tu hombro, en la forma del brazo de tu madre.»

«Cristo se encuentra con nosotros en la prisión, de muchas maneras. Primeramente, puede verse en nuestros doctores cristianos, que aunque les pegan y los atemorizan, siguen ayudando. En Vacarasti, algunos doctores oficiales han hecho pasar medicamentos, y con ello se han ganado diez años de prisión.

»En segundo lugar, Cristo reside aquí en los sacerdotes y pastores afanosos por aliviar la carga de los otros, y en todos los cristianos que proporcionan alimento, ropa y ayuda a quienes están peor que ellos. En tercer lugar, se manifiesta en los que nos enseñan acerca de Dios y también en los que nos narran historias; en la personas de quienes los sirven, y en la de aquellos a quienes ustedes pueden servir.

»Jesús promete que en el Juicio Final, Dios separará el bueno del malo, a Su mano derecha y a su izquierda. A los de la derecha, les dirá: "Venid y heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; fui forastero y me recogisteis, estuve desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis en la cárcel y vinisteis a mí." Los justos le responderán diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos enfermo y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos o desnudo y te vestimos; o cuándo te vimos enfermo y en la cárcel y vinimos a ti?" Y el Rey les responderá y les dirá: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mi lo hicisteis"» (Mateo 25:34-40).

9

Gafencu había pasado toda su vida adulta en prisión, pero a semejanza de otros secuaces de la Guardia de Hierro en los cuales la creencia cristiana había prevalecido, creía que no podía hacer lo suficiente para expiar sus faltas. Cada día daba el ejemplo, poniendo a un lado parte de su mísera ración a fin de ayudar a fortalecerse a quien se hallara más débil entre nosotros. Su antisemitismo era cosa del pasado.

Cuando algunos amigos fascistas quisieron verlo en la Habitación Cuatro, de repente salió con un comentario que los sorprendió:

—Me gustaría ver a la nación regida enteramente por judíos.

Sus camaradas lo contemplaron aterrado.

—Sí —añadió Gafencu tranquilamente—. Primer Ministro, legisladores, empleados civiles —todo el mundo. Con una condición: tendrían que ser hombres como los antiguos líderes judíos, como José, Moisés, Daniel, San Pedro y San Pablo, y Jesús mismo, porque si tenemos más judíos gobernándonos como Ana Pauker, Rumanía desaparece.

Gafencu había sido encarcelado cuando tenía 19 años. Su juventud había transcurrido sin haber conocido nunca una muchacha. Cuando otros le hablaban del sexo, él preguntaba:

—¿Cómo es?

Un día me refirió:

—Mi padre fue deportado de Besarabia por los rusos. Nunca tuvimos suficiente que comer. Me pegaban en la escuela, y después me pusieron en la prisión por escapar y unirme a la Guardia de Hierro. Jamás he conocido una sola persona buena, sincera, amante. Por eso llegué a esta conclusión: Lo de Cristo es una leyenda. Hoy en día no hay nadie en el mundo como él, ni creo que lo haya habido jamás. Pero cuando ya había estado en prisión varios meses, tuve que admitir mi error. Hubo enfermos que me regalaron su última costra de pan. Compartí mi celda con un obispo de tal bondad que uno sentía como si el roce de su hábito pudiera curar.

Gafencu había permanecido en la Habitación Cuatro un año, y en todo ese tiempo no había podido acostarse. Le dolía mucho. Tenía que ser apuntalado constantemente. Cada día tenía menos control sobre su cuerpo, y a veces hacía sus necesidades acostado,

teniendo entonces que esperar, a veces durante horas, por la noche, a que alguien viniera a limpiarlo.

Los pacientes de afuera, que se sentían más fuertes, se encargaban de asear a los que no podían hacerlo. Lavaban camisas, ropa interior, fundas, a veces veinte sábanas al día, aunque para llegar al agua tenían que romper hielo en el patio. Mis propias ropas se hallaban siempre incrustadas de pus y sangre, pero cuando trataba de impedir que un amigo las lavase, se ofendía.

Gafencu no se quejaba nunca. Se sentaba muy derecho en la cama, a veces moviendo la cabeza un poco para asentir o para expresar su gratitud. Al saber que no le quedaba mucho más de vida, sus amigos, antiguos y nuevos, se reunieron alrededor de su cama, derramando lágrimas. Sus postreras palabras fueron: «El Espíritu de Dios desea celosamente que seamos de El.»

Después que murió, los otros se arrodillaron y oraron. Yo comenté: «Dice Jesús que si una semilla no cae en la tierra y muere, no puede dar fruto; que así como la semilla renace en una bella flor, el hombre muere y su cuerpo mortal se renueva en el cuerpo espiritual. Y su corazón, si se ha llenado con los ideales del cristianismo, seguramente dará fruto.

Después que un sacerdote hubo ofrecido una plegaria, envolvieron a Gafencu en su sábana y lo condujeron al mortuorio. Por la noche fue enterrado en la fosa común por criminales convictos, que siempre desempeñaban esta tarea.

10

En Tîrgul-Ocna había un flujo constante de recién llegados que nos mantenían informados de cuanto ocurría en el exterior. A juzgar por las noticias, parecía

que aun hallándonos en prisión no estábamos peor que los trabajadores y campesinos «libres». Los salarios nunca habían sido tan bajos. Había sido proclamada la jornada de ocho horas de trabajo, pero era muy corriente tener que trabajar doce horas antes de completar la «norma» individual, aparte del trabajo «voluntario» y las conferencias marxistas, que no dejaban tiempo libre para la vida de familia. En todo caso, cada apartamento estaba habitado por dos o más familias.

Las huelgas se consideraban ilegales. Uno que acababa de llegar, un entusiasta ex sindicalista llamado Boris Matei me dijo:

—Hace cuarenta años me encarcelaron por luchar por la jornada de ocho horas, y ahora que existe un gobierno comunista estoy trabajando catorce horas en la prisión.

Su delito había sido escribir una carta anónima al camarada Gheorghiu-Dej, el jefe del Partido, protestando en nombre de sus compañeros contra la severidad de sus condiciones y afirmando que en cualquier nación capitalista hubieran tenido derecho a recibir un salario digno de su labor. La policía secreta vino a su depósito de material rodante y tomó muestras de la letra de 10.000 obreros. Tras semanas de investigación, Boris fue acusado de fomentar una huelga, y le echaron quince años por intento de sabotaje.

Seguía inconmovible en cuanto a su credo marxista. No simpatizaba con los disidentes que estaban con él en la prisión: masones, rotarios, teosofistas, espiritualistas; ni con los poetas y novelistas encerrados por su enfoque independiente, los cuales eran citados por turno a las oficinas del Partido para recibir órdenes y aconsejarles que dejaran de perseguir el fuego fatuo de la verdad objetiva.

Boris alegaba que Lenin había enseñado en sus li-

bros la importancia de hallar en la vida un punto de vista y adherirse a él.

—¿La línea del Partido? —comenté—. ¡Pero si esta doctrina invierte todos los conceptos filosóficos! Si miro la celda desde mi cama, sólo veo la ventana. Si miro desde donde están ustedes sentados, veo la puerta. Si miro el piso, la habitación no tiene techo. Cada punto de vista es en realidad un punto de ceguera, ya que lo incapacita a uno totalmente de ver otros puntos de vista. Únicamente cuando abandonamos «todos los puntos de vista» y aceptamos nuestra intuición del conjunto, encontramos la verdad. San Pablo dice: «El amor lo cree todo» —no solamente el credo de este grupo o aquél.

Esta conversación sobre religión incomodó a Boris.

—¡No hay Dios, ni alma! Sólo existe la materia. ¡Lo desafío a que me pruebe lo contrario!

Insinué que había sacado sus argumento de un texto comunista en el cual yo había leído la siguiente definición de un beso: «El beso es el acercamiento de dos pares de labios, con transmisión recíproca de microbios y anhídrico carbónico.»

—El amor, la ansiedad o la falsedad del beso no tienen lugar en tu filosofía. Tal empobrecimiento de los valores espirituales afecta el lado material de la vida, que tú consideras de suprema importancia, pues les saca el quilo a los trabajadores, tanto que la pésima calidad de las mercancías procedentes de los países comunistas es un objeto de burla.

—Conozco el dicho, de que el sábado se hizo para el hombre y no al revés —dijo Boris—, pero todos existimos para beneficio del Estado. La pérdida de la libertad individual y la propiedad privada son pasos en camino hacia la libertad mundial.

Se me ocurrió que incluso un perro pelea si alguien trata de quitarle su hueso, pero si una sentencia de quince años no había curado a Boris de sus ilusiones, era imposible que la discusión lo lograra. Aparte de que bien podía ser una de las últimas cosechas de delatores.

La delación se había propagado como una enfermedad. Uno podía ser denunciado por hablar de Dios u orar en alta voz; incluso por aprender o enseñar una lengua extranjera. A menudo el hombre que le señalaba con el dedo podría ser su amigo, dentro o fuera de la prisión, su hijo, padre o esposo. La presión para delatar era de una cruel intensidad. En efecto, el delator era posiblemente una amenaza peor para los hombres «libres» que para quienes ya estaban tras de los barrotes, y en la Habitación Cuatro gozábamos de mayor libertad de expresión que en ningún otro lugar de Rumanía, puesto que ninguno de nosotros iba a vivir.

11

Era el aniversario de «los diez días que estremecieron al mundo» —la revolución rusa de 1917, y el profesor Popp la conmemoró con una anécdota.

—Era el primer aniversario del triunfo del bolchevismo —dijo—; los nuevos dirigentes celebraron una cacería en las afueras de Moscú. Más tarde, descansando junto al fuego, Lenin preguntó:

«—Díganme, camaradas, ¿qué es lo que ustedes consideran el mayor placer en la vida?»

»«—La guerra” —dijo Trotsky.

»«—Las mujeres” —dijo Zinoviev.

»“—La oratoria —el poder de mantener en atención un vasto público—” —dijo Kamenev.

»Stalin, como siempre, se mostró taciturno, pero Lenin insistió:

»“—Dinos tu preferencia.”

»Por fin, Stalin reveló:

»“—Ninguno de ustedes sabe lo que es el verdadero placer. Yo se lo diré. Consiste en odiar a alguien y simular durante años que uno es su mejor amigo, hasta el día en que apoye la cabeza confiadamente en su pecho, y entonces clavarle el puñal en la espalda. ¡No hay en el mundo un placer mayor!”

»Hubo un largo silencio. Ya por entonces sabíamos bastante de la implacabilidad de Stalin. El resto, conocido después de su muerte a través del relato de sus propios compañeros, probó la veracidad de este incidente escalofriante.»

Tercera parte

1

Por un tiempo corrieron alarmantes rumores acerca de un sistema para «reeducar» a los prisioneros, practicado ya en las prisiones de Suceava y Piteshi. No se efectuaba por medio de libros, sino a golpes. Los instructores eran generalmente Guardias de Hierro renegados, los cuales habían formado una «Organización de Prisioneros con Convicciones Comunistas» (PCC). Escuchamos los nombres de Turcanu, Levitkii y Formagiu como los organizadores del grupo. Al parecer se estaban comportando como salvajes.

Temíamos que introdujeran el procedimiento entre nosotros, pero Boris lo tomó a broma. No podía creer que sus antiguos asociados de la Izquierda permitieran semejantes atrocidades.

—Ellos saben que por el terror no se desarraigan nunca las ideas —alegó—. Eso es lo que Karl Katusky, el pensador socialdemócrata escribió en el comienzo de de revolución rusa.

—Sí —repliqué—, y recuerdo que Trotsky, entonces Ministro de la Guerra, contestó: «Señor Kautsky, usted no sabe qué clase de terror aplicaremos.» Resulta irónico que las propias ideas de Trotsky hayan sido eliminadas por el terrorismo en Rusia con tanta efectividad como lo ha sido el capitalismo

El abate interpuso:

—Temo que el terror y la tortura, aplicados cruel y largamente, pueden quebrantar la resistencia de un hombre —a menos que ocurra un milagro de Dios.

—Yo no creo en milagros —afirmó Boris—. Puedo pasarme sin ellos, gracias. Nada ha podido afectar aun mis convicciones

El ambiente de la prisión empeoró después de una breve visita del líder reeducador Formagiu, enviado desde Piteshi con instrucciones de inaugurar el sistema. Hasta entonces, aunque uno era atormentado gran parte del día, se sabía que tarde o temprano los guardias tendrían que comer o dormir. Ahora «los prisioneros con convicciones comunistas» se mudaron con nosotros. Tenían el poder de pegar y amedrentar a su antojo, y para realizar su trabajo portaban garrotes de caucho. Habían sido seleccionados por las autoridades entre los prisioneros peores y más violentos, y no había manera de escapar de ellos; por cada cincuenta prisioneros había un grupo de diez o veinte «PCC», y el número fue creciendo cada vez más. Los que se declaraban listos para volverse comunistas, tenían que probar su conversión convirtiendo a su vez a otros.

La cruda violencia era puntuada por sesiones de la más refinada crueldad —bajo supervisión médica, a fin de que los prisioneros no muriesen. Los doctores mismos eran muchas veces PCC. Conocí a un tal doctor Turcu, que después de examinar a un compañero de celda recomendaba una pausa, le daba al individuo una inyección para aumentar su resistencia, y les comunicaba a los reeducadores cuándo comenzar de nue-

vo. El doctor Turcu decidía cuándo el prisionero había alcanzado el límite y tenía que ser lanzado de nuevo a la celda de reeducación hasta el día siguiente.

Una ola de locura barrió la prisión. Los pacientes de tuberculosis eran desnudados, puestos en picos de piedra, y empapados con cubos de agua helada. Delante de hombres que habían estado padeciendo de hambre durante días, arrojaban al suelo bazofia de cerdos, y como llevaban las manos atadas por la espalda, los forzaban a lamerla. Ninguna humillación, por vil que fuese, era escatimada. En muchas prisiones los hombres eran obligados por los matones de los PCC a tragar excremento y beber orina. Algunos lloraron y suplicaron que siquiera les diesen lo propio, no lo de otros. Varios enloquecieron y pidieron más. También obligaban a los convictos a ejecutar públicamente actos de perversión sexual. No me imaginaba que fuese posible tal escarnio del cuerpo y del alma.

Los que se apegaban a su fe eran los peor tratados. A los cristianos los ataban durante cuatro días a cruces que diariamente eran depositadas en el suelo, ordenándose entonces a los otros prisioneros defecar en las caras y en los cuerpos atados. Después volvían a alzar las cruces.

Un sacerdote católico a quien trajeron a la Habitación Cuatro nos contó que en la prisión de Poteshi, un domingo, lo habían empujado dentro del pozo negro de la letrina y le habían mandado decir misa sobre el excremento y dar a los hombres la comunión.

—¿Obedeció usted? —le pregunté.

Hundió el rostro en las manos y lloró:

—He sufrido más que Cristo —dijo.

Todo esto se llevó a cabo con el visto bueno de la Administración de la prisión, cumpliendo órdenes desde Bucarest. Turcanu, Formagiú y los otros especialistas fueron llevados de prisión en prisión reclutando PCC y encargándose de que la campaña no flaqueara.

Los líderes del Partido, incluso miembros del Comité Central como Constantino Doncea y el Sub-Secretario del Ministerio del Interior, Marin Jianu, vinieron a observar este deporte. Boris, que había laborado con Jinau, se abrió paso entre los guardias para protestar, pero si Jinau reconoció a su antiguo colega, no lo admitió:

—No interferimos cuando un cerdo le proporciona una paliza a otro —comentó. Es decir, el partido se desligaba de los torturadores, pero les permitía torturar—. Llévenselo —dijo con respecto a Boris, quien fue golpeado hasta que pidió clemencia.

El antiguo combatiente del sindicato se desintegró por completo. Expuesto a humillación y tortura día y noche, algo se apagó dentro de él. Se arrastró para besar las manos de quienes lo torturaban.

—Gracias, camarada —decía—, me has hecho ver la luz —y comenzaba a parlotear sobre los gozos del comunismo, y de lo criminal que había sido al persistir en su error. Después de semejante desplome, su amor propio requería un cambio total de lealtad; de lo contrario hubiera aparecido ridículo ante sus propios ojos. Boris se unió al grupo de los PCC. Uno de los primeros en quien utilizó su porra fue en el doctor Aldea.

El sistema de reeducación, importado de Rusia, trajo increíbles resultados. Las víctimas expusieron secretos que habían podido mantener durante meses de interrogatorio. Denunciaron a amigos, esposas y padres, por lo que naturalmente se produjeron miles de arrestos.

2

Por este tiempo un grupo de seis hombres de las minas de plomo fueron traídos a una celda especial en

Tirgul-Ōcna. Se les unieron otros prisioneros que al saber que algunos de los recién llegados eran sacerdotes, se confesaron con ellos y de este modo ganaron su confianza. Los mineros hablaron libremente de sus actividades religiosas y políticas de carácter secreto. Posteriormente los trasladaron a una celda mayor, para reeducarlos, y fue allí donde se enteraron de haber estado conversando con delatores.

A uno de ellos lo condujeron herido y sangrante a la Habitación Cuatro. Nos dijo que el «reeducador» encargado era un joven bien plantado, de sonrisa fija, que constantemente hacía chistes. «¿Te duele —preguntaba— ¡Cuánto lo siento! Probaremos algo nuevo. ¿Te gustó eso?»

—Si alguna vez le echo el guante —anunció la víctima—, lo voy a desollar vivo.

—¡Aquí mismo! —saltó el viejo campesino Badaras—, y le echas sal y pimienta, así se hace! —La diaria oración de Badaras era: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Dios destruya a los comunistas, los haga padecer y los hiera, ¡marranos que son!»

—¿Por qué te expresas así? —le preguntaba—. Eso no es lo que se espera de un cristiano.

Levantaba los puños al cielo como una invocación.

—¡Lo digo porque Dios no va a permitir que entre en el paraíso nadie que no maldiga a los bastardos!

Muchos, como Badaras, vivían aguardando el día en que pudieran torturar a sus torturadores. Creían en el infierno para que los comunistas se frieran en él.

—No debemos alentar el odio —lo reconvine—. Estos hombres, como le pasó a Boris, han cedido bajo una presión atroz.

Boris se convirtió en un tópico delicado en la Habitación Cuatro. Su intento de probar su conversión al comunismo golpeando al doctor Aldea, quien había declarado abiertamente su desprecio por Turcu y otros

doctores PCC, lo convirtió en uno de los hombres más odiados en la prisión. Aldea padecía terriblemente con unos granos que le habían salido en la espalda y los hombros, y Boris lo había golpeado precisamente en la espalda. Los prisioneros hubieran dado su vida por Aldea, quien la estaba dando por ellos. Después de la paliza, al doctor se le buscó una cama en la Habitación Cuatro. Entonces vino uno a decirle que un prisionero gravemente enfermo quería verlo.

—¡El doctor está muy enfermo para moverse! —protestó el Abate.

Aldea inquirió:

—¿Quién es?

—Boris —contestó el hombre.

El médico se levantó penosamente de la cama, y nadie dijo una palabra cuando salió del cuarto.

3

El abate Iscu narró a veces sus experiencias en los campos de esclavos en el canal del Danubio al Mar Negro, donde miles de prisioneros morían del maltrato y hambre. El canal había sido empezado principalmente a instigación de Rusia, ya que con esto drenaría a Rumanía de sus productos con mayor rapidez de lo que ya estaba haciendo. También, como proyecto de prestigio para nuestro gobierno. El gigantesco plan se había transformado en símbolo de logro comunista, tanto que cuando un grupo de ingenieros advirtió que el río probablemente no sería capaz de suministrar suficiente agua para el canal y para su red de irrigación, fueron fusilados como «saboteadores económicos». Los recursos de Rumanía se usaron pródigamente en el plan,

y más de 200.000 prisioneros políticos y comunes trabajaron de 1949 a 1953 para construirlo.

El abate fue a parar a Poarta Alba, una de las colonias penales a lo largo de la ruta. Viviendo en barracas destartaladas, detrás de alambradas, 12.000 personas tenían que mover a mano, cada uno, ocho metros cúbicos de tierra diariamente. Empujaban las carretillas por cuevas empinadas, bajo los golpes de los guardias. La temperatura bajaba a menos de 25 centígrados en el invierno, y el agua, acarreada en barriles, se congelaba hasta solidificarse. La enfermedad era común. Numerosos prisioneros se internaron en áreas prohibidas alrededor del campo, esperando que los mataran.

Pusieron a los criminales más brutales a cargo de «brigadas» de unos cien prisioneros cada una, pagándoles con alimento o cigarrillos por los resultados. A los cristianos los metieron dentro de una supuesta «brigada de sacerdotes» en la que si alguien hacía siquiera la señal de la cruz —una acción refleja entre los ortodoxos—, era apaleado. No había día de descanso, ni en Navidad ni en Pascua.

Sin embargo, en Poarta Alba, contaba el abate, presencié los actos más nobles. Un joven católico, el padre Cristea, incurrió en el odio de un sacerdote ortodoxo convertido en delator, quien le preguntó:

—Por qué cierras los ojos con tanta frecuencia? ¿Es en oración? Te reto a decirme la verdad. ¿aún crees en Dios?

Una respuesta afirmativa sería castigada, por lo menos, con flagelazos.

El padre Cristea dijo:

—Sé que me tientes, Andreescu, igual que los fariseos tentaron a Jesús, para después acusarme. Pero así como Jesús le dijo a ellos la verdad, yo también voy a decírtela. Sí, creo en Dios.

—¿Y también crees en el Papa? —prosiguió Andreescu.

—También creo en el Papa —contestó Cristea.

Andreescu corrió al oficial político, quien vino y llamó al joven delante de los otros. Cristea estaba delgado, exhausto; tiritaba en sus harapos. En cambio, el oficial estaba bien alimentado, abrigado con un gacán, y llevaba puesto un sombrero de piel ruso.

—Me dicen que crees en Dios —observó.

El padre Cristea abrió la boca para contestar, y en ese momento comprendí por qué está escrito en el Evangelio según San Mateo, antes del Sermón de la Montaña, que Jesús «abrió su boca y habló», sin duda algo insólito, puesto que nadie habla con la boca cerrada. Aunque Cristea apenas había entreabierto los labios para hablar, todos percibimos que una gran perla saldría de su boca en ese momento decisivo. Los cristianos allí reunidos nos fuimos sobrecogidos de admiración.

Estas fueron sus palabras:

—Cuando me ordené sabía que miles de sacerdotes, a lo largo de la historia, han pagado por su fe con la vida, mas cuantas veces me acerqué al altar le prometí a Dios: «Ahora te sirvo a Ti en bellas vestiduras, pero si aun me pusieran en prisión te seguiría sirviendo.» De manera, teniente, que la prisión no es un argumento contra la religión. Yo creo en Dios.

El silencio que siguió fue roto por el sonido del viento. El teniente no supo de momento qué decir, agregando por fin:

—¿Y crees en el Papa?

—Desde San Pedro, siempre ha habido un Papa, y hasta que Jesús retorne, siempre habrá uno. El Papa actual no ha hecho las paces con el comunismo, ni la hará con sus sucesores. ¡Sí creo en el Papa!

El abate terminó así su relato:

—Me costó trabajo perdonar al hermano ortodoxo vuelto delator, y no soy un seguidor de Roma, pero en ese momento tuve ganas de gritar «¡Viva el Papa!»

—¿Qué le pasó al padre Cristea?

—Lo encerraron una semana en el calabozo, donde uno tiene que estar de pie y nunca duerme; después lo golpearon. Como todavía rehusó abjurar de su fe, se lo llevaron a ver.

4

La reducción hacía nuevas víctimas cada día, prevaleciendo la opinión de que si no hacíamos algo pronto, todos seríamos «convertidos» o asesinados. A la Habitación Cuatro llegó el rumor de que entre los prisioneros comunistas se estaba incubando una especie de protesta, y ellos eran los más osados entre nosotros. Al extremo de que los guardias tenían más cuidado con ellos, pues quien hoy estaba en prisión, ayer había estado en el poder y podía estarlo mañana.

Los cristianos debatimos lo que debíamos hacer. De haber motín, ¿nos uniríamos? O, ¿había llegado el momento de «poner la otra mejilla»? Varios prisioneros se opusieron a que hubiera pelea.

—Jesús se le representa generalmente como «humilde y manso» —dije—, pero también era un combatiente. El expulsó a los mercaderes del templo con un látigo, y dio la pauta a sus primeros seguidores del Antiguo Testamento con su fuego y fiereza.

Decidimos trabajar con los rebeldes. Poco podíamos hacer en secreto, porque entre nosotros había numerosos delatores; y por los recelos que existían entre

los presos antisemitas y los judíos, el campesino y el terrateniente, y entre ortodoxos y católicos.

En la ciudad de Tírgul-Ocna, la única diversión era el partido semanal de balompié en un estadio situado cerca de la prisión. El día primero de mayo, que coincidía con un nuevo y salvaje brote de reducación, nos enteramos que el partido del Día del Trabajo se jugaría en el estadio a las 5 de la tarde, y que toda la ciudad lo presenciaria. Era nuestra oportunidad para dar una demostración. La señal sería romper una ventana.

Poco después de empezar el juego, se oyó un leve tintinear de vidrio roto en alguna parte, y la prisión completa se convirtió en una Babel. Ventanas destrozadas, platos y jarros lanzados hacia afuera, sillas hechas añicos. Alguien comenzó a cantar en sonsonete: «¡Ayúdennos, ayúdennos!» Desde las altas ventanas desde las cuales se dominaba el estadio los prisioneros gritaron: «¡Aquí nos torturan! ¡Aquí son asesinados vuestros padres, hermanos e hijos!»

El juego se suspendió. La multitud se puso en pie, y pronto se reunieron centenares en el camino debajo de las murallas. Dentro, uno de los prisioneros se había cortado las muñecas, y los guardias comenzaron a pegar con sus palos. Las tropas, esgrimiendo cabos de rifles, rápidamente dispersaron a las multitudes en la calle. Quedó la tarea de poner la prisión en orden y contar las pérdidas. Entre ellos, Boris, que había sido derribado y malherido tratando de rescatar a otro prisionero de debajo de los pies de los guardias. De nuevo el doctor Aldea tuvo que asistirlo. Enviamos mensajes amistosos, pero no obtuvimos contestación. Luego nos enteramos que lo habían transferido a otra prisión.

Las noticias de la revuelta se propagaron velozmente por la totalidad de la nación. No hubo represalias

francas, sino que el régimen se volvió más rígido. Los sospechosos de haber sido instigadores fueron pasados a otras prisiones, y al quedar privados de la atención médica que recibían en Tirgul-Ocna, mucho sucumbieron.

5

El abate Iscu tosía diariamente durante largos períodos. Su cuerpo desgastado por los años de hambre y exposición al canal, sufría tremendos ataques. Acostados, lo veíamos morir. Cuando estaba consciente pasaba horas murmurando oraciones y siempre tenía palabras de consuelo para los otros.

Otros supervivientes del canal habían venido a Tirgul-Ocna, y sus relatos de horror se asemejaban a los de la esclavitud de Israel en Egipto, con el agravante de que en el caso moderno el oprimido estaba obligado a alabar a sus opresores. Un famoso compositor entre los prisioneros había sido forzado a escribir himnos exaltando a Stalin, y las brigadas marchaban a trabajar cantándolos.

En una ocasión un individuo se desmayó, y el doctor lo declaró difunto. El coronel Albon, el odiado comandante de Poarta Alba, gritó:

—¡Pamplinas!— y le dio al cadáver una patada—. ¡Póngalo a trabajar!

Mi cama estaba entre la del abate y la del joven Vasilescu, que era víctima del canal, pero de una clase diferente. Vasilescu era un criminal común a quien habían puesto a dirigir la brigada de los clérigos, habiendo trabajado con ellos hasta que se acabaron. Por algún motivo el coronel Alton le había cogido tirria, y él a su vez era tratado tan brutalmente que se ha-

llaba moribundo. Su tuberculosis se hallaba muy avanzada.

Vasilescu no era por naturaleza un joven malo. Tenía una cara cuadrada, toscamente desbastada, con oscuro cabello rizado que le caía muy bajo en la frente, dándole un aire de azoramiento. Tosco, ignorante, era demasiado aficionado a lo que él llamaba las cosas buenas de la vida para dedicarse a un trabajo fijo. Su vida había sido dura, como el asesino pagado de *Macbeth* «a quien los viles golpes y embates del mundo han exasperado al punto de no importarme lo que haga, por tal de ir contra él».

—Una vez que a uno lo internan en esos campos —nos contó— se hace cualquier cosa por salir, ¡lo que sea! Albon me prometió que si hacía lo que él me decía, yo saldría libre. —Vasileu deseaba buena ropa, una muchacha para llevar a bailar, y el Partido le dio a elegir entre unirse a los torturados o a los torturadores.

«Nos llevaron en grupo a un campo especial donde entrenan a la policía secreta —continuó—, y una de las cosas que teníamos que hacer era disparar a gatos y perros, rematando con alcayatas de acero a los que aún vivían. “¡Yo no puedo hacer eso!”, dije yo, y el tipo replicó: “¡Entonces te lo hacemos a ti!”»

A Vasilescu le pesaba. Repetidamente mencionó las atrocidades que cometiera en el canal. No se le había escapado ni al abate. Como se estaba muriendo, procuré consolarlo, pero no lograba descansar. Una noche me despertó buscando aire.

—Pastor, me voy —dijo—. ¡Por favor, ora por mí! —se adormiló, se despertó de nuevo, y gritó—: ¡Creo en Dios! —Seguidamente empezó a llorar.

Por la madrugada, el abate Iscu llamó a dos prisioneros a su casa y les ordenó:

—¡Sáquenme de aquí!

—Usted está muy enfermo para moverse —le arguyeron, mientras todos en la habitación se agitaban.

—¿Qué pasa? —preguntaron las voces—. ¡Deje que lo hagamos nosotros!

—Esto es algo que ustedes no pueden hacer. ¡Levántenme de aquí!

Lo complacieron.

—Llévenme a la cama de Vasilescu —les dijo.

El abate se sentó al lado del joven que lo había torturado, y le puso la mano tiernamente sobre su brazo.

—Tranquilízate, eres joven. Apenas te dabas cuenta de lo que hacías. —Enjugó con un trapo el sudor que corría por la frente del muchacho, consolándolo—. Te perdono de todo corazón, y también te perdonarían otros cristianos. Si nosotros podemos perdonarte, seguramente Cristo, que es mejor que nosotros, te perdonará. En el cielo hay un lugar para ti. Recibió la confesión de Vasilescu y le dio la Sagrada Comunión antes de ser conducido de nuevo a su cama.

Durante la noche, el abate y Vasilescu murieron. Me parece verlos ir al cielo cogidos de la mano.

6

El doctor Aldea opinaba que yo necesitaba una pneumotórax. Sólo llevaba unos cuantos minutos aplicarla, y consistía en introducir aguja hueca para que entrara y aire y acojinara el pulmón. Fue relativamente indoloro, y después me quedé dormido. Al despertarme me sentí feliz de hallar al profesor Popp sentado al lado de mi cama. Había estado meses en la prisión Jilava, y también había padecido mucho bajo

el sistema de «reeducación». Conversamos muchas horas.

El profesor me contó de numerosos suicidios en Jilava, al igual que en otras prisiones. En Gherla y Piteshi los hombres se tiraban abajo desde los pisos superiores, teniendo que cubrir con alambre los espacios entre los rellanos, para detenerlos. Algunos se cortaban las muñecas con vidrio; otros se ahorcaban; muchos se envenenaban con fluido de limpieza. Un infeliz sacerdote se lanzó al suelo desde lo alto de su litera, para romperse el cráneo. Repitió el intento, hasta lograr matarse.

—Lo habían torturado —me relató el profesor—. Temía que si los reeducadores recomenzaban con él, cedería y tendría que traicionar su fe. Era un individuo muy rígido: cuando un prisionero le confesó haber laborado una vez para los comunistas, ¡el padre Ioja le prohibió tomar la comunión hasta que pasaran quince años!

Algunos de los suicidas eran hombres famosos, como George Bratianu, conocida figura política en la Rumanía de la preguerra. No encontró otro medio de quitarse la vida que morirse de hambre sin que lo advertieran los prisioneros, que ni lo sabían ni les preocupaba. El líder del Partido Liberal, Rosculet, se había estimado que los comunistas «locales» no eran iguales a la variedad rusa, pero después de aprovechar su nombre como Ministro de Cultos, el Partido lo puso en prisión como contrarrevolucionario.

Las brutalidades de la «reeducación» causaban inquietud en muchas prisiones, y los rumores se extendieron por todo el país. Por fin, dos incidentes sin relación alguna entre sí expusieron abiertamente la verdad.

En el transcurso de una inspección e Tirgul-Ocna, un odiado coronel de la policía secreta, Sepeanu, notó que había una valla nueva.

—¿Para qué la construyeron? —preguntó al comandante Burma.

—Esa madera hubiera servido mejor para golpear a estos contrarrevolucionarios. —Se rieron con ganas.

La brutal historia causó indignación. La atmósfera de rebelión hervía en Tirgul-Ocna. Un antiguo comandante gritó:

—¡Hay que hacer algo! —y decidió que el hombre indicado era él mismo. Cuando Sepeanu se marchó, el comandante pidió a voces que trajeran a un interrogador especial de Bucarest, par que oyera un secreto que él no había confesado.

El comandante le dijo al interrogador que vino:

—Usted sabe que estoy sirviendo veinte años como criminal de guerra por ejecutar a prisioneros rusos. Como comandante de Brigada, yo no disparé a esos hombres personalmente. Puedo decirles quién lo hizo: un teniente llamado Sepeanu, que hoy en día es coronel de la policía secreta.

Sepeanu fue juzgado por crímenes de guerra, y sentenciado a veinte años. Durante el juicio habló de lo que sucedía en las prisiones bajo el sistema de «reeducación».

El segundo incidente involucraba a otro jefe de la policía secreta, Virgil Weiss, quien había sido amigo de Ana Pauker y de otras personalidades en el Gobierno. Al enemistarse con ellos e ir a parar a la prisión de Pihesti, cayó en manos de Turcanu, líder de los «Prisioneros con Convicciones Comunistas».

Uno que ayudó a Turcanu a torturar víctimas, me dijo posteriormente que el coronel Weiss se desmayó tres veces en una hora, mientras lo reeducaban. Lo revivieron con agua fría, y él convino:

—Está bien, diré lo que ocultaba. Veremos si vuestros jefes pueden soportarlo. Turcanu pensó haber tro-

pezado con secretos capaces de ganarle la ansiada liberación prometida.

—Si mientes esta vez, te mato —le advirtió.

Weiss replicó:

—Tengo cosas importantes que decir, pero no a usted. Conciernen a traidores en esferas elevadas.

Lo llevaron a Bucarest, donde pasó varias semanas en el hospital. Los miembros del Comité Central del Partido, rivales del grupito de Pauker, lo entrevistaron allí. Reveló que Pauker, Luca y Georgescu, los ministros dirigentes, habían recabado la ayuda de Weiss para obtener pasaportes falsos con los cuales poder abandonar Rumanía rápidamente si fuera preciso. También habían transferido considerables sumas de dinero a bancos suizos.

La información fue pasada al Secretario General del Partido, Gheorghiu-Dej, instigador principal contra la facción de Pauker.

El coronel Weiss narró la historia de la reeducación, mostrando a los amigos de Dej sus efectos en su propio cuerpo. Se alarmaron. Otro cambio acechaba en los destinos del Partido. Algunos ignoraban estos extraños excesos, y los demás fingieron no saber nada, aunque se iniciaron las investigaciones. Los principales «reeducadores» fueron interrogados en la oficina central de la policía secreta, y varios de ellos, incluso Turcanu, fueron sentenciados a muerte.

El escándalo de la reeducación se esgrimió como arma contra el Ministerio del Interior, presidido por Teohari Georgescu, y en la purga política de 1952 el triunvirato que había gobernado en Rumanía desde que tomaron posesión los comunistas, fue derrotado. Los demás ministros envueltos en los cargos al coronel Weis, Vasile Luca y Ana Pauker, pagaron los platos rotos por la catastrófica inflación y los desastres ocasionados por la colectivización.

7

Muchos de los que vinieron a ayudarnos en la Habitación Cuatro eran campesinos que se habían rebelado contra la forzada colectivización de su tierra. Las prisiones rumanas estaban llenas de ellos, y miles más habían sido fusilados.

Tenían cosas terribles que contar. Sus propiedades habían sido embargadas, y bajo la ley de «reforma agraria» de 1949, no recibieron compensación. Convertidos de la mañana a la noche en vagabundos que nada tenían que perder, hicieron resistencia. Los oficiales corrían peligro de ser disparados, golpeados o quemados vivos con gasolina, pero esto no condujo a nada. Los campesinos carecían de organización. Su revuelta ocurrió en distintos momentos y en diferentes regiones, por lo que el Gobierno pudo sofocarlas.

Un arrugado y viejo campesino de ovejas llamado Ghica, me contó:

—La policía secreta me enseñó dos rifles mohosos. «Los desenterrados de tu granero —alegaron—. Si te unes a la colectiva puedes evitarte un juicio.» Accedí, mas cuando vinieron a apoderarse de mis animales perdí la cabeza y traté de detenerlos. Me pegaron, y aquí estoy, cumpliendo quince años ¡Todo lo he perdido, tierra, ganado, esposa, hijos!

Todos los campesinos se lamentaban por este estilo.

Otro relató haber sido despojado de su rebaño. Suplicó que al menos le permitieran conservar los cencerros. Los oficiales se rieron, pero lo complacieron. Entonces se llevó las campanas a su desván y las sujetó con una cuerda. Toda la noche se sentó allí, tocando los cencerros de cuando en cuando. Al llegar la mañana, corrió por la villa hasta las oficinas del Partido, y mató al secretario a puñaladas.

Un tercer campesino poseía dos caballos de arar. Su mayor placer consistía en alimentarlos y cuidarlos. Cuando se los tomaron, quemó los establos de la granja colectiva.

Ese año entraron pocos campesinos en la prisión. Gheorghiu-Dej, si bien retenía el mandato del Partido, se nombró ministro en 1952 y procuró ganar popularidad demorando la colectivización. Luca, Pauker y Georgescu fueron despedidos de sus puestos.

Llegó el invierno con sus fuertes tormentas de nieve. Del techo colgaban gruesos carámbanos, y la blanca escarcha trazaba dibujos en los vidrios de la ventana. Afuera, el frío lo hacía a uno jadear. En diciembre la nieve alcanzaba seis pies de profundidad. Fue el invierno más frío en cien años, dijeron. No había calefacción, pero hasta entonces habíamos tenido dos o tres frazadas cada uno, en lugar de la reglamentaria, porque cada vez que uno fallecía en la Habitación Cuatro, nos cogíamos sus ropas de cama. Al tener lugar una revisión, nos dejaron con una sola cubierta por cabeza. El invierno eterno dormidos con las ropas puestas. A menudo cerecíamos de pan. La sopa, hecha de zanahorias demasiado podridas para poder venderse, venía más clara cada día.

La víspera de Navidad la conversación se tornó más seria. Hubo menos disputas, nadie blasfemaba, y escasamente nos reíamos. Cada cual pensaba en los seres queridos, y experimentamos un sentimiento de comunión con el resto de la humanidad, lo que usualmente era lo más remoto en nuestra existencia.

Hablé de Cristo, en tanto que los pies y las manos los sentía fríos como acero, mis dientes castañeteaban, y un helado terrón de hambre se extendía desde el estómago por todo mi cuerpo, quedando vivo solamente el corazón. Cuando no pude más, un sencillito muchacho del campo me relevó. Aristar jamás había estado en la escuela. Sin embargo, describía con tal na-

turalidad la escena de la Natividad que parecía haber sucedido en su establo esa misma semana; tanto que a sus oyentes se les llenaban de lágrimas los ojos.

Uno empezó a cantar en la prisión esa noche. Al principio su voz era queda, y apenas lo oía, embargado como estaba yo en el pensamiento de mi esposa e hijo. Pero gradualmente la voz se redondeó maravillosamente en el crispado aire claro, hasta que su eco resonó en los corredores, y todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo.

Cuando se calló, guardamos silencio. Los guardias, arrimados a una estufa de carbón en sus habitaciones, no se movieron en toda la noche. Intercambiamos entonces relatos, y al pedirme que dijera uno pensé en la canción escuchada, y les narré esta antigua leyenda judía.

—El rey Saúl de Israel trajo a su corte a David, el pastor aclamado por haber matado a Goliath. David amaba la música, y le encantó un arpa de suprema belleza que había en el palacio. Saúl dijo: «Mucho pagué por este instrumento, pero me engañaron. Sólo da sonidos desagradables.»

«David la tomó para probarla, y extrajo de ella música tan exquisita que todos se conmovieron. El arpa parecía reír, cantar y llorar, hasta que el rey Saúl preguntó: “¿Cómo es que todos los músicos que la tocaron produjeron discordancia en esta arpa, y solamente tú has podido sacarle música?”

»David, el futuro rey, contestó: “Antes que yo, muchos trataron de tocar su propia canción con estas cuerdas, mas yo le canté al arpa su propia canción. Le recordé cuando era un árbol tierno y los pájaros venían a gorgojar en sus ramas verdecidas de hojas que florecían al sol. Le recordé el día en que los hombres vinieron a cortarlo —y lo oísteis llorar bajo mis dedos. Le expliqué que éste no era el fin. Que su muerte como árbol significaba el comienzo de una nueva vida

de glorificación a Dios como arpa —y escuchasteis cómo se regocijó bajo mis manos.»»

De igual manera, cuando venga el Mesías, muchos tratarán de cantar en su arpa su propia canción, la canción de Su vida, pasiones, gozos, penas, muerte y resurrección. Sólo entonces se producirá verdadera música.

Fue una canción como ésta la que oímos esa Navidad en la prisión de Tirgul-Ocna.

8

Aristar murió en febrero. Tuvimos que cavar a través de la nieve espesa, y romper terreno duro como hierro, para enterrarlo en el patio de la prisión junto con el abate Iscu, Gafencu, Bucur, y muchos otros que él había conocido en la Habitación Cuatro. Su lecho lo ocupó Avram Radonovici, antiguo crítico de música en Bucarest.

Avrom conocía extensos pasajes de la música de Bach, Beethoven y Mozart, y podía tararearlas durante horas. Era tan bueno como un concierto sinfónico. Pero él había aportado otro regalo todavía más preciso. Debido a la tuberculosis, que le había afectado la columna vertebral, estaba completamente enyesado cuando lo trajeron a Tirgul-Ocna. Mientras mirábamos, metió una mano dentro del pecho de su casco gris y sacó un libro muy viejo. Avram se acostó, moviendo quietamente las páginas, hasta darse cuenta que muchos ojos lo contemplaban ansiosamente.

—¿Qué libro es ése? —le pregunté—. ¿Dónde lo consiguió?

—Es el Evangelio de San Juan —contestó Avram—. Me las ingenié para esconderlo en el yeso cuando la

policía vino a buscarme. —Se sonrió—. ¿Quiere que se lo preste?

Agarré el libro en mis manos como si fuese un pájaro vivo. Ninguna preciosa droga salvadora de vida pudiera haber representado más para mí. Aunque había aprendido de memoria muchos textos de la Biblia, y la había enseñado en el seminario, la estaba olvidando día por día. Con frecuencia había tratado de tener en cuenta la ventaja de no tener Biblia —leyendo de lo que dice Dios a los profetas y santos podríamos llegar a olvidarnos de lo que El nos dice a nosotros.

El Evangelio pasó de mano en mano. Era difícil desprenderse de él. La prisión, indudablemente, resultaba más dura para los hombres educados. Los obreros de fábrica y los campesinos hallaron una sociedad más variada de la que habían conocido anteriormente, pero el hombre aficionado a leer se sentía como un pez fuera del agua.

Muchos se aprendieron el Evangelio de memoria, y lo discutíamos diariamente entre nosotros. No obstante, había que tener cuidado con los prisioneros a quienes dejásemos participar de este secreto. El libro contribuyó a traer a muchos a Cristo, entre ellos al Profesor Popp, que por estar junto a tantos cristianos practicantes, se adentró gradualmente en la fe. Las palabras de San Juan estaban dando remate a la obra, pero existía una última barrera.

—He procurado orar de nuevo —confesó el profesor—, pero entre recitar las fórmulas ortodoxas que aprendí de niño, y solicitar favores al Altísimo, a lo cual no tengo derecho, no hallo mucho que decir. Igual que sucede al rey en Hamlet, mis palabras vuelan muy alto, pero mis pensamientos permanecen abajo.

Le conté de un pastor llamado al lecho de muerte de un viejo. Se sentó en la butaca que había cerca de la cama, pero el anciano le suplicó:

—¡Por favor, no se siente ahí! —Entonces el pastor se sentó en una banqueta, oyó su confesión y le administró la Santa Cena.

El moribundo revivió para decir:

—Déjeme referirle la historia de la butaca. Hace cincuenta años, cuando era muchacho, el anciano pastor me preguntó si yo decía mis oraciones. Le repliqué: «No tengo nadie a quien orar. Si grito con todas mis fuerzas, el hombre que habita en el piso de arriba no me oye, de modo que, ¿cómo va a oírme Dios en el Cielo?» El pastor replicó con amabilidad: «¡Pues no trates de orar! Siéntate calladamente en las mañanas, y pon otra silla delante de ti. Imagínate que en ella se sienta Jesucristo, igual que se sentó en muchos hogares en Palestina. ¿Qué le dirías?» Le respondí: «Si fuera sincero le diría que no creo en él.» «Bien —afirmó el pastor—. Eso indica al menos lo que de veras piensas. Pero podrías ir más lejos, y retarlo. ¡Si existe, que te lo pruebe! O si no te agrada la forma en que Dios rige el mundo, ¿por qué no se lo dices? No serías el primero en quejarte. El rey David, al igual que Job, le dijeron francamente que lo consideraban injusto. Quizás quieres algo. En ese caso dile exactamente lo que es. Si te lo concede, dale las gracias. Todos estos intercambios entran en el dominio de la plegaria. ¡No recites frases sagradas! ¡Di lo que realmente encierra tu corazón!»

«No creía en Cristo, pero sí creía en el anciano pastor. Para complacerlo, me senté delante de esa butaca y me hice la idea de que Dios se sentaba allí. Durante varios días fue un juego, mas después *supe* que El estaba conmigo. Le hablé a un Jesús muy real, sobre cosas muy reales. Busqué Su guía, y la recibí. La oración se transformó en diálogo. Joven, cincuenta años han transcurrido, y todos los días converso con Jesús en esa silla.»

El pastor se encontraba allí cuando el hombre mu-

rió, estirando la mano, en un último gesto, al invisible amigo de la silla.

—¿Es así como usted ora? —me preguntó el profesor.

Yo le contesté:

—Me place imaginar que Jesús se halla próximo y hablarle como le hablo a usted. Los que lo conocieron en Nazareth y en Belén no se dirigieron a El con oraciones aprendidas. Simplemente le dijeron lo que sentían, y así debemos hacer nosotros.

—¿Cómo explica usted que tantos que hablaron con él en Palestina hace dos mil años no se convirtieron en fieles? —me preguntó Popp.

—Durante siglos los judíos oraron por la llegada del Mesías, y nadie más sonoramente que los miembros del Sanhedrín, el Concilio Supremo. Pero cuando vino, se burlaron y lo escupieron, y lo mandaron a morir; lo menos que deseaban era tener a alguien que trastornara su cómoda rutina. Esto ocurre también en muchas naciones al presente.

El profesor se volvió cristiano, diciéndome:

—Cuando lo vi por primera vez, presentí que usted tenía algo que darme. Tales intuiciones son muy comunes en la prisión. Cuando el mundo exterior desaparece de la vista, se abre un nuevo sentido para lo invisible.

Nos hicimos muy amigos. A veces, sentados uno al lado del otro en silencio, solía expresar pensamientos que en ese instante asaltaban mi mente. Así debería ser, pero raramente es, entre amigos y entre esposos.

9

En marzo vino el deshielo. Los carámbanos se derretieron, y la nieve se extendió en parches contra la

pared. En los árboles desnudos aparecieron los capullos, y escuchamos el canto de las aves. A través de las manos plagadas de sabañones, los pies envueltos en harapos, los rostros rígidos aun de frío, sentíamos la vida renacer.

Las noticias galvanizaron a la prisión. Un prisionero que había sido llevado al hospital de la ciudad, al ver llorando a una mujer que limpiaba el piso le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nuestro padre Stalin ha muerto —sollozó—. Lo dicen los periódicos.

Nosotros no lloramos. Todos nos hicimos animadas conjeturas sobre lo que esto significaría.

Popp afirmó:

—Si Stalin está muerto, también lo está el stalinismo. Una dictadura no sobrevive a su dictador.

—Pero el comunismo ha sobrevivido a Lenin —dijo uno.

Pocos días después escuchamos silbidos de tren y campanas que repicaban para conmemorar el funeral de Stalin en Moscú. La prisión se llenó de risas y maldiciones. Los guardias lucían sombríos, y los oficiales mostraban nerviosidad. Nadie sabía qué iba a pasar.

Después de semanas de incertidumbre, mandaron a un alto oficial del Departamento Legal, y comprendimos que se proponía estudiar las condiciones de la prisión. Lo acogió un profundo silencio, mientras él iba de celda en celda preguntando si había quejas. La mayoría creyó que se trataba de una trampa. Cuando llegó a la Habitación Cuatro, le dije:

—Tengo algo que manifestarle, pero no comenzaré a menos que usted prometa escucharme hasta el final.

—Para eso he venido —declaró el oficial cortésmente.

—Señor fiscal, usted tuvo un renombrado predecesor en la historia, Poncio Pilato. Se le pidió encargarse de dirigir el juicio de un hombre a quien sabía inocente. «¿Y qué? —se dijo Pilato para sí—. ¿Por qué voy a arriesgar mi carrera por un judío carpintero?»

«Han pasado dos mil años, pero su traición a la justicia no ha sido olvidada. En cualquier iglesia que usted entre en el mundo oírás decir en el Credo que Jesús fue crucificado bajo Poncio Pilato. —Los demás en la Habitación Cuatro miraban, preocupados por mí—. Ahonde en su corazón —proseguí—, y reconocerá que somos víctimas de la injusticia. Si fuéramos culpables a los ojos del Partido, sería justo que purgáramos nuestro delito en la prisión, pero esto es una prolongada sentencia a muerte. Antes de hacer su informe, observe lo que comemos, la falta de calefacción y de medicinas corrientes, la suciedad y la enfermedad. Pregunte sobre las barbaridades que hemos sufrido, y entonces reporte la verdad. No se lave las manos para despreocuparse de hombres desvalidos, como hizo Pilato.»

El fiscal me miró sombríamente, viró los talones, y se fue sin emitir palabra. La noticia de que me había escuchado se corrió por toda la prisión y estimuló a otros a hablar. Antes de marcharse, nos enteramos de que había tenido palabras de cólera en la oficina del comandante. Más tarde, aquel día, los guardias se volvieron muy corteses, casi excusándose. Una semana después fue despedido el comandante.

Al mejorar la rutina de la prisión, empecé a levantarme de la cama y a dar unos cuantos pasos diariamente. El doctor Aldea trajo al doctor oficial para que me viera.

Aldea admitió:

—No te entendemos. Tienes los pulmones como una criba; la columna vertebral está afectada; no he podido enyesarte, y no has tenido intervención quirúr-

gica. No te encuentro mejor, pero tampoco peor, así es que vamos a sacarte de la Habitación Cuatro.

Mis amigos se alegraron mucho. Los llenó de ánimo saber que después de dos años y medio, era el primer hombre que salía vivo de esa celda.

—¿Cuál es su fórmula, pastor? —preguntó uno, en broma—. ¿Cómo es que ese viejo cuerpo no obedece las órdenes del doctor y se muere?

—Creo que pudieran hallar una explicación médica si se lo proponen —dije—, pero en la guerra aprendí que las explicaciones son muy relativas. Yo me tropecé con algunos hombres del Partido que habían estado en Rusia. Cuando les pregunté por qué la Unión Soviética había cedido un poco en esa época en su campaña contra la religión, un individuo me respondió: «Díganoslo usted. Yo lo atribuí a una concesión de Gran Bretaña y América, que estaban ayudando a sostener a Rusia en la guerra.» El oficial se sonrió: «Esa es la explicación que yo daría, como comunista. Si fuera cristiano, diría que es la contestación de Dios a la oración.» Me callé, porque tenía razón. La Biblia cuenta que un asno reprobó en cierta ocasión a un profeta. Por eso tengo que decir ahora que si he mejorado, es un milagro de Dios y una respuesta a la oración.

Me constaba que numerosos prisioneros que yo había conocido, y mi congregación, oraban por mí, pero muchos años pasaron antes de enterarme que muchos miles, de todas partes del mundo, se habían sumado a esta plegaria.

Cuarta parte

1

La Habitación Cuatro había sido como un altar en el cual los hombres se transformaban y transfiguraban por su fe. Me sentía contento de estar todavía vivo, pero dejarla equivalía a un descenso. De una atmósfera de nobleza y abnegación, retornaba al mundo de las peleas, la vanidad y las apariencias. Era trágico presenciar cuántos de la antigua clase superior se empecinaban en sus ilusiones. Desarrapadas «excepciones» se daban los buenos días. «Generales» muertos de hambre inquirían por la salud del otro. Se discutía interminablemente sobre el retorno de su desvanecida prosperidad.

Uno de éstos, Vasile Donca, aceptó de mí un pedazo de cordel para sujetarse los pantalones. Los cordones eran una posesión valiosa en la prisión. Mas cuando le hablé al día siguiente, me ignoró, por haberme dirigido a él sin llamarle «general».

Donca, como tantos otros, daba cualquier cosa por un cigarrillo. Los guardias eran los únicos que podían proporcionarlos, y aunque ello les estaba prohibido, fumaban copiosamente durante la noche, llenando el patio de colillas. Los líderes y delatores de las celdas eran los primeros a quienes permitían salir en las mañanas con el objeto de mantener su monopolio en la recolecta de colillas. Pero si otro prisionero encontraba una, sus amigos se paraban en círculo junto con él a fumarlo en el extremo de un alfiler.

Una mañana un guardia encendió un cigarrillo al pasar por la puerta de mi celda, cerca de mi tarima. Donca atravesó el cuarto para hablarle en voz baja y urgente.

—¡Guardia! ¿Qué pide por ese cigarrillo?

El guardia se sonrió sarcásticamente.

—¿Qué tiene que ofrecer, general?

Donca no tenía nada, pero alardeó:

—Todavía conservo amigos en posiciones encumbradas. ¡Será recompensado por las atenciones que tenga conmigo!

—Amigos influyentes, ¿eh? —dijo el guardia—. ¿De modo que es realmente un comunista después de todo, general?

—Soy rumano leal, sargento.

—Bueno, general, si usted fuese un rumano comunista leal a la «causa» le daría este cigarrillo.

Donca vaciló, mirando furtivamente a su alrededor. El guardia hizo ademán de marcharse.

—¡Espere! ¡Por supuesto que soy un comunista rumano leal!

El guardia hizo señas a sus camaradas para que vieran a compartir la chanza.

—¿Así que bailarías al son de una melodía rusa, general? ¡Baila con nosotros! ¡Baila como un oso ruso! —y le alargó el cigarrillo.

Con los brazos extendidos y un rictus de dolor en la cara, Donca empezó a saltar de un pie al otro. Los guardias se morían de risa. Los prisioneros volvían la cara mientras Donca hociaba entre sus piernas para pescar el desechado cigarrillo.

Cuando lo trasladaron a otra parte, ocupó su puesto otro antiguo miembro del Estado Mayor, el general Stavrat, pero los galones no hacen al oficial, como el hábito no hace al monje. Stavrat era todo lo que Donca no era. Aunque corto de estatura, empequeñecía a sus compañeros de prisión por la simple fuerza de su personalidad. Brusco, pronto a despreciar la debilidad, y sin embargo lleno de bondad y de sentido común, en general, le gustaba llamar a todos en la celda: «Hombres!»

Juliu Stavrat era un general sin botas. Las había regalado. Compartimos mi par, usándolas en días alternos para hacer ejercicios en el patio. A poco de su llegada se permitieron los primeros paquetes de alimentos, y uno fue entregado al general Stavrat. Lo abrió frente a un público excitado. Hubo exclamaciones. Jamón, salchicha ahumada, pastel de frutas, chocolate, ¡todo comprado con enormes sacrificios por su esposa, seguramente! Stavrat, que se había alimentado opíparamente durante ocho años, envolvió el paquete y se acercó a mi cama.

—Pastor, tenga la bondad de dividir esto entre los hombres.

Stavrat era cristiano antes que soldado. Al saber que Rusia había explotado la primera bomba A, comentó:

—En este caso no debemos esperar más la intervención americana militar en gran escala: es preferible pudrirnos en la prisión que millones de gente perezca en la guerra atómica.

—¿Crees que sería la destrucción de la humanidad? —le pregunté.

—Sí, su futuro, y su pasado también. No quedará nadie que sepa de nuestra lucha y progreso en el transcurso de las edades. —Stravrat sentía profundamente la historia. Podía conversar elocuentemente del pasado rumano—. Pero si la guerra nuclear no resuelve nada —añadió—, y la civilización y el comunismo no pueden subsistir juntos, yo no sé cuál es la respuesta.

—Es el cristianismo —contesté—. En una forma vital, puede cambiar las vidas de grandes hombres, e incluso la de otros menos importantes. Recuerde a los numerosos dirigentes bárbaros como Clodoveo de Francia, Esteban de Hungría, Vladimiro de Rusia, que se convirtieron e hicieron cristianos a sus países. Puede repetirse, y entonces veremos derretirse la Cortina de Hierro.

—¿Comenzaremos con Gheorghiu-Dej —sonrió Stravrat—. ¡Una tarea peliaguda!

2

Gheorghiu-Dej, con todos sus rivales ya eclipsados, era entonces nuestro dictador. Admitió libremente los serios errores cometidos, entre ellos el proyecto del Canal del Danubio al Mar Negro. Después de tres años de desperdiciar millones de dólares y hacer perecer miles de vidas, sólo habían terminado cinco de las proyectadas cuarenta millas. Los ingenieros principales y los administradores del campo fueron acusados de sabotaje. A tres sentenciaron a muerte, siendo dos de ellos fusilados sumariamente. Treinta más recibieron sentencias desde quince años a cadena perpetua. Una nueva investigación probó que el Danubio no podía suministrar suficiente agua para el proyecto. Únicamente por decir esto, los ingenieros consultados al inicio

fueron ejecutados. Fue abandonado el Canal. Lo único aprovechado de la gran inversión en tiempo y dinero efectuada en Rumanía en la primera década del mandato comunista, fueron los campos de trabajo, que apenas lograban acomodar la superabundancia de hombres procedentes de las prisiones.

Estando hablando de este fracaso, el profesor Popp me llevó a un lado, diciéndome:

—Desde mi retorno a Tirgul-Ocna le he ocultado una cosa, porque el doctor Aldea pensó que sería demasiada conmoción para usted en las condiciones en que está. Su esposa se halla en prisión, y la han llevado al canal.

Popp lo había sabido por varios prisioneros que trabajaron allí. A Sabina la habían arrestado dos años después que a mí. No la acusaron de nada. Dirigía a las mujeres de la iglesia como diaconisa, y se le decía lo que debía predicar, pero ella no podía conformarse con predicar política y proclamaba el Evangelio. En Poarta Alba la pusieron con las otras mujeres obligadas a excavar tierra y depositarla en carretillas para transportarla a grandes distancias. Las que no llenaban su cuota, se quedaban sin pan. Entre las prisioneras había escolares patriotas, prostitutas, damas de sociedad y creyentes que padecían por su fe. En el Campo del Kilómetro 4 el comandante Kormos fue posteriormente sentenciado a labor forzada, por violar a treinta jóvenes prisioneras. La acusación consistió en que «había dañado el prestigio del régimen».

Mi esposa cayó bajo las órdenes de una figura notoria, el coronel Albon, jefe de Poarta Alba. Sabina comió yerba como un animal; ratas, serpientes, perros, de todo devoraron. Algunos de los que habían comido carne de perro afirmaron que sabía bien.

—¿La volverían a comer? —les pregunté.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —dijeron.

Sabina era diminuta y frágil. La broma favorita de los guardias era echarla al Danubio helado y pescarla de nuevo. Pero sobrevivió. Le salvó la vida el fracaso del proyecto. La enviaron junto con otras prisioneras a una granja del Estado donde criaban puercos, aunque allí también el trabajo era duro; pero podían vivir algo mejor.

El profesor contó que un prisionero de Vacaresti había hablado allí en el hospital con mi esposa.

—Ha estado muy enferma —contó Popp—, pero vivirá. Sabe que usted está a salvo. Las mujeres que estaban con ella mencionaron a un pastor que se suponía se hallase moribundo, y el cual había predicado el evangelio «subterráneo» (o sea, ilegalmente). Le dijeron a su esposa que habían dejado de oír su voz en el 1950 y que seguramente usted había fallecido. Ella se negó a creerlo, reiterando que estaba vivo, cualquiera que fuera la evidencia en contrario.

Estas noticias casi me descontrolaron. Procuré orar, pero en mi mente se posó una nube sombría. Durante días no le hablé a nadie. Entonces una mañana, en el patio de la prisión, vi a un anciano sacerdote, con aire de dignidad, parado junto al guardia, con la barba blanca soplando en el frío viento. Acababa de llegar y lo habían dejado allí. Varios oficiales estaban de pie a su alrededor.

—¿Qué hace este sacerdote viejo aquí? —preguntó uno de ellos.

—Ha venido a confesarlos —se burló el otro.

Esto fue lo que el padre Suroianu hizo en seguida. Lo rodeaba tal aura de santidad que uno sentía el impulso de contarle toda la verdad. Yo inclusive, si bien no creía en la confesión sacramental, le revelé misentimiento de desesperación, y pecados que no había confesado a nadie. Las raíces del mal no suelen quedar

expuestas en el confesionario, pero en mi caso si le decía toda la verdad buscando consejo en su experiencia. Pero mientras yo me acusaba, el padre Suroianu me miraba con más amor, en lugar de desprecio.

A Suroianu le sobraban motivos para lamentarse, más que ninguno de nosotros. La tragedia había tocado a toda su familia. A una de sus hijas, que era lisiada, le habían arrebatado al esposo, quien se hallaba en Tirgul-Ocna con nosotros. Otra hija y su esposo, habían sido sentenciados a veinte años. Uno de sus hijos había muerto en prisión. El segundo, en quien Suroianu había puesto grandes esperanzas como sacerdote, se había vuelto contra él. Sus nietos habían sido expulsados de la escuela o habían perdido sus empleos, debido a las «actividades contra el Partido» desarrolladas por sus padres. Sin embargo, el padre Suroianu, un hombre sencillo y autoeducado, pasaba los días alentando y alegrando a los demás.

Nunca saludaba con un «buenos días», sino con el bíblico: «¡Regocíjate!» A mí me dijo:

—El día que no puedas sonreír, no abras tu establecimiento. ¡Para sonreír hace falta mover diecisiete músculos faciales, pero cuarenta y tres para fruncir el entrecejo!

Le pregunté:

—¿Cómo es que teniendo tantas desgracias encima puede «regocijarse» siempre?

—Porque es un grave pecado no hacerlo —me contestó—. Siempre hay buenas razones para regocijarse. Hay un Dios en el cielo y en el corazón. Esta mañana tuve un pedazo de pan. ¡Sabía tan bien! ¡Mira cómo está brillando el sol ahora mismo! ¡Y hay aquí tantos que me quieren! ¡Cada día que no te regocijes es un día perdido, hijo mío! ¡Nunca volverás a tener ese día!

3

Yo también tenía razón para regocijarme, en el sentido de que al menos ahora estaba saciando el deseo acariciado desde que me ordené: ser pastor en la prisión. En la vida ordinaria, uno toca la campana y espera a que la gente acuda a la iglesia, pero aquí los feligreses ya estaban «en la iglesia» conmigo; y no una mañana de la semana, sino todos los días. Tenían que escuchar, aunque no siempre gustosamente.

Lazar Stancu, un hábil lingüista cuyo crimen había consistido en trabajar para una agencia de noticias extranjeras, nos interrumpió:

—¡No más cristianismo, por favor! Hay otras religiones muy interesantes.

—Bien —dije—, sé algo de Confucio y del budismo —y relaté una de las parábolas menos conocidas del Nuevo Testamento que apoya un precepto de Confucio.

—¡Fascinante! —exclamó Stancu, alabando el hermoso y original pensamiento.

—Me alegro que pienses así —y le expliqué que era realmente la enseñanza cristiana—. ¿Por qué persigues otras religiones? —le pregunté—. ¿Es que se trata del viejo proverbio rumano: «la gallina de tu vecino es siempre un pavo»? , o simplemente la inquieta búsqueda intelectual de la novedad?

—Bernard Shaw sugirió en una ocasión que la gente se encuentra tan inoculada desde la niñez con pequeñas dosis de cristianismo, que rara vez sus verdades le afectan seriamente —afirmó Stancu.

Una noche, un joven prisionero se puso a dar saltos y a gritar:

—¡No sigan! ¡No sigan! ¡No sigan!

Entonces nos callamos. Era un recién llegado, y los otros lo miraron sorprendidos. Dio la vuelta y corrió a

su tarima, donde se desplomó. Tenía un rostro sensitivo, pero la mandíbula y el cuello estaban cubiertos de improvisados vendajes. Me dio una extraña mirada preñada de lágrimas, y se volvió de espalda. Comprendiendo que sólo estaría molestandolo al intentar hablarle en este momento, desistí.

El doctor Aldea me informó que su nombre era Josif.

—Un buen muchacho —agregó—, pero quedará marcado por vida con una úlcera en la cara. Es otro caso de tuberculosis ósea. Me contó que hace cuatro años, cuando sólo tenía catorce, Josif había sido arrestado en el intento de llegar a Alemania, donde vivía su hermana. La policía secreta lo puso bajo la custodia de perros entrenados que le saltaban en cuanto se movía, tratando de morderlo en la garganta. El temor y el choque habían obsesionado su mente; hablaba incesantemente de las horas pasadas en la frontera, a la merced de los perros. Posteriormente, habiendo resultado sospechoso de ser un peón en determinado juego político, Josif fue llevado a Bucarest y torturado para que suministrara información que no poseía. Por fin lo enviaron junto con un grupo condenado a labor forzada en el canal, donde pasó hambre y se enfermó de tuberculosis.

Observé a Josif, dándole tiempo a que se acostumbrase a nosotros. La vida no había podido corromper su honradez y franqueza nativas. A veces, olvidando sus problemas, se alisaba hacia atrás su masa de cabello oscuro y se reía a carcajadas de algún viejo chiste de la prisión. En cambio, otras veces se llevaba las manos a la cara desfigurada, que además le dolía, aunque lo peor para él era la idea de haber perdido para siempre su buena apariencia.

Seguro de que podía ayudarlo, aguardé el momento oportuno y conseguí que me escuchara con atención.

4

Durante varios meses después de la muerte de Stalin se permitieron los paquetes mensuales enviados desde casa. Los aguardábamos ansiosamente. En las tarjetas que nos dieron para que escribiéramos los pedidos, incluí alimento, cigarrillos, y «la ropa usada del doctor Filon».

Yo detestaba fumar, mas como los prisioneros estaban tan ávidos de cigarrillos, siempre pedí mi cuota completa, para regalarlos. Como consecuencia, aquellos para los cuales no tenía ninguno se resintieron, y a quienes les di les entró a menudo la sospecha de que les estaba dando más a otros.

La petición de «la ropa usada del doctor Filon» dejó perpleja a mi familia. El doctor era un hombre pequeño, y yo era muy alto. Confiaba que adivinaran que lo que realmente deseaba de él era streptomina. Aldea me había dicho que la terapéutica socialista ya reconocía que la droga descubierta en América diez años atrás, servía. Si recibía alguna, él podía tratarme. No obstante, no estaba permitido solicitarla en nuestros paquetes.

Aparte de la tuberculosis, padecía también de uno de los frecuentes accesos de dolor de muelas que nos asediaban a todos. Los dientes se cariaban rápidamente por falta de alimento adecuado y tratamiento, o nos los fracturaban durante las palizas. Frecuentemente yo llevaba cadenas de cincuenta libras alrededor de los tobillos, por lo que me era imposible dar unos cuantos pasos para aliviar el dolor. Pero jamás fue peor que durante este tiempo en Tirlul-Ocna. Uno de los dientes superiores me tenía en constante agonía todo el día; hacia el crepúsculo, el dolor se pasaba a la mandíbula inferior. Carecíamos de dentista, y de cualquier esperanza de alivio. Se afirma que Pascal combatía el dolor de muelas resolviendo problemas matemáticos, por lo

que traté de componer sermones. Pero el dolor se presta mejor a las matemáticas que a la redacción. Los sermones resultaron malísimos. Empecé a escribir poemas, pero eran poemas de desesperación.

Procuré olvidar el dolor conversando con Josif. Me senté junto a él y le pregunté por qué se había puesto tan bravo cuando le hablé.

—¡Odio a Dios! —me respondió—. Si sigue, llamo a los guardias —y los ojos se le empañaron de lágrimas—. ¡Déjeme solo!

La buena índole del muchacho salió a flote, y uno o dos días después me confió sus esperanzas de reunirse con su hermana en Alemania y marcharse juntos a América.

—En ese caso debes comenzar a estudiar inglés —le aconsejé.

—Me encantaría, pero, ¿quién va a enseñarme?

—Le ofrecí darle lecciones, si quería.

—¿Puede? ¿De veras? —me preguntó muy contento. Resultó un alumno brillante, a pesar de carecer de libros, papel o lápiz.

Le mencioné los libros en inglés que yo había leído, haciéndolo repetir conmigo pasajes que me sabía de memoria, y que eran sacados de la Biblia.

5

Josif no era el único prisionero que podía testificar contra mí, pero el verdadero peligro en nuestro seno era el delator oculto. Con frecuencia, estos individuos invocaban la excusa del patriotismo para lograr su propósito, especialmente cuando eran jóvenes.

Las guerrillas que se mantuvieron tantos años en las montañas de Rumanía inspiraron a muchos jóvenes a

formar sus propios grupos anticomunistas, por lo que muchachos y muchachas de diecisiete y dieciocho años fueron arrestados y metidos en prisión. En Tirgul-Ocna teníamos un jovencito de catorce años. Les encantaba escuchar los relatos que Armeanu —antiguo coronel del servicio de inteligencia— solía narrar acerca de nuestro rey Esteban el Grande y de otros héroes patrióticos que habían combatido la dominación extranjera.

El general Stavrat ya conocía a Armeanu de antes:

—No me fío de él. Tenemos que vigilarlo —advirtió.

Posteriormente a ese día, caminaba yo despacio mientras Armeanu charlaba con un joven guerrillero llamado Tiberiu. Este decía: «Me agarraron, pero otros continúan la lucha...» Cuando pasé otra vez cerca de ellos, le oí decir que el grupo incluía una muchacha. Armeanu, dándose cuenta de mi proximidad, lo tocó en el hombro y se alejó.

Le pedí a Josif escuchar a hurtadillas. Armeanu apenas notaría su presencia. Efectivamente, unas cuantas noches más tarde, oyó retazos de una conversación.

—¿Cómo es que un buen mozo como tú no tiene novia? —Armeanu le preguntaba a Tiberiu—. Claro que debes tenerla... y apuesto también que es linda. ¿Cómo se llama...? María. ¿Y de dónde viene...? Sí, conozco ese lugar. Es más, tuve allí amistad con una familia apellidada Celinescu, que por cierto tenían una hija de ese mismo nombre... Ah, tu María es la señorita Cuza. ¿Y su padre? Un capitán del Ejército, ¿eh? ¿Por casualidad, pertenece al Regimiento 22...? Oh, el 15? Sí, sí.

Después de este informe, convine en que Armeanu era probablemente un agente, y que María sería detenida en unos cuantos días. El general Stavrat quería confrontarlo inmediatamente, pero sabía que no podría probar nada contra el individuo. A la siguiente ocasión

en que encontró a Armeanu solo, entablé conversación con él. Cuando me preguntó por qué estaba yo en la prisión, vi una oportunidad desesperada.

—Por espía —le contesté, añadiendo que estaba seguro que podía expresarme libremente con un nacionalista como él—. Mi arresto no tiene importancia. Sólo soy un eslabón insignificante en la organización. Le solté otras indirectas, y lo dejé sonsacarme nombres y direcciones de «mis contactos». Observé en su rostro una mirada de solapado orgullo, pensando estar en posesión de suficientes datos para conseguir su libertad.

Tan pronto como las celdas se abrieron al día siguiente, Stavrat advirtió que Armeanu cuchicheaba con el guardia. Pronto llamaron al coronel para una «inspección médica», un pretexto frecuente para consultar a los delatores. Después me mandó a buscar el oficial político. Ya contaba con ganarse una estrella extra en el hombro, porque sin hacer ningún esfuerzo por escuchar a Armeanu, en seguida me pidió que le descubriera la historia completa de la gran red de espionaje internacional que yo había mencionado.

—Teniente —le repliqué—. Si usted transmite la información que le di ayer a Armeanu va a desatar un verdadero tumulto en Bucarest. Por eso le aconsejo no hacerlo. Solamente se perjudicará usted mismo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Yo lo inventé todo, para comprobar mis sospechas sobre Armeanu. Ahora sé.

El oficial me contempló, todavía sin creerlo. Entonces rompió a reír.

Regresé y se lo conté a Stavrat, quien la arremetió contra Armeanu.

—Hombres valientes han muerto bajo su mando —le dijo—, ¡y ahora usted recurre a la traición!

Armeanu quiso fanfarronear, pero desde ese día se

convirtió en un proscrito en la prisión. Años después me enteré que había muerto en ella. Sus traiciones le trajeron únicamente oprobio.

6

Mi paquete del siguiente mes incluía 100 gramos de streptomina. ¡Me habían entendido! Pensando en los enfermos que había dejado en la Habitación Cuatro, le pedí al general Stavrat ofrecérsela al caso más grave que hubiera allí.

—Es Sultaniuc —dijo con disgusto— un fascista de la Guardia de Hierro bien amaestrado. Está al borde de la muerte, aunque no lo admite. Mejor tómese usted la medicina... Muy bien, si insiste.

Stavrat volvió pronto.

—Quiso saber de dónde procedía la medicina, y cuando le dije que podía quedársela me aseguró que no tomaría nada de un enemigo de la Guardia de Hierro. ¿Qué va a hacer uno con un fanático semejante?

Se me ocurrió una solución. Cuando Stavrat se fue, le pedí a Josif, del cual nadie sospecharía duplicidad, servir de mediador.

—Dile a Sultaniuc que el general estaba equivocado; que es un regalo de Graniceru, quien también es Guardia de Hierro y me he enterado que ha recibido medicinas recientemente.

Josif no tuvo éxito.

—Sultaniuc no cree que Graniceru le daría nada —me respondió—. No quiere tocar el polvo a menos que usted jure por su honor que no es suyo.

—¿Por qué no? —alegué. Le he dado la droga, y asimismo le daré el juramento que pide. La streptomina no es mía realmente, sino de Dios. Se la cedí a El en el momento que llegó.

El doctor Aldea, que estaba ocupado en otra parte cuando arribó la streptomina, se quedó estupefacto cuando le contaron lo que había sucedido. Incluso Stavrat se hallaba preocupado porque yo había «jurado en falso».

—Creía que ustedes los clérigos siempre insistían en decir la verdad y solamente la verdad —declaró.

Pronto tuvo Stavrat un ejemplo de lo que «toda la verdad» puede costar, cuando dos nuevos prisioneros, uno de los cuales había testificado en contra del otro, fueron puestos en nuestra celda. El primero era un obispo católico que deseó informar a Roma de los rigores con que la Iglesia era perseguida. El segundo era un abogado que entregó la carta de queja del obispo al Nuncio Papal, cuando todavía había uno en Bucarest— a fin de que la pasara al Vaticano. Al salir del palacio del Nuncio el abogado fue arrestado. Cuando negó haber escrito la carta, lo pusieron en un careo con el obispo. Este dijo:

—No puedo mentir. Sí, le di la carta.

A los dos los torturaron, acabaron en Tirgul-Ocna, donde discutían aún quién tuvo razón. El obispo esperaba mi apoyo, pero no pude dárselo.

—Si un individuo rehúsa decir una mentira, allá él, pero siempre haciéndose responsable de las preguntas arriesgadas. No tiene derecho a poner en peligro la seguridad de otro, está obligado a defenderlo a toda costa.

El obispo protestó:

—No sabe cuánto dolor me ha causado este asunto, pero, ¿cómo iba a decir una falsedad?

Tuve que decirle que si el Señor nos manda hacer bien a nuestros enemigos, con mayor motivo debemos hacerlo a a los amigos.

—Si mi anfitriona se ha pasado el día preparando una comida desastrosa, aun así me siento en el deber de felicitarla. Esto no es una mentira; es simple cor-

tesía. Cuando los prisioneros preguntan: «¿Cuándo vienen los americanos?», yo les digo que ya no pueden tardar. No es cierto, pero estoy seguro de que tampoco es mentira. Es una frase de esperanza.

El obispo no quedó convencido. Proseguí:

—Si lo sometemos a los puristas, todo arte se convierte en una mentira. Fausto, ciertamente, no firmó un pacto con el diablo, ¿lo sabía? Ese Goethe era un mentiroso consumado. Hamlet jamás existió; es un embuste de Shakespeare. Las bromas más inocentes, y espero que usted sepa reírse cuando las oye, son inventos.

—Quizá sea así —concedió el obispo—; mas también es una cuestión personal. Cuando a *usted* lo interrogan los comunistas, señor Wurmbrand, ¿no se siente obligado a decir la verdad?

—Por supuesto que no. No tengo empacho en decir lo primero que me viene a la mente, con tal de despistar a quienes tratan de atrapar a mis amigos. ¿Acaso voy a dar a esta gente una información que les servirá para atacar a la iglesia? ¡Yo soy un ministro de Dios!

—El mundo emplea palabras bellas para expresar cosas muy feas. El fraude se convierte en astucia. La tacañería en economía. La concupiscencia en la corona del amor. Aquí el vocablo «mentira» se usa para algo que mi instinto me dice es correcto. Respeto la verdad, pero mentiría por salvar a un amigo.

Cuando nos quedamos solos, Josif me preguntó:

—¿Qué es entonces lo que usted llama mentira?

—¿Por qué tengo que darte una definición? Tu propia conciencia, guiada por el Espíritu Santo, te dirá en cada caso de la vida qué decir y qué no decir. ¿Crees que el juramento que le comunicaste a Sultaniuc sobre la streptomina fue una mentira?

—¡Oh, no! —contestó Josif con su dulce sonrisa—. Fue un acto de amor.

7

La amargura de Josif aminoró. Un día, después de la lección de inglés, le pregunté:

—¿Por qué dices que odias a Dios?

—¿Por qué? —me contestó—. Dígame primero por qué Dios creó los microbios de la tuberculosis. —Con eso esperaba cerrar la conversación.

—Puedo explicarlo, si me escuchas con calma.

—Escucharé la noche entera, si puede contestarme ésa —agregó tristemente.

Le dije que le tomaría la palabra. Le expliqué que este problema iba a la raíz del sufrimiento humano y del mal. Josif no era el único que se había preguntado la razón de que sucedieran tales cosas a la vista de un Dios misericordioso. Probablemente todos en la prisión nos habíamos preguntado lo mismo, sólo que, en vez de una respuesta había varias.

—En primer lugar, tendemos a confundir lo desagradable con lo malo. ¿Por qué es malo el lobo? Porque se come el rebaño, y esto me desagrada. ¡Me quiero comer la oveja yo mismo! Y mientras el lobo tiene forzosamente que devorar la manada para vivir, yo no tengo necesidad de hacerlo, puesto que puedo comer muchas otras cosas. Peor aún, el lobo no tiene ningún deber con respecto a la oveja; en cambio yo la crío desde que nace, la alimento y le doy agua, y cuando ya ha depositado toda su confianza en mí, la degüello. Y nadie piensa que soy un malvado.

Josif me observaba, con la cabeza apoyada en la mano.

—Igual con los bacilos. Hay bacilos que al vivir producen fermento para la masa; otros viven para perjudicar los pulmones de una criatura. Ninguno de los gérmenes sabe lo que hace, pero yo apruebo a uno y condeno al otro. De modo que las cosas no son buenas

o malas en sí; las rotulamos de acuerdo con la conveniencia que nos reportan. Queremos que todo el universo se conforme a nuestro gusto, si bien somos una parte infinitesimal del mismo.

La celda estaba oscura, e insólitamente quieta.

—En segundo lugar —dije—, lo que llamamos «malo» es a veces, sencillamente, un bien no terminado.

—En mi caso —interrumpió Josif— le costará trabajo probarlo.

—No lo creas. Hace miles de años a un tocayo tuyo sus hermanos lo vendieron como esclavo, sufriendo innumerables injusticias en Egipto. A pesar de esto, llegó a ser Primer Ministro y logró salvar del hambre a su tierra y a sus propios e ingratos hermanos. Tú también, hasta que como José hayas llegado al final de tu existencia, no puedes asegurar si lo que sucedió fue por bien o por mal. Cuando el artista comienza a pintar un retrato, todo lo que ves es un borrón de color. Tiene que pasar tiempo hasta que la persona sea reconocible en el lienzo. El cuadro de la «Mona Lisa» es admirado universalmente, pero a Leonardo le tomó cuarenta años acabarlo. El ascenso a la montaña es duro, antes de poder disfrutar el panorama desde la cumbre.

—Muchos de los hombres que mueren aquí en la prisión —agregó Josif— jamás ven el panorama.

Por otra parte, el pasar una temporada en la cárcel puede ayudarlos a alcanzar la cumbre. ¿Acaso el camarad Gheorghiu-Dej hubiera logrado el poder en Rumanía si no hubiera estado en prisión como estamos nosotros?

—¿Y los que no viven para ver de nuevo la libertad?

—Lázaro murió en la pobreza y la enfermedad —dije—, pero Jesús cuenta en una parábola que los

ángeles lo condujeron a la dicha eterna. Después de la muerte, para todos nosotros llega la compensación. Sólo cuando vemos el término de todo, podemos comprender.

Josif prometió pensar en el asunto.

8

Una cura rápida para un dolor de muelas es una buena noticia, y la carta que recibí me levantó el ánimo considerablemente. En ella me decían que mi esposa estaba libre. Aún se hallaba confinada en Bucarest, ¡pero en breve plazo autorizarían a mi hijo a visitarme! La carta terminaba ahí. Era toda la información que permitían.

Yo había dejado a Mihai a la edad de nueve, y ahora tenía quince. No podía imaginar a mi hijo ya crecido. Siempre habíamos estado muy compenetrados. Comencé a preocuparme día y noche por ese encuentro. Por fin me llevaron a un inmenso salón donde me hicieron sentar en una casilla con una ventana bloqueada por tres barrotes de hierro, y tan pequeña que el visitante apenas podía ver una mínima porción de mi cara. El guardia gritó:

—¡Mihai Wurmbrand! —y él vino a sentarse frente a mí. Estaba pálido y delgado y con las mejillas hundidas, y empezaba a salirle el bigote.

Dijo apresuradamente, por si nos interrumpían:

—Mamá dice que aunque mueras en prisión no debes sentirte triste. Todos nos reuniremos en el paraíso.

¡Consoladoras primeras palabras! No sabía si reír o llorar. Me dominé.

—¿Cómo está ella? ¿Hay comida en la casa?

—Ella está restablecida, y hay comida en casa. Nuestro Padre es muy rico.

Los guardias apostados, nos oían y hacían muecas de burla. Pensaron que mi esposa se había vuelto a casar.

Para cada pregunta Mihai encontró respuesta en algún versículo de la Biblia, de modo que en los pocos minutos que nos concedieron apenas obtuve noticias de la familia, aunque me advirtió haber dejado un paquete a la entrada, con los guardias.

Al día siguiente me entregaron dos paquetes, en exceso a mi cuota, ya que Mihai lo había dirigido a «Richard Wurmbrand». Los otros habían ido a parar a mi otro «yo» en la prisión, Vasile Georgescu. Poco después restablecieron las restricciones por completo. No se permitieron visitas, paquetes, o cartas.

9

Antes de que se acabaran los buenos tiempos un carcelero arrastró una cesta dentro de la celda. Contenía sábanas y toallas en cantidades más que suficientes para todos, de estos lujos inconcebibles.

—Calcularon mal —dijo Emil, un sastre—. ¡Cortemos las toallas extras para hacernos ropas! Con este material puedo hacerles camisas calentitas.

Ion Madgearu, un abogado, declaró intranquilo:

—Sería robar propiedad del Estado.

—¿Quién va a enterarse? ¡No hay inventario!

—Soy un prisionero político, no un malhechor.

—Eres un mentecato.

Se dividieron en bandos, y la discusión se encendió. Josif apeló a mí.

—Toda esa «propiedad del Estado» nos fue robada —afirmé—. Nos han reducido a harapos, y tenemos derecho a recobrar lo que podamos. Por consideración a nuestra familia estamos obligados a hacer todo lo posible por sobrevivir el invierno. Igual hacemos todas las mañanas cuando el guardia viene medio dormido a preguntarnos: «¿Cuántos hay en la celda?» ¿Acaso no exageramos el número, para conseguir un poco de pan extra, y con mucho derecho?

—Prefiero obedecer la ley —replicó Madgearu.

—Pero cada ley es injusta para alguien —le argüí—. La ley sostiene que un millonario al que nada falta no debe robar, y dice otro tanto de ti y de los hombres que no poseen nada. Jesús disculpó a David por hacer cosas no autorizadas, cuando padeció hambre.

Madgearu cedió al cabo, pero posteriormente me contó que tenía una razón especial para no querer cometer una infracción de esta índole.

—Era fiscal del Estado, y en mi época envié a prisión a centenares pensando: «Bueno, ¿qué importa lo que yo diga, si el Partido los mandará a prisión de todas maneras? Cuando después me hicieron víctima propiciatoria de un error y me sentenciaron a quince años, me pareció increíble. Me enviaron a las minas de plomo en Valea Nistrului, y un prisionero cristiano se hizo amigo mío. Compartía su alimento conmigo, y me cuidaba como si fuera el Buen Pastor. Me parecía como si nos hubiéramos conocido anteriormente, así es que le pregunté por qué motivo se encontraba allí.

»—Oh —dijo—, ayudé a un individuo que estaba en apuros, como tú. Vino a mi granja pidiendo alimento y techo. Entonces lo arrestaron como guerrillero, y a mí me echaron veinte años.

»—¡Qué fatalidad!, exclamé, y el individuo me dio una mirada extraña... Al punto lo recordé todo —con-

tinuó—. Yo había sido el fiscal que ofició en su caso. Nunca me lo reprochó, pero su ejemplo de devolver bien por mal me decidió a convertirme en cristiano.

10

Josif cantó de gusto cuando se probó la camisa que Emil le había confeccionado con las toallas sobrantes. Semejaba una túnica, con un hueco para la cabeza, mas estaba encantado de tener algo nuevo junto a la piel.

—¡Propiedad del Estado! Todo el mundo roba hoy en día —comentó alegremente.

Stavrat observó:

—No siento el menor escrúpulo. En diez años nos hemos vuelto una nación de ladrones, mentirosos, y pequeños espías. Los granjeros roban de la tierra que una vez poseyeron. Los trabajadores de las granjas roban de la colectiva. Hasta el barbero roba navajitas de su propia barbería, que la cooperativa le ha arrebatado, y entonces tienen que cubrir estos deslices. ¿Solía usted, pastor, hacer declaraciones absolutamente veraces sobre los impuestos que tenía que pagar?

Admití que no veía razón para dar el dinero de la parroquia al Partido Ateo.

—El robo será una asignatura que se enseñará en la escuela dentro de poco —aseguró Stavrat.

Josif intercaló:

—Yo no atendía a nada en la escuela. Los maestros decían que Besarabia, que todo el mundo sabe que nos la robaron, había pertenecido siempre a Rusia.

—¡Buen muchacho! —declaró el general.

—Espero que rechaces también sus enseñanzas en contra de la religión —añadí— y le conté a Josif de

un profesor que yo conocía y el cual se había vuelto un conferencista habitual sobre ateísmo.

—Después de persignarse él solo en su cuarto y pedir perdón a Dios, seguía diciendo a los estudiantes que no existe Dios.

—Bueno, por supuesto —dijo Josif—, seguramente lo estaban obligando. No podía concebir un mundo en el que uno no tuviera que mirar en torno antes de abrir la boca.

La charla se encaminó hacia un nuevo delator llamado Jivoín, quien había desertado del ejército yugoslavo y lo arrestaron en la frontera como espía. Para congraciarse con las autoridades de la prisión, fingía estar en contra de Tito. Les ocasionaba problemas a los guardias, reportándolos si descuidaban aplicar los reglamentos.

—Algunos de nosotros hemos resuelto dar un susto a Jivoín —me anunció Josif—. Si todos lo atacamos a la vez, no pueden castigarnos muy duro.

—Esperen otro día —les dije—, tengo una idea que tal vez sea mejor.

Como Jivoín estaba acostumbrado a que los de la celda lo ignoraran, le halagó que yo lo buscara para preguntarle por su tierra. Pronto estaba repitiendo bromas croatas y proverbios servios, y rememorando la belleza de Montenegro, sus canciones y bailes. Mis preguntas le producían un entusiasmo cada vez mayor.

—¿Y cuál es su himno nacional? —le inquirí.

—¡Oh, es magnífico, ¿no lo ha oído?

—No, pero me gustaría.

Deleitado, Jivoín se levantó y elevó la voz en un canto. Los guardias que estaban afuera no reconocieron el himno de Tito hasta que llegó el coro. En ese momento agarraron a Jivoín y lo llevaron a tener una confrontación con el iracundo oficial político.

—Bueno, ya despachamos ese asunto —dijo Josif, y nos echamos a reír.

Después que Jivoín fue puesto fuera de combate, transfirieron a nuestra celda, desde una más abajo en la galería, al capitán Stelea, antiguo miembro de la Guardia de Hierro. En la otra celda había dejado, muy a su pesar, a un viejo camarada del tiempo de la guerra.

—¿Cómo se llama? —le preguntó el general Stavrat.

—Ion Coliu —respondió Stelea—. Lo pusieron conmigo la noche después de mi llegada a Tîrgul-Ocna, y la pasamos muy bien conversando de épocas pasadas.

Stavrat inquirió si Stelea le había confiado a Coliu secretos que él no hubiera confesado bajo interrogatorio y tortura.

—Sí, todo —dijo Stelea—, ha sido mi mejor amigo durante años. Daría mi vida por él.

Cuando Stavrat informó a Stelea que Ion Coliu se había vuelto el soplón más aborrecido en Tîrgul-Ocna, no podía creerlo. Me pidieron que confirmara el hecho. Durante horas, Stelea se sentó en su tarima, con la apariencia de un soldado que sufriera neurosis de guerra. Por fin dio un salto y empezó a gritar y a pelear con nosotros histéricamente, hasta que los guardias se lo llevaron.

En toda prisión hay un cuarto especial para quienes pierden el control. Los dejan delirar y gritar, excretar en el piso, y pelear entre ellos mismos, hasta matarse en ocasiones. Les introducen el alimento a través de una abertura y se van. Ningún guardia arriesga el pellejo entrando en el mismo cuarto con ellos.

11

La sentencia de Josif se cumplía en pocas semanas. Hacía planes para el futuro.

—Mi hermana, que se encuentra en Alemania, tra-

bajaré para conseguir un permiso para irnos juntos a América. ¡Perfeccionaré mi inglés y aprenderé un oficio!

Había, con todo, el problema del rostro desfigurado. Una noche le conté que Helen Keller, aunque era ciega, sorda y muda, había llegado a ser una de las personalidades eminentes de América. Le fascinó mi descripción de cómo se enseñó ella sola a ser una pianista consumada, ayudándose únicamente con un trozo de madera sostenida entre los dientes, con el otro extremo fijado en el piano que llevaba a su sensible dentadura las vibraciones que sus oídos no percibían. Le expliqué cómo su labor proporcionó el sistema Braille a miles de ciegos.

—Escribió en uno de sus libros más famosos que si bien nunca había contemplado el cielo estrellado, tenía el cielo en su corazón. Por eso podía desplegar ante un mundo que posee sentidos pero que a veces no los usa, la belleza de la creación de Dios.

Agregué que Helen Keller procedía de una familia adinerada. Si hubiera tenido «suerte» como tantas otras jóvenes, al poseer el dominio de todos sus sentidos, quizás hubiera malgastado su existencia en trivialidades. En cambio, aprovechó lo que los hombres llamamos «el mal» como estímulo para alcanzar nuevas esferas de logro.

Josif meditó:

—Helen Keller debe ser un caso entre mil —concluyó.

—No, hay muchos como ella. El escritor ruso Ostrovsky era ciego, paralítico, y tan pobre que tuvo que escribir su novela en papel de envolver. Al presente goza de fama mundial. Numerosos hombres célebres han sido enfermos. Schiller, Chopin, Keats, eran tuberculosos como nosotros. Baudelaire, Heine y nuestro poeta nacional, Eminescu, padecieron de sífilis. Los científicos alegan que los microbios de esas enfermedades

excitan las células nerviosas y por lo tanto agudizan la inteligencia y percepciones, aunque por último producen la locura o la muerte. La tuberculosis puede hacer a un hombre peor, pero a los buenos los hace mejores; comprenden que la existencia se les escapa, y quieren hacer todo el bien que pueden, mientras les queda tiempo.

Josif ayudab a veces en la Habitación Cuatro. Le pregunté:

—¿Has observado la especial serenidad, docilidad y lucidez que sobreviene a los tuberculosos?

Sus ojos se iluminaron.

—Es cierto. ¡Qué curioso!

—Por miles de años la humanidad consideró malo en el hongo ese verdín que crece en su exterior. Hace veinticinco años, sir Alexander Fleming descubrió lo bueno que contenía, e hizo el hallazgo de la penicilina, que cura tantas enfermedades. Hasta que no se comprobó su verdadero empleo, este mohó se calificó de dañino. Es posible que todavía tengamos que aprender a darles a los microbios de la tuberculosis un uso que nos convenga. Cuando esta enfermedad nuestra, antaño considerada incurable, sea finalmente vencida, nuestros niños probablemente serán inoculados con pequeñas dosis del germen, a fin de estimular su inteligencia.

—¡Dios creó el cielo y la tierra, y tu vida, y tanta hermosura, Josif! Tu sufrimiento tiene sentido, como lo tuvo el de Jesús, porque Su muerte en la Cruz fue lo que salvó a la humanidad.

Josif temblaba en su camisa nueva, que ya se estaba poniendo raída.

Tomé la chaqueta de lana que mis familiares me habían enviado y separé el forro para mí. Lo persuadí a ponérsela. Se apretó las manos sobre el angosto pecho, para mostrarme lo caliente que se sentía.

Su conversión se inició ese día. No obstante, se requería algo que lo elevara a la fe.

Esto ocurrió durante la distribución de las raciones de pan. Todas las mañanas las colocaban en hileras sobre una mesa. Se suponía que cada porción era de tres onzas y media, pero algunas resultaban un poquito mayores que otras. A menudo había discordia con respecto a quién le tocaba escoger primero, y quién sería el último. Los hombres se pedían consejo mutuamente. ¿Cuál era la porción que parecía mayor, entre las restantes? Después de otorgado el consejo, los unos sospechaban que los otros los habían hecho elegir mal, y las amistades se agriaban por un trozo de pan moreno. Cuando un zafio prisionero llamado Trailescu pretendió engañarme, Josif lo notó.

Al decirle yo a Trailescu:

—Toma mi trozo también. Sé que tienes hambre —el tipo se encogió de hombros y se metió el pan en la boca.

Esa noche nos sentamos a traducir al inglés los versos del Nuevo Testamento, y Josif comentó:

—Ya hemos leído casi todo lo que Jesús dijo, pero aún me interesa conocer lo que debió ser como hombre.

—Verás, cuando me hallaba en la Habitación Cuatro, había un pastor que daba cuanto tenía —su último pedazo de pan, su medicina, el saco que llevaba puesto. También yo he dado estas cosas, a veces, a pesar de quererlas para mí. Mas otras veces, aunque alguien tuviera hambre y estuviera enfermo y necesitado, me hacía el disimulado, sin importarme. Este otro pastor era verdaderamente como Cristo. Uno sentía que el mero roce de su mano podía curar y calmar. Un día encontró a un pequeño grupo de prisioneros, y uno de ellos quiso saber lo mismo que tú me has preguntado: ¿Cómo era Jesús? Nunca he conocido a nadie como el hombre que usted describe, tan bueno, amante y veraz. En un momento de gran valor, el pastor respondió simple y humildemente: «Jesús es como yo». Este indivi-

duo, que frecuentemente había sido objeto de la bondad del pastor, contestó, sonriendo: «Si Cristo fue como usted, entonces lo amo». Son muy contadas las ocasiones en que uno puede afirmar semejante cosa, Josif. Mas para mí, esto es lo que significa ser cristiano. Creer en El no es tan gran cosa. Volverse como El es realmente grande.

—Pastor, si Jesús es como usted, yo también lo amo a El —dijo Josif, demostrando inocencia y paz en su mirada.

El instante pasó, y proseguimos con nuestra lección. Le conté lo que Jesús contestó a los judíos que le pidieron una señal para poder creer en él.

—Nuestros antepasados —alegaron— recibieron el maná del cielo. Moisés se lo consiguió. Y Jesús replicó:

—Yo soy el pan de la vida. El que venga a Mí jamás tendrá hambre o sed. Vuestros antepasados comieron el maná y están muertos. Yo hablo del pan que procede del cielo. Quien lo coma, no morirá nunca.

Al día siguiente, Josif trabajó en la Habitación Cuatro, como era su costumbre por entonces. Al reunirnos por la noche me dijo:

—Antes que ninguna otra cosa, quiero ser cristiano.

Lo bauticé con un poco de agua que había en un jarro de lata, diciendo:

—En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. —Cuando lo libertaron, toda amargura había desaparecido de su corazón.

El día de su partida me abrazó. Lloraba al decirme:

—Me ha ayudado como si fuera mi propio padre. Ahora puedo sostenerme por mí mismo, con la ayuda de Dios.

Nos encontramos años después. Era un cristiano que llevaba con orgullo la cicatriz que antes aborreció.

12

A los que administraban nuestra prisión, pronto se les pasó el temor que sintieron a la muerte de Stalin. Como había habido revueltas muy serias en los campos de esclavos en Siberia, estaban resueltos a no mostrar la menor debilidad. Pusieron en vigor viejas restricciones y crearon otras nuevas. Clausuraron las ventanas, cubriéndolas de pintura, no obstante las protestas del doctor. Sólo podíamos abrirlas una pulgada, por la noche, cuando los guardias no estaban mirando. En el verano, el calor y el mal olor eran terribles.

Afuera aumentó también el sufrimiento de los cristianos. Nos enteramos de arrestos recientes de sacerdotes ortodoxos, y de que el patriarca Justiniano se había convertido totalmente en un instrumento del Partido.

Uno de sus actos más discutidos fue su comportamiento con la madre Verónica, una monja venerada en toda Rumanía. Años atrás, como una campesina analfabeta llamada Verónica; alegó haber tenido una visión de la Virgen María, que se le apareció en el campo y le dijo que era preciso erigir en ese mismo lugar un convento de monjas. Después que se tuvo noticias de varias apariciones, llovieron las contribuciones, y 200 muchachas tomaron el velo. En años sucesivos la capilla de la Sagrada Virgen se volvió un sitio de peregrinaje, como Lourdes, y después del triunfo comunista la leyenda de que Verónica redimiría a Rumanía adquirió un nuevo significado. Un buen día Justiniano llegó en un reluciente automóvil negro y empezó los servicios con la excomunicación de los sacerdotes de la iglesia anexa al convento. Entonces, como jefe de la iglesia, advirtió a las monjas que perdían el tiempo preparándose para la vida en el más allá; que era mejor salir y disfrutar de los placeres munda-

nos. ¿Por qué iban a privarse de sus derechos sexuales por la ilusión de futuras dichas? Las monjas no lo escucharon. Se negaron a abandonar su refugio. Como resultado de la visita de Justiniano siguió una incursión de la policía de seguridad. Las hermanas que no quisieron quebrantar sus votos fueron tratadas innoblemente, acabando por cerrarles el convento.

Estos acontecimientos conmovieron a Rumanía durante una temporada, lo que preocupó al Partido. Sometida a intensa presión en una prisión secreta, la madre Verónica fue forzada a confesar que su visión había sido un engaño. Después de soltarla, se casó y tuvo hijos, siendo ése el fin del Lourdes rumano.

Otro golpe para los fieles fue la suerte de Petrarche Lupu, conocido como «el santo pastor» de Oltenia. Mientras cuidaba su manada, hacía muchos años, había visto la figura de un viejo que se presentó él mismo como Dios, declarando la necesidad de construir más iglesias y dar dinero a los pobres. Aunque Lupu era un sifilítico por herencia que apenas podía hablar inteligiblemente, creyeron su relato. Miles acudieron a verlo. Al estallar la guerra se lo llevaron en avión al frente, para inspirar a las tropas. Los soldados se disputaron el privilegio de besarle la mano. Fue de un sector a otro proclamado que Dios deseaban que mataran más rusos. Cuando los comunistas lo arrestaron, Petrarche Lupu preguntó a sus compañeros de prisión cuándo los americanos vendrían a rescatarlos.

—¿Por qué esperar por los yanquis? —le dijeron—. ¡Tu «Viejo» seguramente nos pondrá en libertad muy pronto!

Lupu se echó a reír.

—¡Le gustaría, pero no tiene pistola!

Los sacerdotes ortodoxos observaron tristemente otro ejemplo: el del monje creador de maravillas. Arseno Boca, cuyos secuaces aseguraban que no necesitaban confesarse con él, pues sabía sus pecados a simple

vista. Boca pasó una temporada en la prisión. Entonces renunció a los hábitos, se casó, y vivió como los demás hombres.

Muchos de los golpes que el Partido asestó a la religión consistieron sencillamente en cortar ramas de crédula superstición, dejando la verdadera fe más firme que nunca. Pero la índole humana es tal que si se corta drásticamente la superstición religiosa, puede ser remplazada por supersticiones ateas; en lugar de la excesiva veneración por las imágenes sagradas, tenemos entonces la idolatría a Stalin, el asesino en masa, y el segundo diablo es peor que el primero.

13

Un nuevo contingente de prisioneros llegó. Uno de ellos, a quien habían golpeado severamente, pidió verme. Fui con el profesor Popp a lo largo del pasillo.

Era Boris. El viejo sindicalista había estado en diferentes prisiones después que terminó la reeducación. Reposaba en el piso de piedra donde los guardias lo habían tirado. Los otros ocupantes de la celda estaban fuera haciendo ejercicios, y nadie lo había ayudado hasta que Popp llegó. Lo estiramos en una tarrima. Tenía la sucia camisa adherida al cuerpo, llena de sangre coagulada. Lenta y penosamente la remoja- mos y la sacamos, exponiendo la espalda cruzada por latigazos frescos y antiguos. Esta era su recompensa por cooperar con los reeducadores, y la de todos sus compañeros, quienes creyeron ganar el favor del Partido al esgrimir una porra.

Los prisioneros fueron llegando en fila de los ejercicios, y muchos lanzaron miradas de odio y desprecio hacia Boris.

—Me lo tengo merecido —dijo el anciano cuando Popp y yo le limpiamos las heridas.

—¡Te dieron lo tuyo! —exclamó uno.

Boris me sujetó el brazo.

—Conocí a uno que usted conoce. Patrascanu me dio un mensaje para usted.

Según Boris, Lucretiu Patrascanu, el antiguo Ministro de Justicia comunista que había compartido mi celda después de nuestro arresto en 1948, había muerto. En el año de incertidumbre que siguió a la muerte de Stalin, los jefes del Partido albergaban temor de que nuestros guardias pudieran enredarse en una contrarrevolución. Vieron en el prisionero Patrascanu un individuo que disfrutaba de la simpatía popular, capaz de guiar un movimiento libertador para vengarse de ellos. Después de seis años en prisión, le hicieron un juicio sumario y lo condenaron a muerte.

Boris había estado con él brevemente. Dijo que Patrascanu, que tanto había contribuido a traer el comunismo al poder, fue torturado antes de morir. Se quejó de frío y le dieron ropas pesadas y lo encadenaron. «¿Todavía tienes frío?», le preguntaban, y calentaron la celda hasta que, jadeante, empapado de sudor, les suplicó que apagaran la calefacción al vapor. Así lo hicieron, después de quitarle la camisa, dejando seguidamente bajar la temperatura de la celda hasta el punto de congelación. Patrascanu fue alternativamente asado y congelado, y como ni con eso moría, lo sacaron de allí para fusilarle.

Hablando con Boris le dijo:

—Si vuelves a ver a Wurmbrand, dile que tenía razón.

Llegó el doctor Aldea.

—Tenemos que llevarte a la Habitación Cuatro —le comunicó a Boris. En efecto, estaba para morir.

Pasé el mayor tiempo posible con Boris en «la celda de la muerte». A los pocos días pareció estar en vías de recuperarse. Aunque su orgullo le impedía admitirlo, se sentía contento de hallarse de nuevo en un ambiente de bondad humana.

Señaló con la cabeza a su vecino, un Testigo de Jehová.

—El viejo Losonczi está orando por mí. Dice suficientes oraciones para ambos. —Levantando la voz, preguntó—: Losonczi, le cuentas todo a Dios, ¿no es cierto?

El anciano contestó:

—Pido el bien para todos nosotros.

—Pero aún no te ha respondido —añadió Boris—. ¿Acaso te está tomando el pelo, probándote, como a Job? —Me agarró la mano—. Esto es algo que requiere una explicación, ¿no es verdad? Año tras año los hombres oran por la libertad, por tener noticias de la familia, por una sola comida apetecible, ¿y qué reciben? ¡Nada! —Boris continuó—: Yo estaba en Jilava, la peor prisión rumana. Mis amigos oraban: «Dios, si nos amas, danos algo de comer que no tenga gusanos.»

—¿Y mejoró la comida? —preguntó Losonczi.

—No, ¡empeoró!

Yo intercalé:

—Cuando el doctor te trata, ¿no tiene a veces que causarte dolor? Reflexiona por un momento en los animales que mueren en experimentos científicos. Si hubiera un perro capaz de entender que lo sucedido podría salvar la vida de millones de seres superiores, ¿acaso no aceptaría el dolor de buena gana, incluso en la muerte? Opino que cuanto sufrimos puede servir de algo a futuras generaciones. Jesús padeció Su dolor sabiendo que salvaría a la humanidad.

Losonczi intervino:

—En el mundo entero, diariamente, la gente dice: «Padre Nuestro» y declara que Su Reino vendrá. No viene, y me parece saber la razón. Es porque quienes oran, ¡realmente no quieren que ello ocurra! Repiten «Venga Tu Reino», pero esta oración no les sale del corazón. ¡Realmente desean que regrese la Guardia de Hierro o vengan los americanos, o que retorne el rey o cualquiera que pueda ayudarlos!

Boris escuchaba atentamente.

—Sin embargo, lo último que tienen en mente, con toda seguridad, es el Reino Celestial, aunque pudieran tenerlo ciertamente si pensarán en él y se afanaran por traerlo. En mi aldea celebraron un servicio para orar por los pobres. Todo el mundo asistió, excepto un campesino rico, cuyo asiento permaneció vacío. Cuando pensábamos cuánto mejores que él éramos todos, su hijo llegó con cuatro sacos de trigo, los puso en la puerta de la iglesia y dijo: «Mi padre ha enviado su oración.» Ese hombre *hizo* algo por crear el Reino de Dios.

—¡Has contestado, Boris! —exclamé—. La Biblia prometió que los judíos acudirían de todos los rincones de la tierra y se les concedería su reino en Palestina, pero la profecía tal vez no se hubiera realizado por otros mil años si hombres como Herzl y Weizmann no se hubieran esforzado y luchado por cumplirla.

Otros que estaban cerca, debilitados, sinceros, en la celda de la muerte, preguntaron sobre el significado de la oración, y cómo ésta podía ayudar. Les revelé mis pensamientos.

—Muchos miran a Dios como si fuese un rico a quien se le puede pedir favores. Otros se aferran a supersticiones, pero los cristianos en la prisión sabemos que debemos tratar de adquirir una forma de religión más pura, aunque no sea para todos. Nuestras oraciones consisten en meditar, aceptar, y amar.

«Millones de personas invocan al Padre cotidianamente, mas en la tierra somos los hijos de Dios quienes nos hallamos aquí representándole, y los hijos comparten las responsabilidades de sus padres. Por tanto, estas oraciones nos tocan a nosotros también. ¿No está acaso el Padre a quien todos oramos en nuestro propio corazón?

»De modo que cuando digo “Santificado sea Tu nombre”, tengo que santificar el nombre de Dios. “Venga tu reino” implica que debemos luchar porque cese el reinado de la “bestia feroz” que domina en una gran parte del mundo. Decimos “Hágase tu voluntad”, y ello implica la voluntad de los hombres buenos, no la de los malos. “Perdónanos nuestros pecados”, por lo que yo también debo perdonar. “No nos dejes caer en la tentación”, de modo que debo evitar que otros sean tentados “Líbranos del mal”, y tengo que procurar por todos los medios librar a mis prójimos del pecado.»

Losonczy y yo nos hicimos amigos. Era un hombre interesante, un campesino cuyo simple sentido común brillaba a pesar de los extraños puntos de vista que sustentaba como Testigo de Jehová. Llegué a la conclusión de que la secta lo había escogido a él, no él a la secta. Decepcionado con la iglesia ortodoxa, y en busca de una religión debido a una crisis personal en su vida, había abrazado la primera fe que encontró. Abundaban los «refugiados» procedentes de credos mayores. Si Losonczy hubiera sido atraído a una secta legalmente aprobada, como los bautistas o los adventistas, no hubiera estado cumpliendo una sentencia de veintiun años como uno de los Testigos fuera de la ley.

Un día en que conversábamos, me preguntó:

—¿Sabe realmente por qué estoy aquí?

No era —afirmaba— sólo porque el Partido detestaba a los Testigos por su actitud inflexible.

—Hace años cometí un grave pecado sexual. Me

arrepentí, y le pedí a Dios que me permitiera sufrir y expiar por este pecado. Todavía lo estoy expiando.

Losonczi no se hallaba entonces en ánimo de aprender otra doctrina más conforme con la Biblia. Se estaba muriendo.

—Incluso a los santos les es difícil dominar su naturaleza carnal —le dije—. Jesús lo sabía. Por eso expió nuestros pecados. No es necesario que usted siga expiando.

—No lo puedo olvidar —me respondió.

Pocos días después entré en la habitación y encontré vacía la cama de Losonczi. Había fallecido durante la noche.

15

El anciano había muerto pensando en un pecado sexual de su juventud, pero no era el único. El sexo era un tormento constante para todos en la prisión. Los prisioneros miraban con la vista perdida y la mente llena de fantasías de hombres y mujeres en el acto sexual y en todas las perversiones del mismo. Trataban de desahogarse con interminables charlas, y en ocasiones me tendían el anzuelo con preguntas provocativas.

Los casados, pensando en lo que sus mujeres estarían haciendo, sufrían más. Una buena mitad se había divorciado ya en su ausencia; la presión para divorciarse de los «contrarrevolucionarios» era muy fuerte y las esposas que habían desertado de sus esposos en prisión para irse con otros hombres, no tenían apenas manera de resistir.

Uno de los más destacados en esta obsesionante conversación sobre el sexo, había poseído antaño una tienda de ropas. De acuerdo con sus palabras, había sedu-

cido a numerosas ayudantes lindas. Era un individuo carnoso, de mediana edad, llamado Nicolás Frimu; se enorgullecía del apodo de «el gran amor» que le habían adjudicado en la prisión. Se vanagloriaba de la esposa, una joven actriz que, según él, lo adoraba.

Cuando lo llamaron a la oficina del comandante, esperaba oír el resultado de la apelación contra su sentencia.

—Pronto saldré de aquí —dijo— ¡Entonces! —y se besó los dedos ruidosamente.

Volvió enseguida, rojo de rabia.

—¡Han rechazado mi apelación y ella se ha divorciado de mí para volver a casarse! —explotó. Durante unos minutos, y sin hacer pausa, describió la venganza que pensaba tomar contra su mujer y el nuevo esposo —un director del Teatro del Estado. Otros esposos descartados lo instaban a hacerlo, gritando y riendo amargamente a medida que inventaban castigos todavía más atroces.

—Pero, ¿cuántos de nosotros seríamos fieles a nuestras esposas si estuviéramos libres y ellas en la prisión? —pregunté.

—¡No empiece con sus sermones! —saltó Frimu.

—Siento las malas noticias —aclaré—, pero si siempre has estado jactándote de las jóvenes que has descarriado, ¿cómo esperas que las mujeres se conserven puras, con hombres como tú a su alrededor?

Novac, un decano, generalmente reservado y tímido, nos sorprendió al decirnos:

—No siempre el esposo tiene la culpa. Yo procuré hacer feliz a mi mujer, y creí que lo había logrado. Cuando me dirigí a casa después de mi primer término en la prisión, un extraño abrió la puerta de mi casa. Entonces apareció mi esposa y me informó: «Estoy casada con él; ¡por favor, vete!» Trate de hablarle, pero se negó a oírme. «¡Ya he tenido bastantes problemas, no quiero más contrarrevolucionarios en mi

hogar!», me gritó. De manera que pasé la primera noche de libertad en el salón de espera de una estación de ferrocarril.

—¡Tonto! —comentó Frimu.

Petre, un aviador, preguntó:

—¿Y la segunda noche?

El deán se ruborizó, y volvió la espalda.

Emil, un campesino, temblaba de ira al contarnos su retorno a la casa después de una sentencia.

—Mi perra me olfateó desde la mitad de la cuadra. Se desprendió de la cadena, desde la cerca, y se apresuró a recibirme. Cuando me incliné, saltó para lamerme la cara. Entonces entré en la casa y hallé a mi esposa en la cama con otro hombre. —Nos contempló a todos, uno por uno—. ¿Cuál de las dos era la perra, pastor?

16

El Partido Comunista se movía deliberadamente para destruir la moralidad. Mas, aparte de este factor, ¿se respetaba la enseñanza cristiana con respecto a las materias sexuales? Parecía improbable a juzgar por lo que se hablaba en la prisión. Un grupo de prisioneros quiso averiguarlo, pidiendo una respuesta cierta a una pregunta sencilla:

—¿Habéis obedecido siempre la regla fundamental de la iglesia cristiana, permaneciendo castos de palabra, pensamiento y obra, antes del matrimonio, y fieles a él a partir de entonces?

De los 300 prisioneros, todos cristianos nominales, dos hombres, contestaron que sí. Uno era el santo anciano pastor Suroianu, y el otro era un muchacho de quince años.

Nos sentamos a comparar notas; el general Stavrat declaró que la Iglesia tendrá que pensar algo nuevo. Un ejército no puede entrar en combate con órdenes que nadie obedece.

—Predicar lo que nadie practica resta valor a todo lo que el sacerdote pueda decir —observó Stancu, el periodista.

—No podemos ir contra la Biblia —objetó el decano Novac.

—Seguramente que no —añadí—, pero aunque no podemos transigir con el pecado, debemos manifestar mayor comprensión por el pecador. En los tiempos bíblicos las mujeres usaban velos y vestidos como tiendas de campaña. El hombre tenía que ser un virtuoso en el vicio para lograr pervertir a una joven. Hoy en día las ropas están hechas de modo que seduzcan al varón, abundan las oportunidades.

«Recordemos cómo Jesús trató a la mujer adúltera. Ninguno pudo lanzar la primera piedra. Cuando se escurrieron, Jesús dijo: “Mujer, ¿nadie te ha condenado? Vete y no peques más.”»

El decano manifestó su preocupación.

—Hoy en día la juventud goza de demasiada libertad. Necesita guía.

Estuve de acuerdo con él, pero agregué:

—Debemos también enseñar que el sexo es un don que Dios ha proporcionado a la humanidad. Esto hay que decirlo claramente, para despojarlo de toda obscenidad. En el sexo hay divinidad. El libro religioso más antiguo del mundo, el *Maneva-Darma Sostra*, declara: «La mujer es el altar al cual el hombre trae su semilla como un sacrificio que place a Dios.»

—Muchos de nosotros no le damos importancia a la mujer —se quejó Stancu—. La consideramos un objeto para ser usado, un objeto de placer, o uná muñeca bien vestida con la cual pasearnos. Una esclava que nos limpie y cocine, o un ídolo en cuyo servicio

el hombre puede llegar a la perdición. Ninguno, al parecer, la considera como una igual, incluso en el deleite sexual.

—Lo principal es elegir compañero o compañera que nos pueda hacer feliz —dijo el decano.

—O viceversa —sugerí—. Uno de los individuos más felices que conocí eligió a la chica más fea del pueblo, pensando que ninguno iba a querer casarse con ella.

—¡Qué romántico! —replicó Stancu con sarcasmo—. El matrimonio es sólo un contrato. Cuando mis padres encontraron una buena muchacha con la dote adecuada, se hizo el trato. Hemos vivido contentos, marchando cada uno por su lado.

—Entonces no estás verdaderamente casado —le dije.

—¡El nudo se ató en la iglesia!

—Yo considero que el matrimonio por interés material no vale ante los ojos de Dios, aunque lo haya bendecido el Papa en Roma.

Stancu se rió:

—Debe haber innumerables matrimonios no válidos. Los jóvenes se venden a los ricos. ¿No es más insensato ser apreciado por la buena apariencia —que no dura— que por una buena cuenta bancaria, que sí dura?

Mi contestación a Stancu fue contarle sobre esta joven cuyos padres la habían forzado a casarse con un hombre adinerado. Después de años de desdicha, se enamoró de un sastre que le cosía, y se fue a vivir con él. Muchos de los asiduos a la iglesia no querían saber nada de ella. Vivir con un hombre sin estar casados es pecado, pero traté de comprender su situación. Los padres, mediante palizas y otras artes la habían obligado a este matrimonio. Lo más cristiano era no despreciar a esta mujer sino ayudarla, estimulándola a poner legalmente en orden lo que era irrevocable. Les pedí a muchos que no la juzgaran a la ligera.

Ella vino a darme las gracias bañada en lágrimas. Le expliqué que el registro de miembros de la iglesia no es igual al que Dios mantiene en el cielo. «Dios entiende. Aunque no apruebe los sentimientos que te impulsaron a caer en los brazos de otro hombre, sigue amándolo.» Me rodeó el cuello con sus brazos, y me besó. En ese momento entró mi esposa.

Los otros explotaron de risa, y Stancu preguntó:
—¿Cómo le explicó tal situación a su mujer?

—No había nada que explicar. La joven vivió felizmente con el sastre, y cuando éste murió al cabo de los años, le conté a mi esposa lo sucedido, pues ella no me obligó a contárselo antes.

17

Se supone que las prisiones estimulen la homosexualidad, pero no vi evidencia de ello, quizá debido a la enfermedad, el agotamiento, la conglomeración en que teníamos que vivir. El profesor Popp se expresó enérgicamente contra uno o dos casos sospechosos.

Afirmé que debíamos condenar el pecado pero tratando de comprender a estos individuos desdichados y perdonar sus debilidades, al igual que hacemos con otras faltas —y procurar curarlos. Gran número de hombres geniales habían sido homosexuales —Alejandro, Adriano, Platón, Leonardo, y muchos otros, habían manifestado en su obras nobles sentimientos de caridad cristiana. Desde Sócrates, que fue llamado «un cristiano antes de Cristo», hasta Miguel Angel, y en nuestra propia época, Oscar Wilde y André Dunant, fundador de la Cruz Roja. Internacional tenían esta debilidad.

—Efectivamente, conozco la lista de sus honores —dijo Popp—, pero tantos de ellos, dentro y fuera

del teatro, ¡alardean de su problema y hacen público un asunto privado! Puesto que la sociedad condena esta tendencia, al menos debían guardar cierta prudencia.

Un rabí recordó cierta palabra de consejo tomada de ese libro de grandes visiones, el Talmud. «Si un rabí no puede dominar un mal impulso, debe al menos evitar el escándalo, ponerse un velo, irse a otra ciudad, y entonces regresar a predicar la ley.»

Paul Cernei, un joven que en un tiempo había pertenecido a la Guardia de Hierro, yacía acostado en la cama contigua. Movi6 los pies un poco hacia el piso y dijo:

—Les voy a plantear un verdadero problema, que arruin6 mi vida... Hace años conocí a una joven a la cual llamaré Juana. Nos enamoramos, mas como nunca me dej6 llevarla a su casa, por último decidí pedir su mano en matrimonio. Cuando hallé la casa y di mi nombre, el padre se asom6 y dijo: «¡Hijo mío, Juana me ha hablado tanto de ti!» Lo contemplé con horror. Era un rabí que llevaba en el pecho la Estrella de David. Como yo era antisemita, no supe qué hacer. Musité que no tenía la menor idea de que Juana procedía de una familia judía, y me fui. —Hizo una pausa—. Jamás la volví a ver. Nunca me casé, porque no podía olvidarla. He sabido que también ha permanecido soltera.

Cernei relat6 esta historia en una forma tan persuasiva que Stavrat coment6:

—Tal vez no sea demasiado tarde cuando salgas...

—Pero suponiendo que pudiéramos casarnos —pregunt6—, ¿quién deberá cambiar de religión? Yo soy ortodoxo y ella es judía.

Yo dije:

—O bien tu fe significa algo para ti, y en ese caso no pueden cambiarla por nada en el mundo, o no significa nada, y entonces puede abandonarla. Pero si

ustedes se aman, ¿por qué no conserva cada cual su religión?

—Me gustaría tener hijos —replicó—. Tendríamos que criarlos en una religión o en la otra.

Yo era de la opinión de que según los hijos crecieran, Cernei y su esposa podían explicarles sus respectivas creencias —cada cual respentando las del otro— y dejar que los niños decidieran más tarde por sí mismos.

—Pudieras hacer de tu amor el medio de humildemente proporcionarle a ella la verdad.

—Sus padres nunca aprobarían que ella cambiara —observó Cernei.

—Bueno, aunque debe escucharlos, ciertamente ella no debe permitir que la dobleguen, si cree que están equivocados.

—Honra a tu padre y a tu madre —citó Stavrat moviendo la cabeza.

—Pero, general —prosiguió Cernei—, mi padre se fue de la casa cuando yo estaba aún en la cuna. Mi madre se fugó con otro. Me crié en un orfanato.

Nadie pudo refutarlo.

—Ojalá hubiera pensado un poco antes de marcharme aquel día —dijo Cernei. A menudo he oído decir frases parecidas. Somos como automóviles que llevan las farolas detrás. Si miramos en esa dirección, podemos apreciar el daño que hemos hecho y las personas a quienes hemos herido. Nos damos cuenta, demasiado tarde, de que si nos hubiéramos detenido a apreciar lo que ha costado a nuestras familias, a nuestra salud, o simplemente a nuestro común amor propio, habríamos actuado diferentemente.

Cuando Cernei nos dejó, el general dijo:

—Es un joven decente. Al presente es común culpar siempre a la crianza si los hombres equivocan el camino, pero las tendencias hereditarias cuentan también. Nos ocupamos de criar animales, pero a los cri-

minales degradados, indignos no se les disuade de procrear a su propia especie.

Los cristianos no puedes ignorar este problema fundamental de la herencia. Tratamos de reformar al adulto o castigar al criminal, mas a los futuros padres nunca se les pregunta si hay algo en su ascendencia capaz de perjudicar al que aún no ha nacido. El sexo no sirve únicamente para traer niños al mundo; tiene su propio valor con objeto de hacer la vida más noble y feliz. Esta es nuestra excusa al traer al mundo niños sin pensarlo, por un momento de placer, olvidando que la procreación es un acto sagrado.

Numerosos prisioneros —perennemente faltos de alimento— colocan la necesidad sexual en el mismo plato. En el Juicio Final a los hombres se les reprochará por no haber alimentado al hambriento, y asimismo, alegan algunos, por no haber satisfecho la sed de amor de su consorte cuando estuvieron en condiciones de hacerlo, y de ennoblecer así a sus compañeros y proporcionarles una mayor dicha.

Por supuesto, existe la injusticia sexual, al igual que existe la injusticia social y económica. Este es uno de los motivos poderosos del sufrimiento humano. Toda ley, incluso la divina, conlleva inevitablemente un elemento de injusticia al asignarles tareas iguales a individuos desiguales. La ley establece las mismas reglas para el rico que para el pobre, para el que le sobra sexo y para el que le falta para el ignorante y el intelectual

El matrimonio debiera ser una cuestión de honor; el ser fiel, un deber que uno asume El amor es un sentimiento, y todos los sentimientos cambian; nadie ama, o está colérico, para siempre y en igual medida. Es ley natural que la pasión aminore en intensidad a medida que uno envejece, por lo que esto tampoco puede ser garantía de un matrimonio feliz. Tiene que

haber algo más, como la decisión de ser leal, de hacer feliz al otro.

Puesto que evidentemente es imposible satisfacer la necesidad sexual de cada uno, discutimos la castidad como alternativa. Los católicos abogaron por el celibato para los sacerdotes.

—Si se impone el celibato y se prohíbe el matrimonio por medio de un voto, en este caso el no poder abstenerse puede dañar la fe de un sacerdote —observé.

—También puede convertirse en una gran fuerza creadora —añadió el profesor—. Dudo que Spinoza, Kant, Descartes, Newton, Beethoven, hayan conocido nunca a una mujer en el sentido bíblico.

Estimé que la ayuda principal debía consistir en enseñar a los hombres a sublimar este impulso natural, por medio de obras útiles a la sociedad y a Dios. En mi opinión, la castidad es para muy pocos. Sin embargo, tenemos que entender más y más que nuestros cuerpos no nos pertenecen para que les demos un mal uso en placeres egoístas; que son templos de Dios consagrados a Su servicio.

18

Popp y yo nos turnamos para cuidar a Boris. Acostado en la Habitación Cuatro, tosía débilmente. El doctor Aldea advirtió:

—Si come, puede durar diez días. Mis visitas no lo ayudan realmente. Se siente lleno de remordimientos por la paliza que me propinó. Le hace daño verme.

Pregunté si podían mudarlo a mi celda, y Aldea arregló el asunto. Acostaron a Boris en una cama contigua a la mía, y lo cuidé durante la última semana que vivió.

Se apagó ante nuestra propia vista. El cabello se le redujo a unos escasos mechones, y las mejillas se le hundieron. Sudaba por la fiebre, y diariamente yo le pasaba una esponja.

—Pronto acabará todo —murmuró—. Un sacerdote me dijo una vez: «Te pudrirás en el infierno.» ¡Que así sea!

—¿Por qué te habló así? —le preguntó.

—Porque yo maldecía a Dios por mis sufrimientos. Me aseguré que me castigarían por toda la eternidad.

Un pastor nombrado Valentín intervino:

—Los hombres maldicen el Partido Comunista, pero al cabo el Partido puede libertarlos. Si el infierno fuese eterno, entonces Dios sería peor que nuestra policía secreta.

Boris abrió los ojos.

—¿Quiere decirme que no cree en el fuego eterno?

—La doctrina bíblica sobre la eternidad del infierno es verdaderamente subjetiva, no cabe duda. Mas, ¿qué es el infierno? Dostoiewsky lo llama un estado de conciencia, aunque él era creyente ortodoxo. En *Los hermanos Karamazov* escribió acerca del infierno: «Creo que es el sufrimiento del ser incapaz de amar.»

—No me importaría esa clase de infierno —dijo Boris.

—Porque quizá no has experimentado nunca lo que es vivir donde no hay amor —le repliqué—. Cuando el malo solamente tiene al malo por toda compañía, imaginen lo que eso será. Se cuenta el chiste de que cuando Hitler fue al infierno miró a su alrededor hasta que encontró a Mussolini. «¿Cómo es ahí donde tú estás?», le preguntó. «No muy malo —respondió Mussolini—, pero abunda el trabajo forzado» —y al decir esto sollozó. «Vamos, Duce, —le contestó Hitler— cuéntame lo peor.» «Bien, entonces se lo diré: ¡Stalin está a cargo del grupo de trabajadores!»

Boris sonrió.

—Ciertamente no me agradaría tropezarme con mi antiguo jefe, Ana Pauker, allá abajo. —Tras un momento de reflexión, dijo—: El sacerdote católico que me aseguró que yo ardería era un buen hombre. Nunca le hizo daño a nadie. Con todo, pensó que Dios, por vengarse, me torturaría interminablemente. Creía en un Dios que era peor que él.

El pastor Valentín afirmó:

—No dudo que quienes se encuentran en el infierno lo sienten como un castigo eterno. En este sentido la Biblia lo califica de interminable, al igual que la prisión nos parece a nosotros interminable. No obstante, aun en las peores circunstancias, vemos hombres que llegan a amar a Dios y reconocen haberse portado mal. En la parábola de Jesús sobre el infeliz Lázaro, el rico había cambiado de sentir en el infierno. Aunque había sido un apóstata, acabó preocupándose de sus hermanos. En la naturaleza no hay nada inmutable. Si en el infierno hay alguna evolución hacia el bien, ¡queda abierta una puerta a la esperanza!

Boris se dirigió a los agotados prisioneros en las tarimas próximas.

—¡Buenas noticias, muchachos! El pastor Valentín dice que no nos freirán para siempre, después de todo!

Hubo risas. Frimu, Stavrat y otros se nos plantaron delante.

—Bien, ¿cuál será mi castigo? —preguntó Frimu.

Como era un glotón, le respondí:

—Los primeros cristianos solían mencionar a un individuo que fue al infierno y se halló enfrente de un banquete. En torno a la mesa reconoció a muchas figuras históricas. «¿Siempre comen tan bien?», les preguntó. «Ciertamente, ¡podemos ordenar cuanto deseemos!» «Entonces, ¿cuál es vuestro castigo?» «El no podernos llevar a la boca la mano que sostiene el alimento.» El recién llegado creyó haber hallado la solución. «Pero, ¿por qué no alimenta cada uno a su ve-

cino, y deja que él a su vez haga lo mismo con el otro?» «¿Qué dice, ayudarlo a él? —protestó su interlocutor—. ¡Mejor me muero de hambre!»

El general Stavrat agregó:

—En la escuela y en la iglesia me enseñaron que Dios castiga eternamente a los que mueren sin arrepentirse y sin tener fe. Ese es el dogma que me dieron.

—En la mente, pero tal vez no en el corazón, general. Alrededor de nosotros vemos a hombres que maldicen a Dios y niegan su existencia considerando que sufren injustamente. De seguro serán juzgados de acuerdo con sus obras, palabras y pensamiento. ¿Y entonces? Suponga que ve a un extraño en peligro de ser asesinado. ¡Usted sería el primero en socorrerlo! Y si un cristiano realmente creyera que su prójimo iba a ser torturado en el infierno por toda la eternidad, su deber es procurar día y noche disuadirlo para que se arrepienta y crea. ¡Lo triste es que no ocurre así!

19

Los viejos prejuicios de Boris fueron desapareciendo uno por uno, pero en lugar de alegrarse, esto lo deprimió.

—Siento que he despreciado mi vida —dijo—. Me creía muy listo. En los últimos cincuenta años he extraviado a mucha gente importante. Si existe vuestro Dios, ¡no me querrá tener en el cielo! Lo que me espera es reunirme con esa vieja puerca, la Pauker, ¡y eso me espanta!

A menudo, cuando no podía dormir, me pedía que le hablara.

—¿Quién orará por mí cuando muera? —me preguntó. Creía que los luteranos prohibían orar por los

muestrados. Le afirmé que Lutero sencillamente trató de abolir de que por mucho que uno hubiese pecado, el pagar a un sacerdote para que rezara por su salvación fuese el modo de sacarlo del purgatorio.

El pastor Valentín declaró:

—Oramos por los otros prisioneros que están muriendo. No sería un acto de amor dejar de orar precisamente cuando el alma abandona el cuerpo —todo porque los católicos y los protestantes tuvieron diferencia de criterio sobre la oración pública hace cuatrocientos años.

—¿Y la oración los ayuda?

—Sí —dijo Valentín—. Ante Dios todos están vivos, y ante mí también. Estando vivos, la oración seguramente los ayuda.

—Si yo fuera ustedes no malgastaría ninguna plegaria en mi persona —y como se rió al decirlo, sufrió un acceso de tos.

Valentín lo tranquilizó:

—Estoy seguro que has hecho mucho bien, sin duda los hay peores. Yo oro hasta por los más malos: por Stalin, Hitler, Himler, Beria.

—¿Que ora? —inquirió Boris débilmente.

—Dios perdona a los grandes pecadores y criminales, y a mí también, entre los peores de los hombres —le respondí.

Me senté con Boris largo rato. Reinaba tal quietud que podíamos oír a Frimu con su gloriosa voz en la celda siguiente. Escuchamos carcajadas y risitas provocadas por el relato de sus aventuras sexuales.

Boris permaneció silencioso durante horas. Pensé que se había dormido. De pronto murmuró:

—¿Cómo será?

—¿Será qué? —le pregunté.

—El juicio de Dios. ¿Cree que se sienta en un elevado trono diciendo: «Infierno, cielo... infierno, cielo»,

a medida que las almas llegan a él? No puedo imaginármelo.

Le di mi versión.

—Dios se sienta en un trono. Detrás hay una cortina enorme. Uno por uno, todos se le acercan. Entonces El hace un signo con Su mano derecha, y de detrás de las cortinas salen seres cada cual más bello que el anterior, de tal esplendor que ni podemos resistir su vista. Cada uno de estos seres permanece de pie delante del que va a ser juzgado. Nosotros, los acusados, preguntamos: «¿Quién es este hermoso ser que está conmigo?» Dios contesta: «Ese eres tú, como hubieras sido si me hubieras obedecido» —y seguidamente comienza, para los desobedientes, el infierno eterno del remordimiento.

—Remordimiento —murmuró Boris.

Durante la noche le sobrevino una hemorragia. Pasé muchas fatigas con él. Después entró en un estado de coma. Reposó quietamente, contemplando fijamente el techo durante una hora. Aunque el pulso se le debilitó, aún lo sentía en mis dedos. Súbitamente soltó la mano y se incorporó a medias. Lanzó un grito que pareció arrancar el alma del cuerpo.

—¡Dios nuestro Señor, perdóname!

Algunos de los prisioneros que se hallaban junto a él se despertaron y murmuraron, molestos, antes de volverse a dormir.

Cuando llegó la aurora, comencé a lavar el cuerpo y a prepararlo para el entierro. Mientras tanto, alguien informó al obispo ortodoxo, que estaba en otra celda más lejos en el corredor, que uno había fallecido. Vino, y empezó el ritual. Yo continué mi trabajo. Ocasionalmente el obispo se interrumpía para decirme:

—¡Póngase de pie! ¡Muestre algún respeto! —pero yo no le hacía caso. Cuando terminó la ceremonia, volvió a regañarme.

No me quedó otro remedio que decirle:

—¿Dónde estaba usted la noche pasada, cuando este hombre se moría? ¿Le sostuvo la copa en los labios cuando quería agua? ¿Por qué aparece ahora para ejecutar una ceremonia que ya nada significa para él?

Ambos estábamos iracundos. Su ritual resultó hueco, comparado con el simple grito que salió de las profundidades del alma del moribundo: «¡Dios nuestro Señor, perdóname!»

20

En la primavera de 1955 aparecieron indicaciones de descongelamiento político. Un considerable número de comandantes de la prisión fueron arrestados por «sabotaje». A Tirgul-Ocna llegaron muchos de los trabajadores esclavos que habían sido víctimas de los «saboteadores». Fue preciso hallarles cama, y yo formé parte del grupo a quien ordenaron, a principio de junio, estar listo para ser transferido a otra prisión.

El doctor Aldea me advirtió:

—No estás en condiciones de moverte, pero no puedo hacer nada. Cuídate. Y si puedes conseguir estreptomicina, ¡no la regales!

Cuando dije adiós a mis amigos, muchos estaban llorando.

—Nos volveremos a ver, lo sé —dije el profesor Popp.

Oí que gritaron mi nombre, y me uní a una fila de hombres allá en el patio. Formábamos una reunión grotesca, con las cabezas afeitadas y trajes muy remendados; cada cual portando un bulto de harapos —todo cuanto poseíamos. Algunos apenas podían caminar; no obstante, a los que cumplíamos largas condenas nos

ordenaron dar un paso adelante y sentarnos en el suelo mientras nos ponían los grilletes en los tobillos.

El oficial político se paraba delante del herrero según iba de un prisionero a otro. Cuando me tocó el turno, el oficial se sonrió desagradablemente.

—¡Ah, Vasile Georgescu! Apuesto que tienes algo que decir porque te ponemos los grilletes!

Acostado de lado, lo miré y repliqué:

—Sí, teniente, y se lo puedo expresar con una canción.

Se puso las manos detrás de la espalda.

—¡Hazlo, por favor! Estoy seguro que todos deseamos escucharte.

Canté las palabras de apertura del Himno de la República. «Detrás dejamos cadenas rotas...» El martillo del herrero finalizó la tarea con unos cuantos golpes más, y en medio de este silencio difícil añadí:

—Ustedes cantan que las cadenas rotas han quedado atrás, sn embargo, en este régimen han encadenado a más gente que en ningún otro.

El teniente no había encontrado aún las respuesta cuando un grito desde la casilla de guardia anunció la llegada del transporte. Nos condujeron a la estación y nos amontonaron en los vagones. Allí permanecimos acostados durante horas, antes que el tren empezara a chirriar y a sacudirse por el campo. A través de unos huecos en las diminutas ventanas obturadas con pintura, dimos un vistazo a los bosques y montañas. Era un cálido y hermoso día de verano.

Quinta parte

1

El viaje por las llanuras hacia el Oeste desde Bucarest fue de unas 20 millas, pero hubo tantas paradas y arrancadas que duró casi dos días y dos noches. Supimos cuál era nuestro paradero antes que surgieran a la vista las espesas murallas con 100 años de antigüedad de la notoria prisión Craiova.

Nos quitaron las cadenas en el patio empedrado, empujándonos a golpes por oscuros pasillos revestidos de amontonadas capas de suciedad. Nos tiraron en pequeños grupos dentro de las celdas a lo largo de una galería. Del interior de las minas surgieron protestas airadas. «¡Aquí no hay sitio! ¡Nos estamos sofocando!» Los guardias comprimieron a la fuerza a los recién llegados. Me recordó la hora de congestión en el ferrocarril subterráneo, sólo que aquí los mozos de cordel esgrimían porras.

Un empujón en la columna vertebral me mandó dando tumbos hacia adelante, y la puerta se cerró es-

trepitosamente detrás de mí. El olor de la celda me enfermó. Al principio no podía ver nada. Extendí la mano y la aparté rápido de un cuerpo casi desnudo, sudoroso. Lentamente, según me acostumbré a la penumbra del lugar alumbrado escasamente por una bombilla en el techo, vi hileras de tarimas alzándose en varias tongas repletas de hombres que yacían faltos de respiración. Otros, medio desnudos se sentaban en el piso o se rescostaban contra las paredes. Ninguno podía moverse sin despertar al vecino, cuyas maldiciones eran audibles para todos.

Mi estada en la celda durante los dos meses siguientes fue interrumpida solamente por viajes al vertedero situado afuera, para llevar baldes desde el retrete.

Les dije a los prisioneros que yo era un pastor, e hice una breve oración. Unos cuantos me maldijeron, pero muchos me escucharon en silencio. Entonces alguien pronunció mi nombre desde una litera superior oculta en la oscuridad.

—Reconozco su voz —dijo—. Oí su discurso en el Congreso de Cultos hace muchos años.

Al preguntarle quién era, respondió:

—Mañana hablaremos.

La prolongada noche terminó a las 5 de la mañana, cuando tocó la diana un guardia que golpeaba con una barra de hierro un pedazo de colgante de línea férrea. El de la litera superior, un tipo chiquito que llevaba un trapo amarrado alrededor de la cabeza, bajó a estrecharme la mano.

—Qué bueno que reconocí su voz en la oscuridad —dijo, mirándome con sus ojos inyectados en sangre—. No lo hubiera reconocido a simple vista. Veo que el Partido se ha vengado de usted por protestar. ¡Qué delgado está!

Se trataba de un «hodja» llamado Nasim, quien había representado a una pequeña congregación musulmana en el Congreso de Cultos en 1945.

Nuestra amistad se inició al tratar de comer mi primera comida en Craiova. El vil, grasiento, olor de la sopa, precedió su llegada a la celda. Tiras de col podrida y asadura sin lavar flotaban en una nata. Mas como era obligatorio comer, vacié mi plato.

—¿Cómo puede? —preguntó el hodja con el estómago revuelto.

—Es un secreto cristiano. Simplemente me acuerdo de las palabras de San Pablo: «Alégrate con los que se alegran.» Lo que hago es pensar en mis amigos que se hallan en América y que ahora mismo están comiendo pollo asado, y doy gracias a Dios, al unísono con ellos, mientras ingiero el primer bocado de sopa. A continuación me regocijo con amigos de Inglaterra que tal vez están disfrutando de un buen rosbif, y me trago otro bocado. Así, recorriendo muchos países y regocijándome con los que se regocijan logro conservarme vivo.

El hodja y yo compartíamos una tarima en esas noches calientes, sofocantes. Tuve suerte de no estar en el piso.

—Usted se queda muy quieto —me dijo, mientras otros tosían y cambiaban de posición a nuestro alrededor—. ¿En qué piensa? ¿Está San Pablo ayudándolo ahora también con sus proverbios?

—Sí, porque ahora me regocijo con los que viven en el Occidente, pensando en sus cómodos hogares, los libros que poseen, los días de fiesta que pueden planear, la música que oyen, el amor que sienten por sus esposas e hijos. También recuerdo la segunda parte del verso tomado de la epístola a los Romanos: «Lloran con los que lloran.» Estoy seguro de que en el Oeste hay muchos miles que piensan en nosotros y tratan de ayudarnos con sus oraciones.

2

Todos en la prisión sentían la necesidad de hacer valer sus derechos. Estallaban a la menor palabra. Y cuando encontraban a alguien que no devolvía insulto por insulto, lo atormentaban todavía más. En las condiciones en que vivíamos en Craiova, yo confrontaba dificultades casi insuperables. Cuando predicaba tenía que alzar la voz por encima de tanto refunfuño y fingidos ronquidos. Los prisioneros se encontraban desesperadamente aburridos. No contando con recursos literarios interiores, y anhelaban las familiares distracciones. Por eso los sermones se volvían discusiones, y más tarde disputas. Pero el que pudieran contar un relato, especialmente de crímenes, tenía asegurada una audiencia. Sabiéndolo, les narré historias conmovedoras, de mi propia invención, en las cuales el mensaje cristiano desempeñaba un papel central pero incospicuo.

Mi héroe más popular era un bandido llamado Pipa, cuyo nombre conocía todo el mundo en Rumanía. Describí cómo mi madre, cuando muchacha, lo había visto una vez en la Corte y no había olvidado jamás su apariencia salvaje y acorralada.

Los padres de Pipa eran adinerados. Murieron siendo él todavía un niño, dejándolo al cuidado de un guardián que le robó su propiedad. Pipa se puso a trabajar en un mesón. El propietario le prometió guardarles los sueldos hasta que regresara del servicio militar, para que pudiera de este modo montar su propio negocio. Cuando Pipa volvió del ejército, el mesonero se retractó del acuerdo, y ciego de furia el joven lo cosió a puñaladas.

Se convirtió en bandido. Desde su guarida en la montaña, realizó una serie de asaltos —todos en mesones. En el transcurso de los años asesinó a treinta

y seis mesoneros. (En este punto los oyentes silbaron de asombro). No faltaba compañía. Junto con otros dos bandidos, y vestidos con sus mejores ropas robadas, bajaron a la aldea y convencieron a tres muchachas que cenaran con ellos. Las emborracharon y se las llevaron a su cueva.

Hasta quí, relataba hechos verídicos, pero al llegar a este incidente, según mi versión las jóvenes, despertando, mantenían a sus raptos a prudente distancia. Los entretuvieron haciéndoles relatos al estilo de Las Mil y Una Noches. Los cuentos concluían con que la joven más bonita relataba la historia del Evangelio y ganaba a los bandidos.

—Pastor —dijo un guardamonte llamado Radion—, he oído muchos relatos de crímenes, pero ninguno como los suyos: siempre terminan con el criminal, la víctima y el policía yendo juntos a la iglesia.

También fue muy bien recibida una narración épica de Dillinger, cuya trayectoria desde un hambriento y vencido hasta convertirse en el pandillero más temible, era el consabido patrón de muchos de los ocupantes de la celda. Una niñez arruinada, o injusticias sociales, son los preludios usuales de una carrera criminal. Dillinger había comenzado por robar al cajero de un cinematógrafo unos pocos dólares.

—Cuando comprendemos por qué Pipa y Dillinger se malearon, hay que tenerles lástima —dije—; y de la piedad viene el amor, y el amor entre los humanos es la meta principal de Cristo. Condenamos a los hombres, pero rara vez les ofrecemos el amor que puede salvarlos del crimen.

Pudiera haberles hablado las veinticuatro horas del día sin agotar el pedido de historias. Comencé a extraer de los clásicos desde un punto de vista cristiano: *Crímen y castigo*, de Dostoevsky, *Resurrección*, de Tolstoy, contados en episodios.

Frecuentemente los demás prisioneros contaban sus propios relatos, burlescos, trágicos, o ambos. Radion, alto y magro como los árboles que antaño cuidaba, había llevado una vida desprovista de acontecimientos, hasta el día en que pasó por un bosque con dos amigos y, cuando miró hacia atrás, vio la floresta en llamas.

—Al llegar a la aldea siguiente nos arrestaron, acusados de iniciar el fuego. Nos pegaron hasta que confesamos haberlo hecho a fin de sabotear la colectiva local. Sin embargo, en el juicio, el verdadero culpable confesó, y nos absolvieron.

«No nos pusieron en libertad. Nos llevaron de nuevo a la estación de policía y nos dijeron: "Ahora confiesen qué otras cosas han hecho." Tanto nos torturaron que confesamos tener un proyecto de sabotaje, lo que desde luego era completa invención. ¡Hubiera dicho cualquier cosa por detener el dolor!»

Los sentenciaron a quince años cada uno.

En Craiova abundaban esta clase de relatos. Antes de poco, todos nos conocíamos perfectamente. Era una atmósfera tensa, altamente cargada. Ninguno podía soportar que los contradijeran, y se había perdido todo sentido de proporción y lógica.

Cuando les volví a contar la novela *Hambre*, de Knut Hamsun, los ojos de muchos centellearon, y un prisionero llamado Merghelegiu me dijo, cuando el grupo se disolvió para la cena, lo mucho que se había conmovido. Le sugerí que le ofreciera un poco de su pan al hodja. Como éste temía que el alimento contuviera grasa de coche —cosa prohibida por el Corán—, no quería comer. Desgraciadamente, el relato enterneció el corazón de Herghelegiu, pero no su estómago. Ignoró mi sugestión.

Los intelectuales eran prisioneros de las palabras. Si alguien mencionaba un descubrimiento científico de Norteamérica, se burlaban, atribuyéndolo a propaganda de los Estados Unidos. Si otro citaba a escritores ru-

sos modernos, enseguida lo calificaban de un don nadie subvencionado por el Estado. Los católicos rechazaban, sin oírla, la sabiduría de los filósofos judíos. En cuanto a éstos, escasamente conocían el pensamiento de la Iglesia.

En cierta ocasión describí una obra religiosa en la que había estado pensando por las noches. Inmediatamente se la calificó.

—Está cargada de luteranismo —gritó un oyente ortodoxo.

—Se ve fácilmente que usted es protestante —declaró otro. Varios días después, en el transcurso de una charla con la misma pareja, me referí extensamente a *El problema de la verdad*, un libro escrito por «un gran escritor rumano», Naie Ionescu. La recepción fue delirante. Decidí que para que mis opiniones fuesen bien acogidas tenían que ser publicada anónimamente. Los dos libros eran el mismo.

Alexandru, un estudiante, se ganó sonrisas condescendientes cuando recitó sus propios versos. Secretamente le indiqué leer otro y anunciarlo como un soneto de Shakespeare. «Soberbio» —dictaminaron los críticos a coro. Sin descubrir el secreto de Alexandru, les señalé que no debieran impresionarse por nombres famosos. Shakespeare, Byron —para citar los poetas ingleses—, a menudo exaltaban ideas carente de valor.

Un viejo oficial de caballería no estuvo de acuerdo.

—No soy un hombre de letras —aseguró—, mas siempre he admirado a Gunga Diu. Con este personaje, ¡Kipling creó un héroe soldado!

—Tal vez Gunga Diu fue mejor individuo que yo —le repliqué—, pero dio la vida peleando por los ingleses contra su propia gente. ¿Qué diría usted de un rumano que peleara en contra de sus compatriotas?

Un estudioso del inglés apoyó la nobleza de pensamiento de Shakespeare.

Afirmé que cuando Shakespeare escribió, los problemas de la Reforma y el Puritanismo eran objeto de discusiones acaloradas, incluso entre los barrenderos de calles. No obstante, un historiador que solamente contase con las obras de Shakespeare, escasamente sabría que el cristianismo había llegado a Inglaterra.

—En todas sus obras no hay un sólo personaje cristiano —alegué—, excepto la pobre Cordelia. Claudio mata a su rival. La reina se casa con el asesino de su esposo. Hamlet sueña con la venganza, no actúa, y es incapaz de perdonar. Polonio es un intrigante. El único recurso de Ofelia es la locura. Otelo es un asesino profesional. Desdemona le sirve de vaca a este toro. Iago es un monstruo de cinismo y engaño... Shakespeare fue un magnífico poeta y un psicólogo nato, pero no tenía idea del carácter cristiano.

El estudioso dijo:

—Es posible que no haya realmente «un carácter cristiano» que describir.

Le dije que él tenía muy pocas semanas de estar en la prisión, que cuando hubiera estado allí más tiempo pensaría diferentemente; llegaría a ver algo de la bondad que yo había experimentado: los pecadores que se confesaban con el postrer aliento; los santos que perdonaban a sus asesinos al igual que esperábamos ser perdonados al final. Y le recité algunas de las líneas reveladoras del eminente poeta que se llamó Shakespeare:

*De moribundos las lenguas
Se expresan en armonía
Escasas son sus palabras
No las gastan a porfía,
Pues ya respiran verdades
Que les hace vislumbrar su agonía.*

¡Qué bien puede aplicarse este pasaje a las últimas palabras que dijo Jesús en la cruz!

3

El pequeño hodja podía enseñarnos mucho sobre sumisión a la voluntad de Dios. Con frecuencia nos recordaba que cada capítulo del Corán, el libro más leído en el mundo después de la Biblia, comenzaba con la invocación: «En el nombre de Alá el Misericordioso, el Compasivo», procurando hacer de este precepto una parte de la existencia cotidiana. Cinco veces al día Nassim se arrodillaba en el duro suelo y hacía una reverencia en la dirección de la Meca.

Los otros se mofaban de él, por lo que lo defendí:

—Cuando un inglés pide «bread», un alemán «brot», un italiano «pane», todos están pidiendo la misma cosa. Gheorge es católico, y por eso hace el signo de la cruz así. Carol, que es creyente ortodoxo, lo hace de esta manera, Ion, que es bautista pentecostal, bate las manos. ¿Por qué no puede Nasim dirigir sus oraciones hacia el Oriente? Todos nos acercamos a Dios de distinto modo, pero El ve más allá de los gestos de amor y respeto; ve el corazón. Ahí es donde nosotros debiéramos mirar también.

Nassim y yo tuvimos numerosas conversaciones, sentados a lo largo de un tarima baja, en la suciedad y confusión de la celda. Hablé de su fe —que los musulmanes creen fue revelada al profeta por medio del ángel Gabriel, con un fervor que momentáneamente transformó el abyecto lugar. Para sorpresa mía, se refirió a Jesús con profundo amor.

—Jesús es para mí un profeta muy sagrado y sabio, que habló el idioma de Dios mismo. Pero a nues-

tro juicio no puede ser el Hijo de Dios, y con esto espero no haberlo ofendido.

—De ninguna manera —respondí—. Es más, estoy de acuerdo con usted.

—¿Cómo puede un cristiano decir eso?

—Lo digo porque un hijo resulta de la cópula de un hombre y una mujer. Ningún cristiano cree que Jesús es el hijo de Dios en ese sentido. Lo llamamos «Hijo de Dios» en otro sentido único, como emanación del Creador. Es el Hijo porque lleva la propia estampa de Dios, al igual que un hombre lleva la de su padre, hombre también. Es el Hijo en el sentido de que rebosa de amor y verdad. En ese sentido no tenemos duda de ello.

—En ese sentido yo también puedo aceptarlo —afirmó Nassim con su grave sonrisa musulmana.

—Jesús no aparta de sí a nadie que lo ame, aunque este hombre no sepa el verdadero título de Aquel a quien ama. El ladrón penitente se refirió a El como un rey, no como el hijo de Dios, ni su Salvador, pero Jesús le prometió que cenarían juntos en el paraíso.

4

Los prisioneros iban y venían; únicamente el aire permanecía inalterable. Cuando se marchaban algunos, otros ocupaban su sitio, y yo recomenzaba mi trabajo «de parroquia».

Entre los recién llegados estaba el general Calescu, antiguo jefe de Justicia Militar, a quien le encantaba rememorar sus batallas. La mayor parte de ellas habían ocurrido —admitía— en el «budoir»; y sus mejores días los había pasado durante la guerra. «¡Había tantas espías lindas! Siempre procuraba que salieran libres si eran amables conmigo.»

Cuando Calescu no hablaba de mujeres, hablaba de comidas. Una noche anunció:

—¡Hoy es mi cumpleaños, y los invito a todos a comer! —Como había pasado muchos felices aniversarios en París, cuando era joven, dijo—: ¡Comeremos en Maxim's; sean mis convidados! —Durante una hora o dos, y sin reparar en gastos, nos obsequió con lo mejor que ese establecimiento podía brindar—. ¡Maitre d'hôtel! —llamó—, ¿qué nos recomienda, una *bui-llabaise* con toda clase de pescados nadando en la rica salsa de azafrán? Quizás es demasiado para comenzar. ¿No les parece? ¿Qué opinan si pedimos *foie gras* con trufas del Perigord, tostadas calientes y mantequilla de Normandía? ¡Todo muy sencillo. Y después, *canard a l'orange*. ¿Le gusta el plato, verdad, pastor? ¿O pollo al vino, tal vez? Y para el hodja, ¡*shaslik* servido en una espada llamentante!

Cada plato venía acompañado de una elegante lista de vinos: Borgoña y Hock, una botella de dos litros de champán, un dorado Chateau Yquem, licores y cognac añejo. Eligieron cigarros: Henry Clay, Romeo y Julieta. No hubo límites a este panorama de placeres. Entonces se abrió la puerta y entraron el usual caldero de tripas con col.

Como en los sueños despiertos acerca del sexo, en esta conversación sobre alimentos se impuso la imaginación. Las almas más sencillas que Calescu inventaron fantasías de pollo relleno de plátanos, patatas rematadas por mermelada de fresa, y muchos otros platos que, por fortuna, ya se nos habían olvidado. Es más, el alimento en Craiova era el peor que yo había visto en ninguna parte. Excepto un día, en que para nuestra total e incrédula sorpresa, los guardias trajeron un bote de sopa de cebollas, y otro de guiso con carne de verdad, blanco puré de papas, zanahorias frescas, dos rollos de pan para cada uno, y un gran

cesto de manzanas. Casi esperábamos que uno de los cigarros de Calescu completara la comida.

¿Qué había sucedido? Los prisioneros atribuían el mayor significado al más leve cambio en su rutina, y ya aguardábamos nuevas maravillas. Durante la tarde, el general Calescu nos llamó animadamente desde la ventana.

—Son mujeres, ¡maldición!, y ya se marchan.

Una multitud se apiñó alrededor de los barrotes para mirar hacia abajo. Media docena de mujeres bien vestidas eran acompañadas hacia la entrada por el comandante. Los guardias nos contaron que constituían una delegación de «mujeres democráticas» del Occidente; se iban después de haber estado una hora haciendo comentarios sobre la excelencia del alimento.

Las comidas empeoraron la semana siguiente. Posteriormente nos enteramos que los informes de testigo presencial de las visitantes, concernientes a las prisiones modelo en Rumanía, circularon en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos.

5

Hubo por entonces otras varias visitas de inspección. Cuando en Rusia ocurren cambios de personal en el alto mando, generalmente hay un breve respiro. En esa época, después de una lucha oculta entre los sucesores de Stalin, el mariscal Bulganin emergió como el presidente del Consejo de Ministros.

Calescu opinó que esta elevación al poder del antiguo ministro de la Guerra, significaba que los americanos tendrían por fin que pelear. Los rumores que corrían en la prisión, apoyaban este parecer. Se citaban las propias palabras del presidente Eisenhower a este

respecto «¡Sólo tengo que abrocharme el último botón de mi uniforme y los cautivos de la Europa Oriental serán libertados!

Calescu soñaba con que una vez que los ejércitos rojos hubieran sido desbaratados, el rey volvería al trono. Tal fe en la monarquía la compartían la mayoría de los campesinos y terratenientes. Su razonamiento era sencillo

—Cuando el rey estaba aquí, yo tenía mi campo y mi ganado. Ahora, que se ha ido, no poseo nada.

En el día de la antigua celebración nacional de Rumanía, muchos en la celda se unieron a un servicio, que incluía oraciones por el rey Miguel y la familia real. Los delatores decidieron que era más seguro hacer la vista gorda. Pero el maestro de escuela, Constantinescu, el único republicano en la celda, arguyó en contra de la monarquía y su «futil ceremonial».

Radion, el guardamonte, declaró

—La pompa y la gloria quizá no signifiquen nada para ustedes, pero para un rey es lo más natural. No necesita esforzarse por adquirirlas. No es como el político, el cual tiene que labrarse un nombre por medio de guerras y revoluciones, cosa que siempre hace a costa nuestra. El rey nos deja en paz. ¡Por eso estoy en favor de la monarquía!

Radion también se la ganó al general Calescu, a quien le gustaba bromear sobre religión.

—Si Jesús pudo realmente convertir el agua en vino —preguntó Calescu—, ¿por qué no abrió una tienda y hubiera amasado una fortuna?

—Ningún ser viviente puede probar que el Salvador realizó estos milagros —contestó Radion—, mas puedo dar testimonio personal de que El puede convertir el vino en muebles.

—¡Asombroso! —y Calescu se rió entre dientes.

—Sí —prosiguió Radion—. Antes de mi conversión acostumbraba gastar cada centavo en bebida, mien-

tras mi esposa carecía de una silla donde sentarse. Cuando dejé de beber, ahorramos dinero y amueblamos la casa.

La primavera fue portadora de noticias, esta vez oficiales, que pusieron término a las conjeturas de guerra del general Calescu. Los rusos prometieron retirar sus tropas de Austria, y que la primera «reunión cumbre» entre el Oriente y el Occidente después de diez años de lucha, tendría lugar en Ginebra.

Pronto la palabra de orden fue «coexistencia pacífica». Constantinescu la aceptaba de lleno.

—¿Por qué no puede el Occidente vivir armoniosamente con el Oriente comunista? —preguntó.

—No soy político —le respondí—, pero al menos en lo que atañe a la iglesia, sé que nunca podré hacer las paces con el ateísmo, por lo mismo que un policía no puede hacer las paces con los pandilleros, o la enfermedad con la salud.

—Entonces, ¿odias a los ateos? —inquirió Constantinescu.

—Odio el ateísmo como credo, pero amo a los ateos; así como odio la ceguera pero amo al ciego. El ateísmo es una forma de ceguera espiritual que es preciso combatir.

El elongado rostro de Constantinescu denotó fingida sorpresa.

—¿Habla usted de combate, pastor? Siempre creí que los cristianos presentaban la otra mejilla. ¿Acaso San Francisco no salvó al lobo que la gente quería matar, diciéndoles: «No matéis al hermano lobo, que es otra de las criaturas de Dios?»

—Admiro a San Francisco profundamente —contesté—, pero si no disparo al hermano lobo, me comerá a la hermana oveja. Mi deber es matarlo, si no puedo controlarlo, y en esto me inspira el amor. Jesús nos ordenó amar a nuestros enemigos, pero El también empleó la fuerza cuando no quedó otro remedio. Dios

arrebata miles de vidas diariamente; es Su naturaleza proporcionar la muerte al igual que la vida.

Un recién llegado a Craiova, el ingeniero Clodeanu, mencionó haber oído a la BBC transmitir a tenor de que las potencias occidentales no deberían interferir más en los asuntos internos del bloque comunista.

Objeté:

—Pero si yo empiezo a hacer un hueco en un bote donde vamos muchos, y digo: «No interfieran, que éste es mi lado en el bote», ¿estarían ustedes de acuerdo? ¡Claro que no! El hueco está en mi lado, ¡pero acabará por ahogarnos a todos! Los comunistas —proseguí—, se han apoderado de naciones enteras y han envenenado con odio a la juventud. Su plan es derrocar el orden establecido en el mundo entero, no se circunscribe a un asunto interno.

—Es bandidaje internacional —afirmó Calescu.

Constantinescu lo ridiculizó.

—El Occidente no puede tener siempre la razón, general, y Stalin no fue completamente malo. Por algo dijo: «El hombre es nuestro capital más precioso».

—¿De manera que por eso estamos encerrados aquí? —bufó Calescu. Pero Constantinescu insistió en que había habido progreso industrial e incluso cultural, bajo el comunismo.

—No puedo negarlo —le dijo.

A esto repliqué:

—Uno que hubiera visitado Egipto en la antigüedad, se hubiera maravillado de los monumentos del Faraón, que Dios no admiraría, puesto que ellos representaban el trabajo de miles de esclavos a los cuales El envió a Moisés para que los libertase. En Rusia y sus satélites del presente, la labor de esclavos consiste en construir las casas, fábricas y escuelas de que hablas. Y ¿qué es lo que se enseña en las escuelas? El odio a todo lo occidental.

—Los comunistas alegan planear para el futuro —dijo Constantinescu—. Una generación o dos pueden ser sacrificadas, pero se está estableciendo la base para el futuro bien de la humanidad.

—Para hacer felices a las generaciones futuras, los hombres mismos tienen que ser buenos —repliqué—. En cambio, los líderes comunistas se denuncian constantemente entre sí como los peores criminales. Los individuos más influyentes en la Unión Soviética han sido asesinados por sus propios camaradas. ¿Qué comunista puede ser feliz sabiendo que puede caer en la siguiente purga del Partido?

—Hay algo de bueno en ellos —dijo Constantinescu—. Ningún hombre es completamente malo, y los comunistas son hombres que conservan algo de la imagen de Dios.

—Convenido —repuse—. Hasta Hitler tuvo algo bueno. Mejoró la suerte de la mayoría de los alemanes. Convirtió su país en el más fuerte de Europa. Su muerte con Eva Braun; su matrimonio con ella en el último momento, en cierto modo conmueve. Mas, ¿a quién se le ocurriría esgrimir ese argumento, con un tipo que asesinó a tantos millones? Hitler conquistó el mundo para Alemania y a la vez destruyó su alma, incluso antes de su derrota. Ha habido también muchos triunfos comunistas a expensas del alma, ya que aplasta el elemento más vital del hombre, que es su personalidad.

—No califique por igual a todos los comunistas —dijo Constantinescu—. Tito, por ejemplo, es considerado un dictador moderado.

—Todos tienen igual propósito: llevar la revolución comunista al mundo entero, y desarraigar la religión. El «moderado» de Tito ha matado a miles de enemigos, y ha encarcelado a sus amigos.

—Aun así afirmo que ha habido progreso —insistió Constantinescu.

—Por mi parte, no admiro el progreso comprado con las lágrimas y la sangre, por impresionante que aparezca externamente. Jamás un pueblo ha elegido el comunismo en elecciones libres, ni se ha librado de él con otro tipo de comunismo.

—El mundo desea la paz. ¿Qué alternativa ofrece usted? ¿La guerra atómica?

—La guerra nuclear no es la alternativa; nadie la quiere. El mundo confronta un grave problema con las drogas, pero nadie ha pensado por un momento en adoptar la solución de Hitler y mandar a los adictos en manada a las cámaras de gas. Tampoco, por igual motivo, podemos adoptar «la coexistencia pacífica» con el tráfico de drogas; es urgente hallar una solución, aunque haya que luchar durante cincuenta años. ¿Cómo podemos vivir en paz con quienes no tienen paz entre ellos mismos, pues todo lo que los líderes quieren es el poder, cada vez más poder? Los comunistas adormecen nuestras sospechas y entretanto organizan su siguiente robo.

No logré convencer a Constantinescu de que no juzgara las acciones de los soviéticos por la fachada. Desde la tarima en que me recostaba, le arrebaté su almohada : el pequeño y aterronado bulto de pertenencias personales que le servían para descansar la cabeza. Esto le hizo golpear el cráneo contra la pared. Se enfureció.

—Pero, ¿por qué no puedes coexistir pacíficamente conmigo —le pregunté—. Estoy listo para ser amigos, ahora que te he quitado todo lo que tienes.

Naturalmente, tuve que devolverle su propiedad antes de poder seguir hablando de otras cosas.

Constantinescu era víctima de un pensar optimista acerca del comunismo. Los individuos entrenados en la escuela de Lenin y Stalin ven la buena voluntad como una debilidad que pueden explotar. Por su propio bien debemos luchar para derrotarlos. El amor no es una panacea universal; no reemplaza el emplasto para ca-

llos. Los mandatarios comunistas son criminales en escala internacional, y sólo cuando el criminal sea dominado puede arrepentirse; únicamente entonces puede ser ganado para Cristo.

Cuando en el Senado romano surgía un problema, Catón decía: «Primero destruyamos a nuestro enemigo Cartago, ¡y todas las cosas se solucionarán *¡Delenda est Carthaga!*!» Yo estaba seguro de que el destino del Occidente era destruir el comunismo o ser destruido por éste.

6

El deseo de presentar el comunismo a una luz más favorable, antes de la reunión cumbre de Ginebra, amonó algo de los peores excesos en el sistema de la prisión. En Salcia, donde los castigos incluían el colgar a los prisioneros boca abajo y zumbiar a los mujeres en el agua helada durante horas, produjo el arresto de todo el personal. La evidencia oficial hizo constar que cincuenta y ocho personas habían muerto en competencias entre los «líderes de brigada» para ver quién podía hacer trabajar hasta matarlos al mayor número de prisioneros. Es más, los supervivientes de Salcia que llegaron a Craiova, afirmaban que los muertos ascendían a 800 por lo menos.

En un despliegue de indignación oficial, el personal de Salcia recibió prolongadas condenas, y la purga surtió un efecto depurador en otras prisiones. Cesaron las palizas. Los guardias se volvieron más corteses. Cuando el comandante de Jilava, el coronel Gheorghiu, quiso informarse de las quejas, y le lanzaron un plato de cebada, el culpable fue castigado solamente con un día de encierro solitario.

Las reformas duraron poco. Pronto las golpizas y los insultos fueron una vez más rutina, y un año o dos después, cuando ya los juicios se habían olvidado en el extranjero, volvieron a colocar en Salcia, a los asesinos antes condenados. Unicamente los prisioneros comunes, instrumentos de aquéllos para torturar a otros, siguieron en prisión.

Durante esta sacudida en las prisiones, me transfirieron en diversas ocasiones. Los viajes de pesadilla se han convertido en uno solo en mi memoria. Cierro los ojos y veo una fila de convictos con la barba cerdosa y la cabeza rapada, moviéndose en vaivén con el movimiento del tren. Siempre portábamos cadenas de cincuenta libras, que nos rozaban a través de la tela y formaban llagas que tardaban meses en cerrarse, en nuestro estado de desnutrición.

En uno de estos viajes arribamos a una parada durante la noche, siendo el silencio interrumpido por un lamento de angustia:

—¡Me han robado!

Me senté y vi al pequeño Dan, un ratero de Bucarest, yendo de una figura yacente a la otra, haciendo que todos se despertasen bruscamente. Dan fue maldecido y abofeteado, pero siguió gritando.

—¡Tenía quinientos «lei» escondidos y ya no están! ¡Es todo lo que poseía en el mundo!

En la esperanza de calmarlo, le dije:

—Amigo, espero que no sospeches que un pastor te ha robado, pero si sospechas, regístrate hasta la piel.

Los demás también permitieron a Dan registrarlos, para mantener la paz, pero no encontró nada. El tren comenzó a moverse por fin, y uno por uno nos quedamos dormidos. Me desperté de madrugada con una nueva y peor conmoción: todos los otros dieciocho prisioneros habían sido igualmente robados.

—¡Sabía que teníamos un ladrón entre nosotros!
—gritó.

Días después, en Porta Alba, nuestra siguiente parada, le conté la historia a un individuo que cumplía condena de un año, por robo. Riéndose, me dijo:

—Hace años que conozco a Dan. ¡Sencillamente quería saber dónde guardaba cada uno de ustedes algo que valiera la pena robar!

Abundaban los «Dans» en Poarta Alba, donde los prisioneros «políticos» y los comunes se hallaban mezclados. En una ocasión me puse a cabecear mientras un grupo jugaba con dados rudimentarios hechos por ellos mismos. Una cosquilla en el pie, me despertó. Cuando me senté, frotándome los ojos, un prisionero me desataba el cordón de uno de mis zapatos. El otro ya estaba quitado.

—¿Qué haces con mis zapatos? —le pregunté.

—Los he ganado a los dados —se rió burlonamente, ofendiéndose porque no se los di.

El mundo de los ladrones es un mundo aparte. Comprobé que les agradaba comentar sus hazañas, mientras más arriesgadas, mejor. Les encantaba la excitación, como a otros les encanta beber, jugar, o las mujeres. Me maravillé de la dedicación que ponían en su trabajo.

Una noche en que la mayoría de los prisioneros se hallaban fuera, la puerta se abrió con estrépito y los guardias tiraron adentro a un ratero conocido por «Dedos». Rodó por el suelo, jadeante y quejándose. Me puse a lavarle la sangre de la boca inflamada. Al parecer, había estado hurtando en la cocina.

—Usted no es malo, pastor —declaró Dedos—. Cuando salga y recoja el siguiente botín, no me olvidaré de darle su parte.

Al decirle que esperaba que hallase un modo mejor de vivir, se rió.

—Pierden el tiempo golpeándome. Amo mi trabajo, y nunca lo dejaré.

Le puse el brazo alrededor del hombro.

—Gracias. Me has enseñado una gran lección.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dedos.

—Si los golpes no te convencen de cambiar tus mañas, por qué debo hacer caso a quienes desean que yo cambie de pensamiento? Debo poner, en ganar almas, al menos tanto empeño como tú pones en preparar un nuevo robo. Mientras más escucho los relatos que tú y tus amigos me contáis, más aprendo.

Hizo una mueca de dolor.

—Usted bromea, pastor.

—No —le aseguré—. Por ejemplo, tú intentas un trabajo una noche, pero si fallas, tratas de nuevo a la siguiente. Yo también, como pastor, debiera pasar la noche en oración, y si no consigo lo que quiero, no desistir por ello. Tú robas a otros, mas hay honradez hasta en los ladrones; los cristianos deberíamos unirnos entre nosotros. Y aunque arriesgas tu libertad y tu vida por dinero, apenas lo consigues lo gastas sin pensar; asimismo, tampoco debiéramos nosotros adjudicar demasiado valor al dinero. Ustedes los ladrones no dejan que el castigo los desanime; igualmente, tampoco nosotros debiéramos temer al dolor. Así como ustedes lo arriesgan todo, nosotros, por nuestra parte, debiéramos hacer lo mismo sabiendo que hay un paraíso que ganar.

La prisión en Poarta Alba consistía en los restos de un campo de trabajo, al lado del proyecto de canal en el cual mi esposa había sido obligada a trabajar. Sabía que por entonces vivía más o menos bien en Bucarest. No pasaba una hora sin que pensara en ella. Vivíamos en largas y destartaladas chozas que albergaban cincuenta hombres cada una. Alrededor había barracas de derelictos, y sembrados que Sabina indudablemente

conoció. Este consuelo en la melancolía, me fue arrebatado cuando al cabo de unas semanas me informaron que me preparase para otra mudanza.

Dedos vino a despedirse. Con él se encontraba un socio llamado Calapod, un bandido notorio, que había sido el terror de la región, Me dio una palmada en la espalda, exclamando:

—¡De modo que éste es el santo reverendo, amigo de los ladrones y estafadores!

—Señor Calapod —le dije—. A Jesús no le importó compararse con un ladrón. El prometió: «Vendré en la noche como un ladrón». Así como éstos a quienes ustedes robaron no sabían que vendrían, Jesús vendrá cualquier noche por vuestras almas, y no van a estar listas.

7

Las semanas en el frío húmedo de Craiova y Poarta Alba, y los viajes en grupos encadenados, empeoraron mi tuberculosis. Llegué a la siguiente prisión, en Gherla, en las montañas de Transilvania, eran tales las condiciones que me pusieron en una celda de un grupo conocido como «el hospital. El doctor, una joven llamada Marina, confesó que éste era su primer nombramiento. Otros pacientes refirieron que el primer día se puso pálida al ir de celda en celda. Nada en su entrenamiento la había preparado para la suciedad, el hambre, la falta de medicinas y equipo, la crueldad negligente. Creyeron que iba a desmayarse, pero se repuso.

Marina era alta, frágil, de cabello claro que enmarcaba una çara exhausta. Después de examinarme me dijo:

—Necesita buena alimentación y abundante aire fresco.

No pude evitar echarme a reír.

—¿Pero no sabe dónde estamos, doctora Marina?
Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Eso es lo que aprendí en la escuela de Medicina!

Algunos días más tarde, vinieron de visita algunos oficiales de alto rango. La doctora Marina los detuvo en la galería, fuera de las celdas.

—Camaradas, estos hombres no han sido sentenciados a muerte. El Estado me paga para mantenerlos vivos, igual que les paga a ustedes por mantenerlos a salvo. Sólo pido las condiciones que me permitan desempeñar mi trabajo.

Una voz masculina le preguntó:

—¿Va a ponerse de parte de malhechores convictos?

—Para ustedes serán malhechores, camarada inspector. Para mí, son pacientes.

Las condiciones no mejoraron, pero en cambio nos enteramos de algo que para mí tenía más valor que todas las medicinas en la farmacopea. Con anterioridad a la reunión cumbre, en Ginebra, se permitiría las visitas de parientes.

La conmoción aumentó. Nos sentíamos nerviosos. Pasábamos de la alegría al llanto. Algunos prisioneros habían estado diez o doce años sin saber de la familia. Yo no había visto a Sabina durante ocho años.

Llegó el día, y cuando me llamaron, me hicieron marchar por un pasillo lleno de eco y pararme detrás de una mesa. Unas veinte yardas más allá vi a mi esposa, detrás de otra mesa. El comandante, flanqueado por los oficiales y guardias, permaneció cerca de la pared que nos separaba, como si estuviera listo para arbitrar un partido de tenis.

Observé a Sabina, y me pareció que los años de sufrimiento le habían impartido una paz y una belleza

que nunca antes le había visto. Se quedó así, con las manos entrelazadas, sonriendo.

Sujetándome a la mesa, le pregunté en alta voz:

—¿Estáis todos bien por casa?

Mi voz sonaba extraña en la habitación.

—Sí, todos estamos bien, gracias a Dios —replicó.

El comandante interrumpió:

—Aquí no se puede mencionar a Dios.

—¿Vive aún mi madre? —le pregunté.

—Sí, alabado sea Dios.

—YA LES HE DICHO QUE AQUI NO SE PERMITE MENCIONAR A DIOS.

Sabina inquirió entonces:

—¿Cómo te encuentras de salud?

—Estoy en el hospital de la prisión.

—No le está permitido decir dónde se halla en la prisión —interrumpió el comandante.

Ensayé nuevamente.

—Y, sobre mi juicio, ¿hay esperanzas de apelación?

Nueva interrupción del comandante.

—No puede discutir su juicio.

Así se desenvolvió la visita, hasta que le dije:

—Vete a casa, Sabina querida. No nos dejan hablar.

Mi esposa había traído una cesta repleta de alimentos y ropas, pero no le dejaron darme ni una manzana. Cuando me llevaban, mirando por encima del hombro vi que los guardias armados la escoltaban hacia la puerta por el extremo más lejano del pasillo. El comandante encendió un cigarrillo fresco, y noté que tenía el pensamiento en otra parte.

Esa noche la doctora Marina se paró delante de mi cama.

—¡Caray, yo que pensaba que la visita de su esposa le haría tanto bien!

Nos hicimos amigos. Me confesó que jamás le habían enseñado nada de religión, y que suponía ser atea.

—¿No es eso todo el mundo hoy en día?

Un día que yo me encontraba sólo con Marina y otro prisionero cristiano en el pequeño cubículo que le servía de dispensario, le mencioné que ése era el día de Pentecostés.

—¿Y qué es eso? —preguntó. Un guardia en servicio de ordenanza repasaba los archivos, por lo que esperé hasta que salió con la tarjeta que buscaba. Entonces le expliqué:

—Es el día en que Dios nos dio los Diez Mandamientos, hace miles de años.

Oí los pasos del guardia que volvía, y añadí en alta voz.

—Doctora, me duele aquí cuando toso.

El guardia puso de nuevo la tarjeta en los archivos y se marchó otra vez, de modo que proseguí:

—Pentecostés es también el día en que el Espíritu Santo vino a los Apóstoles. —Otra vez sentí los pasos del carcelero, de modo que continué apresuradamente—: Y por la noche el dolor de espalda es insopportable.

La doctora Marina se mordió los labios para no reírse. Seguí con mi interrumpido sermón, mientras me auscultaba el pecho y me mandaba toser, escudriñándose la garganta. Por fin, soltó la risa.

—¡Basta ya, por favor! —dijo entrecortadamente, sosteniendo el pañuelo en la boca cuando volvió a aparecer en el umbral la estólida figura del guardia—. Dígamelo después.

Durante las próximas semanas le relaté la historia del Evangelio. Después que, ayudado por otros en Gherla, ganamos a la doctora Marina a Cristo, ella corrió mayores riesgos aún para ayudarnos.

Años más tarde, en otra prisión, supe que había fallecido de fiebre reumática, la que le había afectado el corazón. Siempre había trabajado en exceso.

8

Me llevaron nuevamente a Vacaresti, una prisión-hospital donde yo había pasado meses después de mi encierro solitario en las celdas situadas debajo del Ministerio del Interior. El lugar se hallaba más congestionado que nunca. Los pacientes de tuberculosis tenían que compartir habitaciones e intercambiar infecciones con los pacientes de otras enfermedades.

Dos oficiales de la policía secreta vinieron a interrogarme, preguntándome sarcásticamente qué pensaba entonces del comunismo.

—¿Qué puedo decirles? —repliqué—. Únicamente lo conozco desde el interior de la prisión.

Se rieron en mofa, y uno dijo:

—Ahora tienes la oportunidad de aprenderlo con una gran personalidad, Vasile Luca, el antiguo ministro de Finanzas. Se halla en tu celda.

La destitución de Luca, por escándalos de la moneda en marzo de 1953, había ayudado a deponer al grupo de Ana Pauker. Junto con Theohari Georgescu, ministro del Interior, había sido expulsado del Partido. A la sazón, los tres se encontraban en diferentes prisiones en unión de las víctimas de su reinado de cinco años. En sus días de poder Luca era muy halagado, pero poco amado. Ahora los guardias y los prisioneros aprovechaban la oportunidad de demostrarle su desprecio. Luca se sentaba solo en una esquina de nuestra celda, mordiéndose los nudillos y musitando para sí. Estaba viejo, enfermo e irreconocible como el hombre cuya fotografía había aparecido regularmente en los periódicos.

Luca no hallaba alivio a su sufrimiento. El cristiano, cualesquiera que sean sus problemas, sabe que recorre el camino que Cristo anduvo. Luca, que había trabajado toda su vida por el comunismo, no tenía es-

peranza ni creencia. Si los nacionalistas ocupaban el poder o los americanos llegaban, él y sus camaradas serían los primeros en ser ahorcados. Entretanto, eran atormentados por sus antiguos amigos del Partido. Cuando nos encontramos, Luca estaba al borde de sufrir una crisis nerviosa.

Después de su desgracia política, me contó, lo obligaron a confesar, bajo tortura, acusaciones absurdas. Un tribunal militar lo condenó a muerte, pero la sentencia fue conmutada por cadena perpetua.

—Sabían que yo no duraría mucho —me dijo, tosiendo.

Era propenso a estallidos de ira contra sus enemigos en el Partido. Un día en que no pudo comer el alimento que nos metían en la celda, le ofrecí mi pan. Lo devoró.

—¿Por qué lo hizo? —refunfuñó.

—He aprendido el valor del ayuno en la prisión.

—¿Cuál puede ser?

—Primeramente me enseña que el espíritu es dueño del cuerpo. En segundo lugar, me ahorra las peleas y resentimientos por la comida, que son muy comunes; y en tercer lugar, bueno, si un cristiano no ayuna en la prisión, con qué va a poder ayudar a los otros?

¿ Luca admitió que la sola ayuda recibida desde su arresto, había procedido de los cristianos. Entonces se le subió la bilis otra ve.

—Aunque sé de muchos más clérigos que son pillos de primera clase. Como miembro del Comité Central del Partido, mantenía una garra firme sobre las sectas y religiones. Mi departamento llevaba un archivo acerca de cada clérigo de la nación, incluyéndolo a usted. Llegué a preguntarme si quedaría en Rumanía un pastor o sacerdote siquiera, que no fuese a tocarme a la puerta del oscurecer. ¡Qué grupo de hermanos!

Le expliqué que el hombre puede degradar la religión, pero nunca tanto como ésta puede ennoblecerlo

a él, como lo demostraba la multitud de santos, no sólo los antiguos sino también los notables y numerosos cristianos que tenemos oportunidad de conocer al presente.

Luca se enfureció. Su desprecio por el mundo no le permitía admitir la bondad de nadie. Esgrimió argumentos ateos comunes sobre la persecución de la Iglesia a la ciencia. Le recordé a los eminentes científicos cristianos —desde Newton y Kepler hasta Pavlov y el descubridor de los anestésicos, Sir James Simpson.

—Se doblaron a los convencionalismos de su época —fue su respuesta.

—¿Sabe por casualidad la declaración de Louis Pasteur, el descubridor de los microbios y la vacuna? —le pregunté—. «Je crois comme une charbonnière le plus que je progresse en science». Decía que creía, como una carbonera del siglo pasado. Este hombre, que pasó la mayor parte de su vida a la cabeza de un cuerpo de estudios científicos, albergaba la fe de la más sencilla criatura humana.

Luca alegó, indignado:

—¿Y qué me dice de todos los científicos que la iglesia ha perseguido?

Le pregunté si podía nombrarlos.

—Galileo, por supuesto, que estuvo en prisión. Giordano Bruno, a quien quemaron... Ahí se detuvo.

—De manera que únicamente puede hallar dos casos en dos mil años —dije—. Un triunfo para la iglesia, de acuerdo con las normas de la humanidad. Compare el historial del Partido en los últimos diez años, aquí en Rumanía solamente. Muchos miles de inocentes han sido matados, torturados y encarcelados. Usted mismo ha sido sentenciado a base de testimonio perjuro, obtenido con amenazas y soborno. ¿Cuántos desmanes de la justicia cree que ha habido en todos los países bajo el mandato comunista?

Una noche le hablé de La Ultima Cena y de las palabras de Jesús a Judas:

—Lo que tengas que hacer, hazlo prontamente.

—Nada me hará creer en Dios —reiteró Luca—, pero si creyera, mi única plegaria a El sería ésa: «Lo que tengas que hacer, hazlo pronto».

Su condición se agravó. Escupió sangre. Antes de partir me prometió pensar en su alma. No he podido saber lo que sucedió; mas cuando un hombre comienza a discutir consigo mismo, sus probabilidades de encontrar la verdad son pocas. Las conversiones suelen ser instantáneas. El mensaje atraviesa el corazón, y algo nuevo y sanador brota de una vez de las profundidades.

Conocí a muchos como Luca por ese tiempo. A menudo discutí con mis amigos cómo debíamos tratar a los líderes comunistas y sus colaboradores cuando cayera el comunismo. Los cristianos se oponían a la venganza, pero estaban divididos entre ellos mismos; algunos opinaban que el perdón debiera ser completo, y otros alegaban que si bien Jesús, al pedirle a Pedro que perdonara a quienes le habían hecho daño, y «No siete veces, sino setenta veces siete» había fijado un límite que los comunistas habían sobrepasado hacía tiempo.

Mi opinión es que, una vez que hayamos juzgado a cada hombre separadamente, con conciencia de las fuerzas malvadas que lo han hecho ser lo que es, sólo tenemos el derecho, sin ser vengativos, de colocar al malhechor en una posición en la cual no puede cometer más daño. Los comunistas ya pasan mucho tiempo y esfuerzo en castigarse recíprocamente. Stalin envenenó a Lenin, se decía. Mandó asesinar a Trotsky con un punzón de romper hielo. Kruschev odiaba tanto a su «camarada» que destruyó su reputación y saqueó su tumba. Luca, Teoari Georgescu, Ana Pauker y muchos otros, fueron víctimas de su propio cruel sistema.

9

Mi siguiente viaje fue por carretera, en un camión rotulado «Depósito de Alimentos del Estado». Los carromatos de seguridad frecuentemente llevaban letreros semejantes, a fin de que el público no supiera cuántos eran transferidos, y tal vez por temor a un intento de rescate. Dos hombres iban conmigo. Uno era el antiguo líder de la Guardia de Hierro, que cumplía una condena de veinte años. El otro, un ladrón de menor cuantía, estaba para ser libertado después de servir seis meses.

—A éstos no los volveré a ver —dijo el Guardia de Hierro alegremente, sacudiendo sus esposas. Entonces, volviéndome la espalda, le informó al ladrón que se había acordado libertar a todos los «políticos» antes de la conferencia cumbre, estando él entre los primeros a quienes soltarían. El ladrón explicó a su vez que todo lo que deseaba era conseguir un trabajo decente pero nadie se lo daba.

El guardia de hierro le mostró simpatía. Por fin, agarrando al vecino por la manga, le propuso:

—¡Tengo una idea! ¿Por qué no nos ayudamos mutuamente? Ahora que los rusos han caído, los americanos estarán aquí dentro de un mes. Entre ellos tengo amigos influyentes. ¿Qué te parece si cambiamos identidades a la siguiente parada, y tú contestas por mi nombre y yo por el tuyo? Tan pronto me dejen ir en tu lugar, empiezo a preparar el camino para la ocupación americana. A ti, que llevas mi nombre, te soltarán como prisionero político el día que ellos lleguen. Deja el resto de mi parte, tu futuro está hecho.

El ladrón se entusiasmó. Cuando el carromato se paró en el patio de la prisión, los dos hombres respondieron por el nombre del otro, siendo conducidos a diferentes recintos. Diez días después, el guardia de

hierro, que había ido a la sección de sentencias cortas, fue soltado. El ladrón vio las semanas y los meses pasar sin que hubiera noticias de los americanos. Ante la perspectiva de tener que cumplir la sentencia del otro hasta su término, le contó al comandante la verdad. Apresaron al guardia de hierro, y el ladrón, naturalmente, esperó que lo libertarían. En cambio, fue llevado a juicio por ayudar a escapar a un criminal fascista, y lo sentenciaron a veinte años. Por este motivo a ambos hombres les había tocado el castigo, como muchos otros que se habían perjudicado mutuamente.

La nueva prisión se llamaba Jilava, que en rumano significa «lugar húmedo». El nombre era apropiado. Para entrar a ella, el camión nos condujo por una rampa inclinada, y nos hundimos bajo tierra en la oscuridad. Los niveles más profundos de Jilava estaban a más de 30 pies subterráneos. Había sido diseñado como fortaleza rodeada de trincheras, y los extraños podían pasar por allí sin sospechar su existencia. El ganado pastaba por encima, y nos sentíamos como enterrados en vida bajo miles de toneladas de tierra. Jilava se fabricó para contener 500 tropas, pero a la sazón alojaba a 2.000 prisioneros en una serie de celdas mal alumbradas, y túneles que de vez en cuando se abrían en pequeños patios donde los prisioneros hacían ejercicios. En algunos lugares bajaban chorros por las paredes, las cuales se veían teñidas de grandes parches verdes de humedad.

El hombre de la litera contigua a la mía, un antiguo jefe de Policía de Odesa, el coronel Popescu, aseguraba que las condiciones eran mucho peores cuando él llegó. En nuestra pequeña celda habían amontonado cien hombres, con las ventanas tapadas con tablas, y algunos habían muerto de sofocación.

Según Popescu, se había escondido de los rusos durante doce años después de la guerra, en una cueva con la entrada bloqueada. Durmió en un montón de

paja, y comió lo que los amigos le pasaban por un pequeño hueco. Hasta que la policía secreta lo encontró. Por haber estado tanto tiempo en un espacio tan apretado, tenía paralizadas las piernas, y transcurrieron meses antes de que pudiera caminar.

Por la conversación lasciva de Popescu, era evidente que la religión había estado muy lejos de su mente durante muchos años. Le pregunté cómo había empleado el tiempo en su cueva solitaria.

—Compuse una novela. Si la escribiera, tendría hasta 500 páginas, pero nadie osaría publicarla.

Cuando me citó pedazos, comprendí por qué. Nunca había escuchado tal torrente de obscenidad.

Desde el pasillo, con un grito, anunciaron la comida. Llevé mi sopa de zanahoria podrida a la litera de un vecino, y nos sentamos a charlar un rato. Era un joven ingeniero de radio que había enviado información al Occidente para un grupo patriótico. Mencionó haber sido convertido a Cristo por el conocimiento de la clave Morse.

—Sucedió hace cinco o seis años. Me interrogaron en las celdas del Ministerio del Interior, y mientras estuve allí, un desconocido pastor, mi vecino de celda, me transmitió con toques en la pared versículos de la Biblia

Al describirme la posición que tenía en su celda, le dije:

—Yo soy ese Pastor

Con su ayuda, formé un núcleo de cristianos que extendieron su influencia por la prisión. Sin embargo, había un hombre a quien todos dejaban solo.

Gheorge Bajenaru era el hijo de un obispo ortodoxo. Lo conocían como «el sacerdote más malvado en Rumanía». Había falsificado la firma de su padre para lograr honores y grados. Se apoderó de los fondos de una escuela de la que su esposa era directora. A Bajenaru no le causó ningún remordimiento que ella se sui-

cidara para encubrirlo, ni tuvo el menor escrúpulo en delatar a su propio padre por dinero. Entonces marchó a Occidente, pasando por un refugiado. Lo hicieron obispo a cargo de todos los desterrados ortodoxos rumanos. Obtuvo fondos de éstos y del Concilio Mundial de Iglesias. Entretanto, los comunistas aguardaban.

Bajenaru había sido un hombre mundano, arrogante, con un cuerpo fuerte como un toro. Ahora estaba delgado y encogido. Me contó que había ido a Austria para la boda de un rumano acaudalado, quedándose allí unos días. Una noche, al salir de un restaurante en el sector francés, oyó pasos detrás de él. Le dieron un porrazo en la cabeza. Se recobró al momento, y se volvió para pelear. Cuatro hombres forcejearon con él, hasta que sintió que le metieron una aguja en la pierna.

—Desperté en la zona soviética. Había un espejo en la pared, y no reconocí al individuo que me devolvía la mirada. Mi barba negra había desaparecido. Me habían cortado el cabello y lo habían teñido de rojo. Me mandaron en avión a Moscú. Los interrogadores en la prisión Lubianka creyeron que podía tratarse de una figura clave del espionaje mundial angloamericano. Querían saber los planes del Concilio Mundial de Iglesias detrás de la Cortina de Hierro, y las intrigas de los exiliados rumanos en el Oeste. No pude decirles nada, porque sencillamente me había estado divirtiendo. Aun así, no me creyeron.

—Muy bien, su alteza —dijeron—, le estimularemos la memoria en el laboratorio.

Bajenaru alzó las manos para enseñarme que casi todas las uñas de los dedos habían desaparecido.

—Me las rompieron una por una. El doctor estaba vestido de blanco. También había dos enfermeras, y toda la ayuda científica imaginable, menos anestesia.

A Bajenaru lo torturaron durante semanas. Ya estaba para volverse loco cuando los rusos, decidiendo que no tenía nada para ellos, después de todo, se lo entre-

garon a la policía secreta de Bucarest. Allí lo volvieron a torturar.

El interrogatorio continuó en Jilava, y cuando retornó a nuestra celda después de experimentarlo, los prisioneros lo acusaron de delator, siendo lo cierto que deseaba expiar por lo que había hecho. El sufrimiento lo había purificado, pero los demás no podían creerlo. Sin embargo, Bajenaru indicó de muchos modos su cambio espiritual. Una vez, cuando dirigía una liturgia pública que rezaba en alta voz por el rey y la familia real, alguien se lo comunicó a los guardias. Lo mandaron al Cuarto Negro» junto conmigo y otros clérigos que habíamos sido víctimas del delator.

Nos condujeron por una escalera muy pendiente, hasta una cámara subterránea carente de ventanas, en las profundidades del fuerte, la cual probablemente fue antiguo arsenal de municiones. Las granadas no podían penetrar allí. El agua que goteaba del techo, mantenía mojado el piso del «Cuarto Negro», por lo que hasta en verano era muy frío. «Tenemos que movernos constantemente», dijo uno en la oscuridad. Empezamos a caminar en círculo, resbalando en el suelo pegajoso durante muchas horas, hasta que exhaustos y lastimados por las caídas, nos dejaron salir.

Otros estimaron que habíamos tenido suerte. En ocasiones, los hombres eran desnudados hasta la cintura antes de ser encerrados en el «Cuarto Negro». Todavía se hablaba del grupo de dieciocho hombres que lo habían resistido durante dos días, todos ellos miembros de mediana edad, o ancianos, del Partido Nacional de Campesinos Para no morir helados, ellos mismos formaron una serpiente humana en la oscuridad. Cada hombre se agarraba al que tenía delante, para calentarse, y pataleaban a todo alrededor, en círculo interminable, salpicados de la cabeza a los pies en la suciedad. A veces uno caía, pero los otros lo levantaban del agua y lo forzaban a seguir.

Bajenaru siguió rezando por el rey. Cuando por fin lo sometieron a juicio, regresó diciendo tranquilamente que lo habían sentenciado a muerte. Su recién adquirida humildad no me extrañó. He observado que los hombres humildes que han pecado bajamente, a menudo pueden resistir la persecución mejor que los cristianos de alta espiritualidad. San Juan Crisóstomo, que vivió en los días de las carreras de carrozas romanas, declaró una vez: «Si un carro tirado por los caballos de la Probidad y el Orgullo fueran aparejados con otro tirado por el Pecado y la Humildad, creo que el segundo carro hubiera llegado al cielo primero».

El coronel Popescu sugirió a Bajenaru que apelara para lograr clemencia. Bajenaru replicó:

—No reconozco a estos jueces. Obedezco a Dios y al rey.

Lo pasaron a la celda de los condenados a muerte, y Popescu dijo:

—Quizás erramos al tratar de ser sus jueces también.

No supimos de él por cuatro meses; entonces regresó a nuestra celda por haberle conmutado la sentencia a cadena perpetua. Aunque su carácter había cambiado por completo, la mayoría de los prisioneros rehusaba aceptarlo. «¡Es otra treta tuya, diablo!», comentaban. Eran injustos. A Bajenaru le habían ofrecido soltarlo si accedía a trabajar para la policía secreta, habiendo contestado él:

—Abandonaré la prisión cuando el último sacerdote salga libre

La conmutación suscitó sospechas, ya que era más común aumentar la sentencia que reducirla. Bajo el comunismo, en cualquier tiempo el Estado puede asignar una penalidad más severa a un sentenciado. Es más, un prisionero que había cumplido doce años de cadena perpetua, fue informado, sin otra explicación, que habían revisado su sentencia. Al día siguiente lo fusilaron.

A Bajenaru lo trasladaron a otra celda, donde los prisioneros lo patearon y le pegaron. Dos veces intentó suicidarse. Entonces lo cambiaron a otra prisión, donde murió.

10

La primera ejecución cuando estaba en Jilava fue la de dos hermanos llamados Arnautoiu. Habían vivido en el bosque durante años, como guerrilleros, hasta que una mujer que los visitó en su escondite fue seguida por los soldados, y los capturaron.

Las ejecuciones tenían lugar con torvo ceremonial. Antes de la medianoche, los guardias se alineaban en los pasillos. Desde las celdas, cientos de ojos observaban por rendijas y atisbaderos. El comandante iba a la cabeza de una pequeña procesión que salió al patio. Los oficiales más antiguos venían primero; entonces los hermanos, encadenados, cada uno sujeto por un guardia a cada lado, y seguidos a su vez de un doctor, y de guardias provistos de ametralladoras. Oíamos el sonido metálico de los martillazos en el aire frío de la mañana, cuando les quitaron las cadenas a los condenados. A continuación, les cubrían la cabeza con sacos y los empujaron al carro que los llevaba a una corta distancia, hasta el campo donde eran fusilados a quemarropa, por detrás. Sentíamos el tiroteo.

El verdugo era un tipo de sangre gitana, llamado Nita. Cada vez que oficiaba recibía un bono de 500 lei. Era el guardia de mejores modales entre todos. Lo apodaron el «Ángel Negro de Jilava».

—Siempre les doy un último cigarrillo en la celda, antes que llegue el momento —me confió—. Procuero mantenerles el ánimo, lo que no es tan difícil como

parece. Todos piensan que serán salvados al último momento.

Así ocurrió con un joven de diecinueve años, Logojanu, cuyo padre, antiguo ministro del Gobierno, había sido torturado hasta morir en la prisión. El muchacho, ayudado por varios amigos, cometió por venganza una serie de ataques con los milicianos. Uno de los cómplices habló, al ser capturado, por lo que Lugojanu y otros ocho fueron sentenciados a muerte.

Los dos primeros marcharon al patio, y los siguió el segundo par. Los otros escucharon cuando les quitaban las cadenas, sintieron los tiros y oyeron a los guardias venir a buscar al resto. Uno de ellos dijo más tarde: «Estaba perfectamente tranquilo. Soñé que la Sagrada Virgen, me hablaba con mucha dulzura. Confiaba en que sería perdonado. La puerta de la celda se abrió. Era el comandante. Desde Bucarest había llegado la noticia de que la sentencia había sido conmutada para el resto de los condenados. En numerosas ocasiones vi obrar en la prisión ese misterioso poder que sustenta a los hombres en sus postreros momentos.

La cortesía de «el Angel Negro» era como una especie de disculpa por su horrenda ocupación.

—No soy un monstruo —alegaba. En cambio, los otros guardias y sus ayudantes de confianza entre los prisioneros, no se sentían obligados a ser corteses.

En Jilava, el estado de ánimo era especialmente malo. Era una prisión de tránsito, donde los hombres se tropezaban a menudo con viejos enemigos. Muchos prisioneros eran antiguos políticos. Los antiguos policías, incluso los que habían trabajado en contra del comunismo, fueron retenidos durante dos años para que pudieran entrenar a los candidatos del Partido. Entonces ordenaron a estos expertos arrestar a algunos de sus propios camaradas. Ellos, a su vez, fueron arrestados después por los hombres que habían entrenado. Después de sentenciados, veintenas de estos policías tenían que

compartir la misma celda, porque al final ningún oficial del viejo régimen escapó a la purga.

Un día, las recriminaciones se suspendieron por haber encontrado un nuevo foco para el odio que supuraba en todos ellos.

Desde otra celda, tiraron en la nuestra a un individuo lastimado, sucio, despeinado, con mandíbulas colgantes. Miró en torno con terror. De pronto, se levantó un rugido:

—¡Albon!

El comandante de Poarta Alba, responsable de la muerte de miles, había resultado el pagano por el fracaso del canal. Todavía recordábamos el recibimiento que el coronel Albon daba a los recién llegados a su campo.

—¡Profesores, doctores, abogados, sacerdotes, todos ustedes mis amigos inteligentes! Aquí no hace falta cerebros; solamente necesitamos sus manos, ¡sus manos de caballeros! Por su labor, serán pagados con el aire que respiren. No esperen ser liberados, excepto por la muerte, ¡o cuando detengan los trabajos en el canal y me encierren a mí! —decía burlón, pero en realidad proféticamente.

Albon nos miraba ahora como un conejo hipnotizado. Un prisionero lo agarró por el cuello y lo arrastró a sus pies. Otro lo bamboleó por todos lados a la redonda. Un tercero lo pateó en la ingle. Albon cayó bajo una lluvia de golpes, chillando histéricamente.

Traté de salvarlo. Los hombres se volvieron hacia mí.

—¿Va a ponerse de parte de este asesino?

Albon luchó por ponerse de pie, salpicado de sangre y polvo, en medio de risas, vítores y rechiflas. Camino de la puerta volvió a caer, cortándose con la afilada esquina de una tarima. En una nueva reyerta le

rajaron la camisa por la espalda. Se puso las manos en la cara para resguardarla. Finalmente se desplomó, quedando inmóvil en el suelo.

Así lo trataron en una celda y otra, hasta que lo mandaron a la prisión Ocnele-Mari, que las autoridades reservaban para los oficiales y funcionarios caídos en desgracia.

A los pocos días reconocí otra cara familiar. El coronel Dulgheru, que una vez me había interrogado y condenado a una semana de encierro solitario había ido a parar a la prisión. Le referí lo sucedido a Albon, y procuró evitar ser reconocido para evitarse la misma suerte, aunque era inevitable que alguien más lo reconocería pronto.

Me contó que lo habían acusado de ser espía de la policía en las épocas pre-comunistas, la acusación más socorrida cuando el Partido quería implicar a uno de sus propios hombres y describió su arresto. Cuando fue a las celdas a interrogar a uno, con su acompañamiento de tres subalternos, abrieron cortésmente la celda, e hicieron entrar al coronel, cerrando entonces la puerta detrás de él. Dulgheru se vio encerrado en una celda vacía. Golpeó la puerta pidiendo que lo sacaran. Sus hombres se rieron, y oyó a uno de ellos decir: «Esta vez eres tú el que se tiene que quedar ahí».

Al descubrirse en Jilava la identidad de Dulgheru, también fue atacado por los prisioneros y hubo que llevárselo a Ocnele-Mari. La prisión del Partido no tardó en llenarse en exceso, como el resto de ellas.

A poco de su partida me enviaron a un interrogatorio en Bucarest. Me pusieron anteojeras como las de los motociclistas, para el viaje en automóvil durante las escasas millas hasta la capital. En las oficinas de la policía secreta las preguntas de un coronel uniformado parecían encaminadas a sondear mi actitud hacia el régimen, más bien que a obtener información. No

me dio ninguna pauta sobre el verdadero propósito en querer verme.

El sitio se hallaba congestionado, y los prisioneros «secretos» tenían que compartir celdas. Me pusieron con un tipo regordete y sombrío, Vasile Turcanu, jefe de los «re-educadores», el cual había sido sentenciado a muerte por el régimen que antaño le diera licencia hasta para matar. El Partido le había conservado la vida durante tres años, con la acostumbrada intención de anunciar su ejecución cuando hubiera necesidad de crear una distracción política.

Turcanu describió el arresto de Theohari Georgescu, ministro del Interior, cuando la purga de 1953. Estaba sentado en una oficina delante de una serie de teléfonos, y tres de sus propios oficiales de seguridad irrumpieron, provistos de revólveres. Mientras le bajaban los pantalones para registrarlo, hicieron a Georgescu dar la cara a su propio retrato colgando de la pared en su marco dorado.

Traté de implantar algo de cristianismo en la existencia de Turcanu en las pocas horas que estuve con él, pero era poco lo que podía hacerse por un hombre profundamente atrapado por doctrinas de violencia.

Las noticias más sorprendentes que capté en las celdas de las oficinas de la policía secreta fueron que Stalin había sido denunciado como asesino y tirano por su sucesor, Krushev. Los primeros informes acerca de la ejecución de Beria y seis de sus hombres principales en la víspera de la Navidad del 1953, junto con miles de cartas procedentes de otros agentes soviéticos de menor categoría, habían sido publicadas. Por lo tanto, en Rumanía se había iniciado el proceso de desacreditar a Stalin. Gheorghiu-Dej, el nuevo dictador rumano, estaba poniendo en práctica una política más popular. A Dej mismo le gustaba vivir bien, y su temperamento, por lo menos, era una mejoría comparado al círculo de la Pauker.

11

Las nuevas que llevé conmigo a Jilava pusieron la celda en conmoción. Todos se alegraron de que a Stalin lo hubieran bajado del pedestal. Esperaban que ello apresuraría su propia libertad.

No obstante, Popescu dijo:

—Conozco el Partido. Denunciarán al ladrón pero no indemnizarán al robado.

—De todos modos, Stalin está acabado —comentó otro prisionero.

—¡Ojalá arda en el infierno! —gritó un segundo.

Entre risas, vítores y burlas, dos prisioneros bailaron juntos, gritando obscenos comentarios sobre «el tío Pepe». Únicamente los guardias callaban. La caída de Stalin les legaba un futuro incierto.

Popescu me llamó:

—¡No parece contento, pastor!

—No puedo alegrarme de explosiones de odio hacia nadie —dije—. No sabemos cuál será el destino de Stalin. A lo mejor se ha salvado a última hora, como el ladrón en la cruz.

—¿Cómo puede decir eso, con todos los crímenes que Stalin ha cometido? —preguntó uno.

12

En la primavera de 1956 algunas golondrinas anidaron en el techo de la celda, cerca de la ventana. Un día, un chirrido anunció que los huevos habían empollado. Un prisionero se paró en los hombros de otro y miró dentro del nido.

—¡Hay cuatro! —gritó. Los padres no parecían descansar nunca. Esto significó un cambio. En vez de

hablar de nuestra liberación, contábamos las veces que entraban y salían del nido a alimentar a la cría ¡250 viajes diarios! Un viejo campesino anunció:

—Volarán dentro de veintiún días. —Los demás se rieron—. Ya verán —dijo. Al vigésimo día no había ocurrido nada, pero al vigésimoprimer, las tiernas aves echaron a volar, piando y sacudiendo las alas. Nos sentimos encantados. Yo aproveché para decir:

—Si Dios les ha preparado un programa, igual puede hacer por nosotros.

Transcurrieron semanas, y aparentemente la denuncia de Stalin era, en efecto, el heraldo de otro «deshielo». No podía durar. Sin embargo, a numerosos prisioneros los estaban soltando bajo amnistía. ¿Sería yo uno de ellos?

Temprano en la mañana, una voz interrumpió este pensamiento.

—¡A interrogatorio inmediatamente! ¡Vamos, muévete!

Otra vez a la intimidación, al temor, ¡a las preguntas para las cuales tenía que hallar contestaciones falsas! Comencé a reunir mis cosas, mientras el guardia gritaba:

—¡Apúrate! ¡Apúrate! ¡El carro está esperando!
—Me apresuré junto con él por los corredores, y atravesamos el patio. Una detrás de la otra, las puertas de acero se abrieron, y subimos los escalones. Me encontré fuera.

No había ningún carro a la vista, sino un empleado que me entregó un papelito. Lo tomé. Era una orden del tribunal, declarando que yo estaba libre bajo amnistía.

La contemplé estúpidamente. Solamente atiné a decir:

—Pero si sólo he cumplido ocho años y medio, y mi condena es de veinte.

—Tienes que marcharte en seguida. Lo ordena el Tribunal Supremo.

—Pero si todavía tengo casi doce años que cumplir.

—No discutas. ¡Lárgate!

—¿Cómo voy a irme así? ¡Mire! Mi harapienta camisa se veía gris de tanto churre. Los pantalones eran un mapa de parches de colores malamente unidos. Las botas parecían las de Charlie Chaplin—. ¡Me arrestará el primer policía que me vea!

—No tenemos ropas para ti. ¡Te digo que te largues!

El empleado regresó a la prisión. La cancela refulgió y el pestillo volvió a su sitio. Fuera de las paredes de la prisión no se divisaba un alma. Me hallaba solo en un mundo vacío, estival. El cálido día de junio era tan apacible que podía oír los insectos zumbando alrededor y entretenidos en sus asuntos. Un largo, blanco camino, se extendía bajo los árboles de asombroso color verde. A la sombra de los castaños, las vacas ramoneaban. ¡Qué quieto estaba todo!

Grité, para que el guardia me escuchara tras las paredes:

—¡Dios, ayúdame a no alegrarme de estar libre, más que de haberte tenido conmigo en la prisión!

Hay casi cinco kilómetros de Jilava a Bucarest. Hice descansar el bulto de mi hombro, y crucé los campos. El bulto contenía harapos malolientes, aunque habían representado tanto para mí en la prisión, que no se me ocurrió soltarlos. Pronto dejé el centro del camino para andar por la espesa yerba y tocar la áspera corteza de los árboles, de pasada. A veces me paraba a contemplar una flor o un brote de hoja.

Se me acercaron dos figuras: una vieja pareja de campesinos. Se detuvieron y me preguntaron con curiosidad:

—¿Vienes de *ahí*? El hombre sacó un leu, que equivale a un centavo, y me lo dio. Al ver la moneda en mi mano, por poco me río. Nunca me habían dado un leu.

—Dénme su dirección, para devolvérselo —dije.

—No, no, guárdalo —insistió, siempre tuteándome, como si yo fuera un niño o un limosnero.

Seguí andando con mi bulto. Otra mujer me detuvo.

—¿Vienes de *ahí*? —Esperaba noticias del pastor de la villa de Jilava, arrestado meses atrás. Yo no lo había conocido, pero le expliqué que también era pastor. Nos sentamos en un muro de piedra al lado del camino. Me sentía tan feliz de hallar a alguien deseoso de hablar de Cristo, que no tenía apuro por irme a casa. Cuando, por fin, me fui, ella me dio otro leu—. Para que pague el tranvía.

—Ya tengo un leu.

—Tómelo en nombre del Señor.

Seguí caminando hasta llegar a una parada del tranvía en las afueras de la capital. La gente se apiñaba a mi alrededor, sabiendo bien de dónde venía. Preguntaron por hermanos, padres, primos —todos tenían a alguien en prisión—. Cuando abordé el tranvía, no me quisieron dejar pagar. Varios se levantaron para ofrecerme un asiento. En Rumanía, los prisioneros libertados lejos de ser proscritos, son hombres altamente respetados. Me senté con el bulto en las rodillas, pero cuando el vehículo arrancó escuché gritos que venían de afuera.

—¡Pare! ¡Pare!

El que casi se paró fue mi corazón. Nos detuvimos con una sacudida, y un miliciano montado en bicicleta torció hacia el frente del tranvía. Ha habido un error y vienen por mí, pensé. Pero el chófer se viró para gritarnos:

—¡Dice que hay alguien parado en los peldaños!

Junto a mí se sentaba una mujer que llevaba una cesta de fresas frescas. Las miré con incredulidad.

—¿No ha comido ninguna este año? —me preguntó.

—Ni en ocho años —repliqué.

—¡Tome, tome algunas! —insistió, llenándome las manos con el fruto dulce y maduro. Las comí a mordidas voraces, como un niño.

Finalmente, llegué a la puerta de mi propio hogar, y vacilé un momento. No me esperaban, y yo era un espectáculo pavoroso con mi suciedad y mis andrajos. Al cabo me decidí a abrir la puerta. En el vestíbulo había varios jóvenes, entre ellos un desgarrado jovencito que me contempló y exclamó:

—¡Padre!

Era mi hijo Mihai. Tenía nueve años cuando lo dejé. Ahora tenía dieciocho.

Entonces se adelantó mi esposa. Su cara, de magnífica estructura ósea, se veía más delgada, pero su cabello era negro aún. La encontré más bella que nunca. Mis ojos se empañaron. Cuando ella puso los brazos alrededor de mí, con gran esfuerzo, le dije:

—Antes de besarnos, tengo algo que decirte: ¡No vayas a imaginar que he venido simplemente de la desgracia a la felicidad! Vengo del gozo de estar con Cristo en la prisión al gozo de estar con El en mi familia. No vengo de los extraños a los míos, sino de los míos en prisión a los míos en casa. —Sabina sollozó, y le dije—: Ahora puedes besarme si quieres. —Más tarde le canté la canción que había compuesto para ella hacía años en la prisión, con la idea de cantarla si nos reuníamos de nuevo.

Mihai vino a decir que el lugar estaba lleno de visitantes que no querían marcharse sin verme. Los miembros de nuestra iglesia habían estado telefoneando desde todo Bucarest, y el timbre de la puerta sonaba constantemente. Antiguos amigos trajeron a otros nuevos. Muchos tuvieron que irse para que los otros hallaran sitio donde pararse. Cada vez que me presentaban a

una mujer, yo me inclinaba cortésmente en mis absurdos pantalones amarrados por un cordel. Para el tiempo que todos se marcharon, era casi la medianoche, y Sabina insistió para que comiera algo. Yo no tenía hambre.

—Por hoy hemos tenido bastante dicha. Hagamos de mañana un día de ayuno en acción de gracias, y tomaremos la Sagrada Comunión antes de la cena.

Me volví hacia Mihai. Tres de nuestros visitantes —uno de los cuales era un profesor de Filosofía de la Universidad, y para mí un desconocido, me habían contado esa noche que mi hijo los había convertido a Cristo. ¡Y yo que tanto me preocupé de que, falto de padre y madre se descarriase! No hallaba palabras para expresar mi dicha.

—Padre dijo Mihai—, tú has sufrido mucho. Quisiera saber qué has aprendido con tus sufrimientos.

Le pasé el brazo en torno.

—Mihai, en todo ese tiempo casi se me olvidó la Biblia. Pero cuatro cosas tuve siempre presente. Primera, hay un Dios. Segunda, Cristo es nuestro Salvador. Tercera, hay una vida eterna. Y cuarta, el amor es el mejor de todos los caminos.

—Eso es todo lo que quería saber —me aseguró mi hijo. Después me comunicó su resolución de hacerse pastor.

Aquella noche, en mi cama blanda y limpia, no podía dormir. Me senté y abrí la Biblia. Busqué el Libro de Daniel, siempre uno de mis favoritos, pero no pude encontrarlo. En cambio mi vista se posó en una línea de las Epístolas de San Juan: «Mi mayor dicha es saber que mis hijos caminan en la verdad». Yo conocía esa dicha. Fui al cuarto de Mihai, pues tenía que cerciorarme de que realmente él estaba allí. Muchas veces había soñado con esto en la prisión, para despertar después en mi celda.

Pasaron dos semanas antes de poder dormir regularmente. Para entonces ya me estaban curando en la cama mejor situada del pabellón más soleado del mejor hospital posible. Como ex prisionero, todos deseaban ayudarme: en las calles, las tiendas, dondequiera, y el chorro de visitantes comenzó de nuevo.

Sexta parte

1

Ahora que estaba libre, en el fondo de mi corazón suspiraba por la quietud y el descanso, pero el comunismo trabajaba dondequiera por completar la destrucción de la iglesia. La paz que yo anhelaba hubiera sido un escape de la realidad, y peligrosa para el alma.

Regresé a un hogar pobre, pero así y todo tenía más suerte que muchos. Vivíamos en un diminuto sótano de dos habitaciones y bastante desnudo de muebles. Yo dormía en una vieja cama de madera con colchón blando prestado por un vecino; a la cama hubo que agregarle un cojín, a fin de proporcionarle la longitud que mi talla requería. El agua venía del sótano, tres pisos más abajo, y el retrete más próximo se hallaba en otro edificio. No esperaba nada mejor. Todos en la prisión sabíamos de la escasez de alojamiento y comida, y de que clausuraban o se apoderaban de los edificios de las iglesias, como habían hecho con el nuestro.

Nuestro cómodo piso había sido confiscado cuando el arresto de mi esposa. Como se negó a divorciarse de mí al quedar libre, no pudo trabajar, y vivía en extrema pobreza, remendando medias de mujer y subsistiendo de la bondad de los amigos. Me confesó que les hubiera sido muy difícil, de no ser por Mihai.

Cuando Mihai tenía trece años, se le permitió visitar a su madre durante los tres años de trabajo forzado en el canal. El estar privado de ambos padres y vivir de la caridad lo había amargado.

—Pedí prestado dinero para ir al campo —me contó—. Nos reunimos en un sitio donde nos separaban dos barras de hierro. Mamá estaba vestida con el uniforme de la prisión, sucio y raído. Apenas podía contener las lágrimas, y se veía obligada a gritarme para que yo la oyera: «¡Mihai, me dijo, cree en Jesús y sé fiel!» No pude evitar contestarle: «Madre, si todavía puedes creer en Jesús en un lugar como éste, yo también tengo que creer.»

A su retorno a Bucarest, Sabina se encontró con que Mihai se había hecho afinador de pianos, después de aprender con un afinador de la Opera. Tenía tan buen oído, que desde la edad de once logró trabajar solo en su oficio. Pronto ganó lo suficiente para ayudar a su madre y poder asistir a la escuela. Era una existencia pobre, pero no carecían de pan.

Las dificultades de Mihai con el Partido comenzaron temprano, cuando ganó el derecho, concedido a los alumnos modelos, de usar corbata roja. Se negó por ser ésta «el símbolo de los opresores». Expulsado públicamente, en secreto lo llevaron de nuevo a la escuela cuando pasó el furor. Afortunadamente, sus maestros prestaban al régimen servicio de boca únicamente. A los catorce años lo expulsaron nuevamente por decir que había leído la Biblia por sí solo y los ataques a la religión, en los libros escolares, se basaban en false-

dades. A la sazón trataba de seguir sus estudios en las clases nocturnas.

Mihai era un cristiano que no amaba el comunismo. Pero un pájaro cantor, anidando cerca de una familia de cuervos, pronto empieza a dar notas discordantes, y Mihai no oía otra cosa. Al día siguiente de mi retorno le tuve que decir que estaba equivocado al suponer que los trabajadores en los países capitalistas se morían de hambre. Sus amigos estudiantes lo daban por sentado, y una muchacha me confesó haber llorado en la escuela, pensando en los niños que pasaban hambre en Norteamérica.

Incluso los mejores jóvenes parecían confusos y desorientados. No sólo estaban privados de la oportunidad de leer a grandes autores cristianos, sino que no podían comprar las obras de pensadores como Platón, Kant, Schopenhauer y Einstein. Los amigos de Mihai se quejaban de que los padres les decían una cosa y los profesores otra, por lo que a menudo me pedían consejo.

Un joven estudiante de teología de la Universidad de Cluj necesitaba ayuda para su tesis.

—¿Cuál es el tema? —le pregunté.

—La historia del canto litúrgico en la iglesia luterana.

—Deberías empezar por escribir que no debiéramos llenar la mente de los jóvenes con trivialidades históricas, cuando a lo mejor mañana puede que confronten la muerte a causa de su fe —le dije.

—¿Qué debería estar estudiando entonces? —inquirió.

—Cómo estar preparado para el sacrificio y el martirio —repliqué.

Le conté algunas de las cosas que había presenciado en la prisión. Pronto comenzó a traer a sus amigos. Todos tenían igual problema, y trataban de seguir un derrotero. Les pregunté por sus estudios.

Uno de ellos afirmó:

—Nuestro profesor de teología dice que Dios concedió tres revelaciones. La primera fue Moisés; la segunda, Cristo; y la tercera, Karl Marx.

—¿Qué opina de eso su pastor?

—Mientras más habla, menos parece decir.

Como secuela de estas conversaciones, convine en ir a Cluj a predicar en la catedral. Los estudiantes deseaban mis libros, pero todos mis escritos habían sido prohibidos.

Antes de partir cumplí la promesa hecha en la prisión de visitar a los miembros del Ejército del Señor, una secta bastante parecida al Ejército de Salvación que estaba siendo molestada implacablemente por la policía secreta. Habían transcurrido varios años desde que yo me había encontrado con el patriarca Justiniano Marina, y pensé que una visita a él podría ayudarles. Había causado considerable daño a la iglesia, mas también estaba en su poder hacer algún bien, y quizá lo haría.

Lo hallé caminando por los terrenos detrás de su casa. Sospecho que quiso verme en el jardín porque allí no había micrófonos, y por estar lejos de empleados que pudieran escuchar nuestra conversación. Le dije:

—Usted es patriarca. Los hombres acuden a usted pidiendo puestos y pensiones, y dondequiera tiene que predicar y cantar. Por eso se me ocurrió que yo debía venir a cantar. Es una canción del Ejército del Señor. La aprendí en la prisión. Después de cantarla, le pedí que hiciera algo en favor de esta gente buena y sencilla—. No deben permanecer en la prisión para siempre, simplemente porque pertenecen a determinada secta. —Me prometió ocuparse de este asunto y conversamos largamente.

Procuré traerlo de nuevo a Dios, diciéndole:

—En el huerto de Getsemaní Jesús llamó «amigo» aun a Judas, abriéndole el camino de la salvación. Yo deseaba plantar una semilla de la que pudiera surgir un cambio en su sentir. Escuchó atentamente, hasta con humildad. Sin embargo, admitió que muy poco podía hacer, ya que le habían puesto al lado al Metropolitano de Iasi, Justino Moisescu; si se excedía o renunciaba, Moisescu lo reemplazaría como patriarca, y la situación empeoraría. Justiniano había conservado cierto respeto para mí, pero a pesar de que su corazón indeciso desaprobaba lo que su mano ejecutaba, sus vacilaciones acababan siempre en sumisión a las demandas del Partido.

Después me enteré que al plantear la cuestión del «Ejército» al Santo Sínodo, lo había rebatido el Metropolitano, el único aceptado en Rumanía para representar a los ortodoxos en el Concilio Mundial de Iglesias. Seguidamente lo criticó el ministro de Cultos por haberme recibido. Su secretario, naturalmente, había reportado mi visita, al igual que el patriarca reportaba siempre las acciones de su secretario. Justiniano había consentido en recibir a los representantes del «Ejército», mas cuando llegaron los puso de patitas en la calle.

—¿Con que Wurmbrand los mandó venir, eh? ¡Ya es hora de que vuelva a la prisión!

2

Las noticias de que yo me había comprometido a dar una serie de charlas en la antigua ciudad universitaria de Rumanía, fue reportada inmediatamente a las autoridades, con la advertencia de que mi verdadero propósito era atacar el marxismo y promover disturbios entre los estudiantes, bajo pretexto de brindar con-

ferencias sobre la filosofía cristiana. El celoso delator en este caso fue un ministro bautista, temeroso de mis audacias comprometedoras para todos, quien me dio en la cara lo que había hecho.

Su acción no me sorprendió. Había visto a muchos de sus colegas desde mi liberación: sacerdotes, pastores, incluso obispos, encargados de presentar informes de las actividades religiosas al Ministerio de Cultos. Por lo general los reportes se referían a su propia feligresía, y usualmente los clérigos se sentían avergonzados y apenados por esta labor de denunciar a sus propios feligreses su excusa era que lo hacían precisamente por su propia seguridad para impedir que les cerraran sus iglesias. Cada ciudad tenía sus representantes de la policía secreta en el Ministerio de Cultos que interrogaban a los ministros con regularidad sobre la conducta de su congregación; completamente aparte de la política, deseaban saber cuáles feligreses eran comulgantes frecuentes, cuáles se esforzaban por lograr conversos, qué clase de pecados confesaba la gente. Los pastores que se negaban a responder a estas preguntas, eran despedidos, y si no había un sustituto «adecuado», se cerraban las iglesias. Por lo tanto, en Rumanía existían entonces cuatro categorías de ministros: los que se hallaban en prisión; los que delataban bajo presión y procuraban no descubrirlo todo; los que se encogían de hombros y obedecían órdenes; y los que desarrollaban la afición a delatar. Por fortuna, éstos eran pocos. Los pastores oficiales más honorables, que no colaboraron, en seguida perdieron la licencia para predicar. Pero los traidores, a semejanza de buscones de la calle, medraron por medio del descaro, como mi colega bautista.

Su advertencia la tomó en cuenta inmediatamente un espía oficial llamado Rugojanu. El Ministerio de Cultos tenía también sus categorías. Algunos de los empleados eran flojos; otros utilizaban su influencia

para conseguir de la clerecía «dinero de protección». Rugojanu era un fanático que iba de iglesia en iglesia olfateando constantemente a los «contrarrevolucionarios». Asistía en persona a mis conferencias.

En Cluj, la primera noche había un grupo de cincuenta estudiantes y unos cuantos profesores de teología. Como Darwin y sus teorías sobre la evolución salían siempre a relucir en las clases teológicas, procuré lidiar con ellas. Afirmé que la nueva Rumanía, avanzada y socialista, rechazaba todas las ideas capitalistas. ¿No era extraño que se hiciera una excepción con el burgués inglés sir Charles Darwin?

Rugojanu, encorvado hacia adelante en su banco de iglesia, me contemplaba. Le devolví la mirada y proseguí:

—El hijo de un doctor pronto quiere ser doctor El hijo de un compositor quiere ser músico. El de un pintor, artista, y así sucesivamente. Si ustedes creen que fueron creados por Dios, no hay duda que tratarán de volverse como El; pero si prefieren creer que han surgido de una tribu de monos, corren el peligro de volverse bestias.

Inicié mis conferencias en lunes. El martes se había duplicado el público. Al final de la semana me contemplaban más de mil rostros. Toda la Universidad, al parecer, se conglomeraba en la catedral. Sabía que muchos de ellos estaban ansiosos de oír la verdad, aunque temían las consecuencias de abrazarla. Por este motivo les ofrecí el mismo consejo que me había dado el pastor que sucumbió por su fe en manos de los fascistas, al decirme:

—Das tu cuerpo en sacrificio a Dios cuando lo das a todos los que quieren pegarte y mofarse de ti. Jesús, consciente de la proximidad de la crucifixión, declaró: «Ha llegado mi hora». Su hora fue de sufrimiento, y Su gozo el sufrir por la salvación de la humanidad. Igualmente nosotros debemos considerar el sufrimiento

como una encomienda que nos da Dios. San Pablo escribió en la Epístola a los Romanos (XII.I): «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios».

Observé a la silenciosa congregación. Por un instante me pareció estar otra vez en mi iglesia, durante la guerra, el día que los guapetones de la Guardia de Hierro entraron armados. La amenaza flotaba a nuestro alrededor, y no exclusivamente en el lugar donde Rugojanu tomaba notas.

Proseguí:

—¡No dejen que el sufrimiento los coja de sorpresa! Mediten en él frecuentemente. Fijen bien en su pensamiento las virtudes de Cristo y de Sus santos. Este pastor de quien les hablé, mi maestro, que murió por su fe, me dio la receta de un té contra el sufrimiento. Se la pasaré a ustedes.

Les narré la historia de un médico cristiano de los primeros siglos que fue puesto en prisión injustamente por el emperador. Al cabo de varias semanas la familia pudo verlo, y al principio lloraron. Sus ropas eran harapos; su diario alimento, pan y agua. Maravillada de su apariencia, la esposa le preguntó: «¿Cómo es que luces tan bien? ¡Tienes un aire como si acabaras de llegar de una boda!» El doctor, sonriendo, le explicó haber hallado un remedio para todas sus dificultades. La familia se interesó en saber de qué se trataba, y les dijo el médico: «He descubierto un té que sirve contra todo sufrimiento y pena. Contiene siete yerbas, y se las voy a enumerar.

»La primera se llama contento: estén satisfechos con lo que tienen. Tirito en mis harapos y mordisqueo una corteza de pan, pero, ¿no hubiera sido mucho peor si el emperador me hubiera lanzado desnudo en un calabozo, sin nada que comer?

»La segunda yerba se llama sentido común. Como de todos modos tengo que estar en la prisión, lo mismo si me alegro que si me lamento, ¿para qué afligirme?

»La tercera es el recuerdo de los pecados cometidos. Cuéntenlos, y suponiendo que cada uno de ellos merezca un día en la prisión, calculen cuántas vidas tendrían que pasar detrás de los barrotes. ¡La sentencia ha sido ligera!

»La cuarta es el pensamiento de los dolores que Cristo padeció gozosamente por nosotros. Si el único hombre que pudo elegir su destino en la tierra, eligió el dolor, ¡qué inmenso valor vio seguramente en él! El sufrimiento, pues, llevado con serenidad y gozo, redime.

»La quinta yerba es el conocimiento de que el sufrimiento nos lo da Dios como un padre: no para perjudicarnos, sino para limpiarnos y santificarnos. El sufrimiento por el cual pasamos tiene la finalidad de purificarnos, y de prepararnos para el cielo.

»La sexta es la noción de que ningún sufrimiento puede causar daño a una vida cristiana. Si los placeres de la carne lo son todo, entonces el dolor y la prisión ponen fin a la meta principal en la existencia de un hombre; mas si el meollo de la vida es la verdad, ésta es algo que ninguna celda de prisión puede cambiar. En prisión o fuera de ella, dos y dos son cuatro. La prisión no puede impedirme que yo ame; los barrotes de hierro no excluyen la fe. Si estos ideales forman mi vida, puedo sentirme sereno dondequiera.

»La última yerba en esta receta es la esperanza. La rueda de la vida puede poner al médico del emperador en prisión, pero sigue dando vueltas. Puede volverme a poner en el palacio, incluso en el trono.»

Hice una breve pausa. La multitud en la iglesia estaba inmóvil.

—Desde entonces he bebido toneles de este té —dije—. Puedo recomendárselo como muy bueno.

Cuando acabé de hablar, Rugojanu se puso de pie y se abrió paso fuera de la catedral, sin mirar hacia atrás. Bajé del púlpito, y el público prorrumpió en murmullos de charla. Fuera, los estudiantes aplaudieron y me vitorearon, tratando de agarrarme la mano. Telefoneé a Sabina, que se alegró de lo que yo había hecho, aunque sabía que nuevas represalias se sucederían.

Al día siguiente me citó mi obispo para decirme que Rugojanu estaba ocasionando problemas. En el momento que me contaba de las protestas recibidas en el Ministerio de Cultos, el propio Rugojanu entró en la habitación.

—¡Ah, usted! —gritó—. ¿Qué excusas está inventando? Un torrente de sedición, ¡eso fue lo que oí!

Le pregunté qué era lo que le había molestado en particular. Todo, pero especialmente su cura para el sufrimiento.

—Pero, ¿qué tiene de malo mi pobre té? —le pregunté—. ¿Qué yerba fue la que no le gustó?

Me contestó violentamente:

—Usted dijo que las ruedas siempre dan vuelta. Pero en este estallido contrarrevolucionario usted se equivoca. La rueda no dará vuelta, amigo; ¡el comunismo está implantado aquí para siempre! —Tenía la cara desfigurada de odio.

—Yo no mencioné el comunismo —repliqué—. Simplemente dije que la rueda de la vida sigue dando vuelta. Por ejemplo, yo estaba en prisión y ahora estoy libre. Estuve enfermo y ahora he mejorado. Perdí mi parroquia y al presente puedo trabajar...

—¡No, no, no! Usted quiso decir que el comunismo caerá, y todos supieron a qué se refería. ¡No crea que hemos dicho la última palabra sobre este asunto!

Rugojanu convocó a los líderes de las iglesias a una reunión en el palacio del obispo, en Cluj, donde me de-

nunciaron por tratar de envenenar a la juventud mediante ataques disimulados al gobierno.

—Pueden estar seguros de que no volverá a predicar más —gritó Rugojanu, acalorándose hasta el paroxismo. Finalmente tronó—: ¡Wurmbrand está acabado, Wurmbrand está acabado, Wurmbrand está acabado! —Recogió su abrigo y sombrero y salió del edificio.

A unas cien yardas de la puerta, un carro dio un viraje para no matar a un perro. En cambio se subió al pavimento y aplastó a Rugojanu contra la pared. Murió instantáneamente.

El relato de sus últimas palabras, y sus consecuencias, corrió por toda la nación. Es verdad que durante esos años, Dios ha mostrado a menudo Sus señales a favor de su humilde siervo.

El que me revocasen la licencia para predicar como pastor no me detuvo de predicar, pero ahora tenía que hacerlo secretamente, al igual que hice entre los soldados soviéticos después de la guerra. Un nuevo peligro lo constituyeron las visitas de viejos amigos de la prisión, que venían a pedirme consejo y ayuda. Algunos, que se habían vuelto delatores, procuraban provocarme. Estos desdichados pusieron muchas esperanzas en lo que harían al ser libres. Al encontrar su mundo doméstico trastocado, se dedicaron a perseguir los placeres sexuales, a fin de recuperar su perdida juventud. Como esto les costaba más dinero de lo que podrían sufragar, la vía más rápida para un nuevo comienzo con el régimen y para lograr ganancias era proporcionar información al Partido, y se dedicaron a delatar. Su libertad era más trágica que su encierro.

Nuestra mejor protección contra los delatores eran las advertencias que nos daban los amigos en la policía secreta. Muchos de nuestros seguidores sostenían empleos de una índole u otra en el Partido. Una pareja joven que pasaba los días en el Departamento de Propaganda, por las noches oraba con nosotros. Más de

una vez nos reunimos en el hogar de un destacado oficial de la policía secreta mientras él estaba ausente. Su sirvienta era de los nuestros. Otras veces nos reuníamos en sótanos, desvanes, pisos, casas de campo. Nuestro cultos eran tan sencillos y hermosos como los de los primeros cristianos hace 1900 años. Cantábamos en alta voz; si nos preguntaban, decíamos que se trataba de una celebración de cumpleaños. ¡Familias cristianas de tres o cuatro miembros, celebraban treinta y cinco cumpleaños anuales! En ocasiones nos congregábamos en campo abierto. El cielo era nuestra catedral; los pájaros proveían la música; las flores, el incienso; las estrellas, las velas; los ángeles eran los acólitos que las encendían; y el desgarrado traje de un mártir acabado de salir de la prisión, significaba para nosotros mucho más que las vestiduras sacerdotales más preciosas.

3

Sabía, por supuesto, que más tarde o más temprano me arrestarían de nuevo. Después de la revolución en Hungría, la situación se puso más difícil según pasaron los meses. Kruschew anunció un nuevo Plan de Siete Años para «eliminar los vestigios de la superstición». Cerraron las iglesias o las convirtieron en clubs, museos, y almacenes de granos comunistas. Los que los periódicos del Partido vituperaban como «estafadores de sotanas negras», fueron encarcelados a millares.

Oraba:

—¡Dios, si sabes de hombres que se hallan en prisión y a quienes puedo ayudar, almas que salvar, vuélveme a mandar, que lo soportaré de buena gana! Sabina vacilaba a veces, pero al fin decía: «Amén». Por esa época disfrutaba ella de un gozo interior que pro-

venía de la certidumbre de que pronto íbamos a servir a Cristo más plenamente. De nuevo me pregunté si la imagen de la madre del Señor, parada llena de dolor junto a la Cruz, es realmente fidedigna. ¿Acaso no sintió también gozo de que su hijo sería el Salvador del mundo?

Me vinieron a buscar a la una de la madrugada del 15 de enero de 1959. Revolvieron de cabo a rabo nuestro pequeño desván, en una búsqueda que duró cuatro horas. Mi hijo encontró un cinto suyo detrás de una alacena desmontada.

—¡No sé por qué dicen que la policía secreta es inútil! —observó—. He buscado ese cinto por dondequiera. —Al día siguiente le impidieron entrar en la escuela nocturna, por insolente.

Cuando me llevaron, Sabina recogió mi Biblia. En un pedazo de papel halló una oración que yo había anotado, referente a la Epístola a los Hebreos (XI.35). Decía: «Por la fe... las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección». Yo había escrito debajo: «Tengo una mujer así por esposa.»

4

Aún era noche, y las calles estaban cubiertas de fango helado, cuando llegamos a las oficinas de la policía secreta en Bucarest. Tuve que pasar por el familiar proceso de recepción antes de que los guardias me condujeran a una celda. En ella me encontré con un hombre de unos treinta años. Se llamaba Draghici, y era uno de los odiados líderes de la re-educación en Piteshi. Cada vez que la puerta de la celda se abría, pegaba un salto.

—Siento estar tan nervioso —se disculpó—, nunca sé si vienen a buscarme para darme un baño o para

matarme. He estado bajo sentencia de muerte durante cuatro años.

Draghici me relató la historia de su vida. De niño había reverenciado al párroco local, quien le dijo en una ocasión:

—Como tu padre es relojero, dile que repare el reloj de la iglesia a un precio módico. Draghici persuadió a su padre a hacer el trabajo de balde. El clérigo le pidió entonces un recibo por 500 leu, para poder cogerse el dinero, que cargó a su iglesia. Draghici se rió cínicamente al agregar—: Si no hubiera sido por él, hubiera crecido como cristiano y habría dado mucho dinero a la iglesia en el transcurso de los años.

Su padre, un borracho, desapareció con los ahorros de la familia, y a los catorce años el muchacho se alistó en la Guardia de Hierro Fascista, para poder usar la camisa verde, por las canciones de marcha y la admiración de las señoritas. Pocos meses más tarde, tras la victoria de los aliados, la Guardia de Hierro fue depuesta. Draghici se halló en prisión, y cuando los comunistas triunfaron, lo sentenciaron automáticamente a once años por fascista activo. Después de haber servido siete años le prometieron en Piteshi:

—Alístate a los entrenadores para pegar a los otros prisioneros, y te pondremos en libertad.

—Yo tenía entonces veintiún años —alegó— y no deseaba seguir en la prisión. Hice, pues, lo que me mandaron. Los creí, y ahora debo morir por haberles creído.

Me pareció como si ya estuviese muriendo de tuberculosis.

—No es más de lo que merezco —dijo.

Acostado, oí a Draghici toser, y pensé que si Dios me llamara ahora y me preguntase: «Después de haber estado 56 años en la tierra, ¿qué opinas del hombre?»

le hubiera respondido: «El hombre es un pecador, pero no es culpa suya. Satanás y sus ángeles caídos se afanan porque seamos tan desdichados como lo son ellos.»

Durante diez días y diez noches razoné con Draghici:

—No te volviste un criminal por tu voluntad, libre, pero tu sentido de culpa demanda expiación. Jesús ha tomado ya para sí el castigo que tú crees merecer.

A la décima noche, Draghici rompió a llorar. Oramos juntos, y su remordimiento y su temor desaparecieron. Mi petición de poder ayudar a otros prisioneros, fue contestada en los primeros días de mi regreso a la prisión.

5

Seguidamente me llevaron para interrogarme a la prisión Uranus en Bucarest. Un comandante de la policía secreta trató de obligarme a decirle los nombres de los «contrarrevolucionarios» que yo había conocido.

Le dije que con gusto los nombraría, los de Rusia y los de mi patria. Varios miles de ellos habían sido asesinados en la Unión Soviética durante los años treinta por Yagoda, entonces ministro del Interior, pero al final se descubrió que el verdadero contrarrevolucionario era el propio Yagoda. Entonces, bajo su sucesor, Beria, la policía secreta soviética condujo a cientos de miles a la muerte, hasta que Beria también fue asesinado. Añadí que el enemigo supremo de la revolución, el asesino de millones, fue Josef Stalin, al que ya habían sacado de su tumba en la Plaza Roja. Sería mejor, sugerí, buscar contrarrevolucionarios en otro lugar que no fuera mi pobre iglesia.

El oficial ordenó que me golpearan y que me mantuvieran en encierro solitario. Allí permanecí hasta el juicio, que fue una repetición —de diez minutos y en sesión secreta— del que me habían hecho diez años atrás. Mi esposa e hijo se encontraban presentes esta vez, para oír de qué me acusaban.

Más tarde esperé en una celda por el transporte a la siguiente prisión. Mientras les hablaba a los otros presos de Cristo, un oficial entró a anunciarme la nueva decisión del «tribunal del pueblo». Le di las gracias, y seguí con mi conversación. La sentencia había sido aumentada de veinte años a veinticinco.

Septima parte

1

En el camión de la policía secreta iba conmigo otro clérigo acabado de sentenciar. Después de un corto viaje, el vehículo descendió por una rampa inclinada y se detuvo. El corazón se me encogió, porque comprendí que estaba otra vez en la prisión subterránea de Jilava.

Algunas voces gritaron:

—¡Sáquenlos! —y las puertas del carromato se abrieron violentamente.

Una partida de guardias esgrimiendo bastones de mando nos condujeron en medio de golpes a lo largo del pasillo. Habían estado bebiendo, y la vista de los clérigos les provocó un arrebato de alegría. Nos tiraron unos raídos uniformes de prisión para que nos los pusiéramos. A los que demoraban en cambiarse, les desgarraban la ropa por la espalda. Nos cortaron la barba, entre risotadas. Nos raparon la cabeza salvajemente.

Sangrantes y medio desnudos, nos condujeron a una inmensa celda.

Nos sentamos en el piso de piedra, apretándonos en un grupo en el frío de febrero. Por fin, un guardia entró bruscamente, vociferando:

—¡Que salgan todos los clérigos! —Hubo risitas y bufidos reprimidos, desde detrás de la puerta. Salimos en fila, y bajo otra tanda de bastonazos que tratamos de esquivar, corrimos, protegiéndonos la cabeza con los brazos lo mejor que pudimos. Los que cayeron, fueron pateados por botas pesadas y escupidos.

Media hora más tarde llamaron de nuevo a todos los clérigos. Nadie se movió. Los guardias entraron de sopetón en la celda, pegando indiscriminadamente.

Procuré consolar a los que estaban cerca de mí. Uno de los nuestros había perdido varios dientes y tenía el labio seriamente rajado. Mientras le limpiaba la sangre de la cara me dijo:

—Soy el archimandrita Critescu.

Nos habíamos conocido hacía años, a la sazón que yo esperaba ver al patriarca ortodoxo. Miron Critescu trabajaba en ese momento en su oficina, y decidí contarle nuestras dificultades. Me colocó las manos en los hombros, diciéndome:

—Hermano, Cristo vendrá de nuevo; lo esperamos. Esto es algo que el hombre debería decir a menudo, y sin embargo, raramente lo hace. —No lo olvidé, pero afeitado, con la cara cubierta de sangre y suciedad, era irreconocible.

Las horas pasaron, y permanecemos sentados, tiritando. Miron Critescu hablaba de que él y otros en torno al patriarca, habían tratado de evitar que la iglesia se convirtiera en un instrumento del Estado. Creyeron poder influir en el lado mejor del patriarca, pero Gheorghiu-Dej había sabido elegir. A Justiniano lo mandaron de visita a Moscú, donde le transformaron más aún las ideas. Asestó golpe tras golpe a los cató-

licos, a los evangélicos, y a todos los ortodoxos que no cedían a las exigencias del Estado.

—Aquí soy como el resto —dijo el archimandrita Critescu—, fue un error tratar de aceptar. Desde el principio debí haber resistido.

—No deje que esas ideas lo entristezcan demasiado —le dije.

Alzó a mí sus ojos magníficos y contestó:

—Hermano Wurmbrand, la única tristeza que yo experimento es la de no ser un santo.

Dicho desde un púlpito, esto hubiera resultado apenas una frase hermosa. En esa horrible celda, después de una feroz paliza, las palabras resonaron con su verdadera grandeza.

2

Miron estaba conmigo cuando pocos días más tarde me juntaron a un convoy que iba hacia las montañas. Al cabo de muchas horas aparecieron a la vista la ciudad transilvana de Gherla, y su edificio principal, la prisión. Aquí era donde mi esposa me había visitado durante mi estancia de dos meses, en 1956. Además tenía otros recuerdos para mí. Desde las ventanas superiores de la prisión, que fue construida en el siglo XVIII, durante el reinado de la emperatriz María Teresa, podía ver la vieja horca, que ya no se usaba, porque el método comunista de ejecución es un tiro en la parte posterior de la cabeza. Detrás de las elevadas murallas, veíamos la vida proseguir en la ciudad. Los prisioneros contemplaban la momentánea escena, y soñaban. Pero al mediodía nadie aguantaba mirar. Era la hora en que los niños regresaban de la escuela gritando y riendo, persiguiéndose los unos a los otros, camino del hogar. Cada hombre pensaba en su propia familia.

Unos 10.000 prisioneros fueron hacinados en acomodaciones primitivas, con capacidad para 2.000, y el régimen era tan duro como en los peores días de la campaña de reeducación. El verano anterior había ocurrido un serio motín en Gherla. Los prisioneros se habían barricado en un ala, en protesta por haberles clavado las persianas, privándolos de la luz y el aire. Los carceleros abrieron las puertas a golpes, y comenzó un combate en retirada. Llamaron a las milicias, las cuales abrieron fuego, matando e hiriendo a numerosos prisioneros. Como castigo, se redujo el alimento al nivel de la inanición, y cientos de convictos fueron dispersados a otras prisiones.

Nosotros, sacerdotes y pastores, pronto compartimos un lugar con miles de prisioneros políticos atrapados en la nueva ola de arrestos —terratenientes, oficiales del ejército, médicos, tenderos, artesanos que no quisieron unirse a las cooperativas, campesinos opuestos a que les quitasen las tierras—, algo que el Partido andaba preparando por entonces. Después de dos desastrosos Planes de Cinco Años, Dej había anunciado un Plan de Dieciséis Años que duraría hasta 1975 —si queda alguno libre para manejarlo— me comentó un prisionero.

Las celdas eran largas y oscuras habitaciones de barraca en las que resonaba el eco. Cada una albergaba de 80 a 100 hombres, pero sólo 50 ó 60 de ellas tenían literas. Muchos compartían una cama. Era difícil dormir. Aparte de la usual procesión de toda la noche a los cubos de retrete, que pronto rebosaban, había una docena de roncadores que ejecutaban su melodía individual; si uno paraba, otro se unía al resonante coro. Tampoco se podía descansar durante el día, cuando la disciplina era impuesta por medio de látigos y botas claveteadas. Los guardias hacían sorpresivas «visitas de seguridad» a las celdas, golpeando con los bastones en los barrotes de hierro de las ventanas, para cercio-

rarse de que no habían sido limadas. Mientras tanto, los prisioneros yacían boca abajo en el piso, en hileras, para que los contasen. Los guardias daban un pisotón o una coz a cada hombre cuando se mencionaba su nombre.

La menor infracción del reglamento se castigaba con un mínimo de 25 latigazos. Siempre estaba presente un doctor, por si alguno moría en el proceso. Escasamente había un individuo en la prisión que no hubiera sido flagelado, y algunos habían recibido «los veinticinco» en varias ocasiones. Convinimos en que los azotes dolían más que los palos o los bastones. Los golpes ardían como fuego; como si a uno le asaran la espalda en un horno, aparte del considerable trastorno que causaba en el sistema nervioso. También era notable el efecto embrutecedor que estas disciplinas tenían en los guardias, nuestros amos. La sangre y el poder parecían afectar incluso a los mejores de ellos, como un licor; y diariamente llevaban el veneno de la crueldad de la prisión afuera a la sociedad.

En todos los descansos de escalera había un inodoro corriente. Miron y yo acarreábamos todos los días los cubos de retrete. Teníamos que ponernos en fila con otros prisioneros que esperaban su turno para vaciar el contenido en el sumidero. El archimandrita, un hombre refinado y culto, se forzó él mismo a realizar estas labores. Una mañana resbaló en el grasiento piso de piedra, y parte del líquido salpicó la bota de un carcelero.

—¡Cretino! —le gritó el hombre, propinando a Miron un feroz golpe en el hombro—. ¡Acabarás en Rozsa Sandor!

Más tarde, cuando comíamos nuestro atole, Cristescu me preguntó qué había querido decir.

—La tumba —repliqué—. Ellos siempre dicen eso, no se preocupe.

Rozsa Sandor era el cementerio de la prisión; sus grises lápidas mortuorias, enterradas en los abrojos, se veían desde las ventanas. Se llamaba así en recuerdo de un asesino que durante el siglo pasado fue sentenciado a veinte años, cuando tenía diecinueve años de edad. En cierta ocasión, mirando hacia abajo a través de los barrotes, vio en el jardín a una mujer con un bebé en los brazos. Día por día las observó. El sacerdote vino a bautizar a la niña; tuvo lugar su Primera Comunión; asistió a la escuela y se convirtió en mujer. Entretanto, Rozsa Sandor observaba, y la joven se volvió la obsesión de su vida. Decidió casarse con ella cuando fuese libre. Al fin, llegó el día de abandonar la prisión. Se apresuró por el camino, tropezándose con una celebración de fiesta; un banquete de bodas. ¡Así es que su amada le había preparado este recibimiento! —pensó. Corrió a ella y le dijo—:

—No puedes imaginarte lo feliz que me haces... porque vas a ser mi esposa hoy mismo. La muchacha miró detenidamente al abominable, desdentado Rozsa Sandor, y se echó a reír.

—¿Qué es lo que está diciendo este viejo tonto? —preguntó. Seguidamente, tomando la mano de un joven que estaba junto a ella, se lo presentó—: Este es mi esposo. Rozsa Sandor se quedó bouiabierto frente a la pareja. En un arrebató de cólera y de locura, agarró un cuchillo de servir y los asesinó a ambos a puñaladas. Lo ahorcaron por criminal, y lo enterraron en el cementerio de la prisión, al que dieron su nombre.

—¡Acabarás en Rozsa Sandor!

Esta amenaza, gritada a diario, nos recordaba que nos estábamos poniendo viejos. Los prisioneros nunca se dan cuenta de que el tiempo pasa. Para ellos, siguen siendo de la misma edad que cuando entraron en la prisión; sueñan con las jóvenes esposas y novias que dejaron; nunca con las gastadas mujeres a las cuales retornarán.

Hasta el reloj encima de la portada principal de Gherla se había parado. Jamás se movió en los seis años que pasé allí.

3

El comandante de la prisión era un pequeño Nerón, grueso y de cara rubicunda, que no podía estar sin comer. Los prisioneros que eran llevados delante del comandante Dorabantu se asombraban de que en medio de una entrevista, su mano rebuscara en una gaveta y saliera agarrando un rollo de chorizo de ajo o una manzana.

Nuestro primer encuentro fue típico. Estuve de pie con atención, escuchando su incoherente y estúpido discurso de odio. Al parecer, sólo había dos cosas que Dorabantu no odiaba: la comida, y el sonido de su propia voz.

—¡Wurmbrand, eh! —gritó, salpicando la mesa con un bocado de migajas de torta—. ¡Un monje!

Dije que era pastor.

—¡Pastores, sacerdotes, monjes, todos son lo mismo para mí! Todos oprimen a los pobres para hacer su agosto. ¡Lo sé! Movía las manos como un payaso, y contó relatos de su miserable niñez. Había sido zagal del rebaño de su padre, cerca de uno de los monasterios más ricos de Rumanía. Cuando las ovejas se extraviaban en tierras de la iglesia, los monjes las zurraban brutalmente.

—¿Vio alguna vez a un sacerdote disparando una escopeta de dos cañones a un niño hambriento, Wurmbrand? ¡Un lindo cuadro sagrado!

Dorabantu también se quejó de haber sido explotado como obrero de fábrica, posteriormente en su vida.

Por eso aprovechaba entonces la oportunidad de darles el pago merecido a los capitalistas y a los clérigos.

En mi celda había algunos tipos de pelo en pecho, asesinos y ladrones que de nombre eran prisioneros políticos por haber matado a un comunista o porque su robo fue considerado sabotaje económico. Otros eran criminales de guerra que cumplían cadena perpetua por asesinar en masa a rusos y judíos. Eran hombres amargados, airados, que desdeñaban todos mis esfuerzos por brindarles consuelo religioso. Especialmente los que habían matado a judíos, sentían resentimiento contra mí, por ser yo de esa raza. Nunca oculté este hecho, y con frecuencia, cuando me preguntaban, expresaba el natural amor que me inspiraba mi pueblo, aunque yo hubiera ejercido el derecho que tiene cada hombre de escoger su fe. He elegido otra fe diferente de la que sustenta la mayoría de mi pueblo. Cuando empecé a hablar en voz baja a un individuo en una esquina, los otros formaron un círculo amenazador alrededor de nosotros.

—¡Te dijimos que te callaras la boca! —gruñó el líder. Me puse de pie, y alguien me empujó. Otro estiró la pierna, y me caí de boca. Sentí que me daban una violenta patada en las costillas, pero cuando el grupo cayó encima de mí, sonó un grito de advertencia. Un carcelero que presenció la lucha por el atisbadero, había pedido auxilio. La multitud se dispersó. Cuando la celda se abrió, todo el mundo estaba en su litera.

—¡Wurmbrand! —El comandante, paseándose por los corredores, había oído el relato. El guardia me había reconocido por ser yo el más alto en el cuarto, pero en la semioscuridad no pudo identificar a los atacantes—. Wurmbrand, ¿quién fue?

Pasándome la mano por una cortada que me habían hecho en la boca, dije que no podía contestar.

—¿Por qué no?

—Como cristiano, amo y perdono a mis enemigos, no los denuncio.

—¡Entonces eres un idiota! —soltó Dorabantu.

—En eso tiene razón —dije—, el que no es cristiano con todo su corazón, es un idiota.

—¿Me está llamando idiota? —tronó el comandante.

—No he dicho eso —lo que quiero decir es que yo mismo no he sido tan buen cristiano como debiera ser.

Dorabantu se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Llévatelo. ¡Dale treinta golpes! —Se marchó taconeando, enfurruñado—. ¡Monjes locos!

Cuando regresé, los guardias todavía interrogaban a los prisioneros. Como no obtuvieron información adicional, nadie más fue castigado. A partir de entonces, hubo pocas interrupciones cuando traté de predicar.

4

A veces las riñas de prisión eran cómicas, aunque los implicados en ellas no eran dados a pensar así. Viví en diferentes celdas, nunca entre menos de 60 individuos; siempre con dos aberturas estrechas y de barrotes, como ventanas. ¿Debíamos abrirlas, para que nos heláramos acostados en la cama, o cerrarlas, haciendo el aire sofocante y hediondo, al extremo de despertarnos todas las mañanas con dolor de cabeza? El tópico se debatía literalmente durante horas, igual que si nos halláramos en el Parlamento. Había dos partidos. Los que se hallaban lejos de la ventana, alegaban que «el aire fresco no le hace daño a nadie». Los que se hallaban cerca, replicaban: «Todos los años mueren miles de personas de pulmonía».

«Si los intereses materiales dictan que dos por dos tiene que ser algo diferente a cuatro, entonces eso será». es un axioma de Lenin. Lo vimos demostrado en la prisión. Los guardias se aburrían cuando hacíamos ejercicios al exterior de la celda.

—¡Ya se acabó la hora, todo el mundo para adentro! —nos gritaban. Protestábamos:

—¡Si apenas hemos estado quince minutos! Ambos lados creían tener razón; el propio interés imponía nuestro sentido del tiempo.

Los criminales comunes pronto se acomodaron, sintiéndose a sus anchas aquí como afuera. Tenían su rutina, su orden de precedencia, su propio argot. Eran prodigiosamente hábiles en escamotear restos de comidas. Llamaban a los carceleros por motes, y trataban de conseguir cigarrillos de gorra, a través de los atisbaderos. Obtuvieron las posiciones de confianza, dejando el trabajo pesado a los políticos, y el más sucio a los clérigos y a los cristianos practicantes.

Debido a la congestión de gente me pusieron en una tarima entre dos hombres que peleaban como aves de presa en muda alojados en la misma jaula. El alto y demacrado ex sargento Grigore había asesinado a cientos de judíos, obedeciendo órdenes. Su enemigo Vasile, un «saboteador económico», hacía pagar a Grigore los platos rotos por todos sus errores. Vasile, que era pequeño y raquítico, pronto descubrió el lado flaco de su adversario. La cara se le desfiguraba con expresión de triunfo al escupir la palabra:

—¡Asesino! —Grigore se encogía de hombros y no contestaba.

Regañé a Vasile:

—¿Por qué se lo dices? Está viejo y enfermo, y nadie sabe dónde va a pasar la eternidad. Si va a pasarla con Cristo, estás insultando a un futuro ciudadano del Cielo; si va a pasarlo en el Infierno, ¿por qué añadir maldiciones a su sufrimiento?

El ladrón pareció sorprendido.

—¡No sabe usted a cuántos rusos y judíos asesinó esa rata maligna!

—Eso pasó en el transcurso de una espantosa guerra hace veinte años —repliqué—. Lo ha pagado con quince años de hambre, golpes y prisión. ¿Acaso me vas a tildar de payaso porque solía dar volteretas en medio del cuarto cuando tenía tres años? ¿O de analfabeto porque no sabía leer cuando tenía cuatro años? ¡Esos días ya han pasado!

Vasile se incomodó. Al día siguiente, un grupo comenzó a discutir cerca de mí cómo tratarían a los rusos si tuvieran la oportunidad.

—¡Ahorcarlos es demasiado bueno para ellos! —chillaba Vasile—. Debíamos desollarlos vivos...

Por fin, no pude aguantarme más. Objeté que ni los rusos ni nadie debía ser tratado así.

—Pero si ayer —protestó Vasile— usted defendió a un hombre que mató a cientos de rusos, ¡para ahora decir que matar a los rusos es malo!

Grigori padecía profundamente por el recuerdo de sus crímenes, y me preguntó:

—¿Le parece que he expiado con tanto sufrimiento, aunque éste sea impuesto?

—Sí. La Biblia dice que quien ha sufrido en el cuerpo ha terminado con el pecado. Le conté del pobre Lázaro, que padeció y fue al cielo. Si crees en Cristo te salvarás —le aseguré.

—Los otros no piensan así —dijo—. Mire a Eichman, ¡el individuo que quieren ahorcar en Israel!

—No hay pruebas de que haya remordimiento, pero en todo caso no creo que nadie deba ser acusado de un crimen cometido hace tanto tiempo. Quizá no sea el mismo hombre. Yo sé que no lo soy —le ratifiqué— y estoy seguro de que muchos judíos me darían la razón. (Años después supe que Martin Buber, el gran

pensador judío, se había opuesto a la sentencia de Eichmann).

—No soy el mismo —admitió Grigore—, porque me he arrepentido de lo que hice; pero otros pudieran estar dispuestos a hacerlo de nuevo.

Nadie puede ser castigado por lo que puede hacer de malo en el futuro. La maldad es solamente una parte de nosotros. Algunos de los peores hombres, han poseído asimismo grandes virtudes. Tú no eres una excepción, Grigore.

Estas ideas lo animaban un poco.

No faltaban las risas en la celda. En los Hechos de los Apóstoles, el contento es considerado testimonio de la presencia de Dios; sin esta creencia, la existencia del gozo en la prisión es inexplicable.

Algunos incluso podían reírse de sus sufrimientos. El comandante Braileanu, un ex oficial de pequeña estatura, ágil, con un mechón de cabello que le daba un aire amuchachado, era uno de ellos. El traje a la celda un nuevo rumor: el de que iba a tener lugar otra conferencia cumbre en la primavera de 1959, entre Gromyko, el ministro soviético del Exterior, y los delegados del Occidente. Afirmábase que la conferencia ocurriría el 10 de mayo. Los prisioneros adoptaron un nuevo saludo, sostenían en alto los diez dedos, para indicar el esperado día de la liberación.

El día de la conferencia los guardias, en efecto, abrieron la celda y llamaron a cuatro hombres, entre ellos al comandante Braileanu. ¿Cuál sería el primero en ser liberado? Los observamos con envidia. Pronto escuchamos gritos de agonía que procedían de la pequeña alcoba al final del corredor, donde se propinaban los azotes. Era imposible acallar el sonido. Pegaron a tres, pero cuando le llegó el turno al cuarto, no emitió ni un sonido bajo los acostumbrados veinticinco azotes. Braileanu vino con los otros a la celda, pálido e incapaz de hablar. Se compuso.

—Caballeros —dijo—. Voy a darles nuestro nuevo saludo. —Y alzó dos dedos de la mano derecha y cinco de la izquierda, para hacer la señal de veinticinco.

Se pasaban historias y adivinanzas durante horas. Todos tenían que contribuir. Una clase de tonterías que contaban, nos hizo reír más que ninguna otra.

—¿Qué es lo que tiene tres colores, cuelga de los árboles, y canta tara-boom-cha-cha? —preguntó Florescu, un ladrón medio gitano. Nadie contestó—. Un arenque.

—¡Un arenque no tiene tres colores!

—Si los pinto los tiene.

—Tampoco cuelga de los árboles.

—Cuelga si lo amarro.

—¡No canta tara-boom-cha-cha!

—Bueno, esto lo dije para que no lo adivinaran.

Gastón, un pastor unitario de cara delgada que usaba gruesos espejuelos, propuso otra adivinanza.

—Un hombre que viaja en tren tiene una esposa llamada Eva, y viven en una casa roja. ¿Cómo se llama él? —Las caras aparecieron perplejas.

—Si un hombre viaja en tren y comparte una casa roja con su esposa Eva, ¿en qué pueden estos detalles ayudar a adivinar su nombre?

—Fácil —dijo Gastón—. Se llama Carlos.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Porque lo conozco hace muchos años; es mi mejor amigo.

El archimandrita Miron nos contó lo que él juraba era un relato fidedigno acerca del comandante. Paseándose por delante de una fila de convictos alineados para inspección, les preguntó a todos lo mismo:

—¿Cuál es tu delito?

—No he hecho nada, señor, pero me echaron diez años.

Dorabantu prosiguió:

—¿Y el tuyo?

—Ninguno, señor, pero me echaron veinte años.

—¡Pícaros mentirosos! —dijo Dorabantu, indignado—. A nadie, en la República del Pueblo, le echan más de diez años por nada!

Los estafadores y rateros eran los que narraban las mejores historias. Habían vivido descaradamente de su ingenio. Florescu nos contó de una ocasión en que robó a un joyero de la calle Carol de Bucarest, que estaba alineada de joyerías. Había sucedido de la manera siguiente:

—El señor Herschcovici, el más cortés de todos los joyeros, un día dio la bienvenida a una elegante pareja que entró en su establecimiento.

»—¡Buenos días! —dijo el hombre, que, por supuesto, era Florescu.

»—Esta es mi prometida, la muchacha más dulce de todo Bucarest! —y una de las más ricas también, según dedujo el joyero por su charla.

»—Hemos venido a elegir el anillo, de brillantes, desde luego... oh, no, ¡éstos son demasiado pequeños! De los anillos pasaron a un reloj montado en joyas, para la madre de la joven; un neceser de piel de codrilo para el padre, y en ese momento, la novia lo interrumpió:

»—No, querido, no podemos olvidarnos del obispo. Como es mi tío, no va a aceptar que le paguemos por el servicio, pero ya sabes nuestra tradición: una ceremonia no pagada, no es aceptable en el Cielo.

»—Cierto, cierto, pero, ¿qué puede regalársele a un obispo? —y en ese momento los ojos de ambos se volvieron hacia una vitrina que contenía un juego completo de doradas vestiduras episcopales

»—¡Ahí está! —exclamó Florescu.

»—¡Pero mi amor! —le explicó ella—. ¿Cómo sabemos si le viene bien? —Florescu le dio al joyero una ojeada de la cabeza a los pies.

»—¡Tienen el mismo cuerpo! —y Herscovici, en la esperanza de vender las costosas prendas, se dejó

vestir con la sotana dorada. Le amarraron el cinto alrededor del talle y le pusieron en la cabeza la reluciente mitra.

»—¡Le queda perfectamente! —dijo Florescu—. ¡Ahora sostenga el cetro!

»Al decir esto, la pareja metió las joyas en el estuche de piel de cocodrilo y salió corriendo de la tienda. Hershcovici se quedó paralizado de sorpresa. Cuando se repuso, corrió detrás, gritando:

»—¡Ladrones! ¡Deténgalos! ¡Auxilio! —Los comerciantes judíos salieron a la puerta y vieron a Hershcovici galopando por la calle desierta en el atuendo completo de un metropolitano ortodoxo.

»—¡Hershcovici se ha vuelto loco! —gritaron.

»Tres de ellos lo alcanzaron y lo sujetaron mientras él forcejeaba y protestaba:

»—¡No, no! ¿Qué hacen? ¡Miren que los ladrones escapan! —Y, en efecto, lo hicieron por una calle lateral, y jamás los cogieron.»

Cuando cesó la risa, el pastor Gastón añadió:

—Pero, al fin te agrarraron, ¿no es cierto, Florescu? El ladrón no quiso discutir este otro episodio.

—Bien, ¿por qué no nos dice usted el motivo por el cual está aquí, pastor? —le preguntó a su vez.

—Bueno, el mío es también un relato cómico. Me echaron siete años por predicar un sermón cristiano sobre la huida de la Sagrada Familia a Egipto.

Gastón había sido denunciado por uno de la congregación. En el juicio se dijo que, al deplorar el intento de Herodes de matar al niño Jesús en la matanza de los inocentes, Gastón estaba realmente atacando la campaña comunista contra la religión, y que sus alusiones a Egipto revelaban perfectamente sus esperanzas de que Nasser se uniera al campo imperialista.

Un interrogador preguntó al pastor Gastón qué había hecho él, para ofender al Partido.

—Siempre me puse del lado de los trabajadores —protestó—. Empecé una escuela y una cooperativa, y redoblé mi congregación.

El oficial se rió.

—La clase de clérigo que queremos es como el que oficia en la parroquia siguiente a la suya, un viejo lascivo, borracho, cuya iglesia está siempre vacía.

Gastón me hablaba a veces de su probre niñez. Siempre tuvo hambre, y robó cuando no tenía nada que comer.

—En una ocasión me apoderé de un gallinero —me dijo—. Me hicieron desfilar por la villa con un rótulo atado al cuello que decía: «Ladrón». —Creció, pues, con el deseo de revolucionar el mundo.

Estudió varios sistemas de política y filosofía, y se unió a la iglesia unitaria. Cuando la policía registró su casa, entre sus cientos de libros hallaron un ejemplar de «La psicología individual» de Adler.

—¡Aja! —comentó el detective—, un individualista —y se llevó el libro como evidencia.

5

Entre un grupo de prisioneros recién llegados, me sorprendió ver al profesor Popp. Parecía enfermo, que caminaba como un viejo. No nos habíamos visto desde la amnistía de 1956, y mis cartas habían quedado sin contestar. Esa noche me explicó por qué.

Al igual que muchos otros prisioneros libertados, se había sumergido en un mundo de placeres.

—Estaba hambriento de ellos —dijo—. Temía que la vida se me estaba escapando. Tenía que probar que podía disfrutar de nuevo. Gasté a manos llenas, bebí mucho, y abandoné a mi esposa por una mujer más joven.

»Entonces sentí remordimiento. No había olvidado mis votos cristianos. Abrí el corazón a otro pastor, y le eché la culpa al comunismo por destruir la nación. Después de escucharme, me denunció.»

Popp había recibido otra sentencia de doce años. Su primera condena en prisión, había sacado a relucir la fuerza y la bondad que había en él, como un ave marina que se eleva más alto cuando da con el viento, y cae cuando éste cesa. Su voluntad se había debilitado. Procuré traerlo de nuevo a Dios, pero la vida parecía desprovista de sentido para él.

Inmediatamente después de su sentencia le habían comunicado su «entierro cívico», un nuevo rasgo de la vida en la República del Pueblo. Cuando un contrarrevolucionario iba a prisión, sus colegas, amigos y familiares, eran convocados por un funcionario del Partido, quien les informaba:

—Camaradas, este hombre está muerto para siempre y para todo el mundo. Aquí nos reunimos para enterrar su memoria. Uno por uno, «los dolientes» tenían que denunciar sus ofensas contra el Estado. La hija de Popp, que era viuda, habló como el resto. Si hubiera rehusado, le habrían quitado su empleo, y tenía dos niños pequeños.

A Popp lo pusieron a trabajar conmigo al segundo día. Teníamos que limpiar el piso de la larga celda, y frotarla de un extremo a otro. Un prisionero escogido por los guardias como líder de cuarto, vino cuando casi habíamos acabado nuestra labor. De una patada volcó el cubo de agua sucia, diciendo:

—¡Ahora, háganlo otra vez!

Finalmente, llegó un guardia para inspeccionar. Agarró al líder de los presos y lo obligó a bajar la cara contra el lodo que había acarreado con sus propias botas.

—¡Asqueroso! —le gritó. Frotamos otra hora más, con acompañamiento de patadas e insultos del líder. No hay peor opresor que el oprimido.

Esta experiencia dejó a Popp temblando de agotamiento. Para distraerlo, durante la comida se lo presenté al pastor Gastón. Por el rostro de éste pasó una mirada de profundo asombro. Popp sencillamente volvió la cara y cerró los ojos.

A medida que transcurrieron los días el profesor se retrajo más en sí mismo. Teníamos que insistirle para que comiera, y ayudarlo todas las mañanas a alistarse. No reía ni lloraba, ni se incorporaba a la existencia de la celda. Una mañana, sin embargo, picado por una salida mordaz del líder de cuarto, sujetó al tipo por la garganta, apretando como un loco, hasta que dos guardias lo tumbaron a palos. Lo llevaron inconsciente al ala del hospital, y al día siguiente nos enteramos de que había muerto.

6

La tragedia produjo tristeza en la celda. Mientras otros rezaban por el alma de Popp, en conformidad con la costumbre ortodoxa, Gastón reposaba en silencio en su tarima, y cuando yo hablé de la vida eterna se levantó y se alejó.

Esa noche se discutió en la celda la cuestión de la vida después de la muerte. Le pidieron opinión a Gastón.

—Los unitarios progresistas no creen en la supervivencia sobrenatural —dijo.

—Pero no estamos hablando de los unitarios progresistas —repliqué—, sino de usted. Tengamos el coraje de ser nosotros mismos. No digamos «nosotros los

católicos, nosotros los protestantes, nosotros los rumanos...»

—Pues, hablando personalmente, no creo en ella.

—Si habla personalmente —le dije—, ése es el primer paso para creer, porque la personalidad es el mayor regalo que Dios ha concedido a la humanidad, lo único que permanece cuando el cuerpo cambia. Los átomos de oxígeno e hidrógeno que hay en mi cuerpo, son iguales a los suyos. El calor de mi cuerpo puede ser medido con los mismos instrumentos con que puede medirse el de usted. Todas las energías del cuerpo, químicas, eléctricas, son iguales en uno y otro hombre. Pero mis pensamientos, mis sentimientos, mi voluntad, son míos. La energía física es como una ficha de poker, que no tiene marca. La energía espiritual es como una moneda, que lleva representada la cabeza de un rey. En ese caso, ¿por qué deberá compartir la suerte del cuerpo?

Florescu, que había arrimado una banqueta, dijo, con una obscenidad:

—Creo en lo que puedo ver, gustar y sentir. Somos todo materia, como este pedazo de madera en que estoy sentado, y cuando uno se muere, ése es el final de todo.

Fui a darle una patada a la banqueta, la cual rodó por todo el cuarto. Florescu cayó con un topetazo. Se levantó rápidamente y se abalanzó hacia mí, pero los otros lo sujetaron:

—¿Qué es lo que pasa? —gruñó.

Le contesté con dulzura:

—¡Pero si dijiste que eras materia como la banqueta! Yo no la oí quejarse...

Hubo risas, a las que se unió Gastón.

—Lo siento, Florescu —dije—, sólo quería probar que como la materia no reacciona con amor u odio, es después de todo diferente de nosotros.

Estuvo molesto por un momento, y entonces interrumpió nuevamente.

—Yo creería si los muertos regresaran a hablarnos.

—Estoy seguro de que los hombres han estado en contacto con los muertos —repliqué—. Grandes científicos, desde Newton hasta sir Oliver Lodge, han creído en el espiritualismo. La Biblia describe la evocación del difunto rey Saul. Las Escrituras lo prohíben, pero afirman que es posible.

La trifulca sobre la banqueta había hecho a otros acercarse a escuchar. Comencé a predicar seriamente acerca de la existencia después de la muerte. Para nosotros no era una cuestión académica, sino un tópico de quemante e inmediato interés. Los hombres morían diariamente en Gherla.

—Si Dios nos hubiera creado para esta vida solamente —alegué—, no nos hubiera dado un «yo» que crece en sabiduría con la edad, y la juventud con su vigor para luego envejecer y dejar de ser. Parece insensato acumular conocimientos y entendimiento sencillamente para llevárselo a la tumba. Lutero compara nuestra vida en la tierra a la vida de un niño no nacido; si el embrión pudiera razonar dentro de la matriz, con seguridad se preguntaría por qué le crecen manos y pies, llegando sin duda a la conclusión de que tiene que haber otro mundo en el cual pueda jugar, correr y trabajar. Así como el embrión se prepara para un estado futuro, nosotros nos preparamos también para otra vida en la que podremos usar las facultades que hemos desarrollado en la presente.

Olvidé a los guardias y elevé la voz para predicar a los prisioneros acostados en sus literas, en tongas que llegaban al techo. Sus ojos me observaban en la mortecina luz que la débil bombilla colgando del cielo raso contribuía a hacer todavía más lúgubre.

—Supongan que yo les afirmo que en media botella hay espacio para cinco botellas de leche —alegué—.

Dirían que estoy loco. No obstante, en mi mente albergo, todos juntos, pensamientos sobre un suceso como el Diluvio, que ocurrió hace miles de años; sobre mi esposa e hijo, en la habitación donde los dejé; de Dios y del diablo. ¡Cómo es que dentro de los estrechos límites de mi cabeza puedo abarcar las cosas de la vida cotidiana, y lo infinito y lo eterno? Lo ilimitable debe estar contenido dentro de algo ilimitable, que es el espíritu. Pudiendo su espíritu no encadenado ir dondequiera en tiempo o espacio, ¿creen que puede compartir la suerte de esta cáscara que es el cuerpo?

Mientras hablaba de estas cosas, hubo un silencio como no se presencié jamás en ninguna iglesia. Nadie bostezó ni se agitó; nadie se distrajo. Los prisioneros, con su trajes sucios, las mejillas hundidas, y los ojos agrandados por el hambre, recibieron el pensamiento de la supervivencia después de la muerte como una tierra sedienta recibe la lluvia.

7

Al día siguiente, antes de la diana, cuando me desperté, hallé vacía la tarima de Gastón. Entonces vi su frágil silueta en la ventana. Me tiré una frazada por los hombros y me le uní. Miramos hacia abajo por los barrotes. La luz era color ceniza. La niebla colgaba en el patio, pero podíamos ver una hilera de ataúdes negros delante de la portada principal. Contenían a los hombres que habían muerto en las últimas veinticuatro horas; uno de ellos sería Popp. Esta escena era diaria en Gherla, y me pregunté por qué Gastón había elegido ese día para levantarse y mirar. Traté de volver a llevármelo a la cama, pero no se movió.

Ante nuestra vista, un guardia cruzó el patio y levantó las tapas de ataúdes, exponiendo los cuerpos. De-

trás de él apareció una figura voluminosa, con una estaca de acero en la mano. La levantó y la hundió en el cuerpo de cada cadáver, uno por uno.

—Dios dé descanso a sus almas —dije.

Los guardias querían cerciorarse de que no les quedaba vida, y de que ningún futuro fugitivo había reemplazado a los cuerpos. Gastón temblaba. Le puse la frazada alrededor del cuerpo, pero siguió de pie, mirando, mientras tapaban los cadáveres y los conducían al carro pesado que los llevaría al cementerio Rozsa Sandor.

Muchos días después de esto, Gastón seguía cavilando. No nos descubrió lo que pasaba por su mente, rechazando todos mis intentos de invadir su aflicción. Por las noches escuchaba a los otros intercambiar relatos, pero únicamente una vez aportó uno.

Los prisioneros intercambiaron miradas; había permanecido tanto tiempo callado y moroso que no sabían qué esperar.

—Estaba sentado en un restaurante poco antes de mi arresto —dijo—. Creí que me levantaría el ánimo disfrutar de una buena comida, de modo que colgué mi sobretodo cerca de una mesa de esquina y ordené todo lo que me gustaba. Otro parroquiano que se hallaba próximo, me miró, preocupado, y se levantó para hablarme, pero le hice señas de que se fuera.

»—Por favor —lo atajé—, todos tenemos nuestros problemas y quisiera comer en paz.

»La comida estaba buena. Encendí un cigarro, y creí apropiado ir a pedirle excusas por ser tan descortés. Cuando me disculpé, y le propuse que me dijera entonces lo que le pasaba, el individuo comentó:

»—Es demasiado tarde. La estufa le quemó un hueco en el sobretodo.

El relato de Gastón provocó algunas risas, pero él regresó a su tarima y se acostó en la oscuridad. En otros tiempos había pasado horas contándonos cómo

había honrado a Cristo como al más grande de todos los maestros, pero no como Dios, y los puntos que los unitarios aceptaban como verdaderos en la Biblia, y los que no. Su revelación no dejaba mucho terreno del cual asirse. No les preocupaba mucho la vida eterna, nos informó. Pero entonces empezó a hablar otra vez del profesor Popp. ¿Qué prueba tenemos de que algo ha quedado de él, después de la terrible escena que hemos presenciado al amanecer? La criatura humana masculina, afirmó, necesitaba cuatro cosas para sobrevivir: alimento, calor, sueño, y una mujer que le sirva de compañera.

—Bueno, puede pasarse sin lo último —agregó—. Mi esposa ha ido a vivir con otro hombre. Nuestros dos hijos se hallan en un hogar del Estado.

—Usted no cree esto —le dije—, aquí vivimos con un mínimo de tales cosas, y sin embargo, diariamente, oye reír y cantar a los hombres. Sus cuerpos no tienen motivo para cantar. Es otra cosa lo que en ellos canta. Usted cree en el alma, ¿no es cierto? En aquello que los antiguos egipcios llamaron *kaa*, los griegos *psyche*, y los hebreos *neshama*. De otra forma, ¿por qué le inquieta la forma en que se están criando sus hijos? Si todo habrá pasado en unas cuantas décadas, ¿para qué deseamos religión, moral, o decencia?

—Es demasiado tarde —dijo Gastón—, ya no puedo cambiar; mi vida se ha ido consumiendo, como el abrigo que se me quemó en el restaurante. La gente ha tratado de prevenirlo antes; pero, finalmente, el estrago se ha extendido demasiado. No tengo nada por qué vivir, y lo único que me impide suicidarme es que tengo miedo de morir. El otro día guardé un pedazo de vidrio porque pensaba cortarme las muñecas, pero al final no tuve valor.

—El suicidio no prueba nada —le alegué—, excepto que el alma es lo bastante fuerte e independiente para matar el cuerpo por sus propias razones. Si usted fuera

libre y tuviera cuanto desea, tal vez se sentiría igual. Es muy triste lo de su esposa e hijos, pero creo que hay algo más que lo atormenta, algo que no le ha contado a nadie.

Gastón se quedó callado.

Yo seguí:

—Conocí a un prisionero que a propósito se privó de comida para dar el pan a su hijo, que estaba en la cárcel con él, hasta que murió de inanición. Así es el alma de fuerte. Un hombre como Kreuger, el millonario sueco de las cerillas, el cual poseía todo lo que el cuerpo podía necesitar, se mató dejando una nota en la que se mencionaba su «melancolía». Además del cuerpo poseía un alma, de la cual no se había preocupado. Pero usted tiene recursos internos, tiene el cristianismo que lo ayude. Háblele a Jesús. El le dará consuelo y fortaleza.

Gastón suspiró en la oscuridad.

—Habla como si El estuviera aquí, con nosotros, vivo.

—Ciertamente, está vivo —protesté—. ¿No cree siquiera en la Resurrección? ¡Mañana se lo probaré!

—¡Cuidado que es usted persistente! —murmuró—. ¡Peor que un comunista!

8

Cuando los prisioneros conversaban a la mañana siguiente, les recordé que ya se acercaba el domingo de Resurrección —mi segundo en Gherla.

—Si tuviera huevos duros los teñiría de rojo y los rompería todos a la vez según la costumbre ortodoxa —dije—. Seguidamente levanté la mano como si ofreciera un huevo de Pascua y anuncié—: ¡Cristo ha resucitado!

El anciano Vasilescu, uno de los campesinos, dio en mi puño con el suyo y proclamó:

¡Ciertamente ha resucitado! Un coro de voces hizo eco a la respuesta tradicional.

—¡Qué cosa tan extraña has dicho! —exclamé, volviéndome a los otros—. Ciertamente, Jesucristo murió en la Cruz. ¿Qué prueba tienen de que ha resucitado?

Sucedió un silencio. Vasilescu se estiró los espesos bigotes.

—Soy un campesino sencillo, pero lo creo porque mi padre y mi madre, y el padre de mi padre, y todos nuestros sacerdotes y maestros nos lo dijeron. Creo porque he visto a la naturaleza resucitar cada año. Cuando el suelo está cubierto de nieve, es difícil creer que los campos rendirán cosecha en primavera. Pero los árboles reverdecen y el aire se calienta, y la yerba también se pone verde. Si el mundo puede volver a vivir, Cristo también puede.

—Una respuesta sensata —declaró Miron.

—Pero en un mundo donde cada afirmación cristiana es retada y puesta en duda, eso no es suficiente —declaró Gastón.

—Necesitamos pruebas más fuertes, convenido —dije— y existen. Mommsen, el gran historiador del Imperio Romano, llama a la Resurrección el hecho mejor probado de la historia. ¿Creen ustedes que los historiadores clásicos eran mayormente veraces?

Nadie me rebatió.

—Generalmente eran cortesanos, aduladores de reyes, individuos que alababan por lucrar o por ganar el favor de protectores poderosos. ¿Por qué no hemos de dar más crédito a Pablo, Pedro, Mateo, Andrés, Apóstoles que murieron como mártires por propagar la verdad?

Le pregunté al comandante Braileanu:

—Cuando usted sirvió en tribunales militares, ¿tomó en cuenta el carácter de los testigos, y lo que dijeron?

—Por supuesto —contestó—. En una disputa sobre testimonios esto es de suma importancia.

—En ese caso debemos creer a los Apóstoles, tomando en consideración que pasaron la vida haciendo y predicando el bien.

—Son los milagros, como el darle de comer a cinco mil personas con cinco pescados, lo que impide mi fe —agregó el comandante.

—¿Qué es un milagro? —pregunté—. Los misioneros en Africa, alegan que al principio son recibidos como obradores de milagros; el hombre primitivo, de tribu, se queda pasmado al ver encenderse un fósforo. Pearl Buck les contó a las mujeres en un lugar remoto de China que en su propio país los carruajes se movían sin caballos. «¡Qué mentirosa es!», murmuraron. Un milagro, pues, es sencillamente algo que una criatura superior puede hacer, y Jesús fue un hombre de poderes excepcionales.

Gastón objetó:

—Un hombre primitivo pudiera aceptarlo, pero no un racionalista.

—Es racional creer que Cristo se levantó de entre los muertos. De lo contrario, tenemos que aceptar lo imposible, que la Iglesia, que ha sobrevivido los asaltos exteriores y la corrupción interna durante dos mil años, se funda en una mentira. Solamente discurran que Jesús, en toda su vida, no organizó iglesia ni escribió libros. Tenía varios discípulos pobres, y uno de ellos lo traicionó por dinero, en tanto que el resto huyó o lo negó cuando llegó la prueba. Murió en la Cruz, exclamando: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Cerraron su tumba con una losa pesada.

—El comienzo no fue muy prometedor —afirmó Braileanu.

—Entonces, ¿cómo se explica que fundó a una religión mundial?

—Los discípulos se unieron nuevamente —dijo Gastón con escepticismo.

—Sí, pero, ¿qué les dio el poder para predicar y para morir por su fe?

—Con el tiempo se sobrepusieron al temor, supongo.

—Efectivamente, ellos narran cómo lo vencieron. Al tercer día Cristo se les apareció en persona y les dio valor. Pedro, que se había asustado por una doncella, se paró en las calles de Jerusalén y declaró que él y sus hermanos habían visto y hablado con Cristo; que ciertamente El había resucitado. Pedro declaró que primero habrían que matarlo antes de que él volviera a negar a Jesucristo, y eso fue lo que hicieron los romanos.

—¿Es racional creer —pregunté— que Pedro y los discípulos se dejaron crucificar por una mentira? Pedro dio su primer sermón sobre la Resurrección, a quinientas yardas de la tumba vacía. Sabía que los hechos no admitían contradicción, y ninguno, entre los enemigos de los cristianos, intentó hacerlo.

—¿Por qué Saulo de Tarso se convirtió tan fácilmente por su visión de Cristo reprochándole en el camino de Damasco? Saulo fue el azote de la cristiandad —les recordé.

—Pudo haber sido una alucinación auditiva y visual —sugirió Braileanu.

—Pablo sabía de estas cosas. Una aparición no es un argumento a invocar, para un experto como él. Se sometió rápida y completamente porque como miembro del Sanedrín, conocía el gran secreto: ¡que la tumba estaba vacía!

El archimandrita Miron se había sentado a ponerles un parche a sus pantalones, mientras hablábamos.

Levantó hacia Gastón sus intensos ojos luminosos y contó:

—Hace años recibí una tarjeta postal de mi hermano en Nueva York, diciéndome que había estado en lo alto del Empire State Building. Mi hermano no investigó primero los cimientos pastor Gastón. El hecho de que el edificio había estado allí cuarenta años era prueba de que los cimientos eran buenos. Igual con la iglesia, que ha descansado dos mil años sobre la verdad.

Nuestros argumentos surtieron efecto en Gastón. Su dolor aminoró y su fe se ahondó. Se le pasó el deseo de matarse, a medida que transcurrían las semanas, pero aún parecía llevar el peso de una culpa.

El verano trajo una nueva remesa de prisioneros. Nos mudaron a celdas diferentes, y lo perdí de vista.

9

Pasaron los meses, y prediqué y trabajé en una docena de celdas en Gherla. Me castigaron frecuentemente, y fue a causa de una paliza que me encontré otra vez con Gastón.

Nos hallábamos un día jugando al ajedrez en la celda, con figuras hechas de pedazos de pan. cuando Dorabantu, que todavía merodeaba por los pasillos, irrumpió:

—¡No permito el juego! —bramó a todo pulmón.

Le indiqué que el ajedrez es un juego de destreza, no de azar.

El comandante infló el pecho:

—¡Tcha! ¡Ridículo! La destreza es también cuestión de azar.

Satisfecho de su respuesta, se marchó pavoneándose. Cuando se había ido, los prisioneros se echaron a

reír y empezaron a imitar su voz. La puerta se abrió violentamente de nuevo. Dorabantu nos había oído.

—¡Wurmbrand, venga en seguida! A otros los hicieron salir junto conmigo. ¡Esta vez se reirán de otra manera! —nos gritó.

Nos dieron veinticinco bastonazos a cada uno, y después nos trasladaron a una celda de castigo. Allí, solo en una tarima, y recostado boca abajo, hallé a Gastón. A él también le habían pegado. Su espalda era una masa de heridas sangrientas. Tratamos de aliviar el dolor con aplicaciones de una camisa empapada en agua, y cuando lo peor había pasado, examiné la carne viva para comprobar si quedaban astillas de madera. Su cuerpo temblaba como si tuviera fiebre. Al principio no pudo hablar mucho, pero lentamente, con frases entrecortadas, me explicó que lo habían castigado por predicar. Un prisionero lo había delatado.

—Quiero confesarle algo... —me dijo.

—No le conviene hablar.

—Ahora o nunca. Es sobre el profesor Popp... y el pastor que lo traicionó... Se detuvo, con los labios temblando.

—No tiene que contármelo —le pedí.

—¡No pude resistir la presión! He sufrido mucho... Cuando él murió... —y empezó a sollozar.

Oramos juntos. Dijo que jamás podría perdonarse a sí mismo.

—El profesor no pudo. ¿Cómo podía nadie? —preguntó.

—Desde luego que pueden. Y Popp también, si lo hubiera sabido todo —dije—. Déjeme contarle acerca de un hombre que fue mucho peor que usted. Esto nos ayudará a pasar la noche. Fue el asesino de la familia de mi esposa. Ella lo perdonó, y él se convirtió en uno de nuestros amigos más íntimos. Mi esposa besa solamente a dos hombres, a su marido y al individuo

que asesinó a su familia. —Y le relaté la historia a Gastón.

«Cuando Rumanía entró en guerra como aliada de Alemania, se inició un progrom durante el cual muchos miles de judíos fueron matados o deportados. En Iasi solamente, 11.000 fueron asesinados en un día. Mi esposa, que comparte mi fe protestante, es también de origen judío. Vivíamos en Bucarest, de donde no deportaron a los judíos, aunque sus padres, uno de sus hermanos, tres hermanas y otros familiares que residían en Bucovine, fueron conducidos a Transmitria, una frontera salvaje de provincia que los rumanos habían capturado de Rusia. Los judíos que no murieron al término del viaje, fueron abandonados a perecer de hambre, y allí murió la familia de Sabina.

»Yo tuve que darle la noticia. Se recobró y dijo:

»—No voy a llorar. Tú tienes derecho a una esposa feliz, y Mihai a una madre feliz, y nuestro Cristo a una sierva con valor. Si lloraré en privado, no lo sé, pero desde ese día no volví a ver llorar a Sabina.

»Al poco tiempo nuestro casero, un buen cristiano, me habló con tristeza de un individuo que estaba alojado en la casa mientras le durase la licencia para dejar el frente.

»—Lo conocí antes de la guerra —me dijo—, pero ha cambiado por completo. Se ha vuelto un bruto a quien le agrada alardear de haberse ofrecido para exterminar a los judíos en Transmitria, y de los cientos que asesinó con sus propias manos.

»Me afligí mucho, y decidí pasar la noche en oración. Para no molestar a Sabina que estaba indispuesta, y que hubiera insistido en compartir mi vigilia a pesar de todo, subí después de la cena al piso del dueño de la casa, para orar con él. Recostado en una butaca vi a un gigante de hombre que el casero presentó como Borila, el asesino de los judíos en Transmitria. Cuando se levantó, era aún más alto que yo, y a su alrededor

flotaba un aura de horror —como el olor a sangre. Pronto empezó a jactarse de sus aventuras en la guerra, y de los muchos judíos que había asesinado.

»—Un relato escalofriante —comenté—, pero no temo por los judíos. Dios los recompensará por lo que han sufrido. Lo que me pregunto con angustia es lo que sucederá a sus asesinos cuando se hallen frente al tribunal de Dios.

»El casero evitó una escena desagradable. Alegó que ambos éramos sus huéspedes, y encaminó la charla hacia otros canales más inofensivos. El asesino resultó ser algo más que un asesino, porque nadie es una sola cosa, sino varias. Era un conversador ameno, y por fin me confesó ser un gran aficionado de la música.

»Mencionó que cuando sirvió en Ucrania, había quedado encantado con las canciones locales.

»—Ojalá pudiera escucharlas de nuevo! —dijo.

»Yo sabía algunas de estas viejas canciones. Mirando a Borila, pensé para mí: «El pez ha entrado en mi red!

»—Si desea escuchar algunas, venga a mi piso —le propuse—. No soy pianista, pero puedo tocar algunas melodías ucranianas.

»El casero, su esposa e hija nos acompañaron. Mi esposa estaba acostada en la cama. Por su hábito de oírme tocar suavemente por la noche, no se despertó. Toqué canciones folklóricas llenas de sentimiento, y vi que Borila se conmovía. Recordé que cuando al rey Saúl lo aquejaba un espíritu malvado, el joven David había tocado el arpa delante de él.

»Dejé de tocar y me volví hacia Borila.

»—Tengo algo muy importante que comunicarle.

»—Hable, por favor —me contestó.

»—Si mira por la cortina, verá a una persona durmiendo en la habitación contigua. Es Sabina, mi esposa. Sus padres, sus hermanas, y un hermano de doce años, fueron asesinados junto con el resto de la fami-

lia. Usted me contó que había matado a cientos de judíos cerca de Gotla, y es allí adonde los llevaron a ellos. Mirándolo a los ojos, agregué:

»—Como usted mismo no sabe a quiénes ha matado, debo asumir que es el asesino de su familia.

»Pegó un salto, con los ojos encendidos, como si estuviera a punto de estrangularme.

»Alcé la mano y le dije:

»—Ahora ensayemos un experimento. Yo despertaré a mi esposa y le diré quién es usted, y lo que usted ha hecho. Le puedo asegurar lo que ocurrirá. ¡Mi esposa no dirá una palabra de reproche! Lo abrazará como si fuera su hermano, le traerá cena, y lo mejor que hay en esta casa. Ahora bien, si Sabina, que es una pecadora como nosotros, es capaz de perdonar y amar de esta manera, ¡imagine cómo Jesús, el perfecto Amor, será capaz de perdonarlo y amarlo! Basta con que retorne a El, ¡y todo lo que ha hecho le será perdonado!

»Borila no era un desalmado; en su interior se consumía de un dolor de remordimiento por sus crímenes, y si nos había espetado su charla brutal, era por igual razón que un cangrejo enseña sus tenazas. Fue suficiente un ligero golpe en su lado flaco, y sus defensas se desmoronaron. La música ya había conmovido su corazón, y ahora en lugar del ataque esperado, escuchaba palabras de perdón. Su reacción fue asombrosa. Dio un brinco y se desgarró el cuello con ambas manos rompiéndose la camisa.

»—Oh, Dios, ¿qué haré? ¿qué haré? —gritó. Se puso la cabeza en las manos y sollozó ruidosamente, moviéndose hacia adelante y hacia atrás—. Soy un asesino, estoy empapado en sangre, ¿qué voy a hacer? —y las lágrimas le corrían por las mejillas.

»Grité:

»—¡En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo ordeno al demonio del odio que salga de tu alma!

»Borila cayó de rodillas, temblando, y comenzamos a orar en alta voz. No conocía ninguna oración; sencillamente rogaba una y otra vez perdón, afirmando que esperaba, y sabía, que le sería concedido. Estuvimos juntos de rodillas un buen rato, y entonces nos levantamos y nos abrazamos.

»—Te prometí que haría un experimento —le dije—, cumpliré mi palabra.

Me dirigí al cuarto y hallé que mi esposa dormía tranquilamente. Se sentía muy débil y agotada por esa época. La desperté poco a poco, y le dije:

»—Aquí hay un hombre que tú tienes que conocer. Creemos que ha asesinado a tu familia pero se ha arrepentido, y ahora es nuestro hermano en Cristo.

»Sabina salió en bata de casa y extendió los brazos para abrazarlo; entonces los dos comenzaron a llorar y a besarse repetidamente. Nunca he visto una novia y un novio besarse con tanto amor, pasión y pureza, como este asesino y la superviviente entre sus víctimas. Entonces, tal como yo había predicho, Sabina marchó a la cocina a traerle comida.

»Entretanto, se me ocurrió que el crimen de Borila había sido tan abominable que era preciso darle otra lección. Fui a la otra habitación y regresé con mi hijo, Mihai, que entonces tenía dos años, dormido entre mis brazos. Sólo habían transcurrido unas pocas horas desde que Borila se había vanagloriado de haber matado a niños judíos en los brazos de sus padres, pero ahora estaba horrorizado. Este espectáculo era un reproche insoportable. Esperaba que yo lo acusara, pero en cambio le dije:

»—¿Ves qué quietamente duerme? Tú eres también como un niño recién nacido, que puede descansar en los brazos del Padre. La sangre que Jesús derramó te ha limpiado.

»La felicidad de Borila fue enternedora. Permane-

ció con nosotros esa noche, y cuando despertó, al día siguiente, comentó:

»—Hacía mucho tiempo que no dormía así.

»San Agustín afirma: «Anima humana naturaliter Christian est» (el alma humana es naturalmente cristiana). El crimen es contra nuestra propia naturaleza; es el resultado de la presión social o de muchas otras causas, y, ¡qué alivio es echarlo a un lado, como él lo había hecho!

»Esa mañana, Borila quiso conocer a nuestros amigos judíos, y lo llevé a muchos hogares hebreo-cristianos. Dondequiera relató su historia, lo recibieron como al arrepentido hijo pródigo. Entonces, provisto del Nuevo Testamento que yo le había dado, marchó a unirse a su regimiento en otra ciudad.

»Regresó más tarde a informarnos que a su unidad la habían ordenado ir al frente.

»—¿Qué haré? —preguntó—. Tendré que empezar a matar otra vez.

»Lo tranquilicé.

»—No, ya has matado más de lo que corresponde a un soldado. No quiero decir que un cristiano no deba defender su patria si es atacada, pero tú, personalmente, no debes matar a nadie más. Mejor deja que otros te maten a ti. ¡La Biblia no prohíbe eso!

10

Gastón se tranquilizó al oír esta historia. Al fin sonrió, y alargó la mano para estrechar la mía. Después cayó en un sueño reposado.

Por la mañana nos mudaron de nuevo a otra celda. Entre los prisioneros estaba Grigore, otro criminal de guerra responsable de asesinar judíos. Conocía a Borila.

Aproveché para decirle a Gastón:

»—He aquí el epílogo del relato sobre el hombre que mató a la familia de mi esposa. Este hombre puede contárselo.

Grigore explicó que había servido con Borila en Transmitria, donde habían asesinado a judíos.

—Cuando fuimos a Rusia otra vez, era un hombre cambiado —dijo—. No podíamos entenderlo. Depuso las armas y en lugar de arrebatarnos vidas las salvaba. Se ofrecía para rescatar a los heridos bajo fuego, y al final salvó a su oficial.

11

Los meses se convirtieron en años; dos habían pasado, y excepto por las caras que iban y venían, lo demás seguía igual. La prisión hizo a muchos de ellos santos, y a otros brutos, siendo difícil adivinar cuál se convertiría en santo y cuál en bruto, aunque lo cierto era que la mayoría de los prisioneros seguirían viviendo, por así decirlo, en un vacío. Tirados en sus tarimas, pasaban las horas sin tener nada que hacer. Su vida consistía en hablar. Yo me pregunto qué sucedería si alguna vez la ciencia hiciera innecesario el trabajo. Hay un límite a lo que se puede innovar en sexo, películas y otras drogas, ¡y hay tantos que no tienen otra cosa en su mente cuando falta la distracción del trabajo honrado!

Según transcurrió mi tercer año en Gherla, la situación se suavizó algo. Nos concedieron un poco más de libertad de expresión, y unos cuantos bocados extras que comer. Supusimos que las condiciones estaban cambiando afuera de nuevo. No sabíamos en qué sentido, ni que la mayor de las pruebas estaba aún por venir.

Octava parte

1

Una mañana de marzo de 1962 los guardias irrumpieron en nuestras celdas gritando: «¡Que salgan todos los clérigos!» Los otros recogieron sus escasas pertenencias y obedientemente se pusieron en fila en los pasillos. Yo no me moví.

Teníamos un nuevo comandante, un ordenancista llamado Alexandrescu. Este movimiento, cualquiera que fuese su propósito, significaba más problemas, y yo deseaba trabajar y predicar sin hallar nuevos obstáculos. Resultó que la prisión entera la estaban dividiendo en grupos por clases: «los intelectuales», en una celda, los campesinos en otra, los militares en una tercera, y así sucesivamente. La conglomeración, y la estupidez de los guardias, dieron lugar a confusión. Un miembro de la secta llamada «Estudiantes de la Biblia» fue asignado a una celda de escritores y maestros. Era un obrero ignorante, mas para las autoridades todos los «estudiantes» eran intelectuales.

Cuando los clérigos se marcharon, un guardián me preguntó qué era yo. «Un pastor», contesté con acento campesino, por lo que me situaron en una celda con pastores de ovejas y peones de labranza. En idioma rumano la palabra «pastor» es usada también en el sentido de zagal ovejero.

Por varias semanas logré evadir la separación. Entonces un delator me traicionó, y después de una paliza me llevaron a la celda en la que habían reunido a los clérigos. Este iba a ser mi hogar por el resto de mi estancia en Gherla. Era cavernosa, con paredes de cemento gris y sucio. La única luz procedía de dos estrechas ventanas. Las tarimas estaban entongadas apretadamente de cuatro en cuatro. Había unas cuantas banquetas bajas, y una mesa. Los prisioneros, en su mayor parte clérigos, pero mezclados con otros creyentes cristianos, sumaban cerca de 100. Siempre había una fila esperando para usar el balde que servía de retrete.

Cuando entré, una voz profunda gritó:

—¡Bienvenido, bienvenido!

Era el anciano obispo Mirza, un ejemplar de la fe ortodoxa y un hombre de gran bondad. Su mohosa camiseta negra se encontraba llena de agujeros. Tenía tristes ojos mansos, y una aureola de cabello blanco.

Las cabezas se alzaron cuando yo saludé a los hombres que conocía, incluyendo al archimandrita Miron, cuya tarima se hallaba encima de la del obispo y la de Gastón.

Esa noche, durante la hora que la celda de los clérigos había dedicado a oración, los católicos se reunieron en una esquina, los ortodoxos en otra, y los unitarios en una tercera. Los Testigos de Jehová se congregaban en las tarimas superiores; los calvinistas en las de abajo. Dos veces al día celebrábamos nuestros diferentes cultos, pero entre todos estos fervientes adoradores, apenas podía encontrar a dos hombres de diferentes

sectas capaces siquiera de decir el «Padrenuestro» juntos.

Lejos de fomentar la comprensión, nuestra causa común era motivo de conflicto. Los católicos no podían perdonar a la jerarquía ortodoxa por colaborar con el comunismo. Las minorías no estaban de acuerdo sobre «derechos». Surgían disputas sobre asuntos de doctrina. Y mientras la discusión era normalmente conducida con gentil malignidad, igual que se aprende en los seminarios en húmedas tardes de domingo, en ocasiones estaballaban los temperamentos.

Al presenciar la celebración de la misa día tras día a unos cuantos pies de su tarima, el pastor evangélico Haupt repetía en voz baja una frase de Martín Lutero.

—¿Qué es eso? —demandó uno de los católicos.

Haupt levantó la voz con una sonrisa.

—Repetía las palabras de Lutero. Todos los lupanares que Dios condena, todos los asesinos, ladrones, adúlteros, ¡no causan tanto daño como la abominación de la misa papal!

Después que se acabó el servicio, uno de los católicos, el padre Fazekas, dijo:

—*Querido* hermano, al parecer no has oído este dicho: «La humanidad ha experimentado tres grandes catástrofes: la caída de Lucifer, la de Adán y Eva, y la rebelión de Martín Lutero.»

El padre Andricu, un sacerdote ortodoxo, se sumó a la contraofensiva:

—¡Lutero y Lucifer son uno y el mismo! —intercaló. De modo que los secuaces católicos y los ortodoxos se hicieron aliados temporales, pero antes de que cayera la noche ya estaban discutiendo sobre la supremacía del papa.

Fazekas era de origen húngaro, y esto se lo imputaban en su contra aun sus compañeros católicos. Cuando rezaba en alta voz a la Virgen María como «patrona de Hungría», se manifestaba el descontento general.

—¿Acaso la virgen bendita no es también la patrona de Rumanía? —preguntó un sacerdote ortodoxo muy patriota.

—Seguramente que no; es la patrona de Hungría.

Gastón se preguntaba irónicamente si la Virgen no era patrona de Palestina, puesto que en cierto modo parecía traición abandonar su país de nacimiento y volverse la patrona de otro.

—¿Acaso usted no ha oído que los judíos asesinaron a su hijo Jesús? —dijo Fazekas.

El obispo Mirza, sonriendo dulcemente, procuraba calmarlos a todos:

—La Virgen no está ligada exclusivamente a ninguna nación. Ella guía a la Iglesia, es la Reina del Cielo, mueve los planetas y encabeza el coro de los ángeles.

No me quedó otro remedio que alegar que en ese caso no le dejaba mucho que hacer a Dios.

Otros protestantes me apoyaron, pero de una forma que me disgustó:

—¿Por qué tengo que venerar a la madre de Jesús de esa manera? —preguntó uno—. Ella no puede salvar.

Fazekas respondió:

—¡Pobre hombre! ¿Sólo veneras a los que pueden salvarte? La madre del Señor canta en el Magnificat: «Todas las generaciones me llamarán bendita», y así lo hacen, no porque distribuya favores, sino porque es la madre de Jesús.

Una buena contestación. No obstante, aunque mucho venero a la virgen María, creo que su papel ha sido exagerado por sus seguidores, y que esta distorsión empezó en épocas muy antiguas. Cuando los cristianos pensaron primero en el cielo, tuvieron visiones de una corte oriental: un lugar de lujo, música y dulces olores. El que necesitara un favor del sultán, se buscaba un amigo que hablara con el visir, quien a su vez le pasaría el recado a la esposa favorita del sultán, y ésta al esposo. Así nació la idea de una jerarquía espiritual

en la que los hombres sencillos expondrían sus peticiones a los sacerdotes, éstos a los santos, y los santos a la Virgen.

La roca firme de mi fe es que el hombre puede hablar directamente con Dios, pero hay ocasiones en que los argumentos sólo provocan la ira. Les conté a los otros acerca de dos mártires de diferentes confesiones que habían sido enviados juntos a la hoguera. Al preguntarles si querían formular un último deseo antes de que el fuego se encendiera, ambos dijeron:

—¡Sí! ¡Que nos aten espalda contra espalda, para no tener que verle la cara al condenado hereje cuando me esté muriendo!

En ocasiones, ni yo lograba ocultar mis sentimientos. Durante horas escuché al padre Ranghet, un dominico que ocupaba la litera de abajo, rezar su rosario.

Al fin le dije:

—¿Por qué tienes que suplicar a la virgen mil veces al día? ¿Acaso es sorda, indiferente, o está reacia a oírte? Cuando le pido a alguien un favor, si puede me lo concede, pero si no me lo concede, no sigo pidiendo.

Ranghet se molestó.

—Puesto que ustedes los luteranos no creen en la infabilidad del santo padre, menos razón tienen para creer en la propia —dijo—. Lo que aparece malo a su vista deficiente, es bueno a la mía. —Y siguió repitiendo: «Dios te salve, María...», en voz un poco más alta que antes.

—Usted menciona a menudo a «el santo padre»; ¿quiere decir Dios? —le pregunté con disimulada intención.

—Me refiero a su santidad el papa —contestó.

—Para mí es un pecado emplear títulos divinos para un ser humano —le repliqué—. Usted lo llama vicario de Cristo en la tierra, lo cual significa su sus-

tituto. Yo no puedo aceptar tal sustituto, por lo mismo que no permitiría a mi esposa tener un sustituto mío!

—¡Va demasiado lejos! —gritó.

¡Y yo que había creído que era él quien iba demasiado lejos! Ese mismo día el padre Ranghet había declarado que todos los sacrificios de la vida, incluyendo el de la libertad, ofrecidos por todos los hombres, eran nada comparados con el ofrecimiento que él hacía en el altar cuando sacrificaba al hijo de Dios. Mas yo no podía aceptar que un sacerdote convirtiera en Dios a un trozo de pan, o que hubiera necesidad de semejante cosa. No podía creer que mi destino eterno dependiese de la absolución de un individuo que a lo mejor ni él mismo estaba seguro del Cielo.

Busqué tópicos en los cuales pudiéramos convenir. Cuando el pastor Weingartner, un protestante modernista, se opuso a los católicos en la cuestión del nacimiento virginal, me incliné a tomar el partido de éstos.

Weingartner declaró que no podía aceptar tal improbabilidad científica.

—Es demasiado tarde para realizar una pesquisa histórica sobre el nacimiento de Cristo de una virgen —le argüí—, pero también es demasiado pronto para descartarlo como científicamente imposible. Un biólogo americano llamado Loeb ha producido ya, en infraorganismos, un nacimiento sin la simiente masculina. Lo que un biólogo puede hacer por un pequeño ser Dios ciertamente pudo hacerlo por el Hombre-Dios, Jesús.

A la mañana siguiente sucedió una cosa agradable. El obispo Mirza se acercó me dijo:

—Anoche pensé en la oración del Padrenuestro, según la cual decimos: «Padre nuestro que estás en los cielos... perdónanos nuestros pecados...» Jesús no nos dijo que los confesáramos a un sacerdote, o recibiéramos de él la absolución; nos dijo orar por ella al Padre. Por supuesto, la cuestión no es sencilla, pero si yo fuese protestante usaría este argumento. Por eso, en

amistad, se lo doy a usted como un presente, para compensarle su defensa de la virgen María.

El obispo nos había dado un ejemplo. Si no podíamos vivir en paz juntos, caeríamos en la trampa que el comunismo nos había tendido: Al encerrarnos a todos juntos, privaban a otros prisioneros de guía espiritual. Mientras tanto, viciábamos nuestra causa con disputas. Pero, ¿qué más proyectaban ellos con esto?

Los electricistas habían estado trabajando en la prisión por mucho tiempo, y en muchas celdas habían instalado altoparlantes, uno en cada pared. Esto significaba que tendríamos transmisiones.

—No será música ligera —anunció Gastón.

2

Cuando toda la prisión estuvo dividida en clases, se inició una serie de conferencias en la sala destinada a este efecto. Parecían absurdas. Un insolente y joven oficial político nos explicó que estaba a punto de ocurrir un eclipse de sol, pero que no había motivo para alarmarse: la ciencia socialista nos había librado de la superstición. Procedió a explicar el funcionamiento del eclipse solar a una aburrida audiencia de personajes con título y doctores. El suceso tendría lugar el 15 de febrero, y como era deber de la República del pueblo ensanchar nuestros conocimientos, podíamos observarlo todo desde el patio.

Weingartner levantó la mano:

—Por favor, si llueve, ¿podemos observar el eclipse dentro del edificio?

—No —contestó el conferenciante con toda la seriedad, y reanudó su explicación desde el principio.

Las conferencias de doctrina social duraban horas. Los mismos puntos eran machacados una y otra vez.

Al final del día, exhaustos y de mal humor, nos dejaban a nuestras propias discusiones.

Estas las empezaba a veces el padre Andricu, para quien Lutero y Lucifer eran lo mismo. Su extremismo lo había llevado a realizar una cruzada contra los rusos durante la guerra, aunque apoyó las ideas comunistas después que se terminó. Había recorrido la nación predicando en favor del partido, hasta que sus antiguos camaradas decidieron que «el clérigo rojo» había dejado de ser útil, y lo arrestaron, lo golpearon y lo sentenciaron a diez años por sus actividades anteriores durante la guerra. En la prisión, era un campeón demasiado vociferante de la fe ortodoxa.

—¡Es la única religión verdadera! —pregonaba a viva voz—; ¡el resto son fraudes y remedos!

En una ocasión le pregunté:

—¿Dónde fue bautizado, padre Andricu?; ¿en la iglesia ortodoxa?

—¡Por supuesto! ¡Me bautizó un obispo! —contestó.

—¿Y estudió la doctrina religiosa en una escuela ortodoxa?

—¡En la mejor de Rumanía

—Entonces, ¿no se ofenderá si le doy a usted la verdadera razón lógica de que usted sea creyente ortodoxo? Es porque hace cincuenta años un rumano ortodoxo tuvo cópula con una rumana ortodoxa.

Andricu se puso furioso, pero le dije que este principio lo aplicaba a casi todos nosotros. Nos ponen en un molde desde la temprana juventud y sólo nos enseñan los argumentos que favorecen la religión de nuestros padres, aunque estamos convencidos, como si todo lo hubiésemos discurrido por cuenta propia.

—Una vez escuché a los ocupantes de un estable discutir sus creencias —proseguí—. Las ovejas alegaban que la única religión verdadera consistía en decir: «¡Baa, baa!» Los terneros dijeron que el ritual correcto

era decir: «¡Moo!» Los cerdos aseguraron que el genuino canto de alabanza era «¡Honk! ¡Honk!»

—No nos coloque al nivel de las bestias —protestó Andricu—. ¡Seré un simple clérigo, pero he estudiado otras fes además de la mía!

Le aseguré que todos lo habíamos hecho, pero desde un punto de vista adoptado por cuestión de nacimiento. Volviéndome a un grupo de protestantes les pregunté al azar:

—¿Cuántos de ustedes saben que Lutero clavó noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia en Wittenberg?

Todos lo sabían. El pastor Haupt citó las palabras de Lutero ante el emperador Carlos: «Aquí me planto. ¡No puedo hacer otra cosa! ¡Que Dios me ayude!»

Pregunté si los protestantes podían repetir, tomado de la bula papal, las razones para excomulgar a Lutero:

—León X no era un loco —alegué—; debemos enterarnos también de sus razones para juzgar si eran válidas o no. —Pero ninguno había leído la importante carta histórica.

El padre Andricu discutía ahora con un rabí, quien se volvió hacia él para preguntarle:

—¿Está por casualidad familiarizado con nuestro Talmud?

Andricu replicó:

—¿Ha leído usted nuestro Nuevo Testamento?

La respuesta, en cada caso, fue claramente «No».

Para evitar otro encuentro, interrogué a mis compañeros:

—¿Conocen el relato de Tolstoi, que en cierta ocasión explicó su fe, punto por punto, a un rabí: mansedumbre, humildad, paciencia...? «No necesitamos el Nuevo Testamento para aprender estas virtudes; nosotros también las honramos» —dijo el rabí. Finalmente, Tolstoi dijo—: «Jesús nos ha enseñado algo que la re-

ligión judía no enseña: amar a nuestros enemigos.» «Eso no lo practicamos —admitió el rabí—, pero tampoco ustedes los cristianos».

3

A medida que continuaron las conferencias en la prisión, comprendí que si bien eran ridículas en sí, detrás de ellas había un plan muy astuto. Los oradores se apartaban de la política para apelar al lado del amor al placer, que todos tenemos; lo que los freudianos llaman el Id. Nos contaban cuántas cosas buenas nos estábamos perdiendo del mundo. Hablaban de alimentos, bebidas, sexo, temas en los cuales estaban más empapados que en la dialéctica marxista, aunque ésta no la descuidaban. Una de esas conferencias nos hizo remontarnos otra vez a los monos de Darwin. Un joven oficial político empezó su conferencia con un resumen de la teoría de la evolución, y con mutiladas citas tomadas de Marx, Lenin y Darwin. Continuó luego hablando de un conflicto entre el cristianismo y la ciencia, con lamentables consecuencias en América, donde millones de seres se estaban muriendo de hambre.

Al principio nos alentaba a discutir, y cuando un conferenciante afirmó que después de la muerte solamente quedaba del cuerpo «un puñado de elementos químicos», le pregunté por qué siendo así varios comunistas habían ofrendado sus vidas por estas creencias.

—Para un cristiano, el sacrificarse puede considerarse útil —le dije—, pues se trata de renunciar a las cosas transitorias de la vida para ganar la eternidad; es como ahorrar diez dólares para ganar un millón; pero ¿por qué tiene un comunista que dar la vida si no va a ganar nada con ello?

El oficial político no supo responderme. Le indiqué,

por lo tanto, que la respuesta la había dado San Agustín al afirmar que «el alma es cristiana por naturaleza».

—El ateísmo es una máscara de los sentimientos y anhelos que se hallan en las profundidades de nuestros corazones, hambre espiritual que nunca es satisfecha, excepto si el hombre practica la meditación o la oración; también ustedes creen que hay una recompensa por vivir de acuerdo con ideales. En lo profundo del corazón, ustedes también creen en Dios.

—¡Veamos qué tiene que decir Lenin sobre esto! —dijo el conferenciante, y de un folleto muy manoseado, que a veces le había servido de inspiración, leyó—: «Hasta el coquetear con la idea de Dios es una vileza indescriptible, un contagio de la peor índole. La fornicación, los actos de violencia, los contagios físicos, son menos peligrosos que la superstición religiosa»—Se sonrió, complacido—: ¿Alguna otra pregunta?

—¿Tiene usted hijos? —pregunté.

—Tengo una hija en los Jóvenes Pioneros.

—¿Y preferiría usted que contrajera una enfermedad contagiosa antes de que creyese en su Creador? Eso es lo que Lenin dice, que el cáncer es preferible a la religión.

El oficial político me hizo pasar al frente y me abofeteó.

Bajo esta arremetida instruccional, un golpe me pareció un precio modesto que pagar por defender mis creencias. Claramente, nos esperaba mucho más. Sentíamos que nos espiaban constantemente. Nos tenían muy intrigados los altoparlantes mudos.

Hasta entonces nos habían matado de hambre, nos habían pegado y maltratado, pero a nadie le había importado lo que pensáramos.

—¡Inventen en su celda todos los gabinetes que les parezcan, bandidos; nosotros tenemos el Gobierno en Bucarest! —acostumbraba decir Dorabantu, que ya se había ido. Lo habían sacado por falsificar las cuentas.

Las conferencias pusieron de manifiesto cómo esta actitud había cambiado de acuerdo con una nueva política de Gheorghiu-Dej, el dictador de Rumanía, en sus intentos de suavizar la mordaza del Kremlin y negociar con el Occidente. Para ello, Dej tenía que presentar una fachada más «democrática». El ejército de prisioneros políticos detenidos en Rumanía era algo que lo llenaba de embarazo; pero no podía simplemente libertarnos para que «propagásemos las creencias contrarrevolucionarias». Nuestra manera de pensar tenía que ser modificada por medio del lavado de cerebro en masa.

Para los prisioneros en Gherla, en 1962, esto era una teoría entre muchas, y pocos la creían. Reinaba la incertidumbre sobre lo que realmente sucedía durante los lavados de cerebro. El sentimiento general lo resumió Radu Ghinda, conocido autor y escritor cristiano que recientemente se nos había unido:

—Si no me han cambiado en quince años, ¿cómo van a poder hacerlo ahora?

De esto hablábamos cuando la puerta de la celda se abrió para dar entrada a otros recién llegados. Entre ellos una figura enorme, de aspecto avergonzado, que dio unos cuantos pasos vacilantes, de un lado a otro, como si quisiera sustraerse a las miradas de los prisioneros.

Radu Ghinda fue el primero en reconocerlo:

—¡Daianu! —exclamó.

El hombre arrastró los pies para ir a abrazar a su amigo. Nichifor Daianu había sido una figura importante en Rumanía. Poeta, profesor de teología mística, líder de la antisemita «Liga Nacional de Defensa Cristiana», había llegado a Gherla desde la prisión Aiud para seguir cumpliendo su condena de veinticinco años.

Al principio me costó trabajo reconocerlo. Su inmenso vientre había desaparecido. La piel le colgaba en pliegues en las mejillas, como un pavo. El sibarita y Tenorio consumado, cuyo rostro abofetearon una vez

en un restaurante de Bucarest, se había transformado en un viejo tembloroso y arrugado.

Los compañeros de prisión en Aiud nos contaron lo que pasó allí. Daianu, que estaba acostumbrado a comer en abundancia, había tratado de obtener de los cocineros una segunda ración de atole de cebada. El gobernador de la prisión no le había hecho caso, aunque al día siguiente estaba allí otra vez.

—Un momento —dijo—; ese hombre está demasiado grueso. Que espere hasta mañana.

Al otro día, cuando le llegó el turno a Daianu, el gobernador le preguntó:

—Dime, Daianu, ¿existe un Dios? —El cocinero mantenía el cucharón suspendido. Daianu murmuró algo—. ¡Habla más alto, para que todos te oigamos!

Daianu dijo:

—No, no existe Dios.

—¡Más alto! —lo instó el gobernador.

—¡No existe Dios! —gritó Daianu.

El gobernador hizo un gesto al cocinero para que le sirviera. Daianu se atragantó el alimento. Este espectáculo complació tanto al gobernador, que se repitió todos los días de la semana.

El conocido teólogo tenía que hacer una confesión de ateísmo para poder llenar su estómago. El relato corrió por toda Rumanía, y más tarde en el extranjero.

Pero Daianu conservó el don para escribir poesía religiosa. Los amigos de su época de fascista lo alentaron a recitar algunos de los versos que había compuesto en Alud. Eran canciones de dolor y arrepentimiento, más bellos que ninguno de los que había escrito anteriormente. Desafortunadamente, había conservado también sus sentimientos antisemitas, al igual que su amigo Radu Ghinda. Sus seguidores entre los prisioneros que habían pertenecido a la Guardia de Hierro, les pasaron a los dos de contrabando a la celda de los clérigos sobras de alimentos e incluso cigarrillos. Los antisemitas

son muy obstinados, y Daianu y Ghinda eran para ellos mártires de la causa.

Cuando discutíamos una noche las teorías sobre los lavados de cerebro, Ghinda declaró con desprecio:

—¡Tonterías! Pavlov hizo experimentos con los patrones de conducta de los perros, y los comunistas en Corea adoptaron algunas de sus ideas para hacer cambiar de opinión a los prisioneros norteamericanos, pero estos métodos no surtirán efecto en gente educada e inteligente. ¡No somos esclavos!

—Ni perros —añadió Daianu.

Nadie los contradijo.

4

El pastor Weingartner nos contó acerca de una sencilla prueba de la personalidad, que había aprendido cuando estudiaba psicología. Consiste en dibujar una línea vertical en el centro de una tarjeta, y entonces pedir a la gente que haga con ella lo primero que les venga en mente. Utilizamos una tabla enjabonada y un clavo.

Un hombre dibujó una espada, otro un casco, otros una flor, un crucifijo, un libro, una figura geométrica. Yo dije:

—Necesito otra tabla; ésta es demasiado pequeña para lo que tengo que dibujar.

Ni uno entre diez, mostró en sus dibujos el toque de misticismo que constituye la medula de la naturaleza pastoral.

Weingartner se rió:

—¡Ahora comprendo por qué no me dejaron ensayarlo en el Seminario! Quizá debiéramos aprender el oficio de zapatero. De todos nosotros, el zapatero es el que parece tener un carácter verdaderamente espiritual.

Se refería a Gelu, un creyente sectario que poseía un vasto conocimiento de la Biblia, lo que parecía irritar a Daianu.

—Mi estimado amigo —le dijo—, si quiere hablar-nos de zapatos, y de cómo hacerlos, pase. Pero usted se halla entre individuos que ostentan títulos teológicos obtenidos en famosas universidades de Europa y no necesitan clases de Biblia.

—Tiene razón, profesor —replicó Gelu—, soy yo quien necesita instrucción. ¿Puede decirme de qué trata el libro de Habacuc en el Antiguo Testamento?

—Un profeta menor —contestó Daianu—; no le presté mucha atención.

—Y ¿qué me dice del libro de Abdías?

—Abdías era otro profeta que los zapateros no necesitaban conocer.

—¿Y de Hageo?

Daianu no pudo más. No había en la celda ni un teólogo capaz de mascullar tres frases sobre el tema. En cambio Gelu nos asombró al citar de memoria capítulos enteros de estos profetas.

La clerecía estudiaba libros acerca de la Biblia, más bien que las Sagradas Escrituras mismas. Otro reproche que podía con justicia hacerseles era que estaban encallados en dogmas y dialéctica, aunque apenas sabían nada de la ideología comunista empeñada en destruirlos.

En 1963 supimos que el papa Juan buscaba una reconciliación entre «los hermanos distanciados», y pronto estábamos discutiendo la manera de lograr esta unidad.

—Pelemos por el Reino del Cielo, que ninguno de nosotros tiene —dije—. Si lo tuviéramos, no discutiríamos. Los que verdaderamente aman a Cristo deben amarse los unos a los otros. En cambio, hacemos exactamente como si aquellos ciegos que Jesús sanó se pusieran a discutir el procedimiento por el cual se les

devolvió la vista. Uno diría: «Lo hizo el poder de la fe.» Otro: «Me tocó los ojos.» Un tercero: «Me frotó los párpados con arcilla mezclada con saliva.» Si Jesús viniera entre nosotros, diría: «Los he sanado de muchas diferentes maneras. Ahora no discutan. sino regójense!»

Goethe afirma que «el color es el dolor de la luz». Efectivamente, al pasar por un prisma, la luz es despedazada. Yo vi nuestra división en la búsqueda de la verdad, como un dolor padecido por Cristo.

5

El altoparlante de pared al fin dio señales de vida. «Uno, dos, tres, cuatro, aquí probando», dijo una voz repetidamente. Entonces oímos decir: «El comunismo es bueno, el comunismo es bueno, el comunismo es bueno.» Una pausa. Más chillidos. Entonces la voz retornó con aumentado volumen, resonancia y autoridad.

El comunismo es bueno
El comunismo es bueno
El comunismo es bueno
El comunismo es bueno

Continuó toda la noche y hasta el siguiente día. Acabamos por ser intermitentemente conscientes de las palabras grabadas en cinta magnética, pero aún así penetraban en nuestra mente, y cuando finalmente la voz se detenía, al desconectarse el aparato desde un centro de control en alguna parte de la prisión, las palabras seguían resonando en mi cabeza: «El comunismo es bueno, el comunismo es bueno, el comunismo es bueno.»

Weingartner predijo que ésta era la primera etapa de un largo proceso.

—Nuestros gobernantes lo han aprendido de Rusia, y los rusos de Pekín. Lo siguiente será una confesión pública. Bajo Mao-Tse-Tung, los chinos tienen que asistir a conferencias en fábricas, oficinas y calles, donde se les obliga a denunciarse ellos mismos, a contar cómo se confabularon en contra del proletariado hacía diez o veinte años. Si uno no confiesa, lo meten en prisión por contrarrevolucionario irreductible; si confiesa, va a la cárcel por lo que haya dicho. De manera que la gente procura confesar y a la vez no confesar, admitiendo pensamientos traicioneros, aunque negando haberles prestado atención. Cualquier persona tiene que procurar denunciar a otro. Toda confianza entre amigos y familiares es destruida. ¡Este procedimiento ha comenzado aquí para nosotros!

El padre Fazekas observó:

—Satanás siempre imita a Dios. Es un remedo de la confesión cristiana.

—¿Cuánto durará —inquirió Gastón.

—Hasta que todos creamos que el comunismo es bueno. Quizá durará años —contestó Weingartner.

El próximo conferenciante era rechoncho y alegre. Nos contó acerca de la maravillosa, nueva Rumanía, que estaba desarrollándose bajo el plan de dieciséis años de Gheorghiu-Dej, y del paraíso que ya disfrutaban los que el partido consideraba dignos de confianza. Describió los privilegios concedidos a los trabajadores ideales; el buen alimento, el vino en abundancia, los gloriosos días de fiesta en los balnearios del Mar Negro, frecuentados por muchachas en bikinis.

—¡Ah, pero me olvidé de que la mayor parte de ustedes no han visto nunca un bikini! —se rió—. Ustedes no saben lo que eso es, ¡infelices! Déjenme explicarles. ¡Las mejores cosas de la vida no son exclusivas del Oeste decadente!

Sus ojos relucieron y su voz se engoló al hacer una deleitosa descripción de pechos, vientres y caderas, mez-

clando los placeres del vino y los de viajes en su charla grosera. Nunca he visto en los rostros humanos tanta concupiscencia hambrienta como la que observé en los que me rodeaban en el salón. Resultaban feos y temibles por lo que escuchaban, como animales en celo. La desenfrenada conversación del oficial los despojaba de su decencia humana, dejándoles únicamente el apetito sensual.

—Mucho placer les espera afuera —dijo el conferenciante—. Aquí está la puerta. *Ustedes* pueden abrirla si les place. Desechen toda esa bazofia de ideas reaccionarias que los ha convertido en criminales. ¡Pásense a nuestro lado! ¡Aprendan a ser libres!

Poco se hablaba después de estas charlas. Nadie pensaba ahora en las esposas, ni en el trabajo que les esperaba fuera. Los deseos más sucios, exagerados e imposibles son siempre parte de nuestra naturaleza pecadora, y habían sido hábilmente despertados.

Los clérigos protestantes y ortodoxos casados, sufrieron mucho más con esta llamada al instinto sexual que los sacerdotes católicos virtuosos que habían llevado una vida de celibato desde su primera juventud.

Nos habían mantenido durante meses con raciones más que escasas, y nos pesaban regularmente para asegurarse de que teníamos cuarenta libras de menos por debajo de lo normal. Después el alimento mejoró, pero tenía un sabor extraño. Sospeché la presencia de afrodisíacos, y los doctores que estaban en prisión, posteriormente, convinieron conmigo en que a nuestras comidas habían añadido drogas estimulantes de la sexualidad. Muchos del personal se fueron, y entonces los doctores y los empleados que venían a leernos anuncios o veredictos de la corte, eran casi siempre muchachas que llevaban vestidos ceñidos, provocativos, perfumes y maquillaje. Parecían demorarse a propósito en las celdas.

—Sólo tienen una vida —nos recordaba el confe-

renciante cada día—, y pasa rápidamente. ¿Cuánto tiempo les queda? ¡Echen su suerte con nosotros. ¡Queremos ayudarles a sacarle a la vida que les queda el mayor provecho posible!

Esta apelación al ego, el lado autoencarecedor y protector de nuestra naturaleza, complementaba el deliberado fermento de las emociones primitivas. Finalmente, cuando las mismas estaban al cenit, sobrevino la llamada al superego, a nuestra conciencia, a los valores sociales y las altas normas del comunismo. Los conferenciantes decían que nuestro patriotismo había sido falso y nuestros ideales un fraude, y en su lugar procuraron implantar la ideología comunista.

«Reuniones de lucha» fue el nombre dado a estas sesiones de sugestión en masa, y la lucha no cesó jamás.

—¿Qué están haciendo ahora sus esposas? —preguntaba el jocundo conferenciante—. ¡Lo mismo que les gustaría a ustedes estar haciendo en este momento!

Nos sentíamos agotados, al borde de la histeria. Las cintas magnéticas recalcaban el mensaje de que el comunismo era bueno, durante cada hora en que no tenía lugar una conferencia. Los prisioneros peleaban entre ellos.

Daianu, el poeta, fue el primero en descontrolarse. Al final de la conferencia se puso de pie de un salto y comenzó a parlotear sobre sus crímenes contra el Estado.

—¡Ahora lo veo, lo veo claro! He malgastado mi vida por una causa falsa!

Culpó a sus padres terratenientes por haberlo encauzado mal. Nadie le había pedido atacar la religión, pero repudió su fe, los santos y los sacramentos. Desvarió contra «la superstición» y blasfemó contra Dios una y otra vez.

Entonces Radu Ghinda se puso de pie y continuó en la misma vena.

—He sido un tonto —gritó—. He sido confundido por mentiras capitalistas y cristianas... Jamás pondré un pie en la iglesia, excepto para escupir en ella.

Daianu y Ghinda alentaron a los prisioneros a renunciar a sus viejas creencias con mayor entusiasmo que el conferenciante mismo. Los dos eran buenos oradores, y muchos que oyeron sus elocuentes alabanzas del gozo y la libertad que el comunismo trae, se conmovieron profundamente, convencidos de que les hablaban con fe genuina.

Cuando Ghinda se sentó, un flaco y tembloroso anciano gritó:

—Todos ustedes me conocen: soy el general Silvianu, del Ejército real. Abjuro de mi propio rango y lealtad. Estoy avergonzado del papel que desempeñé en hacer una guerra criminal a nuestra aliada Rusia. Serví a las clases explotadoras. Deshonré a mi patria...

Al general siguió un ex jefe de policía, el cual «confesó» que el mundo comunista habría venido más pronto al poder si no lo hubiera estorbado la policía; como si todos los presentes no supiéramos que el comunismo había sido impuesto por los rusos.

Uno tras otro los hombres se pusieron a repetir como un papagayo sus confesiones. Este fue el primer fruto de meses de deliberada dieta de hambre, degradación, malos tratos y exposición a la sugestión en masa. Los primeros en ceder fueron los que, como Daianu y Ghinda, llevaban una vida carcomida ya por culpas privadas. Daianu había predicado ascetismo, pero había practicado la glotonería y perseguido a las mujeres. Incitaba a los estudiantes a renunciar al mundo por Dios, y sin embargo era propagandista de Hitler. Decía «Amemos a Jesús», pero odiaba a los judíos. Pensó ser creyente, mas lo que un hombre cree lo demuestra en su vida cotidiana. Sus poemas, excelentes como eran, expresaban aspiraciones, no realización. Ghinda también estaba dividido ideológicamente entre el anti-

semitismo de un lado, y su fe de otro. Ambos hombres envejecían; habían estado más de quince años en la prisión, y les quedaban muchos más.

Otros en el departamento de los clérigos no cedieron tan rápidamente, por lo que les estaban reservados nuevos sufrimientos. Nuestras peleas cesaron por fin. Aprendimos que todas las denominaciones podían ser reducidas a dos: la primera la del odio, al ritual, al dogma que les daba pretexto para atacar a los otros; la segunda, la fe en el amor, en la cual los hombres de toda procedencia u opinión se dan cuenta de su unidad y hermandad ante Dios. En algunas ocasiones una misión a los propios sacerdotes hubiera parecido de más valor que ninguna otra, pero ahora la celda parecía arder con el espíritu de abnegación y renovada fe. En esos momentos teníamos la impresión de hallarnos rodeados de ángeles.

Para el servicio de la santa cena se necesitaba pan, y muchos estaban dispuestos a sacrificarse y dar un poco de su ración. Pero el ritual ortodoxo requiere que el pan sea consagrado en un altar que contenga una reliquia del cuerpo de un mártir. No teníamos reliquia.

—Entre nosotros hay mártires vivientes —dijo el padre Andricu.

Así que consagraron el pan y un poco de vino en una copa desconchada sacada furtivamente del hospital, poniéndola por unos instantes sobre el cuerpo del obispo Mizra, que se hallaba enfermo en cama, y era cierto, por su carácter y piedad, un santo mártir viviente.

6

Pronto a los prisioneros «convertidos al comunismo» se les pidió que a su vez dieran conferencias a los

demás, lo que hicieron con pasión, creyendo que su liberación dependía de sus esfuerzos. Entonces se supo de una terrible secuela a la apostasía de Daianu y Ghinda. Como protesta, según expresaron en un breve escrito, dos miembros de la Guardia de Hierro robaron un cincel del taller de carpintero, se abrieron las venas y se dejaron desangrar hasta morir.

Me tropecé con Daianu y Ghinda en un rincón de la sala habilitada como celda.

—¿Qué opinión tienen de ustedes mismos, ahora que su traición ha costado las vidas de dos hombres que creyeron en ustedes? —les pregunté.

—¡Murieron para que el pueblo pueda vivir! —alegó Ghinda.

—Hace una semana ustedes se contaban entre los enemigos del pueblo —les reproché.

Daianu estalló:

—¡Estoy resuelto a salir de aquí, sufra quien sufra!

El resentimiento contra ellos se hizo tan intenso que fueron llevados a otra celda. Miron comentó:

—¡Qué extraño que estos hombres, que escribieron con lo que parecía profunda fe cristiana, se hayan vuelto traidores tan fácilmente!

Quizá la respuesta estaba en que, en sus escritos, Daianu y Ghinda alabaron a Cristo por sus dones. El nos da paz, amor, salvación. Un verdadero discípulo no busca dones, sino a Cristo mismo, y por consiguiente se halla listo para el sacrificio propio, hasta el final. No eran seguidores de Jesús, sino clientes; ¡cuando los comunistas abrieron una tienda en la siguiente puerta, con mercancías a precios más bajos, se fueron a negociar allí!

7

Me había enfermado de nuevo. Durante 1963 me llevaron al hospital de la prisión. Había estado allí una semana cuando se nos ordenó levantarnos. Algunos apenas podían caminar, pero nos ayudamos mutuamente para salir al inmenso patio donde se hallaba reunida toda la prisión. Nos paramos a presenciar una obra teatral que duró una hora, representada por prisioneros escogidos. La obra se burlaba del cristianismo, y cuando los oficiales que estaban alrededor del comandante aplaudieron, o se rieron, el público hizo igual.

A la conclusión, Alexandrescu alzó su voz áspera y pidió comentarios positivos o negativos: No era suficiente indicar aprobación; era preciso dar las razones. Daianu inició los comentarios. Ghinda lo siguió. Uno tras otro, los hombres se levantaron para repetir lemas en contra de la religión. Cuando volvieron a incorporarse a las filas, algunos me abrazaron entre lágrimas, disculpándose.

—¡Tenemos que decir estas cosas hasta que todo haya pasado!

Cuando el comandante me llamó, recordé lo que mi esposa me había dicho hacía muchos años en el Congreso de Cultos:

—¡Ve y lava esa infamia de la cara de Cristo!

Yo era bien conocido en Gherla; había estado en muchas celdas.

Cientos de ojos estaban fijos en mí, y otros parecían preguntarse una sola cosa: «¿Irá también a alabar al comunismo y al ateísmo?»

El comandante Alexandrescu me conminó:

—¡Vamos, hable!

No tenía opción. Cuando los irreductibles cedieran —y según ellos era cuestión de tiempo— se sabría la fuerza que tenía el partido.

Comencé cautelosamente.

—Es domingo por la mañana, y nuestras esposas, madres e hijos están orando por nosotros en las iglesias o en el hogar. A nosotros nos hubiera gustado orar por ellos, también. En cambio, hemos presenciado esta obra.

Cuando mencioné a sus familias, a los prisioneros les salieron las lágrimas. Proseguí:

—Muchos aquí han hablado contra Jesucristo, pero, ¿qué es lo que tienen ustedes contra Él? Ustedes hablan del proletariado, pero, ¿acaso no fue Jesús un carpintero? Ustedes dicen que el que no trabaja no come, pero esto lo dijo hace mucho tiempo San Pablo en su Epístola a los Tesalonicenses. Ustedes hablan contra la riqueza, pero Jesús arrojó a los prestamistas del templo, a latigazos. Ustedes quieren comunismo, pero no se olviden que los primeros cristianos vivieron en una comunidad, compartiendo lo que tenían. Ustedes desean levantar al pobre, pero, en el Magnificat, la canción de la Virgen María al nacimiento de Jesús, ella misma dijo que Dios ensalzará al pobre por encima del rico. ¡Todo lo que es bueno en el comunismo procede de los cristianos!

—Ahora bien, Marx ha dicho que todos los proletarios deben unirse —continué—, pero algunos son comunistas y otros son socialistas, y hay también los cristianos. Si nos burlamos el uno del otro, no podremos unirnos. Nunca me burlaría de un ateo. Aun desde el punto de vista del marxismo, esto es incorrecto, porque si ustedes se burlan, dividen al proletariado.

Cité lo que Marx escribió en su introducción a *El Capital*, o sea, que el cristianismo es la religión ideal para rehacer una vida destruida por el pecado. Pregunté si había alguien, aunque fuese comunista, que estuviese libre de pecado, porque si no había pecado contra Dios, lo había hecho contra el partido. Les nombré muchas citas tomadas de sus propios autores. El

comandante Alexandrescu se movía en la silla, y pateaba el terreno con el dedo del pie, pero no interrumpió.

Los prisioneros también estaban quietos. Viéndolos aparentemente conmovidos, me olvidé de dónde estaba y empecé a predicar abiertamente sobre Cristo y lo que El había hecho por nosotros, y lo que El significaba para nosotros. Agregué que así como nadie había oído de una escuela donde no se hicieran exámenes, o de una fábrica donde el trabajo no fuese revisado para ver si había quedado bien, teníamos que ser juzgados por nosotros mismos, por nuestros semejantes, y por Dios. Miré al comandante y le dije:

—Usted será juzgado también, comandante Alexandrescu.

Otra vez lo dejó pasar, y proseguí afirmando que Jesús enseña amor y da vida eterna. Cuando acabé, los prisioneros prorrumpieron súbitamente en vítores.

Cuando volví a mi sitio, Miron me dijo:

—Has minado toda su labor.

Pero yo sabía que no era verdad. Gastón murmuró:

—¿Oyó los vítores?

Contesté:

—Aplaudían lo que había en sus propios corazones, no a mí.

Hasta entonces, sólo una ruidosa minoría de sacerdotes había caído bajo la influencia de los lavados de cerebro. Los que nos oponíamos abiertamente, también éramos muy pocos, y lo hacíamos cautelosamente diciendo la verdad sin atacar; pero nuestros simpatizantes eran muchos, aunque les faltara valor o ingenio para resistir.

No fue fácil. Como resultado de este discurso, perdí mi empleo en el hospital de la prisión. Me mandaron de nuevo a la celda de los clérigos.

Los oficiales políticos nos dijeron que Daianu y Radu Ghinda, en sus celdas privadas, se habían prestado para escribir sobre las maravillas de la República

del pueblo, la cual ninguno de ellos había podido observar en casi quince años. Frecuentemente, les daban pluma y papel, y toda la literatura del partido, y la propaganda turística que pudieran requerir. Los dos hombres hicieron uso pleno de esta oportunidad para probar sus nuevas convicciones, y varias semanas más tarde fueron libertados. Esto fue un golpe formidable contra nuestra resistencia. Eran los primeros en ser soldados bajo el nuevo sistema, e ignorábamos que serían también los últimos.

El teniente Konya, un oficial político, trajo a la habitación de los clérigos un periódico comunista y llamó al padre Andricu.

—¡Léalo en voz alta! —dijo—, para que todos puedan escuchar.

Andricu leyó el titular: «UN PAIS QUE RIE Y CO-RAZONES QUE CANTAN», artículo escrito por Radu Ghinda, con una sonriente fotografía tomada antes de su arresto.

El teniente Konya dijo:

—Queremos que sepan que cada uno de ustedes tiene igual oportunidad de libertad y trabajo tan pronto den de lado a sus creencias disparatadas y anticuadas y se unan a la gente de la nueva Rumanía.

¡Corazones que cantan! Todo el mundo recordaba a Ghinda como un saco de huesos. Sabíamos que su familia estaba en la miseria y a su hijo se le había negado una educación.

Daianu, igualmente prestó su nombre para glorificar su libertad en la Rumanía socialista, pero como los estudiantes franceses de medicina que en el Medievo emborronaron sus cuadernos y fueron calificados de *bon pour l'Orient* —«buenos para el Oriente»— la producción de Daianu y Ghinda sólo era buena para el Oeste, donde podían medrar con la ignorancia de quienes no conocían el país. Sus artículos aparecieron en periódicos

y revistas especiales enviados a miles de rumanos en el extranjero, pero nadie pudo conseguirlos en Rumanía misma.

La libertad de los dos hombres despertó enorme expectación. Muchos que habían soportado crueldad y humillación durante años, sin ceder, empezaron a vacilar. Pero los que cedieron, en lugar de ser libertados, tuvieron que probar su conversión prestándose a trabajar de catorce a dieciséis horas diariamente. Al volver a sus celdas tenían que asistir a más conferencias, o darlas. Su deber era mantener «una gráfica de temperatura de la salud política», es decir, todos estaban obligados a escribir sobre la actitud de sus vecinos con respecto al comunismo. Ya fuese tibia, fría, o incluso hostil.

Las autoridades no pueden haber recibido buenos informes sobre mí. El teniente Konya vino a traerme las noticias. En primer lugar, mi esposa se hallaba en prisión, donde había permanecido por algún tiempo. En segundo lugar, me azotarían esa noche a las 10 p.m. por mi repetido reto e insolencia, cuya culminación había sido mi discurso cuando presentaron «la obra».

Las noticias acerca de Sabina fueron un golpe terrible, y a este dolor moral se añadía el temor a la paliza que me preparaban, según pensaba. Todos temíamos este tiempo de espera, que pasó lentamente, y por otra parte, con demasiada rapidez, cuando escuché los pasos en el corredor; las botas que pisaban fuertemente. Se llevaron a uno de la celda contigua. Luego oí los golpes que llovían, y los gritos, desde la habitación al final del pasillo. Nadie vino por mí esa noche.

A la mañana siguiente me advirtieron de nuevo. Durante seis días me mantuvieron en suspenso. Al cabo lo cumplieron. Los golpes quemaban como fuego. Cuando cesaron, el teniente Konya, que supervisaba, gritó:

—¡Denle más! —Me costó trabajo ponerme de pie—. ¡Diez más! —ordenó.

Me llevaron casi cargado a la celda, donde los altoparlantes gritaban:

El cristianismo es estúpido.

El cristianismo es estúpido.

El cristianismo es estúpido.

¿Por qué no lo dejas?

¿Por qué no lo dejas?

¿Por qué no lo dejas?

El cristianismo es estúpido.

El cristianismo es estúpido.

El cristianismo es estúpido.

¿Por qué no lo dejas?

A veces las palizas las daban los carceleros en la celda, por «infracciones menores».

—¡Bájense los pantalones para pegarles!

Los bajábamos.

—¡Acuéstense sobre el vientre!

Nos acostábamos sobre el vientre.

—Vírense de espalda y pongan los pies en alto!

Obedecíamos.

Seguíamos tratando de orar. A veces un sacerdote se quejaba:

—Yo invoco al «Padre nuestro», pero, ¿qué clase de padre, qué Dios es, que me abandona a los enemigos de esta manera?

Le insistíamos:

—No claudiques. Sigue diciendo «Padre nuestro». Sé obstinado. Si persistes, ¡renovarás tu fe!

Nos hacía caso, porque compartíamos su sufrimiento.

Cuando los guardias se cansaban de pegarnos, se divertían de otra manera. Agarraban a un par de prisioneros:

—Ahora, abofetea a tu amigo —le decían a uno de ellos.

Si éste se negaba, le informaban:

—Has perdido tu oportunidad —y mandaban al segundo hombre a golpear al primero, hasta que por fin se pegaban ciegame— . Ahora, dale a él su merecido —le decían al otro, y se golpeaban los rostros hasta que la sangre manaba. Esto hacía reventar de risa a los guardias.

Una noche el teniente Konya me ordenó recoger mis bártulos. Como no había respondido al tratamiento, tal vez una temporada en un bloque especial ayudaría. Corrían muchos rumores sobre esta sección de la prisión. Eran contados los que regresaban de allí. Morían, o sucumbían al lavado de cerebro y entonces los sacaban. Algunos pasaban a formar parte del cuerpo de instrucción, y aprendían a lavar el cerebro a los demás.

Cruzamos el patio, dimos la vuelta a varias esquinas, y nos paramos frente a una hilera de puertas. Una se abrió, para luego cerrarse con doble cerrojo detrás de mí.

Me quedé solo en una celda emparedada con mosaicos blancos. El techo reflejaba la fiera luz blanca procedente de lámparas ocultas. Era en pleno verano, pero la calefacción a vapor, que no funcionaba en ninguna otra parte en Gherla, marchaba a todo dar. Konya me había dejado esposado, de modo que sólo podía acostarme de espalda o de lado. Me empapé de sudor. El mirador se abrió, y el guardia que estaba fuera me soltó una risa de desprecio.

—¿Qué, funciona mal la calefacción?

El estómago me dolía. El alimento había tenido un gusto peculiar, y pensé que me habían drogado de nuevo. Los altoparlantes aquí pregonaban un nuevo mensaje:

Nadie cree en Cristo ya.
Nadie cree en Cristo ya.

Nadie cree en Cristo ya.

Nadie va a la iglesia.

Nadie va a la iglesia.

Nadie va a la iglesia.

Desiste

Desiste

Desiste

Nadie cree en Cristo ya...

Konya regresó por la mañana, dejando pasar una oleada de aire fresco a través de la puerta abierta. Me quitaron las esposas. Estiré los brazos rígidos, y obedecí las órdenes de seguirlo a lo largo del pasillo.

Me aguardaba una nueva celda y ropas frescas. Había una cama con sábanas, una mesa con mantel, flores en un jarrón. Era demasiado; me senté y rompí a llorar. Cuando Konya se fue, me recobré. Miré el periódico que se hallaba sobre la mesa, el primero que había visto en todos mis años de prisión. Busqué las noticias sobre un rumor muy extendido en Gherla, concerniente a que la Sexta Flota de los Estados Unidos había entrado en el Mar Negro para exigir elecciones libres en los países cautivos. Lo que encontré fue un artículo sobre el dictador comunista que se había apoderado de Cuba y desafiaba a América en su propio umbral.

El primer visitante fue el comandante Alexandrescu. Hizo recalcar que mi cuarto era una muestra de la buena vida que se abría para mí. Se dedicó a atacar la religión. Cristo, dijo, era una fantasía inventada por los apóstoles para ilusionar a los esclavos con esperanzas de libertad en el paraíso.

Recogí el periódico y se lo enseñé.

—Esto ha sido impreso en las imprentas del partido —dije—. Tiene fecha de julio de 1963, lo cual significa que han transcurrido mil novecientos sesenta y tres años

desde el nacimiento de alguien que, según ustedes, jamás existió. Ustedes no creen en Cristo, pero lo aceptan como el fundador de nuestra civilización.

Alexandrescu se encogió de hombros.

—Eso no significa nada. Se hace por costumbre.

—Pero si Cristo no vino jamás a la tierra, ¿cómo surgió esta costumbre? —pregunté.

—Algunos mentirosos la iniciaron.

Le repliqué:

—Suponga que usted me dice que los rusos han desembarcado en Marte. No necesito creerlo, pero si doy la vuelta a la perilla de la radio y oigo que en Nueva York los americanos están enviando telegramas de felicitación a Moscú, entonces sé que tiene que ser verdad. Igualmente, debemos aceptar la existencia de Cristo como un hecho histórico, puesto que lo reconocen en el Talmud hasta sus peores enemigos, los fariseos, que también dieron los nombres de su madre y de algunos de sus apóstoles. Por igual razón, tenemos que impresionarnos cuando estos enemigos de su época le atribuyen milagros a Cristo, aunque arguyan que empleó la magia negra. Muchos escritores paganos lo reconocieron asimismo a El. Solamente los comunistas niegan este hecho cierto de la historia, sencillamente porque no les conviene a su teoría.

Alexandrescu no insistió en la discusión. En cambio me envió un libro. ¡Qué maravilloso fue tener un libro en las manos después de tantos años. aunque se tratara de la *Guía del ateo!* Este manual, desconocido en el Occidente, es lectura esencial para quienes deseen hacerse de una carrera detrás de la cortina de hierro.

Mi ejemplar estaba bien encuadernado, ilustrado, y cuidadosamente razonado. Desde los orígenes de la religión, seguía hasta el hinduismo, el budismo, el confucianismo y el islamismo. Entonces venía el cristianismo, con un capítulo para cada confesión. El catolicismo era descrito con pinceladas sombrías, mientras

el luteranismo salía mucho mejor parado (Lutero había desafiado al papa), pero todas eran señaladas como imposturas. La ciencia lo había comprobado, y por eso la iglesia la había perseguido siempre. Un capítulo completo describía a la iglesia como la herramienta del capitalismo a través de los siglos; la exhortación de Cristo a amar a los enemigos, significaba nada más que ceder al explotador. Una sección especial estaba dedicada a tratar de la corrupción de la clerecía rusa (el libro, evidentemente, había sido traducido del ruso). Se empleaba un cuadro tras otro para mostrar engañosamente que los ritos cristianos se basaban en supersticiones paganas. Un último capítulo analizaba «las formas de la propaganda atea», y terminaba con una lista de decretos soviéticos dirigidos contra la religión. Al llegar aquí me quedé dormido.

8

Durante las semanas sucesivas alternaron las promesas con las amenazas, la florida habitación privada con la cegadora celda de los altoparlantes, las buenas comidas, pero probablemente drogadas, con la inanición, la discusión con el castigo. Cuando sufría el tratamiento del calor, se me unió una mañana el padre Andricu, el antiguo «sacerdote rojo» que se había arrepentido. Se sentó, jadeando, hasta que no pudo soportarlo más. Entonces saltó y golpeó salvajemente la puerta, rogando que lo sacaran. Por fin apareció el comandante.

—Todavía podemos ponerla más caliente —amenazó Alexandrescu—. O podríamos dejarles libres si quisiéramos —repitió—. Pero si los soltamos, ¿cómo actuarían, y qué clase de sermones predicarían? Deseo

que escriban un borrador. Nos dio pluma y papel y se marchó.

Nos sentamos a escribir. Cuando terminé le di a Andricu mi hoja de papel y tomé la suya para leerla.

—Uno no puede escuchar sermones como ése todos los domingos —dijo defensivamente—. Progresivos, en tono científico, marxista.

—No se engañe a sí mismo, padre Andricu —le dije—; usted sabe que esto es retractarse de todo lo que usted cree. Aun si un sacerdote pierde su fe, mejor es que se quede callado. No me refiero al juicio ante Dios. ¿Qué dirían sus feligreses, sus amigos, su familia, si le oyeran predicar este material? No permita que los comunistas vuelvan a engañarlo. Ellos tratan de comprarle a uno con promesas que nunca cumplen.

Discutí largamente con Andricu, asegurándole que de corazón sabía aún la verdad del cristianismo. Al fin me dijo:

—Devuélvame los sermones —y los rompió a pedazos.

9

Una nueva serie de «reuniones de lucha», con la asistencia de cientos de prisioneros, se inició en el salón principal. Desde el bloque especial nos mandaron a oírlos. La mayor parte de las conferencias las daban ahora los que hasta hace poco eran nuestros compañeros de celda. Después de la instrucción regresaban a declamar las alabanzas del comunismo que les había proporcionado años de dolor. Sus ataques a la religión se basaban con frecuencia en teólogos modernos, quienes niegan las Escrituras; propagandistas al estilo de los que sostienen que «Dios ha muerto».

—¡Estudien a sus propios pensadores! —nos decían—. Ellos han demostrado que en el cristianismo no hay verdad objetiva.

Durante diez o doce horas al día escuchábamos a los conferenciantes, nos uníamos a las discusiones, absorbíamos los lemas grabados en cinta magnética. Las conferencias de lavado de cerebro apelaban al Id con mayor frecuencia y bajeza que los oradores oficiales; y sus visiones de libertad, dinero, un trabajo fijo —el asalto al Ego— eran más convincentes.

En cada celda, un grupo de hombres informaban diariamente «la salud política» de los demás. Los que se sometían a ellos, estaban relativamente a salvo. Los que no, solían acabar en el bloque especial. La delación afectaba a todos como una fiebre. ¡Un individuo cerca de mí se quejó a un oficial de que un guardia había registrado su tarima sin mirar lo que había debajo!

El 23 de agosto, el aniversario del armisticio con Rusia, la mayor parte de los prisioneros estaban listos para creer cualquier cosa que les dijeran. Dirigida por el comandante Alexandrescu, se celebró una gran asamblea en el salón.

—Tenemos buenas noticias —comenzó.

Los campesinos, cuyas granjas les habían sido arrebatadas, sonrieron complacidos, al anunciarles que las mismas estaban prosperando en las colectivas. Antiguos comerciantes y banqueros aplaudieron cuando les comunicaron que el negocio iba viento en popa.

—Algunos de ustedes —dijo el comandante— están viendo por fin la luz. Otros se están portando neciamente. ¡Idiotas! Han estado en prisión diez o quince años esperando que los americanos vengan a liberarlos. Pues sepan la noticia. Los americanos vienen, pero no a soltarlos. ¡Vienen a negociar con nosotros!

Alexandrescu nos informó que el partido, bajo el primer ministro Gheorghiu-Dej, estaba haciendo esfuer-

zos para ganar el favor comercial en el Occidente, con cuya ayuda se habían elevado los préstamos, construido fábricas, y operado plantas nucleares.

—¡Idiotas! —y volvió a escupir las palabras—. Han estado viviendo de ilusiones. Conocemos a los americanos mejor que ustedes. Si les suplican, no reciben nada. Si los insultan y se burlan de ellos, les dan cuanto pidan. Hemos sido más astutos que ustedes.

Alguien se rió con una risa estridente, y otros le hicieron eco. Pronto el salón entero estaba riéndose. El ruido ya rayaba en histeria cuando el comandante, alzando la mano, lo acalló. Dijo, de buen humor, que para compensarnos de no poder compartir las celebraciones del «Día de la Libertad», había dispuesto que las viéramos por un aparato de televisión instalado para la ocasión.

El programa de televisión se inició con los discursos de Gheorghiu-Dej y otros a la caída del régimen fascista en Rumanía. Ninguno de los oradores, por supuesto, mencionó el papel vital que desempeñó el joven rey Miguel, el 23 de agosto de 1944, ni el del estadista llamado el Campesino Nacional, Juliu Maniu, y el ministro de Justicia comunista Patrascanu, ya que el rey había sido desterrado y los otros dos habían muerto en la prisión.

Recuerdo que durante los primeros días del comunismo la gente procuraba rehuir la parada universitaria, pero ahora, cuando el desfile pasó, me asombré de ver interminables columnas marchando frente a los retratos de Marx, Lenin, y Dej, entre las banderas rojas aleteando en la brisa. Oímos la estridente música militar, los vítores de la multitud, los gritos de «¡El 23 de agosto nos trajo la libertad!»

—Nunca fue así en el pasado —le comenté al padre Andricu que estaba junto a mí.

Me siseó:

—La primera vez que una joven es violada, lucha; la segunda vez protesta. A la tercera, goza.

Cuando se acabó el espectáculo, empezó otro:

—Ahora discutiremos las celebraciones —anunció Alexandrescu.

Uno tras otro, el público testificó. Ex soldados, antiguos policías, terratenientes, campesinos, industriales, todos finalizaron su aportación con el grito de: «¡Agosto 23 nos ha traído la libertad!»

Llegó mi turno. Me inspiré en el sentimiento de ese día.

—Si hay alguien para quien el veintitrés de agosto ha traído la libertad —afirmé—, ése soy yo. Los fascistas me odiaban por ser judío, y si Hitler hubiera ganado la guerra, yo sería ahora un pedazo de jabón. Pero estoy vivo, y, como dice la Biblia: «Un perro vivo es mejor que un león muerto.»

Seguí en medio de murmullos aprobadores.

—Pero en otro sentido, yo me libérté antes del veintitrés de agosto. Les diré cómo. En la antigüedad, el tirano de Siracusa leyó el libro de Epícteto, el filósofo-esclavo, y tanto lo admiró que le ofreció la libertad. «¡Libérate a ti mismo!», le replicó Epicteto. Su visitante protestó: «¡Si yo soy el rey!» El filósofo contestó: «Un tirano regido por sus apetitos está en servidumbre; un esclavo que sabe gobernar sus pasiones, es libre. Rey, ¡libértate!»

La sala quedó quieta.

—Aunque estoy en prisión, soy libre. Jesús me ha libértado de mi culpa, de mi oscuridad mental. Puedo dar gracias a los acontecimientos del veintitrés de agosto por librarme del fascismo, por darme la libertad, pero por la libertad de todo lo que es transitorio, de la muerte, doy gracias a Jesucristo.

El comandante se puso en pie y exclamó:

—Dígale esa tontería a Gagarin, ¡que estuvo en el espacio y no vio señales de Dios!

Se rió. Los otros prisioneros se rieron con él.

Repliqué con despreocupación:

—Si una hormiga caminase alrededor de la suela de mi zapato, podría decir que no vio el menor asomo de Wurmbrand.

10

Me castigaron con otra temporada en el bloque especial, y allí estaba cuando Alexandrescu me visitó especialmente para informarme de que habían asesinado al presidente americano.

—¿Qué le parece? —me preguntó.

—No puedo creerlo —le dije.

Me enseñó un periódico con la noticia de la muerte del señor Kennedy en un sencillo párrafo.

—¿Bien? —insistió. El insistir en preguntas de esta índole era parte de la técnica para descubrir cómo funcionaba la mente de los prisioneros.

Al responderle que si Kennedy era cristiano se hallaba entonces, felizmente, en el Cielo, Alexandrescu abandonó el cuarto.

Más tarde, me hallaba en una celda con el padre Andricu cuando los guardias vinieron a buscarme. Nos vendaron los ojos y nos esposaron antes de conducirnos fuera, para lo que muy bien pudiera haber sido nuestra ejecución.

Los guardias ordenaron:

—¡Aquí doblen a la derecha! y ¡ahora a la izquierda!

En una parte distante de la prisión nos quitaron las vendas. Nos hallábamos en una serie de oficinas limpias y calientes. Andricu fue llevado a otra parte de lo que seguramente era la sección administrativa

central. Yo permanecí afuera de una puerta, junto con un guardia que en el pasado había escuchado cuando yo le hablaba quedamente de Cristo.

Murmuró:

—¡Mi pobre amigo, sé que está pasando por una época difícil, pero, en nombre de Dios, siga adelante!

Se alejó unos cuantos pasos, con la cara en blanco, pero sus palabras me animaron.

Cuando la puerta se abrió, me condujeron a la presencia de un individuo en uniforme de general. Era Negrea, el ministro diputado del Interior, cuya inteligencia hacía juego con la energía que ardía en su fuerte cara de gitano. El oficial político y otros funcionarios oficiales de Bucarest lo acompañaban.

Negrea me dijo cortésmente:

—He estudiado su caso, señor Wurmbrand, y aunque no me agradan sus opiniones, me gusta un hombre fiel a sus convicciones. Los comunistas también somos obstinados. Yo mismo he estado frecuentemente en prisión, y bastante hicieron para hacerme cambiar de opinión, pero seguí firme. Creo que es hora de que transijamos. Si se aviene a olvidar lo que ha sufrido, también nos avendremos a olvidar lo que ha hecho en contra nuestra. Volvamos la página y seamos amigos en lugar de enemigos, de modo que, lejos de actuar contra sus propias convicciones, pueda hacerlo basándose en ellas, y aun así entrar en un período de fructífera cooperación.

Frente a él estaba un archivo abierto.

—He leído todos sus sermones. Las explicaciones bíblicas están bellamente expuestas, pero comprenderá que vivimos en una edad científica...

«¿Y ahora, qué?», me pregunté, mientras Negrea seguía su conferencia sobre la ciencia del partido. ¿Acaso un ministro tan importante había viajado 200 millas para esto?

Como el Danubio, que se retuerce y da vueltas por las llanuras, pero al fin alcanza el mar, su discurso llegó a su término.

—¡Necesitamos hombres como usted! No queremos que se nos unan por oportunismo, sino por ver las falacias de su anterior manera de pensar. Si está dispuesto a ayudarnos a combatir la superstición, podrá comenzar una nueva vida inmediatamente. Tendrá un puesto bien remunerado, y su familia a su lado de nuevo, en comodidad y seguridad. ¿Qué dice?

Le respondí que había hallado gozo en la vida que llevaba, pero que en cuanto a ayudar al partido, ya había pensado cómo hacerlo, si me soltaba.

El oficial político se enderezó en el asiento.

—¿Quiere decir que colaborará con nosotros? —preguntó Negrea.

—Sugiero que me manden de ciudad en ciudad y de aldea en aldea junto con los mejores maestros marxistas que ustedes tengan. Primero expondré mi ignorancia y las estupideces de lo que ustedes llaman mi retrógrada religión cristiana; luego, su orador marxista podrá explicar sus teorías, permitiendo a la gente decidir por sí misma entre las dos.

Negrea me miró severamente.

—Nos está provocando, señor Wurmbrand. Eso es lo que me gusta de usted. Así es precisamente como nosotros los comunistas acostumbábamos contestar a los jefes en los días de antaño. Así que no discutiremos. Le haré una propuesta mejor. Nadie quiere que usted se vuelva un propagandista ateo. Si está realmente tan apegado a una fe gastada —aunque no comprendo cómo un hombre culto pueda aceptar tales tonterías—, siga con ellas. Pero también tenga en cuenta que estamos en el poder. El comunismo ha conquistado un tercio del mundo; la iglesia tiene que avenirse con nosotros. Pongamos las cartas sobre el tapete, aunque sólo sea por una vez. Francamente, estamos can-

sados de líderes de iglesia que lo hacen todo, para seguir la opinión de la gente, y que realmente se hallan desligados de lo que está sucediendo.

Uno por uno, Negrea mencionó a los obispos restantes. Ninguno tenía poder, dijo, o eran hombres del partido, y todo el mundo lo sabía.

—Ahora bien, si un individuo como usted fuera obispo, pudiera conservar su fe y a pesar de eso ser fiel al régimen... Su Biblia dice que uno debe someterse a la autoridad porque ésta proviene de Dios. En ese caso, ¿por qué no se somete a la nuestra?

No contesté. Negrea pidió a los otros oficiales dejarnos solos por un momento. Estaba convencido de que yo aceptaría la oferta, y me otorgó su confianza al contarme algo que él no deseaba que los otros oyeran.

—El partido cometió un error al atacar el Concilio Mundial de Iglesias —me dijo—. Empezó como un círculo de espionaje, pero los pastores involucrados son a veces de origen proletario; no son accionistas, por así decirlo, sino sirvientes superiores. En lugar de oponernos a esos hombres, debimos habérmolos ganado para que el Concilio se hubiera convertido en instrumento nuestro.

Se inclinó sobre el escritorio.

—Señor Wurmbrand, es aquí donde usted puede ayudarnos. Usted ha trabajado para el Concilio Mundial de Iglesias; es conocido ampliamente en el extranjero; todavía nos preguntan mucho por usted; si lo nombramos obispo, puede ayudar a nuestros aliados en el Concilio Mundial de Iglesias a fin de levantarnos un baluarte, no de ateísmo, sino de socialismo y paz. Seguramente usted reconoce el idealismo universal que inspira nuestras campañas para abolir la bomba y prohibir la guerra. Por otra parte, usted podrá adorar todo lo que quiera; nadie se le interferirá.

Lo pensé un momento.

—¿A qué extremo deberá extenderse esta cooperación? Los obispos que trabajaron anteriormente con ustedes se han visto forzados a delatar a sus propios clérigos. ¿Esperan ustedes que yo lo haga también?

Negrea soltó la risa.

—Usted no estaría en ninguna obligación especial por virtud de su puesto —dijo—. Todo aquel que sabe de un acto que pueda perjudicar al Estado, está obligado a denunciar a quien lo hace, y como obispo, ciertamente se enterará usted de esas cosas.

«El actual obispo luterano de Rumanía está muy viejo. Usted sería obispo electo, y jefe efectivo de su iglesia en Rumanía, desde el principio.»

Pedí tiempo para reflexionar, y Negrea accedió.

—Nos volveremos a reunir antes de salir de nuevo para Bucarest a tramitar sus documentos de libertad —dijo.

Me llevaron de nuevo a una celda aislada, donde me acosté a reflexionar durante muchas horas. Recordé el viejo relato judío acerca de otro individuo que pidió tiempo para pensar: era un rabí confrontando la Inquisición. Se le pedía que abjurara de su fe. A la mañana siguiente dio su respuesta. «No me haré católico, pero hago una última petición: que antes de quemarme en la hoguera me corten la lengua por no haber replicado inmediatamente.» A semejante pregunta, un «¡No!» era la única respuesta.

Pero esto era sólo un aspecto del caso. Además, sabía que la iglesia oficial en una nación comunista únicamente puede sobrevivir mediante compromisos; hasta por pagar impuestos a un Estado ateo, un cristiano transige. Era fácil decir que la iglesia podría volverse «subterránea», pero esta clase de iglesia necesita algo que la cubra. De lo contrario, millones de personas quedarían sin un sitio donde reunirse para adorar; sin un pastor que les predique, los bautice, los case o entie-

re a sus muertos —una alternativa inconcebible, la cual yo podía evitarles, diciendo unas cuantas palabras en favor de la colectivización o de las llamadas campañas por la paz.

También, yo no había visto a mi esposa e hijo por años; ignoraba si estaban vivos. El oficial político había dicho que Sabina se hallaba en la prisión. ¿Qué sería de ella y de Mihai si yo rehusaba esta oferta?

Necesitaba fuerza de lo Alto para decir que no, cuando el hacerlo significaba cumplir once años más de cárcel, sacrificar a mi familia, y probablemente morir en circunstancias terribles; pero en ese momento el rostro de Dios estaba como velado, y mi fe fallaba. Vi ante mí la forma gigantesca del comunismo que ya había cubierto considerable porción del mundo y amenazaba también cubrir el resto. Pero mi imaginación fue vencida al contemplar el peligro de morir y de ser golpeado una y otra vez, y el hambre y las privaciones a que estaba condenando a mi esposa y a mi hijo. Mi alma era como un barco que se movía al garete sacudido por una violenta tempestad; en un momento hundiéndose en el abismo, y en el otro remontándose a los cielos. En esas horas bebí la copa de Cristo; fue para mí el huerto de Getsemaní. Y como Jesús, me postré al suelo con la cara sobre la tierra y oré con lloros entrecortados, pidiendo a Dios que me ayudara a soportarme a la espantosa tentación.

Después de orar me sentí más tranquilo, pero todavía veía delante de mí a Nichefor Daianu y a Radu Ghinda y a tantos otros que habían perjudicado la fe, incluyendo al patriarca; su número ascendía a miles. Y ahora que me había convertido en un hombre de poca fe, sería tragado, como ellos, por la debilidad de la carne. Pensé minuciosamente en todas las ocasiones en que había discutido la verdad del cristianismo. Me repetía a mí mismo las preguntas más sencillas. ¿Es el camino del amor preferible al del odio? ¿Ha levantado

Cristo de mis hombros la carga del pecado y de la duda? ¿Es realmente el Salvador? Por fin cesaron las dificultades y pude contestar que «sí». Cuando lo hice, se me quitó de la mente un gran peso.

Durante otra hora yací en la cama diciéndome: «Ahora procuraré no pensar en Cristo», pero no pude, a pesar del esfuerzo. No lograba pensar en otra cosa. Sin el cristianismo, sentía un vacío en el corazón. Por última vez me concentré en la proposición de Negrea. Rememoré a los tiranos, empezando por Nabucodonosor, quien le puso un rey a los judíos, hasta Hitler, que estableció a sus títeres en Europa. Mi tarjeta de visita diría: «Richard Wurmbrand, obispo luterano de Rumanía, por designación de la policía secreta.» No sería un obispo de Cristo en un lugar sagrado, sino un espía de la policía en una institución del Estado.

Oré de nuevo, y después se apoderó de mi alma la tranquilidad.

Al día siguiente me llamaron de nuevo. El comandante Alexandrescu estaba presente, entre varios otros, alrededor de Negrea, y cuando dije que no podía aceptar, volvieron a discutir todo el asunto. Al llegar al tema del Concilio Mundial de Iglesias, Negrea volvió a pedir al resto que salieran. Entonces me insistió para que reconsiderase mi negativa.

—No me siento digno de ser obispo —le dije—. No fui digno de ser pastor, y hasta el ser un simple cristiano fue demasiado grande para mí. Los primeros cristianos fueron a la muerte cantando «¡Christianus sum!» —«Soy cristiano»—, y yo no he hecho eso, sino que me he detenido a considerar su bienintencionada oferta, pero no puedo aceptarla.

—Pues encontraremos otro que lo haga —advirtió Negrea.

—Si se cree capaz de probarme que estoy equivocado, expóngame sus argumentos ateos. Yo tengo los de mi fe, y sólo busco la verdad —le repliqué.

Me preguntó:

—¿Sabe, por supuesto, lo que esto significa para su futuro?

—Lo he pensado bien, y he pesado los peligros. Me regocijo de sufrir por lo que estoy seguro es la verdad suprema.

Negrea me lanzó una mirada que demostraba su convencimiento de haber perdido el tiempo. Cortés hasta el final, movió la cabeza en gesto hacia mí, cerró su carpeta, se puso de pie, caminó a la ventana, donde se quedó mirando para afuera, mientras los guardias me esposaban y me llevaban de allí.

Permanecí largamente en «el bloque especial», aunque no sé con certeza cuánto tiempo. A la distancia, todos los días de ciertos períodos de mi vida en la prisión se han enchufado en un solo día enorme. El lavado de cerebro aumentó de intensidad, pero apenas cambió de método. Los altoparlantes ahora decían:

El cristianismo está muerto.

El cristianismo está muerto.

El cristianismo está muerto.

Recuerdo claramente un día en que nos trajeron tarjetas postales para que invitáramos a nuestras familias a venir y a traernos paquetes. En ese día de marras me afeitaron y me lavaron, y me dieron una camisa limpia. Las horas pasaron. Me senté en la celda, contemplando los relucientes mosaicos blancos, pero nadie vino. La noche trajo únicamente un cambio de guardias. No sabía entonces que mi tarjeta postal nunca fue enviada, y que igual trata se la hicieron a otros prisioneros recalcitrantes. El altoparlante repetía:

Ya nadie te quiere.

Ya nadie te quiere.

Ya nadie te quiere.

Me eché a llorar. El altoparlante dijo:

No quieren saber más de ti.
No quieren saber más de ti.
No quieren saber más de ti.

Ni aguantaba oír estas palabras, ni podía sofocarlas.

El próximo día trajo una brutal «reunión de lucha», especial para nosotros los defraudados. Muchas otras esposas habían venido, dijo el conferenciante. Nosotros éramos los tontos. Nos habían abandonado. En ese momento nuestras mujeres se hallaban en la cama con otros hombres, e incluso describió lo que estaba sucediendo entre ellos, con toda la obscenidad de que era capaz. ¿Y dónde estaban nuestros hijos? Afuera, en las calles, ¡ateos cada uno de ellos! No deseaban ver a sus padres. ¡Qué estúpidos éramos!

En el bloque especial escuché al altoparlante, día tras día:

El cristianismo está muerto.
El cristianismo está muerto.
El cristianismo está muerto.

Y con el tiempo llegué a creer lo que nos habían estado diciendo todos esos meses: el cristianismo estaba muerto. La Biblia predice un tiempo de gran apostasía, y creí que había llegado.

Entonces pensé en María Magdalena, y quizás este pensamiento, más que ningún otro, me ayudó a salvarme del veneno destructor de almas, en la postrer y peor etapa de este lavado de cerebro. Recordé que ella había permanecido fiel a Cristo aun cuando El gritó en la Cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Y cuando El era un cadáver en la tumba, ella lloró muy cerca, y esperó hasta que El resucitó. De modo que cuando creí por fin que el cristianismo estaba muerto en el mundo, dije: «Aun así, creeré en El, y lloraré en su tumba hasta que se levante de nuevo, como seguramente lo hará.»

Novena parte

1

En junio de 1964 todos los prisioneros se congregaron en el salón principal. El comandante entró con sus oficiales, y nos preparamos para una nueva etapa en la «campana de lucha». En cambio, el comandante Alexandrescu anunció que bajo los términos de una amnistía general concedida por el gobierno, los prisioneros políticos de todas las categorías iban a ser liberados.

No podía creerlo. A mi alrededor vi caras faltas de expresión. Entonces Alexandrescu gritó una orden, y todo el mundo prorrumpió en vítores. Si les hubieran dicho: «Mañana los fusilaremos», aun habrían vitoreado y gritado: «¡Está muy bien! ¡No merecemos vivir!»

El anuncio no fue un ardid como pensamos primeramente. El verano de ese primer año vio la liberación de innumerables miles de prisioneros. Teníamos que agradecerlo al llamado «descongelamiento» entre el Este y el Oeste y también —aunque no lo supe en-

tonces— a una verdadera transformación espiritual de nuestro primer ministro, Gheorghiu-Dej. Después de muchos años de dudar del dogma comunista, había retornado a la fe en que su madre lo había criado y mantenido mientras vivió. Dej fue convertido en su hogar, por una sirvienta y por el tío de ella, un piadoso anciano que le hablaba a menudo de la Biblia. Aunque el presidente de Rumanía no lo confesó abiertamente, el cristianismo le dio valor para desafiar a los amos soviéticos. Ignorando sus amenazas, inauguró nuevas relaciones con el Occidente, sentando un precedente para los otros países cautivos. Desdichadamente, murió pocos meses después. Corrió el rumor de que su fin lo aceleraron los agentes soviéticos.¹

Llegó mi turno. Me hallé en uno de los últimos grupos de hombres, unos cien aproximadamente, reunidos en el gran salón. Eramos casi los últimos prisioneros que quedaban en Gherla. Un extraño silencio reinaba en los pasillos. Nos cortaron el cabello y nos dieron ropa gastada, pero completamente limpia.

Mientras me preguntaba qué habría sido del dueño original del traje que yo llevaba puesto, oí a un hombre llamar:

* He aquí una maravilla del poder del Evangelio y de que aún en nuestros días Dios interviene en los asuntos del mundo y escucha las oraciones de sus hijos. Quizás algún creyente sencillo pensará que Gheorghiu-Dej debía haber confesado a Cristo proclamando públicamente su conversión. Pero es poca cosa un solo hombre, aunque sea un primer ministro, para ponerse en contra de una cultura atea desarrollada durante años, y de un tan poderoso vecino como es Rusia. Sin duda, un gesto así habría significado mezclar la religión con la política, trayendo una probable revolución de los ateos o la entrada de los tanques rusos, como ocurrió en Hungría. Bastante hizo con variar la política del país y dar libertad a los oponentes del régimen dictatorial, inclinando su nación hacia la verdadera democracia, que siempre favorece al Cristianismo genuino.

—¡Hermano Wurmbrand!

Corrió a decirme que era de Sibiu, por lo que supuse que se trataba de un miembro de nuestra iglesia que estaba allí.

—He oído tanto hablar de usted a su hijo —añadió—. Compartimos una celda juntos.

—¿Mi hijo en prisión? No, no, ¡está equivocado!

—¿No lo sabía? —prosiguió el hombre—. Hace seis años que está en la prisión.

Di la vuelta, y él se alejó. El golpe era casi más de lo que yo podía soportar. La salud de Mihai no había sido buena; no podría nunca resistir el esfuerzo de una prolongada temporada en la prisión.

Mi mente se encontraba aún entumecida de dolor y conmoción cuando el comandante Alexandrescu se aproximó.

—Bien, Wurmbrand —preguntó en un tono curioso—. ¿A dónde irá ahora que está libre?

—No sé —repliqué—. Me han dicho oficialmente que mi esposa está en prisión, y ahora me entero de que mi único hijo lo está también. No tengo a nadie.

Alexandrescu se encogió de hombros.

—¿El muchacho también? ¿A qué le sabe tener por hijo a un malhechor?

—Estoy seguro que no se encuentra en prisión por robo o por cualquier otro delito, y si está allí por Cristo, entonces me siento orgulloso de él.

—¿Qué? —gritó—. ¿Gastamos todo este dinero en mantenerlo durante tantos años, y considera motivo de orgullo tener una familia en prisión por cosas semejantes?

—No quería que gastaran nada en mí —alegué.

Así nos separamos. Salí de la prisión con las ropas de otro hombre. Las calles de Gherla me daban vértigo. Los autos pasaban a toda velocidad, y me asustaban. Los colores del abrigo de una mujer, un ramo de flores, me encandilaban los ojos. La música de una ra-

dio saliendo por la ventana abierta; tenía una textura rica, como la de un café endulzado en exceso. El aire olía a limpio y nuevo, como si el heno hubiera sido acarreado fuera de los confines de la pequeña ciudad. Mas todo me lucía triste al pensar en mi esposa y mi hijo en prisión.

Viajé en autobús a la cercana ciudad de Cluj, donde tenía amigos. Se habían mudado. Caminé de una casa a otra en el calor sofocante del pleno verano, hasta que al fin los hallé. Me sirvieron torta y fruta, y toda clase de golosinas, pero lo que más codicié fue una bella cebolla dorada que había en la mesa. Había apetecido mucho comerme una para quitarme el gusto de la comida de la prisión. Ahora no me atrevía a pedirselas.

Hice una llamada telefónica a un vecino nuestro en Bucarest. ¡Contestó la voz de Sabina!

—Soy Richard —dije—. ¡Creía que estabas en prisión!

Hubo un ruido confuso. Mihai se puso en la línea.

—Mamá se ha desmayado; ¡no cuelgues! —Hubo más sonidos extraños, y entonces me dijo—: Está bien. ¡Te imaginábamos muerto!

Mihai nunca estuvo en prisión. La noticia falsa, había sido como la última vuelta del tornillo, para probar mis reacciones al lavado de cerebro.

Tomé el tren para Bucarest. Cuando llegó a la estación, vi una muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Tenían los brazos llenos de flores, y me pregunté quién sería la persona afortunada que iba a recibir esa bienvenida. Entonces reconocí las caras, y me incliné fuera de la ventana del vehículo para saludarlos. Cuando me bajé, parecía que toda la gente de nuestra iglesia corría a encontrarme, y en seguida tuve en mis brazos a mi esposa e hijo.

Esa noche Sabina me contó que le habían comunicado la noticia de mi muerte, hacía años. Había rehu-

sado creerlo, incluso cuando individuos extraños la visitaron, asegurando ser antiguos prisioneros que habían asistido a mis funerales.

—Esperaré por él —solía decir ella.

Pasaron años sin recibir ninguna noticia, hasta mi llamada telefónica. Para ella fue como si yo hubiera resucitado de entre los muertos.

2

Un domingo, meses después de estar libre, llevé a pasear a un grupo de niños escolares. La policía secreta nos siguió, pero cuando vieron que íbamos al zoológico, nos dejaron en paz.

Los conduje a la jaula de los leones, y los reuní alrededor de mí para poderles hablar en voz baja. Les dije:

—Nuestros antepasados en la fe cristiana fueron arrojados a bestias salvajes como éstas. Murieron gustosamente, porque creían en Jesús. Puede llegar un tiempo en que vosotros también tengáis que sufrir prisión y padezcáis por ser cristianos. Desde ahora deberéis decidir si estáis listos para enfrentaros con ese día.

Con lágrimas en los ojos, cada uno fue diciendo por turno que sí. No les pregunté nada más en esta última clase de confirmación que di antes de abandonar mi patria.

En el prefacio he descrito por qué decidí dejar Rumanía, y cómo vine a Occidente. Sólo agregaré ahora lo siguiente: en la pared de un edificio cívico en Washington D.C. hay una gran placa que contiene la Constitución de los Estados Unidos, hábilmente esculpida en una lámina de cobre. Cuando primero se observa esta

placa, únicamente vemos grabadas las palabras de la Constitución. Luego, si retrocedemos, y cambia el ángulo de la luz, aparece la cara tallada de George Washington.

Así debía ocurrir con este libro que contiene episodios de la vida de un hombre y la historia de quienes estuvieron con él en la prisión. Detrás de todos ellos está un ser invisible, Cristo, que nos sostuvo en la fe y nos dio la fuerza para vencer.

El autor acoge con gusto cualquier
correspondencia.

Las preguntas y donativos para la iglesia
subterránea pueden ser dirigidos a

LA VOZ DE LOS MARTIRES
CC 5551
1000 Buenos Aires · ARGENTINA

LA VOZ DE LOS MARTIRES
Casilla 4955
La Paz · BOLIVIA

LA VOZ DE LOS MARTIRES
Apartado 438-1200
Favas, San José · COSTA RICA

LA VOZ DE LOS MARTIRES
Apartado Postal 3628
Tijuana, B. C. · MEXICO 22000

LA VOZ DE LOS MARTIRES
CdC 3081
Asunción · PARAGUAY

LA VOZ DE LOS MARTIRES
Apartado 418
Lima 1 · PERU



Rev. Richard Wurmbbrand

En 1945, cuando los comunistas ocuparon Rumania el pastor Wurmbbrand comenzó un «ministerio subterráneo» o sea, clandestino, entre sus compatriotas esclavizados y los soldados invasores rusos.

Arrestado en 1948, pasó tres años de confinamiento solitario y cinco años más en celdas comunes donde continuaron sus torturas de tipo medieval. En mayo de 1966, mientras prestaba declaraciones ante el Sub-Comité de Seguridad Interior del Senado norteamericano en Washington, se desnudó hasta la cintura para que pudieran ver las dieciocho profundas cicatrices que le habían dejado las atroces torturas a que fue sometido.

Su esposa, Sabina Wurmbbrand, también fue arrestada en 1948 y condenada a tres años de trabajos forzados de pico y pala como esclava en el nunca completado proyecto del canal Danubio-Mar Negro.

Después de ser librado en 1957, Wurmbbrand reinició su ministerio clandestino. Lo volvieron a arrestar en 1959 y fue sentenciado a 25 años de prisión. Una amnistía general en 1964 logró su libertad de nuevo y siguió con su trabajo clandestino. Finalmente, en 1965, estando en gran peligro de un tercer arresto y encarcelamiento, fue rescatado por cristianos de Noruega quienes pagaron 10.000 dólares a las autoridades comunistas rumanas por su libertad.

En los Estados Unidos, el reverendo Wurmbbrand sigue apoyando a la iglesia clandestina y su país y sus actividades, constituyendo un vigoroso ministerio cristiano en los países comunistas.

Por medio de las Misiones Cristianas Internacionales al Mundo Comunista y su afiliada en América, La Voz de los Mártires, de la cual él es fundador, introduce clandestinamente en dichos países Biblias y literatura cristiana y provee por medio de mensajeros secretos ayuda material a las familias de los mártires.

Sus libros han sido traducidos a 45 idiomas, convirtiéndose en «best-sellers» en muchos países.